

NICOLÁS
Hungria

ELIZABETH BERMÚDEZ

Nicolás Hungría

Nicolás Hungría

Elizabeth Bermúdez

Título: Nicolás Hungría
Primera edición, octubre 2022
©2022, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

SINOPSIS

En esta novela encontrarás la misma historia de *Te quiero para mí*, pero, en esta edición, está contada en primera persona por Nicolás Hungría. El lector descubrirá de primera mano los sentimientos del protagonista. Se incluyen capítulos extras, entre ellos algunos con la voz de Bosco, y un ampliado epílogo final.

Nicolás Hungría lo tiene todo, ha llegado a lo más alto de su carrera profesional como futbolista, superando a su propio padre, siempre su ejemplo a seguir.

Pero hay algo que desea con todas sus fuerzas y no puede tener: a una mujer. La que despierta todos sus deseos con una sola mirada y se siente un completo monstruo por no poder frenar sus instintos.

El pecado más grande de su vida se llama Victoria.

Los numerosos encantos de Nico no pasan desapercibidos ni para su hermana pequeña. Victoria está enamorada de él como una más de sus miles fans, considerándolo un imposible.

Pero negar lo evidente solo servirá para aumentar ese gran amor y pasión que existe entre Nico y Victoria.

¿Te atreves a descubrir qué pasará entre ellos?

¿Cómo se tomarán Bosco y Alba una historia de amor entre sus hijos?

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Nicolás Hungría es su **novela número quince**, anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo

11. Serie Volver
12. Bilología:
El precio de la vida
El precio del amor
13. Te quiero para mí

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

*A todos mis lectores,
por enamorarse de la familia Hungría
y desear siempre más de todos ellos.
Espero que lo disfrutéis.*

Índice

Sobre la autora

1

El cumpleaños de mi hermana

2

La fiesta

3

¿Qué he hecho?

4

Cortar por lo sano

5

Dos años y medio después

6

Lo que provocas en mí

7

Lo mejor para la familia

8

Cuatro años después

9

Verte de nuevo

10

El destino

11

Recuerdos

12

Mi destino eres tú

13

Siempre apareces en mis sueños

14

Intentar lo imposible

15

Noches sin dormir

16

Quiero vivir

17

Bosco Hungría

18

Sorprendidos

19

Celos

20

Confesiones

21

La decisión más complicada de mi vida

22

Bosco Hungría

23

Te quiero para mí

24

No lo puedo creer

25

Mis padres

26

Contigo

27

Bosco Hungría

28

Hermanos de día, amantes de noche

29

Un anillo de compromiso

30

En familia

31

Tu proximidad me enloquece

32

Una conexión especial

33

Dos meses después

34

Sospechas

35

Bosco Hungría

36

Descubiertos

37

Bosco Hungría

38

Nuestra casa

39

Bosco Hungría

40

Una gran confusión

41

Bosco Hungría

42

Salir corriendo

43

Estamos juntos

44

Bosco Hungría

45

Mostrarnos como pareja ante la familia

46

La ansiada felicidad

47

Bosco Hungría

48

Todo sale a la luz

49

La mujer más buscada

50

Abril

51

Frente a frente

52

Bosco Hungría

53

Mi hija

54

Sentimientos encontrados

55

El gran momento

56

Cuatro meses después

57

No quiero perderte

58

Bosco Hungría

59

Recuperarte

60

Mía para siempre

Epílogo

Extra

Agradecimientos

Otras novelas de la autora

1

El cumpleaños de mi hermana

Hoy es el cumpleaños de Victoria. Cumple dieciséis años. Aún recuerdo cuando mi madre la trajo a casa con pocos meses, yo apenas tenía tres años, pero lo tengo grabado en mi memoria. Siempre he cuidado de ella y la he querido muchísimo, hemos estado muy unidos. En la familia Hungría somos una piña. Pero desde hace un par de años comencé a alejarme de mi hermana. Algo dentro de mí despertó y no sé ni cómo calificarlo. Considero que es mejor tenerla lejos, pese a que me duela la distancia y ella no se cansa de decirme que le gustaría verme más y que pasemos más tiempo juntos.

Intenté no asistir a la gran fiesta de cumpleaños que le han organizado mis padres en el Afaia esta noche, pero mi madre no me dio opción. Tendré que ir, aunque no entraba en mis planes.

Mis hermanos pequeños, los mellizos, entran en mi habitación y me sacan de ella con prisas.

—Vamos a despertar a Victoria —me indican con ilusión—. Papá y mamá ya están preparados.

Suspiro, me levanto de la cama y me dirijo junto con mis hermanos a la puerta de la habitación de Victoria. Por la que últimamente evito pasar.

—A la de tres —susurra mi madre, que va cargada de globos, y mi padre de cajas de regalos.

Intento poner mi mejor sonrisa y asiento mientras mi madre abre la puerta.

—Feliz cumpleaños, mi vida —la felicita mi madre de forma efusiva. Se abraza a Victoria y suelta los globos que lleva en sus manos. Uno de ellos es el número dieciséis y el resto son globos de corazones rojos.

—Mi princesa se convierte en toda una mujer —le indica mi padre mientras la felicita también, se abrazan y se besan.

Yo me mantengo un poco más alejado de la cama de Victoria. La observo con las manos cruzadas a la altura del pecho.

De repente, siento un codazo en el costado y miro a Jorge, que me indica que les siga.

—Cumpleaños feliz... —comienzo a tararear junto mis hermanos.

Dejo que sean ellos los primeros en felicitar a Victoria tras nuestros padres. Los mellizos se abrazan a ella mientras que yo los observo en silencio.

Finalmente, me acerco a ella. Le sonrío mientras admiro un brillo especial en su mirada y ese tono azul claro de sus ojos que es único. Le doy dos besos y la abrazo. Siento cómo Victoria se refugia en mi pecho, su calor y su olor consiguen nublar mis sentidos. Luego ella me mira a los ojos con ilusión mientras me muestra una sonrisa radiante, a la cual le correspondo.

—Qué guapa estás, hermanita —consigo decir mientras me alejo un poco de ella y desecho los pensamientos insanos que aparecen en mi cabeza al verla con el pelo alborotado, recién levantada. De inmediato, como si leyese mi mente, se toca el pelo e intenta estar un poco más presentable. Siento que le importa mucho cómo la vea.

—Victoria se ha convertido en una auténtica belleza —añade nuestra madre.

No digo nada, pero estoy de acuerdo con ella. Mi hermana es toda una mujer, impresionante.

—Eres mi referente, mamá. En belleza y elegancia —le indica Victoria mientras yo me reprendo en silencio que solo debo mirarla como a una hermana.

—Yo creo que va a superarte —comenta Damián, sonriente.

—En el instituto todos los chicos están locos por ella —revela Jorge. Y esto hace que deseché todos los pensamientos impuros sobre mi hermana y me centre por completo en la conversación.

—¿Sales con alguien? —le pregunto de golpe, con un interés desmedido.

Mi hermana mi mira sonriente, pero no contesta.

—¿No vas a abrir todos los regalos? —pregunta mi padre. Yo lo miro con ganas de matarlo por desviar la conversación.

—Eh... sí, claro —responde de inmediato Victoria. Y se dispone a abrir todos los regalos mientras yo me pregunto si sale con alguien en serio.

Cuando observo que Victoria alza el vestido que le ha regalado mi madre y murmura:

—Lo llevaré esta noche.

No puedo evitar imaginarla con él puesto y a mí sin quitarle ojo.

—¿Esta noche? ¿Dónde piensas ir? —pregunta mi padre. Como si mi hermana ya no se oliese que detrás de todo hay una gran fiesta en el Afaia, como la que lleva pidiendo desde hace años.

—Pues a soplar mis velas, con vosotros y mis amigos. Donde sea —añade de forma inocente.

—Abajo nos espera un estupendo desayuno —anuncia Damián mientras yo siento un gran alivio por salir ya del cuarto de Victoria.

—Vamos, hermanita. —Jorge tira de su mano y la saca de la cama bajo mi atenta mirada.

Victoria se abraza a los mellizos y sale de la habitación mientras yo la sigo y siento envidia de mis hermanos.

En el salón nos espera una maravillosa tarta sobre una mesa adornada. Mi padre se encarga de encender las velas y entre todos cantamos cumpleaños feliz.

Observo a Victoria y la siento radiante, su sonrisa llega hasta mi corazón. Y en lo único en lo que puedo pensar es; ojalá no fueses mi hermana.

—Pide un deseo —le indica mi madre antes de que sople las velas.

Se para un segundo, piensa su deseo, me mira de una forma muy especial, me sonríe y luego sopla las velas.

De inmediato pienso en qué habrá pedido, pero estoy seguro de que estará muy lejos de mis deseos.

—Bueno, ya le podemos decir que esta noche tendrá una super fiesta en el Afaia —revela Damián, sonriente y feliz.

—Eres un chivato —le reprende Jorge.

—No pasa nada —tercia mi madre—. Esa fiesta es parte de su regalo y ya puede saberlo.

—¿Estaréis todos? —pregunta Victoria con ilusión mientras centra su mirada en mí.

—Sí —responde mi madre—. También estarán tus abuelos, tus tíos y todos tus amigos.

—Oh, mamá, muchas gracias —grita Victoria con emoción.

Mientras desayunamos en familia deseo que este día pase pronto. Algo me dice que el hecho de no llevarle la contraria a mi madre con respecto a mi asistencia a la fiesta de Victoria me traerá consecuencias.

Mientras me visto para ir a la celebración de mi hermana me miro al espejo y trato de pensar que es una fiesta más como a las que asisto casi a diario. Mi padre no se cansa de regañarme porque, según él, salgo demasiado, pero también cumplo con mis entrenamientos y en el campo de juego. El gran Bosco Hungría me dice que aproveche la juventud, que una vez que llegue a los treinta nada será igual. Y eso hago, vivir al máximo. Sin descentrarme de mi carrera, pero sin perderme los placeres de la vida.

2

La fiesta

Llego al Afaia, la discoteca propiedad de mi padre, junto con mis hermanos sin demasiado entusiasmo, al contrario que otras veces. He acudido y realizado muchas fiestas en este lugar a espaldas de mi padre. Observo el lugar y aprecio que están casi todos los invitados. Mi hermana, junto con mis padres, serán los últimos en llegar. Me dedico a saludar a toda la gente que conozco y me pido una copa.

—Lo siento, pero esta noche no se sirve alcohol por expreso deseo de tu padre —me indica el camarero, al cual conozco de sobra.

—No me jodas, tío.

—Nos hizo retirar todas las botellas. —Alza la mano y aprecio que no hay ni una sola marca de alcohol.

—A ver cómo aguanto yo esto toda la noche con refresquito solo —me quejo mientras paseo la mirada por la fiesta.

El camarero me sonríe y hace amago de marcharse cuando le indico:

—Ponme una Coca Cola. Espero que la cafeína ayude a no dormirme en este aburrimiento de celebración.

La gran mayoría de personas son de la edad de mi hermana. Observo que me miran con atención y me sonríen. Suspiro, consulto mi reloj y rezo porque la noche pase rápido.

Cuando voy a llevar el vaso de refresco a mis labios veo entrar a mi hermana. Centro mi mirada en la impresionante mujer que tengo ante mí y se me corta la respiración. El primer pensamiento que aparece es: ¿De verdad solo tiene dieciséis años? La admiro mientras bebo para aclarar mi garganta y observo cómo todos se acercan a ella para felicitarla.

Cuando llega el momento de cortar la tarta me deshago de todas las mujeres que tengo alrededor y me acerco a mi familia. He sentido la mirada de mi madre y con ella me llama para que esté presente junto a ellos.

Tras el brindis, la música empieza a sonar más alta y la gente comienza a bailar. De repente, observo a mi hermana rodeada de tíos. Todos quieren sacarla a la pista. Chasqueo la lengua, suspiro y en dos zancadas estoy junto a mi hermana.

—Lo siento, caballeros, el primer baile es para el hermano mayor —les dejo claro a todos los babosos que esperan al lado de Victoria. La tomo de la mano con decisión y la llevo a bailar conmigo—. ¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto. Por alguna extraña razón, me importa que disfrute en su celebración.

—Es una fiesta maravillosa —murmura mientras me mira sonriente. Fijo mis ojos en los de ella y aprecio cierto entusiasmo, como el que demuestran sus amigas cuando están a mi lado, pero, de inmediato, desecho la idea.

—Estás guapísima esta noche. Has cambiado mucho últimamente, ya eres toda una mujer. —No puedo evitar que el elogio salga solo en voz alta de mis labios. Esta noche Victoria ha conseguido deslumbrarme por completo.

Ya entrada la noche, mi padre se dirige a mí y me indica:

—Te quedas al cargo. Nosotros nos marchamos. —Observo a mis padres, mis abuelos y mis tíos—. Cuida de tu hermana y regresa a casa con ella —me ordena mi padre.

Suspiro mientras me despido de todos ellos.

En cuando salen por la puerta del Afaia hago dos llamadas; una a mis amigos y otra al encargado de esta noche en la discoteca. Le ordeno que me prepare un reservado y lleve algunas botellas de alcohol allí.

Mis amigos están cerca y no tardan en presentarse. En cuanto llegan les advierto que todas las chicas son menores y que ni se les ocurra poner los ojos en ninguna. Nuestra propia fiesta estará en breve preparada arriba.

Mi hermana y unas amigas se acercan a nosotros y les tengo que presentar a Victoria a mis cinco amigos y compañeros de equipo. Ella me mira con cara de reproche. Son mis amigos, están en su fiesta y no han sido invitados.

—Papá me ha pedido que me quede hasta que te quieras marchar y se acabe la fiesta. He invitado a unos amigos para no aburrirme y que la noche no se haga muy larga. Espero que no te moleste —le explico.

Me mira en silencio, suspira y observo que hace verdaderos esfuerzos por no responder lo que realmente piensa. Mi hermana es demasiado educada como para montarme una escena.

—Esta discoteca es muy grande —murmura. Se da media vuelta y se marcha.

Me avisan de que el reservado ya está listo y subo con mis compañeros. Unos minutos después se presentan por sorpresa unas amigas de mi hermana. Intento echarlas, pero mis amigos lo impiden.

Una de las mejores amigas de la infancia de mi hermana, Sandra, me invita a bailar. No la rechazo, no quiero que se sienta mal.

De repente, Victoria se interpone entre nosotros y me reprocha con un grito:

—¿Qué estás haciendo?

—Beber y divertirme en la fiesta de mi hermanita —le indico mientras le acaricio el rostro y atrapo un mechón de pelo entre mis dedos. La siento muy tensa.

—Mi fiesta es abajo y tú has montado otra paralela aquí, con alcohol —me reprocha—. Sandra y el resto de mis amigas —Las señala— están bebiendo —me acusa de forma directa.

No lo veo tan grave como ella. Yo bebía con dieciséis. Sus amigas solo se han tomado dos copas. No es para tanto.

—¿No me digas que tú no lo has hecho nunca? —le pregunto con sorna mientras me mira seria—. ¿Eres perfecta? —Sé que lo es. Más que lo que me gustaría.

—No seas aburrida, Victoria —intercede su amiga Sandra—. Cuando hacemos fiestas o vamos a discotecas bebemos —revela.

—Yo no —dice ella de inmediato.

—Mi hermanita es perfecta. Te quiero porque eres única. —Intento que se relaje. Le abrazo y me le doy un beso en la mejilla.

—¿Cuántas te has bebido? —me pregunta de golpe y lo siento como un reproche.

—Un par de ellas, pero tranquila, sigo lúcido para cuidar de ti.

—Sé cuidarme sola —me espeta con valentía.

—Hoy todos los hombres de esta discoteca te desean, hermana. El sueño de casi todos ellos es llevarte a la cama como broche final de esta fiesta. ¿No te has dado cuenta? —Le hago ver. Parece que es ajena a ello.

Me mira y observo que pasea la mirada por el resto de mujeres que nos rodean.

—Quiero irme —dice de repente—. Fin de mi fiesta. Vámonos todos a casa. Cierra el Afaia

—me ordena cabreada.

—¿Ya? —pregunto desconcertado—. Apenas son las tres de la mañana —digo mientras consulto el reloj.

—He tenido suficiente —alza la voz, muy cabreada. Se da media vuelta y se dispone a marcharse.

Pienso con rapidez. La he cagado. Es su celebración y me he comportado como un completo egoísta. Debería de haberme integrado en su fiesta abajo y no montar la mía propia. Pero lo he hecho para no tenerla cerca.

No ha dado ni dos pasos cuando la tomo por la mano y la agarro con fuerza.

—Encárgate de que todos se vayan —le indico a Rafa, mi mejor amigo. Él conoce tan bien al personal del Afaia como yo.

Cuando salimos del reservado y Victoria se dirige hacia las escaleras decido cambiar el rumbo de todo. No puedo dejar que se marche con este sabor agrisado de su cumpleaños por mi culpa. Tengo que remediarlo. Decido llevarla al despacho de mi padre en el Afaia hasta que Rafa se encargue de sacar a todos de allí.

3

¿Qué he hecho?

—¿¡Qué quieres?! —me grita Victoria cuando estamos solos en el despacho de mi padre. Está muy enfadada, tiene una mirada furiosa que me encantaría aplacar, pero desecho mis impulsos.

—Lo siento, Victoria —me disculpo en un murmullo de inmediato—. No fue mi intención arruinar el final de la fiesta de tu cumpleaños. No debí llamar a mis amigos ni montar una mini fiesta paralela en tu celebración. Hoy tú eras la protagonista y debí permanecer a tu lado.

—Ya nada se puede hacer. Vámonos a casa —contesta con decepción. Intenta salir, pero se lo impido.

—¿Hay algo que pueda hacer para remediar mi torpeza? Haré lo que me pidas —le suplico con culpabilidad.

No deseo que termine el día de su cumpleaños con un mal sabor de boca.

Me mira en silencio mientras que yo espero su respuesta con miedo.

—Un último baile y un brindis final —me propone de golpe.

Me quedo algo desconcertado. No esperaba esa clase de petición. Me he quedado en su fiesta vigilando todos sus pasos, se la he echado a perder y me pide un baile... En la fiesta ha tenido a un montón de tíos detrás de ella, no deben haberle faltado proposiciones para terminar la noche.

—¿De todo lo que me podías pedir en la noche de tu cumpleaños quieres eso? —le pregunto con sorpresa, por si no lo he entendido bien.

—¿No te parece bien? —me rebate.

—Es todo un halago que quieras pasar el resto de la noche conmigo —murmuro incrédulo.

—Ya sabes que eres mi hermano preferido —me indica en tono de broma. Dedicándome una sonrisa.

—No seas mentirosa, tienes debilidad por los mellizos.

—No es cierto —afirma mientras me mira de una forma tan tierna y dulce que hace que maldiga de nuevo que sea mi hermana.

—Vamos a cumplir su petición, señorita —le indico de inmediato. Le tomo de la mano y la llevo hasta a la planta baja de la discoteca, donde ya estamos solos.

—Señor, no queda nadie más. Todos se han marchado —me indica el encargado del Afaia. Alguien a quien conozco muy bien.

—Gracias, Felipe. Cierra al salir, que vengan temprano a limpiar todo esto, y como siempre, todo queda entre tú y yo.

Felipe se marcha y Victoria me mira pensativa mientras afirma:

—No es la primera vez que haces esto.

No le contesto, pero es obvio que no. Felipe y yo hemos montado unas buenas fiestas en el Afaia a espaldas de mi padre. Pero no es necesario que Victoria lo sepa de mis labios.

Me dirijo hacia la barra y voy en busca de una botella de champán cara. Cuando Observo que Victoria ha reconocido la marca y el precio, sus ojos lo delatan cuando alzo la botella, le indico:

—La ocasión lo merece.

Lleno dos copas y le entrego la suya.

—¿Qué vas a dejar para cuando cumpla los dieciocho? —me pregunta con la mirada posada

en mis ojos.

—Ya pensaré en algo original —respondo algo nervioso, mientras le hago un guiño con el ojo y la incito a brindar.

Vacía su copa de tirón y me pide que se la rellene, pero me niego. Más por mí que por ella. Necesito estar despejado y tener la suficiente lucidez para terminar esta noche a solas con mi hermana.

—Vamos a bailar —le propongo mientras me recuerdo a mí mismo: *un último baile y a casa*, como si fuese una penitencia.

—Ya veo que tienes ganas de marcharte cuanto antes —comenta. Y la siento algo decepcionada.

La miro en silencio y pienso: *Si tú supieras de lo que tengo ganas serías la primera en salir corriendo de aquí.*

—No es mi intención que el champán se te suba a la cabeza. Podemos estar aquí y bailar todo lo que quieras. Soy tuyo el resto de la noche —intento contentarla mientras miro a sus pies y suplico porque comiencen a dolerle los tacones de infarto que lleva y eso sea mi salvación.

Victoria me muestra una sonrisa espléndida, la cual me desarma. Me acerco a ella y le doy un tierno beso en la mejilla y otro en la frente, mientras me recuerdo que esa es la única forma en la que debo besarla, de una forma fraternal.

—Eres guapísima, Victoria. —Las palabras salen solas de mi boca mientras la observo bien.

De repente, ella me besa. Cuando siento el calor de sus labios sobre los míos no sé cómo reaccionar, pero Victoria toma el control y profundiza el beso, con ansias y desesperación, como si lo desease con todas sus fuerzas.

He soñado con besarla en tantas ocasiones, con descubrir a qué saben sus labios, que me entrego al momento por completo. La tomo con fuerza por la cintura, la acerco más a mí y la alzo. Necesito tenerla más cerca, acceder por completo a todos los rincones de su boca y saciarme de ella.

Comienzo a moverme, sin soltar a Victoria, sin pensar en nada más que en lo que me hace sentir ese beso y todo lo que ha despertado en mí. La llevo hasta uno de los reservados del Afaia. En cuanto entramos la tumbo sobre un sofá y comienzo a acariciar todo su cuerpo mientras el mío arde por completo sin control. La deseo como nunca lo he hecho con otra mujer.

Victoria siente mi predisposición, me anima a que le baje la cremallera del vestido mientras ella me abre la camisa y acaricia mi pecho. No puedo evitar gemir sobre sus labios, es demasiado.

—Me vuelves loco —murmuro sobre su boca, sin dejar de besarla.

Atrevida, como jamás la imaginé, lleva las manos hasta la cinturilla de mi pantalón y lo desabrocha.

—Victoria... —gimo con los ojos cerrados, pidiendo clemencia. Es una locura. Solo espero que sea ella quién pare esto, yo ya estoy completamente perdido y no puedo.

Lejos de hacerme caso, introduce la mano en el interior de mis calzoncillos y me acaricia. Estoy duro como el acero. Nos miramos en silencio, ella suspira y gime sin parar de acariciarme. Vivo una completa tortura, maravillosa, exquisita, única. Es una locura, pero no quiero ni la puedo detener.

—Te deseo —me implora mientras me besa y no deja de acariciarme. Me vuelve loco.

Decido dejar la razón a un lado y adentrarme en el placer que provoca Victoria en mí. Llevo la mano hasta el centro de su placer y compruebo que está muy mojada.

La dejo sin ropa en un instante. Cuando ambos estamos completamente desnudos y nuestros

cuerpos se unen piel con piel es algo único. Nunca lo había sentido antes. Necesito estar en su interior.

Sin dejar de besarla, palpo con la mano mi pantalón en el suelo, accedo a mi cartera y saco un preservativo. Mi padre me enseñó que siempre debo ir preparado. Rasgo el envoltorio con prisa y me lo coloco bajo su atenta mirada, que me pone a cien. Me mira con ojos ávidos y hambrientos.

Victoria me abraza, me besa y me incita para que entre en su interior cuanto antes. Sonrío sobre sus labios al comprobar que lo necesita tanto como yo.

De una embestida, sin detenerme, dejándome llevar por la pasión, me sumerjo en ella sin pensar en nada más. Siento que se retuerce entre mis brazos y la miro con los ojos muy abiertos.

—¿Eras virgen? —pregunto confundido. Ella solo es capaz de asentir—. ¡Joder! —maldigo de inmediato. Victoria es toda una belleza, nunca hubiese imaginado que fuese virgen aún. Con su edad estuve con varias chicas que ya no lo eran.

Llevo mi frente hacia la suya. Me quedo quieto unos segundos mientras pienso con rapidez. No salgo de su interior. La miro y puedo apreciar en su mirada algo de miedo. Tengo toda la intención de hacerla disfrutar, y en ello me centro.

Llevo una mano hacia su barbilla, hago que nos miremos a los ojos, le muestro una sonrisa, quiero que confíe en mí, y me apodero de sus exquisitos labios mientras me muevo en su interior.

Me esfuerzo porque sienta su primer orgasmo de verdad y jamás lo olvide. No quiero que esta noche se borre de su memoria. Yo jamás lo haré. Victoria es una verdadera diosa que me ha enloquecido por completo. Me pregunto cómo una mujer completamente inexperta ha podido darme el mejor orgasmo de mi vida.

Terminamos derrotados, abrazados y con la respiración alterada. Siento cómo Victoria se aferra a mí. La miro con deseo, le volvería a hacer el amor, pero dejo que se recupere.

Nos quedamos dormidos y cuando escuchamos unos ruidos abajo en la discoteca nos despertamos sobresaltados. Cuando abrimos los ojos, nos miramos, sentimos nuestros cuerpos desnudos y de inmediato recordamos lo sucedido horas antes. Ambos saltamos a la vez del sofá y comenzamos a vestirnos con prisa mirándonos de reojo, sin saber qué decir.

—¿Cómo ha sucedido esto? —pregunto en voz alta en forma de reproche a mí mismo mientras la observo a mi lado, medio desnuda.

Siento que Victoria me mira decepcionada.

—¡Joder, Victoria! Esto ha sido un completo error —maldigo de golpe, mientras busco los zapatos.

Ella permanece en silencio, algo que me altera aún más. No sé qué pasa por su cabeza en estos momentos. Si siente la misma culpabilidad que yo.

La tomo de la mano y salimos del reservado con prisa.

—Señor, pensé que no quedaba nadie —me indica el chico de la limpieza haciéndome notar su presencia.

Miro a Victoria y pienso con rapidez.

—Acaban de irse todos. Nos estábamos asegurando de que no quedaba nadie —miento—. Ya nos marchamos, pueden comenzar con las labores de limpieza.

Tiro de nuevo de la mano de Victoria y reparo en que no lleva zapatos. Suspiro, le indico con un gesto que vuelvo de inmediato y voy en busca de sus zapatos al reservado. Cuando vuelvo hago que se siente en un escalón y se los coloco. Ninguno de los dos decimos nada. Yo me siento un completo monstruo por haber seducido a mi hermana. Pienso en mis padres y se me revuelve el estómago. Victoria y yo nos hemos criado como hermanos. ¿En qué maldito momento dejé de

verla como tal? Me reprocho, pero lo sé muy bien. Cuando mis hormonas se despertaron ella siempre estaba ahí y sentía que era una gran tentación. He sido débil y he caído en el pecado. Pero esto no puede volver a suceder. Victoria solo tiene dieciséis años. Mi padre me mataría si se llega a enterar de que he puesto mis ojos y mis manos en mi hermana.

Cortar por lo sano

Entramos en el coche que tengo en el aparcamiento privado del Afaia y salimos a la calle. Yo conduzco. Ambos vamos en silencio. Sé que Victoria espera que diga algo, pero prefiero meditar muy bien todo lo que ha pasado entre nosotros antes de dar ningún paso en falso.

—Victoria... —murmuro cuando la observo con la mirada fija en mí—. Esto que ha pasado entre nosotros... Lo siento —lamento—. No debió suceder jamás. No sé cómo pedirte disculpas. Es un error irreparable. Supongo que el champán se nos subió a la cabeza... —trato de justificar mi error. Me siento el único culpable—. Olvidé que eres mi hermana.

—¡No! —grita—. ¡No lo soy! —me indica con ímpetu—. No compartimos ni una sola gota de sangre —deja claro mientras me mira con dolor y decepción.

—Nos hemos criado como hermanos, hasta hace apenas un par de años no nos enteramos de la verdad —le recuerdo mientras siento que hemos cometido un gravísimo error.

—No hemos cometido ningún pecado —me reprocha de inmediato.

—Yo siento que sí —murmuro arrastrando las palabras. La cabeza me va a explotar de tanto pensar—. Sobre todo, creo que hemos traicionado a nuestros padres, al menos yo lo veo así. Por dios santo, solo tienes dieciséis años. Esto no puede estar sucediendo. —Golpeo el volante con fuerza e intento relajar la tensión que tengo en todo el cuerpo, pero no puedo.

—Ya veo —murmura. Se queda callada y no dice nada más, algo que me inquieta.

—Tenemos que olvidar lo que sucedió anoche entre nosotros —lanzo a modo de propuesta. Necesito que comparta mi forma de ver lo ocurrido.

—Si así te quedas más tranquilo... —comenta mientras me mira con decepción y me parte el alma. Estoy a punto de parar el coche, estrecharla entre mis brazos y besarla, pero me contengo.

—Me siento como un completo monstruo —le expongo en una especie de lamentación.

—No me forzaste a nada —me deja muy claro.

La miro y asiento, me tranquiliza que ella lo vea así.

—Lo sé. Pero eso no hace desaparecer el desprecio que siento en estos momentos por mí mismo —le revelo. Sé que mis palabras le duelen, pero debo ser sincero con ella.

No me responde nada más. Se queda en silencio.

Cuando cruzamos la verja de entrada de la casa en el coche, antes de bajarnos, le indico:

—Para papá y mamá la fiesta ha terminado hace poco. Por mi parte solo te ruego que olvidemos lo sucedido. Te pido perdón, Victoria. Ni siquiera puedo mirarte a los ojos —me disculpo de nuevo.

—Está bien, olvidémoslo —me indica mientras asiente.

Sus palabras logran dejarme un poco más calmado. Salimos del coche y nos dirigimos a la casa donde todos duermen. Apenas son las siete de la mañana.

En silencio, cada uno nos dirigimos a nuestra habitación. Tengo que reprimir el impulso de ir tras Victoria y estrecharla en mis brazos y besarla como deseo. Tengo que hacer las cosas bien y no dejarme llevar, me reprendo a mí mismo mientras guio mis pasos hasta el interior de mi cuarto.

Me tumbo en la cama, ni siquiera me molesto en desvestirme y pienso en todo lo que ha

sucedido entre nosotros escasas horas antes. Es mi hermana, me reprendo. Pero no puedo cambiar lo que siento por ella, ni consigo arrepentirme por lo sucedido entre nosotros. Con Victoria he descubierto que hay más de lo que he experimentado y disfrutado desde hace años en el sexo.

Me quedo dormido con los recuerdos de su piel, suave como la seda, de sus labios y su exquisito sabor, enloquecedor.

Horas después me revuelvo en la cama y vuelvo a pensar en Victoria. Está a solo unos metros de mí. Tengo que reprimir el impulso de ir a comprobar cómo se encuentra. Mi teléfono suena y es Rafa, mi mejor amigo y compañero de equipo. Ambos jugamos en un equipo de primera, pero no es de los grandes. Mi padre está cerrando un trato con el Real Capital para que entre a formar parte de su plantilla en la próxima temporada, es mi gran sueño. Jugar en el equipo del que mi padre fue capitán por tantos años y yo deseé estar en él y ganar tantos títulos como el gran Bosco Hungría.

—¿Cómo te fue con tu hermanita anoche? —me pregunta Rafa en tono jocoso—. Mi noche fue tan mal como la tuya, terminé en mi casa solo.

Me quedo en silencio unos segundos, pensando en mi noche con Victoria. Lejos de hacer de niño, como Rafa se imagina, fue la mejor noche de mi vida en muchos sentidos.

—¿Puedo ir a tu casa? —le pregunto con apremio. Necesito alejarme del mismo radio en el que se encuentra Victoria y pensar con claridad.

—Claro, tío. Aquí te espero. Sabes el código para entrar, estaré en el gimnasio.

Cuelgo, me meto en la ducha, me coloco un chándal y bajo sin que nadie me vea. Cojo mi coche y conduzco hasta la casa de Rafa. Él vive solo en un lujoso ático del centro de Madrid. Hemos hecho muchas fiestas ahí y la conozco bien.

Cuando mi amigo entra en el salón de su casa, con una toalla al cuello y sudado, viene del gimnasio, yo estoy sentado en su sofá con un café humeante en la mano.

—Estás de pena, tío —murmura Rafa en cuanto me ve.

Yo asiento mientras él se seca el sudor del resto de su cuerpo. Se sienta cerca y me mira expectante.

—¿Qué pasa? —le pregunto de forma seca.

—Tu noche fue mejor que la mía, cabrón. ¿Con quién te fuiste? —Se interesa, mostrándome una sonrisa socarrona.

—Olvídalo. Mi noche fue un completo error —murmuro con pesar.

—¿Una mala experiencia? —indaga con una sonrisilla.

Niego con un gesto, no quiero hablar del tema.

—¿Está casada? —continúa con su interrogatorio.

Vuelvo a negar, pero Rafa no se da por vencido.

—¿Una menor? —pregunta, serio—. No me digas que te llevaste a la cama a una de las amigas de tu hermana.

Lo miro serio, dejo la taza sobre la mesa, suspiro y me paseo intranquilo delante de él.

—Joder, tío, suéltalo ya —me apremia Rafa con tono molesto—. Siempre nos lo contamos todo. Sabes que soy una tumba. ¿Temes que te pueda denunciar por despecho? Seguro que si es menor quiere un cuento de hadas, y para ti fue una más, como todas.

Le hago un gesto con la mano para que no diga nada más.

—Fue Victoria —confieso con pesar.

—¿Qué Victoria? —pregunta, incrédulo.

—Mi hermana —especifico mirándolo serio.

—¿Qué?! —Rafa se levanta y se dirige a mi lado—. ¿Te has tirado a tu hermana? —pregunto con los ojos muy abiertos, puedo leer el horror en ellos.

—Joder, no es mi hermana de verdad —suelto de inmediato.

—Tío, es muy fuerte —murmura—. Vale que te tiras a todo lo que se mueve, pero ella... Con todas las mujeres que hay y tienes siempre dispuestas a tu alrededor —me reprocha.

—Victoria es diferente —murmuro.

—Ni tanto. Es tu hermana —comenta incrédulo.

—No fue como con las demás. Ella... hace años que despierta algo en mí. Anoche una cosa llevó a la otra y traspasamos el límite fraternal.

—¿Y ahora qué? —pregunta con ansiedad.

—Estoy confundido —revelo mientras me paseo intranquilo por su salón.

—¿Y ella? —pregunta en un breve susurro—. ¿Quiere un cuento de hadas?

Rafa siempre utiliza esa expresión para las mujeres que desean una relación seria y formal con alguno de nosotros.

—He sido el primer hombre en su vida, y pude leer en sus ojos el deseo y la pasión.

Rafa me mira con los ojos muy abiertos.

—Estás bien jodido, tío. Tu padre te mata. —Tras varios segundos en silencio, me pregunta —: ¿No estarás valorando tener algo serio con ella? Tiene dieciséis años, joder. Aún no sabe lo que quiere. Si vuestra familia se entera de esto será todo un escándalo. Tu padre te perderá toda la confianza. ¿Y de verdad piensas que va a funcionar? Quizás os dure unos meses, pero luego qué. Piénsalo, cuando todo acabe entre vosotros tú serás el malo, los hombres siempre lo somos. Y tu familia quedará dividida.

—Jamás he sentido por una mujer lo que Victoria despierta en mí —confieso.

—Porque era virgen. Te sientes culpable, pero no cometas el error de ofrecerle un cuento de hadas y arruinar vuestras vidas. Sois muy jóvenes. Tú te ves a tu edad con la misma mujer para siempre. Y que te quede claro, si a Victoria le pones los cuernos tu padre te corta las pelotas.

Suspiro intranquilo. Me siento de nuevo y me revuelvo el pelo.

—Tengo que alejarme de ella. Si la tengo cerca...

—Puedes venirte a vivir aquí conmigo —me ofrece de inmediato.

—No es suficiente. Seguiría teniéndola cerca —zanjo, de forma rotunda.

—¿Y si aceptas la propuesta que te hicieron hace unos meses? —me recuerda Rafa.

Lo miro y sonrío. Una luz se ha encendido al final del túnel tan negro en el que estoy inmerso. Ya ni me acordaba de esa propuesta. No le di importancia, la rechacé de inmediato y ni se la conté a mi padre.

—Manchester —murmuro, pensativo.

—Es lo suficientemente lejos como para olvidar a tu hermana —me recuerda.

—Quedarme aquí sería un error, ¿cierto? —le pregunto, confundido.

—Desde mi punto de vista, el mayor de tu vida. Tienes que vivir.

Cojo mi móvil y llamo a la persona que se puso en contacto conmigo hace unos meses. Pregunto si aún la propuesta sigue en pie y me encuentro con la sorpresa de que la han mejorado. Acepto del tirón.

Tras terminar la conversación, Rafa me da una palmada en el hombro.

—Has hecho lo correcto, amigo.

—Ahora solo falta decírselo a mi padre —murmuro con miedo.

—Tu piensa que la bronca sería peor si se entera que te has tirado a tu hermana.

—Dando ánimos eres único —le reprocho antes de despedirme.

—Que vaya bien, tío. Aquí estoy para todo lo que necesites.

Rafa es un gran amigo, el mejor que he tenido. Juerguista nato, pero leal. Es unos años mayor que yo y sé que me ha aconsejado desde la experiencia.

De camino a casa pienso y temo, a la misma vez, en la reacción que tendrá mi padre cuando le cuente que me marcho en una semana. Voy a firmar un contrato inicial de cuatro años. No estoy todo lo contento que debiera. Es un gran equipo, una gran oportunidad para mi carrera. Mi padre aún no había cerrado mi entrada para esta temporada en el Real Capital.

Cuando llego a casa todos van a cenar, menos Victoria. Pregunto por ella y mi madre me dice que aún está cansada de su fiesta de cumpleaños. Tengo el impulso de ir hasta su habitación y comprobar de primera mano cómo se encuentra, pero finalmente decido que no es una buena idea.

Cenamos en familia y no encuentro el momento de decirle a mi padre la decisión que he tomado. Es algo que quiero comunicarle a él a solas primero. Decido hacerlo al día siguiente, se levanta siempre temprano a hacer ejercicio, lo acompañaré y luego le plantearé cómo se presenta mi futuro más inmediato.

Paso la noche dando vueltas en la cama, solo pienso en Victoria. No sé si comunicarle mi decisión a ella primero o que se entere por la familia. No quiero volver a tenerla cerca, ni que me mire con esos ojos en los que puedo leer su deseo, avivan el mío y pierdo la capacidad de pensar con lucidez. Es una niña. Tiene ilusiones conmigo, pero... ¿adónde iría lo nuestro? Provocaríamos un escándalo en la familia para vivir esta atracción que sentimos. ¿Y luego qué? A mi edad no creo en el amor para siempre. Dudo que algún día encuentre algo tan duradero como lo que tienen mis padres.

Definitivamente, pensar en tener algo con Victoria es una locura. No es como el resto de mujeres que me rodea. Es mi hermana y lo seguirá siendo. He decidido dejarme guiar por la razón, el bien y la armonía familiar. Sé que tras mi decisión me va a odiar, pero también sé que se le pasará. Con el tiempo volverá a verme como a su hermano mayor.

Al día siguiente me levanto y voy en busca de mi padre. Para mi gran suerte, lo encuentro sentado en su despacho, delante del ordenador.

Suspiro antes de adentrarme en la boca del lobo y me infundo valor.

—Buenos días, papá. ¿Tienes un momento? Quiero comunicarte algo.

—Claro, hijo. Pasa. Siéntate y me cuentas. Pareces preocupado.

—Voy a ir al grano. No me voy a andar con rodeos. —Anticipo—. Voy a aceptar una oferta por cuatro años en Manchester. Creo que es una gran oportunidad.

—¿¿Cómo?! —brama mi padre, poniéndose en pie, con una mirada desafiante—. ¡Tú estás loco o qué coño te pasa! —grita fuera de sí.

—Lo he valorado. Es un gran impulso en mi carrera —murmuro con tranquilidad.

—Estoy a punto de conseguirte un gran contrato con el Real Capital, para que entres en el equipo por la puerta grande.

—No es el momento —me limito a decir.

De repente, entran en el despacho mi madre y mis abuelos, todos asustados por las voces de mi padre.

—¿Qué sucede? —pregunta mi madre con temor mientras nos mira a mi padre y a mí.

Les explico lo mismo que le he dicho a mi padre mientras este se pasea por el despacho revolviéndose el pelo, inquieto.

—Nico, cariño, ¿lo has pensado bien? —Tercia mi madre.

—Está decidido. No os estoy pidiendo permiso. Os estoy comunicando mi decisión —les

manifiesto con valentía.

—¡Estás arruinando tu vida! —grita mi padre a pleno pulmón, con los brazos extendidos.

Mi madre se interpone entre nosotros. Me levanto y salgo del despacho. No hay nada más que hablar.

Dos años y medio después

Hoy es el cumpleaños de mis hermanos pequeños. Por fin han alcanzado la ansiada mayoría de edad. No pensaba acudir a su gran fiesta. Durante estos años he evitado volver a ver a Victoria. He tratado de olvidarla, pero no lo he conseguido por completo. No sé qué me pasa con ella, pero la necesidad de saber de mi hermana no deja de tener interés por mucho que lo intento. Sin que Victoria lo sepa, me intereso por su vida cuando hablo con mi tío, mis hermanos o mis abuelos.

Mi madre ha insistido mucho en que asista a la celebración de mis hermanos, y, a última hora, he decidido hacerlo. Tengo que dar ese paso, volver a ver a Victoria y que nos tratemos como hermanos.

Apareceré por sorpresa. Nadie me espera, excepto mi madre. He tenido que decírselo porque me amenazó con presentarse en Manchester y llevarme de una oreja. Desde que me mudé se queja a menudo del poco tiempo que le dedico a mi familia y lo poco que me implico en los acontecimientos que los rodean. Creo que ya estoy preparado para volver a todo eso. Dos años y medio deben de haber sido suficientes para que Victoria y yo olvidemos lo sucedido y nos volvamos a mirar como hermanos.

Cuando aterrizo en Madrid y respiro fuera del avión me siento como en casa. En este tiempo he venido en contadas ocasiones, casi todas por compromisos profesionales. Por el momento, no tengo intenciones de volver. Mi carrera deportiva va muy bien y mis contratos publicitarios son inmejorables. Siento que vivir lejos de Victoria es lo mejor.

No paso por casa de mis padres. Voy directo al Afaia. Consulto el reloj mientras miro por la ventanilla del taxi la ciudad de noche, echo de menos la vida nocturna que tenía en Madrid, mis amigos, mi casa y mi familia, pero es el precio que estoy pagando por poner los ojos en la mujer equivocada.

Cuando llego a la discoteca de mi padre está llena. Mi madre es la primera en verme y recibirme con abrazos y besos.

—¡Mi vida! Has venido, qué alegría y sorpresa se van a llevar tus hermanos. Ven conmigo. Como sé que eres un desastre con todas las indicaciones que te doy, sabía que ibas a olvidar traer una máscara.

Suspiro y recuerdo que me lo dijo, pero no pensé que fuese importante. Admiro a todos los presentes y advierto que soy el único que no la lleva.

Me coloco la máscara negra que mi madre saca de su bolso, ella me toma del brazo y nos adentramos en la discoteca. Saludo a mi padre y luego voy en busca de una copa. La necesito antes de encontrarme con Victoria.

Mi mirada se detiene entre el tumulto en una hermosa figura de mujer. Lleva un vestido negro con transparencias y tiene un cuerpo de escándalo. Solo puedo verla de espalda, luego se pierde entre la gente. Continúo caminando, procuro no saludar a nadie ni que me reconozcan, no quiero que mis hermanos me descubran antes de sorprenderlos con mi presencia. Procuro mirar hacia el suelo mientras camino y así pasar desapercibido mientras logro llegar hasta la barra. De repente, choco contra alguien. Cuando veo que la mujer va a perder el equilibrio y caerse, la tomo con fuerza por la cintura. Luego nuestras miradas se encuentran. La observo bien y un nudo se instala en mi garganta cuando descubro a quién pertenecen los ojos que admiro. Reparo en su cuerpo y descubro que es ella la mujer que captó mi atención minutos antes.

—Nico —murmura mi nombre la mujer que tengo delante. Volver a escuchar su voz de cerca hace que el corazón me dé un vuelco por completo.

—Victoria —pronuncio con sorpresa, a la misma vez que aparto las manos de su cuerpo—. Tú... —consigo decir—. Estás... muy cambiada. —Lo cierto es que me ha sorprendido que sea ella la mujer que llamó mi atención sin reconocerla.

—¿Qué haces aquí? —me reprocha de forma abrupta. La miro bien a los ojos y no siento en ellos ni una pizca de alegría por verte, todo lo contrario.

—Es el cumpleaños de mis hermanos. Quiero darles una sorpresa. He cogido un avión a última hora —justifico algo incómodo mientras sopeso si he hecho bien en venir y causar este encuentro y todo lo que ha provocado en mi interior.

Miro a mi hermana de arriba abajo con atención. No puedo evitar cierta sensación de orgullo mientras la admiro. Se ha convertido en una mujer maravillosa, mucho más deseable de lo que la recordaba. Trago con dificultad y trato de apartar de mis pensamientos la noche que la tuve entre mis brazos desnuda. Algo que no he podido olvidar en todo este tiempo.

—No quiero interrumpir, ve con ellos —me indica apurada. Quiere deshacerse de mí, me doy cuenta de ello. Nuestro encuentro la ha alterado. Puedo leerlo en su rostro a pesar de no habernos deshecho de las máscaras. Le sonrío y la miro con atención de nuevo.

—Estás muy guapa, Victoria. Te veo diferente. —No puedo evitar el comentario.

—Te veo luego, me esperan —me indica mientras dirige la mirada hacia un grupo de personas.

Me despido de ella con una sonrisa y la esperanza de volverla a ver mientras la admiro caminar y rezo para que se dé media vuelta y me mire. Lo hace y el corazón me da un vuelco a la misma vez que el pecho se me hincha. ¿Qué tienes Victoria, que solo tú sabes provocar estos sentimientos en mí? Me pregunto con pesar.

Vuelvo a la barra y me pido una copa. Intento no saludar a nadie, por el momento no quiero que sepan que estoy en la fiesta.

Cuando llega la hora de soplar las velas me acerco con sigilo hasta mis hermanos. Todos nos quitamos las máscaras cuando los mellizos nos indican y se produce un gran revuelo cuando descubren que estoy allí. Me abrazo a mis hermanos y siento su alegría al verme. Por una parte, por ellos, me alegro de haber venido, por otra, por Victoria, no. Ha conseguido remover sentimientos que creía enterrados.

Lo que provocas en mí

Me paso el resto de la noche buscando con la mirada a Victoria. Está con un grupo de amigos y observo cómo los hombres no dejan de acecharla, en especial uno, con el que parece que tiene cierta complicidad y es su favorito entre todos. Cuando los veo bailar juntos tengo ganas de acercarme y apartar a ese tío de su lado. Trato de dominarme, ya que nunca antes me había sentido así. Intento apartar mis pensamientos y mis ojos de ella, pero no puedo. Es algo superior a mí. Victoria es como un poderoso imán que me atrae sin poder evitarlo.

De repente, advierto que mi hermana se marcha en dirección al despacho de mi padre, va sola, pero su amigo especial no tarda en ir tras ella.

Estoy hablando con un grupo de personas, de inmediato, corto la conversación, me disculpo con ellos y me marcho con prisa.

Con paso ligero me encamino hacia el mismo lugar donde se dirige Victoria. Cierta furia interior va creciendo dentro de mí conforme camino. Trato de dominarme, cojo aire, cierro por puños con fuerza, pero nada puede aplacar lo que se ha despertado en mi interior. ¿Celos? Jamás los había sentido. Eran un sentimiento que hasta el momento nunca había experimentado. Había escuchado hablar de que eran muy malos, que podían llegar a hacer perder la razón y el dominio de alguien, no lo había creído, hasta el momento. De repente, veo a Victoria en el pasillo que llega hasta el despacho de mi padre en la discoteca, abrazada a ese tío que tengo ganas de matar.

—No —escucho que pronuncia ella, alto y claro. Su negativa produce cierto alivio a mi cabreo, pero ello no hace que desistan mis ganas de coger a ese tío por la camisa y ponerlo de patitas en la calle. Bien lejos de ella.

—Creo que te ha dicho que no —pronuncio con los ojos clavados en el hombre que me mira con cara de susto. No me esperaba—. ¿Todo bien? —pregunto a mi hermana. Tengo las manos metidas en los bolsillos del pantalón tratando de dominar mis impulsos, pero si ella me indica que se ha sobrepasado con ella lo muelo a golpes.

—Sí —manifiesta de forma serena.

—Venía a acompañarla por otros zapatos —se excusa él algo nervioso. Mientras se retuerce las manos y me mira serio.

—Ya le acompaño yo. Puedes esperarla abajo —le ordeno de forma tajante. Cuanto antes desaparezca de mi vista, mejor.

Victoria suspira, su amigo desaparece en silencio y ella y yo nos quedamos mirándonos en silencio. Puedo sentir que tiene mil reproches para mí, pero no dice nada. Se da media vuelta y camina con la elegancia que la caracteriza hasta el fondo del pasillo y abre la puerta del despacho mientras que yo chasqueo la lengua, tomo una bocanada de aire, muevo la cabeza y mis pies caminan en su dirección mientras una voz interior me grita: No lo hagas, Nico.

—¿Qué pasa? —me pregunta de forma seca cuando ve que he entrado en el despacho y he cerrado la puerta. No sé ni porqué lo he hecho, soy consciente de ello cuando Victoria me lo reprocha con una mirada. Pero no me centro en ello, algo más relevante bulle en mi interior.

—¿Interrumpí algo importante con ese tío? ¿Es tu novio? —le espeto con rabia.

—Tenemos algo —murmura de frente, tranquila, mientras me mira analizando mi reacción.

Imaginarla con otro hombre hace que arda por dentro y sienta que estoy en el mismísimo infierno. Doy dos zancadas para tenerla a mi lado, la tomo por la cintura con fuerza y la acerco más a mí. Puedo sentir su aliento y esto me vuelve loco.

—Joder, Victoria. ¿Qué tienes que provocas este inmenso deseo en mí que no es capaz de despertar nadie más? —lamento con pesar mientras le acaricio el cuello con mis labios y aspiro su maravilloso aroma. Impregno mis fosas nasales de ese olor que he echado tanto de menos y me dejo llevar. Me apodero de sus labios de forma desesperada y ella se entrega al beso en cuerpo y alma. Siento que lo deseaba tanto como yo.

La alzo en mis brazos, camino con ella unos pasos y la siento sobre la mesa mientras ambos gemimos de placer.

Paramos de besarnos y nos miramos a los ojos. Creo que ambos sentimos que no hacen falta palabras cuando las miradas lo dicen todo. Puedo leer en los ojos de Victoria el más puro deseo. Ella sonríe y siento que sabe lo que provoca en mí. Se acerca a mi boca, sonríe sobre mis labios y luego se apodera de ellos con determinación. Me vuelve loco por completo.

Nos arrancamos la ropa con prisas, como si no hubiese un mañana, entre miradas cómplices y cargadas de magnetismo, y siento el maravilloso placer de estar desnudos, piel con piel. Estoy nervioso como si fuese mi primera vez, Victoria provoca tantas cosas en mí que consigue asustarme.

Cuando entro en su interior y me acoge la siento tan mía que estoy a punto de explotar de felicidad. Me detengo unos segundos y la miro a los ojos con emoción a la misma vez que me siento un hombre muy afortunado. Puedo leer en su mirada que me desea, que soy el único en su vida. Comprendo que no es solo atracción y sexo, entre nosotros existe algo mucho más mágico que me da miedo catalogar.

Comienzo a moverse con fuerza dentro de ella mientras que siento que me voy a morir de placer. Me dejo llevar y explotamos ambos a la misma vez. He estado con muchas mujeres en mi vida, pero no he tenido nada comparado con lo que Victoria me ha hecho sentir.

Me abrazo a ella, la beso y la acaricio con mimo, como si fuese de cristal. Permanecemos en silencio unos minutos mientras el ritmo de nuestros corazones vuelven a la normalidad.

—Victoria... —murmuro sobre su cabello—. ¿Qué hemos hecho? —susurro al ser consciente de la realidad.

De repente, se resuelve entre mis brazos y me mira de forma acusadora.

—¿Te arrepientes? —pregunta alterada. Se aleja de mí y comienza a buscar su ropa—. ¿No vas a decir nada? —me reprocha mientras siento decepción en sus ojos.

—¿Qué quieres que diga? —lamento—. Nos hemos dejado llevar de nuevo. Algo que pensé jamás volvería a suceder entre tú y yo y he evitado durante todo este tiempo. —Suspiro mientras me siento un ser despreciable por haber vuelto a poner las manos sobre mi hermana.

—¿Vas a negar que sentimos algo muy fuerte? —me reprocha alzando la voz, con valentía—. ¿O lo vas a solapar con el hecho de que solo es deseo, ganas de sexo? Hay muchas mujeres en esta fiesta —Alza la mano hacia el cristal del despacho por el que se ve la discoteca entera—, ¿por qué yo? —me reprocha de frente. La admiro completamente desnuda, sin importarle nada, mientras que yo termino de abrocharme el pantalón.

—Verte con ese tío... No sé... Ha despertado mi lado más salvaje —trato de justificar—. Estaba claro lo que ibais a hacer aquí si yo no hubiese llegado a tiempo —comento con rabia.

—No me tomes por una cualquiera —me espeta dolida.

—No lo hago, eres una mujer impresionante. Puedes tener a los hombres que deseas con una sola mirada —le manifiesto con admiración.

—¡Qué lástima que solo te desee a ti de esta forma incontrolada! —alza la voz, con desgarro—. Que esto que siento solo me pase contigo —revela dolida—. Cuando intento estar con otro hombre tú siempre apareces en mi cabeza y lo estropeas todo —me reprocha fuera de sí, mientras busca su ropa.

Tras sus palabras, me quedo paralizado. Mi pecho se hincha de felicidad, sonrío y me acerco a ella de forma involuntaria, llevado por mi emoción.

—Me estás diciendo que...

—Sí, joder, sí —admite sin tapujos, cabreada. Me dirige una mirada ardiente—. Tú habrás estado con mil tías desde que te acostaste conmigo y seré una más en tu larga lista, pero para mí no fue igual. Sí, fue mi primera vez, pero me marcaste, Nicolás Hungría. En estos dos años no me he acostado con nadie más por miedo a que desaparezcan tus recuerdos y que otro ocupe tu lugar, ya que no estoy preparada para soportarlo —confiesa con la más pura sinceridad, y puedo leerlo en su mirada. Mi corazón da un enorme vuelco. Cierta necesidad de tenerla más cerca se apodera de mí. Y con ello me adueño de sus labios, devorándolos con ansia.

—No he podido olvidarte en todo este tiempo. Has sido un recuerdo constante que llegué a calificar como obsesión —le confieso perdido en ella, mientras que acaricio su maravilloso cuerpo desnudo, todo mío.

Victoria se lanza sobre mis labios de nuevo y me besa con pasión. Consigue desarmarme y me deja sin sentido. Solo la quiero a ella, perderme en ella. Comienza a desabrocharme los botones de la camisa y me dejo llevar. La necesito como respirar. Nos tumbamos juntos sobre un cómodo sofá del despacho y volvemos a hacer el amor. La beso con devoción y le hago el amor con mimo, no quiero que esto termine jamás. Me pierdo en sus ojos a la misma vez que su intensa mirada ardiente hace que me sienta el hombre más feliz sobre la tierra, como nunca antes había experimentado.

Tengo abrazada a Victoria junto a mi cuerpo desnudo, después de haber experimentado un orgasmo brutal, cuando escucho pasos cerca. Agudizo el oído y escucho la voz de mi padre. ¡No puede ser!

De repente, salto del sofá como un león, le indico a Victoria que recoja su ropa en silencio, mientras que me coloco la mía con prisa y le hago seña de que se esconda tras la mesa del despacho.

Me estoy abrochando los botones de la camisa cuando la puerta se abre de forma abrupta y veo aparecer a mis padres en actitud cariñosa. Se abrazan y se besan como dos amantes.

Lo mejor para la familia

Mi padre se queda de piedra al encontrarme ahí, pronuncia:

—Nico. —Suspiro y lo miro de frente.

—¿Qué haces aquí, hijo? —pregunta mi madre mientras pasea la mirada por la estancia en busca de alguien más.

—Creo que es evidente, mi amor —carcajea mi padre mirándome de arriba abajo. No presento un aspecto muy decente.

—Papá... —comienzo a decir algo nervioso. No por mí, sino porque me descubran con Victoria. Ella está desnuda bajo la mesa. No quiero ni pensar la que se puede armar si nos ven así.

—No tienes que excusarte. Ya eres mayorcito, pero en mi despacho nunca más —me indica mi padre algo molesto—. Este lugar es de tu madre y mío —me deja bien claro.

—Siento... —No sé ni qué decir. Me quedo callado cuando noto que Victoria tira de la tela de mi pantalón—. Si me dais unos minutos... —manifiesto apurado como nunca antes en mi vida.

—Mejor termino esto con tu madre en casa —murmura mi padre—. Encárgate de los mellizos y de cerrar el Afaia. Supongo que tu noche acaba de empezar, hijo.

Solo soy capaz de asentir. No digo nada más. Solo deseo que se marchen y no descubran a la mujer con la que acabo de hacer el amor.

—Ya —aviso a Victoria cuando nuestros padres se han marchado—. Han estado cerca de descubrirnos —murmuro agobiado, paseándome por el despacho mientras me revuelvo el pelo. Esta situación se me ha ido de las manos y no sé cómo manejarla. Tengo que pensar con rapidez.

—¿Y si lo hubiesen hecho? —me pregunta Victoria de frente, enfadada. Puedo sentir su enojo en el brillo de sus ojos.

—Mi padre me hubiese cortado las pelotas.

—No somos hermanos —defiende con convicción.

—Para ellos somos sus hijos. Nunca hicieron distinciones. A mi madre podría darle un infarto —le hago ver la delicada situación en la que ambos nos encontramos. Esto no es un juego.

—Estoy segura de que si se lo explicamos lo entenderán. —Victoria intenta convencerme. La siento decidida a que lo nuestro vea la luz y eso sería un completo escándalo.

—Esto... tú y yo... No lo entenderían. No es posible —intento que lo vea desde la misma perspectiva que yo.

—Para mí lo importante es que lo entendamos nosotros. El resto del mundo me da igual —defiende.

—Es complicado, Victoria —murmuro a la misma vez que me aseguro de echar el pestillo a la puerta. No quiero más sorpresas—. Hemos vuelto a cometer un gran error —lamento a la misma vez que la miro sintiéndome el único culpable de lo que ha pasado.

Victoria me mira, pero no dice nada. Siento la decepción reflejada en su rostro, pero no puedo hacer otra cosa. Creo que alejarnos es lo mejor para la familia, pero sé que ella no lo entiende, puedo leerlo en su mirada. Se acerca a mí, me apartada de su lado, dispuesta a marcharse, pero se lo impido:

—No salgas todavía. Dales tiempo a papá y a mamá para que se marchen. —Cierro los ojos y lamento mis palabras, ya que ha hablado la razón y no el corazón.

—Vete tú, avísame por el móvil si tengo el camino despejado —propone enfadada.

Me acerco a Victoria, sé que es nuestra despedida, la miro y coloco una mano en su mejilla, la acaricio con mimo, sintiendo un último contacto mientras ella se apodera de mi boca con desesperación. Nos besamos como locos, pero, de repente, cuando estamos a punto de desnudarnos de nuevo, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad y la alejo de mí.

—Te avisaré cuando llegue abajo y puedas salir sin que nadie te vea.

Sé que le estoy rompiendo el corazón, yo mismo lo estoy sintiendo en el mío propio, pero con Victoria no puedo actuar como con el resto de mujeres. Ella es mi hermana y no quiero destruir la maravillosa familia que formamos si algo entre ella y yo no sale bien. Es muy joven y puede que solo sea para ella una ilusión, un sueño. Es necesario interponer una nueva lejanía entre ambos. Me duele, pero todo con Victoria es complicado. Solo intento hacer lo mejor para todos, aunque ella en estos momentos no lo comprenda.

Pasados quince minutos desde que salí del despacho le envío en mensaje a mi hermana en el que le indico que tiene vía libre. No me contesta, sin embargo, sé que lo ha leído.

Durante el resto de la noche no la vuelvo a ver más entre la gente de la fiesta. Le envío un par de mensajes, pero no recibo respuesta alguna.

Al día siguiente tengo que regresar a Manchester de inmediato, unos compromisos me reclaman. No vuelvo a ver a Victoria ni a saber nada de ella. Tampoco pongo mucho más empeño, creo que lo mejor es que olvidemos lo sucedido y volvamos a nuestras vidas.

Mi padre me enseñó que la familia es lo más importante en este mundo, que por ella se deben de hacer grandes sacrificios. En estos momentos lo entiendo. Estoy haciendo el mayor de todos, renunciar a la mujer que amo por temor a un escándalo, que lo nuestro no salga bien y la familia se rompa.

8

Cuatro años después

Cierro la maleta que tengo sobre la cama, la que contiene mis cosas más personales, y me despido de la casa que he ocupado en Manchester desde que llegué. Ya es hora de volver a casa. A mi país, mi ciudad y al equipo en el que siempre soñé jugar; el Real Capital. Además, lo hago con doble alegría. Mi entrada en este club junto con mi padre como entrenador del equipo. Todo un sueño.

Después de seis años fuera de Madrid, he decidido que es hora de volver. Y lo hago por todo lo alto, como un gran jugador, es un orgullo que los equipos de medio mundo se peleen por mí, con un caché muy alto y una agenda llena de eventos publicitarios por más de dos años.

Mis padres están muy orgullosos de mí, pese a que cuando me marché a jugar fuera ello supuso una gran pelea con el gran Bosco Hungría, mi madre lo aceptó de una forma más pacífica, pero sé que ambos se sintieron decepcionados. Sin embargo, lo hice por el bien de todos. A día de hoy regreso con una vida encauzada, y ambos orgullosos de mí. En breve me voy a casar con una gran mujer. Hace poco más de un año que conocí a Raquel y ella le ha dado estabilidad a mi vida. Sé que es la mujer adecuada para acompañarme en el camino de un futbolista y ser la futura madre de mis hijos. Es inteligente, paciente, culta, educada y su saber estar y su forma de ser enamora a cualquiera. La admiro. Es modelo y presentadora, una belleza, pero su interior es aún más bello. Por ello le pedí matrimonio, porque sabía que nunca iba a encontrar a otra mujer igual. La quiero y la respeto, pero no la amo. Soy consciente de ello, pero también lo soy de que nunca jamás volveré a sentir por nadie lo mismo que por Victoria. Con los años he aprendido a vivir con mi penitencia. Decidí sacrificar lo nuestro y seguir siendo la gran familia feliz sin provocar un escándalo, por cobarde, por temor a que lo que existía entre nosotros no saliese bien y luego nada fuese igual.

Cierro la puerta de la casa que ha sido mi hogar y me reúno con Raquel en el coche. Ella me espera. Entro en el vehículo, me siento en el lado del conductor y arranco el coche.

—¿Ha sido difícil? —me pregunta ella en un susurro—. He querido dejarte solo para que te despidas. Sé que, pese a las ganas que tienes de volver a Madrid, te ha costado dar el paso de dejarlo todo aquí.

—He conseguido mucho desde que llegué, y he sido muy feliz en esta casa —murmuro al atravesar la verja de la propiedad y dejarla atrás.

—Madrid nos espera y vamos a ser inmensamente felices. Ambos tenemos grandes proyectos profesionales y contamos con la familia cerca —me recuerda Raquel—. Además, también está nuestra boda —añade con un brillo especial en la mirada.

Entre ella y mi madre se están encargando de todo. Desde que le pedí matrimonio le dejé bien claro que mi papel se limitaba a aparecer en el altar el día y la hora fijado.

En el vuelo recuerdo que pasado mañana tenemos una comida en casa de mis padres. Quiere anunciar al círculo más íntimo de la familia y amigos que voy a jugar en el Real Capital y él será el nuevo entrenador del equipo.

Me queda un año repleto de reuniones familiares, es lo que tiene volver a casa y que les guste hacer celebraciones por todo. He de admitir que las he echado de menos, pero también estoy

seguro de que en breve comenzaré a quejarme de ellas y poner excusas para no asistir, como hacía antes de marcharme lejos.

Cuando llegamos al chalet en el que vamos a vivir en Madrid, en una exclusiva urbanización, no muy lejos de la de mis padres, nos encontramos con miles de cajas por medio. Miro a Raquel y ella me dice:

—Así son las mudanzas. Cajas y más cajas. En unos días habrán desaparecido todas.

Le sonrío y la abrazo. Agradecido de tenerla en mi vida. Es una mujer muy resolutiva. Entre ella y mi madre se han encargado de toda la mudanza. Tengo que admitir que solo me he preocupado por hacer mi maleta de objetos más personales.

—Seguro que tú sabes mejor dónde puede ir cada cosa. No te molestes en preguntarme dónde me gustaría —le indico desentendiéndome del tema.

—Lo daba por hecho. Yo me encargo, cariño.

—Gracias. —Le doy un beso y la arrastro hasta nuestra habitación. Solo necesito un colchón para descansar y espero que haya llegado.

A la mañana siguiente, desayuno con mi padre fuera. Teníamos que terminar de firmar unos documentos de nuestros nuevos contratos con el club.

Mientras nos tomamos un café, como a ambos nos gusta, bien cargado, él me comunica:

—No podré pasar el resto del día contigo, como hablamos. Tu madre está muy liada con la fiesta de mañana y tengo que ocuparme de mi nieta. Quiere que la lleve al parque.

—¿Victoria está aquí? —pregunto con sorpresa.

—Ella llega mañana. La niña ya está aquí con nosotros desde hace días, ello le ha permitido hacer toda la mudanza mejor.

—¿Mudanza? —indago. Desde hace cuatro años Victoria vive en Houston, adoptó a una niña apenas llegar, ya que le dio pena su situación y no sé mucho más sobre el tema.

—¿No te lo hemos dicho? —pregunta mi padre algo confuso—. Son tantas cosas... —trata de justificar—. Pero afortunadamente todas buenas. Tu hermana se traslada definitivamente a España. Va a trabajar aquí en la clínica que adquiriré. ¿No es una estupenda noticia? Toda la familia cerca de nuevo —dice con alegría mientras que en mi garganta se instala un nudo y cierta incomodidad me recorre el cuerpo.

No esperaba tener a Victoria en la misma ciudad cuando decidí volver a Madrid. Solo contaba con verla en mi boda y con un poco de suerte igual no asistía al estar tan lejos. Ahora todo ha cambiado y tendré que acostumbrarme a tener a mi hermana cerca.

—Al fin vas a conocer a Avril. Es una niña estupenda —comenta mi padre con orgullo. Lo miro y puedo leer en sus ojos todo lo que quiere a la pequeña.

—Tengo ganas de conocerla —murmuro con el pensamiento en otro lado; volver a encontrarme con Victoria tras varios años. Mil preguntas y dudas acuden en mi mente, pero, por prudencia, evito hacérselas a mi padre. En breve yo mismo las conoceré.

9

Verte de nuevo

En cuanto pongo un pie en casa de mis padres me preparo para ver a Victoria. Raquel va de mi mano mientras mi mirada, de forma inconsciente, solo busca a mi hermana. La diviso al fondo y no puedo apartar los ojos de ella. Está más guapa que nunca. El corazón me da un vuelco, se me acelera y trato de que mi futura mujer no lo note. Dirijo mis pasos hacia Victoria hasta que estamos frente a frente.

—¿Qué tal el viaje? —pregunto lo primero que se me pasa por la cabeza.

Ella me mira con sorpresa. Se toma unos segundos, en los que veo que sus ojos se posan en mi mano unida a la de Raquel, y contesta:

—Bien, algo cansada de tantas horas de vuelo —contesta de forma cordial.

He llegado a pensar que incluso me negase el saludo, pero no delante de nuestra madre. Victoria es muy correcta y educada.

—¿Así es cómo vas a saludar a tu hermana después de tanto tiempo sin verla? —me reprocha de inmediato mi madre, que nos admira a ambos con alegría.

—Oh, perdón —me disculpo—. Yo también estoy recién llegado, aunque con menos horas de avión.

Suelto mi mano de la de Raquel y me acerco a Victoria. Le doy un casto beso en la mejilla al mismo tiempo que puedo sentir su incomodidad.

—Hola, Victoria —la saluda Raquel.

Miro a mi novia y le pido perdón en silencio. Ha sido una completa descortesía mía no presentarla.

Ambas se saludan de forma cordial.

—¿No vas a saludar a tu sobrina? —me indica mi madre. Lleva a la niña en sus brazos.

Poso los ojos en la niña y, de repente, una sensación extraña recorre todo mi cuerpo. El corazón se me acelera de nuevo y fijo mi mirada en sus ojos. De forma automática, la cojo de los brazos de mi madre y le sonrío. Es preciosa. Nunca me han gustado los niños, de hecho, Raquel y yo tenemos pactado no tener hijos en unos años, ni he tenido contacto con ellos, pero la mirada tierna de Avril llega hasta mi corazón.

—Eres muy guapa, pequeña —murmuro sin poder dejar de mirarla, emocionado. No sé por qué se ha instalado un nudo en mi garganta. Ella no es hija de Victoria, sin embargo, la siento muy cercana.

—No soy pequeña, ya tengo cuatro años —me reprende de inmediato Avril. Ello provoca una enorme carcajada en mí.

—Oh, mis disculpas —le indico de inmediato. Está ofendida—. Yo soy tu tío Nico —me presento—. Tranquila, de ahora en adelante nos veremos más. —Es normal que me mire con cara extraña. No me conoce.

Me quedo mirándola y Avril relaja el semblante y me sonrío. Mi corazón se hincha de emoción y siento la necesidad de tener más contacto ella.

—Es preciosa —le indico a Victoria mientras coloco a Avril en el suelo—. Fue un gesto muy generoso de tu parte. Me lo contó mamá —le indico, refiriéndome a su adopción.

Victoria solo asiente con la cabeza mientras toma a su hija de la mano. De la forma que la mira hace que mi corazón vuelva a dar un vuelco. Verla en la faceta de madre me enternece.

—Vamos con tu padre. Es hora de dar las grandes noticias —nos interrumpe mi madre.

Todos comenzamos a caminar en dirección al jardín, lleno de amigos y familia. Dejo a Raquel con mis hermanos pequeños y acudo al lado de mi padre. Ambos admiramos a todos, expectantes, nos sonreímos con complicidad y él comienza a decir:

—Me complace anunciaros dos noticias que son un verdadero sueño hecho realidad para mí. Seré el nuevo entrenador del Real Capital —Todos aplauden con ganas. Es el gran sueño de mi padre desde que se retiró como jugador— y mi hijo —continúa, me da un golpe en la espalda y dice con orgullo—: es el nuevo fichaje estrella del equipo. Nico vuelve a España, al club que hace años lo reclama.

Nos aplauden y nos abrazamos, luego todos se acercan y nos felicitan de una forma más personal. Yo busco a Victoria entre la gente. Está seria, descolocada. No esperaba esta noticia. Ninguno contábamos con la presencia del otro al volver a España. Es algo con lo que tendremos que aprender a convivir. Me caso en tres semanas.

10

El destino

Cuando Victoria me felicita, de una forma muy seca, siento su inquietud. Deduzco que no sabía nada hasta que mi padre lo ha anunciado. Es un breve abrazo y luego se aleja de mí. La pierdo de vista ya que tras ella vienen a darme la enhorabuena más invitados.

Al cabo de unos minutos, busco con la mirada a mi hermana, la diviso alrededor de mis hermanos y de mis abuelos. Observo que no se encuentra bien. Está muy pálida. Entre todos ayudan a Victoria a sentarse y la posibilidad de que le pase algo hace que aparte de mi lado a las personas con las que hablo y acuda al lado de ella de inmediato.

Sin importarme nada, me arrodillo a su lado, le tomo una mano y le pregunto preocupado:

—¿Estás bien? —Una gran angustia me encoge el corazón.

Nos miramos en silencio y tengo que reprimir unas ganas enormes de besarla.

—Sí —contesta, y su voz hace que sacuda la cabeza y aleje la idea de estrecharla contra mi pecho y olvidarme de todos los que nos rodean —. Solo es cansancio —asegura, pero levanto una ceja y lo pongo en duda—. Estoy bien, aquí la médica soy yo —recalca.

Miro a su amiga, por mi madre sé que también es médico y ha convivido todo este tiempo con Victoria en Houston, y espero que ella me indique que realmente está bien. Asiente y me tranquiliza un poco.

—Yo también estoy muerta. Me despido —murmura Vanesa y da por sentado que ambas están cansadas del largo viaje.

—Cariño, ve a descansar a tu nueva habitación. Ahora es la de Nico —escucho la voz de mi madre, se dirige a Victoria, ni siquiera he sido consciente del momento en el que ha llegado—. Yo me ocupo de la niña.

De inmediato, me pongo en pie y me ofrezco:

—Yo la acompaño.

La tomo de la mano con fuerza y tiro de ella. Victoria intenta deshacerse de mí, pero no dejo que lo haga. Creo que mis ojos reflejan que en ese momento nada me importa más que ella y accede para no dar de qué hablar a los demás.

—Nico siempre ha tenido debilidad por su hermana, desde que llegó a casa siempre la ha protegido —comenta mi abuela con orgullo. Le dedico una sonrisa y camino junto a Victoria dejando a todos atrás.

—No es necesario que vengas —manifiesta Victoria cuando ya nos hemos alejado de todos —. Sé el camino y no te necesito para nada. Me encuentro bien. Gracias por la preocupación. Vuelve con los invitados y tu prometida.

—Estás muy pálida. —La miro con atención—. Y he sentido tu pulso acelerado.

Victoria no dice nada. Nos limitamos a seguir caminando en dirección a su habitación.

—Me gusta que seas tú quien ocupe ahora mi cuarto. —Le hago saber mientras abro la puerta.

—Es temporal —murmura con cierto toque de rabia y esto hace que se despierten todas mis alertas.

—¿Te vas a marchar de nuevo a Estados Unidos? —pregunto con miedo. Algo dentro de mí no quiere que se aleje.

—No. Pero estoy buscando una casa para mí y para Avril —su respuesta consigue que me tranquilice un poco.

—¿Cuál es la razón por la que no os quedáis aquí si tenéis de todo? —me intereso.

—Necesito mi propio espacio, intimidad.

—¿Hay alguien en tu vida? —pregunto de golpe. Un ataque de celos me ha sobrevenido.

—Sí. Y llegará en breve para compartir su vida conmigo y con mi hija.

Una gran furia se desata en mi interior. Me llevo las manos a la cabeza y me paseo intranquilo por la estancia mientras me pregunto cómo será verla con otro hombre.

—Espero que sea alguien que te merezca. Eres una mujer maravillosa. —No puedo decirle otra cosa. Solo yo soy el causante de esta situación—. Estás muy cambiada —murmuro con nostalgia, al mismo tiempo que rememoro la última vez que la tuve entre mis brazos.

—Sí, cuando me fui era una tonta ingenua. Los años y otra cultura me han cambiado. Me considero más fuerte. —Siento sus palabras como un reproche.

—Me refería a tu exterior —aprecio con la mirada clavada en su cuerpo.

Ahora lleva el pelo más corto, algo que le da un toque de elegancia. No lo tiene tan rubio, pero le sienta de maravilla, y las facciones de su rostro están más definidas. También creo que se ha puesto pecho, pero no estoy seguro de ello.

La siento más mujer, y maldita sea, me atrae más que nunca. Desde que la he visto he lamentado cada segundo la decisión que tomé años atrás de alejarme de ella. ¿Cómo pude pensar que en algún momento me cansaría de ella o al contrario? En los ojos de Victoria he apreciado el mismo fuego que en los míos. Me equivoqué, pero ya no hay marcha atrás.

—No soy la única que ha cambiado. Mírate tú, por fin has sentado la cabeza, tienes una relación estable y vas casarte. Supongo que pronto formaréis una familia —murmura Victoria con dolor.

Un nudo se instala en mi pecho cuando siento todo lo que ha debido sufrir en estos años cada vez que me haya visto en la prensa con una mujer diferente. En mi vida no ha habido una relación seria hasta que llegó Raquel, pero anteriormente a ella si hubo muchas mujeres, tantas que he perdido la cuenta. Y la maldita prensa siempre estaba ahí para sacar a la luz cada lío que tenía.

—Mamá, quiero dormir contigo —nos sorprende la voz de Avril.

—Y yo contigo, mi vida. Vamos a tu habitación que seguro es más bonita que la mía —le indica Victoria.

Me quedo embobado en el amor que los ojos de mi hermana reflejan hacia su hija, consigue emocionarme. Nunca he deseado ser padre hasta el momento, pero Avril ha llegado a mi vida para despertar ese extraño sentimiento.

11

Recuerdos

Llegamos al Afaia para celebrar que mi padre y yo somos los dos grandes fichajes del Real Capital para la próxima temporada. La discoteca está llena de gente, fuera hay prensa. Mi padre y yo nos encargamos de atenderla mientras que mi madre y Raquel se alejan para dejarnos todo el protagonismo a nosotros.

Tras atender a los medios, me preparo para volver a poner los pies de nuevo en el Afaia. No he venido más desde que estuve aquí con Victoria la última vez.

En cuanto entro, toda la gente comienza a aplaudirnos a mi padre y a mí. La discoteca está llena de gente. De forma inconsciente, busco a mi hermana con la mirada, pero no doy con ella.

Raquel se acerca a mí, me besa y la tomo de la mano. Saludamos a mucha gente y ya entrada la noche le pregunto a mi hermano Jorge por Victoria.

—Se ha ido a descansar unos días. Ya sabes cómo es ella. Hace años se desvinculó de las fiestas y todo el rollo este. Se convirtió en la más formal de la familia junto con mamá —carcajea.

Cuando estoy a punto de preguntarle a mi hermano dónde se ha marchado Victoria mi prima Estela nos interrumpe.

—Una gran fiesta, primo. Hacía años que no venías por aquí —comenta con cierto tono que me hace sospechar que debe de estar al tanto de lo que Victoria y yo tuvimos. Son grandes amigas.

—La última vez que estuve en el Afaia fue cuando Jorge y Damián cumplieron dieciocho años —murmuro.

—Veo que lo recuerdas bien —apostilla Estela.

Luego ella desaparece, unas amigas la llaman y yo me acerco a la barra a pedir una copa. Creo que la necesito.

Raquel se acerca a mí y me susurra en el oído:

—Una gran fiesta. Todos te adoran.

—Estoy deseando marcharme —murmuro con desánimo. Los recuerdos de la última vez con Victoria en este lugar me están matando.

—Podemos irnos a un lugar más privado —propone mi prometida de forma sensual.

Le dirijo una mirada y acepto de inmediato. Daría lo que fuese por salir de aquí.

Raquel tira de mi mano en dirección a la planta superior y leo en su mirada su intención.

—Aquí no. El despacho de mi padre es sagrado —murmuro. Ella sonríe y yo tiro de su mano para marcharnos, a la misma vez que revivo todos los recuerdos junto con Victoria en el despacho de mi padre cuando casi nos descubrieron.

No tengo ganas de conducir y le pido a Raquel que lo haga ella. Paso todo el camino con los ojos cerrados, sin poder dejar de pensar en Victoria. Yo creía que la había olvidado, pero ha sido volver a tenerla cerca, ver sus ojos y revivir todo el fuego que pensaba apagado para siempre.

Cada minuto que pasa se intensifica el leve dolor de cabeza que comenzó cuando entré en el Afaia y descubrí que Victoria no había acudido a la fiesta.

Cuando llegamos a casa vamos directos a la habitación, Raquel me besa y le devuelvo el gesto por cortesía, pero cuando ella comienza a desnudarse le indico:

—Tengo un dolor de cabeza terrible. ¿Podrías traerme un par de pastillas?

Ella me mira un poco sorprendida. Yo siempre estoy dispuesto para el sexo, creo que es la primera vez en mi vida que rechazo a una mujer completamente entregada, pero no puedo sacarme a Victoria de la cabeza.

Raquel asiente, se coloca mi camisa y va a la cocina a por un vaso de agua y algo que me ayude con el dolor de cabeza.

—Gracias —le indico mientras me tomo los analgésicos.

—Pronto prometeremos eso de en la salud y en la enfermedad... —bromea. Me da un beso en la frente y me coloca bien la almohada. Me recuesto en ella y cierro los ojos a la misma vez que siento que Raquel se acuesta a mi lado.

Paso toda la noche soñando con Victoria, no puedo sacármela de la cabeza. Doy mil vueltas en la cama hasta que me levanto y me marcho al sofá. No quiero molestar a Raquel más. Consigo dormirme hasta que unas voces me despiertan. Cuando entreabro los ojos veo a mis hermanos, mi primo y mis mejores amigos.

—¡Sorpresa! —gritan a la vez. Los miro bien mientras me pregunto de qué vienen disfrazados.

—Nos vamos de despedida, hermanito —anuncia Jorge. Damián tira de mi mano y el resto de chicos comienza a ponerme una camisa de ramos tan fea como la que llevan ellos, junto con un sombrero.

—¿Otra despedida? —me quejo. He perdido la cuenta de todas las que me han hecho.

—Esta será la última, prometido —dice Damián, sonriente.

—¿Dónde me lleváis? —pregunto con desgana.

—Tranquilo, vamos en plan relax —comenta mi primo.

Yo los miro a todos y temo por lo que me tengan preparado.

Los chicos me llevan a Ibiza, allí alquilamos un velero y nos quedamos en este. Es nuestro alojamiento. Es muy grande y tampoco somos tantos, solo ocho, por lo que nos permite tener nuestro espacio. Yo me he quedado con un camarote para mí solo, algunos de ellos lo comparten, pero lo cierto es que apenas duermo desde que vi de nuevo a Victoria y prefiero pasar las noches solo, dando vueltas en la cama o paseos por la habitación hasta que el sueño o el cansancio se apiadan de mí.

Hoy, cuando he despertado, me he dado cuenta de que estábamos en alta mar. Cuando le he preguntado a mi hermano Jorge dónde nos dirigimos me ha indicado que nos trasladamos de isla. Han decidido ir a Mallorca. Al parecer nos han invitado a una fiesta en una discoteca de allí donde nos reuniremos con más gente con ganas de estar presente en mi despedida.

Bailo en la cubierta del barco, anclado en el puerto, mientras disfruto de la fiesta que me han organizado en este. Todos vamos vestidos de romanos, me siento ridículo con estos trapos enrollados, pero paso del tema e intento pasármelo bien y tratar de sacarme a Victoria de la cabeza como sea.

De repente, escucho que una voz femenina grita el nombre de mi primo Declan, desvío la mirada y tengo que sacudir la cabeza con fuerza y repasar cuantas copas me he bebido para cerciorarme de que no veo alucinaciones. Es Victoria, está ahí con su hija en brazos, acompañada de mi prima y su amiga.

—¿Qué hacen aquí? —pregunto entre dientes, serio, mientras hago un esfuerzo porque la copa que tengo en la mano no se me caiga.

—Se estaban bajando del yate de tu padre —murmura Declan.

Desvío la mirada y compruebo que lo que dice es cierto. Ahí está, el impresionante yate de Bosco Hungría. De inmediato ato cabos, mi madre me dijo que Victoria se había marchado unos días de descanso, y ahora concluyo que ha sido a la casa que mi padre tiene aquí. ¡Joder! qué coincidencia, maldigo.

Sumergido de lleno en mis conjeturas, no me he dado cuenta de que mis hermanos y mi primo se han bajado de nuestro barco para ir a saludarlas. Suspiro, dejo la copa sobre una mesa y voy hasta Victoria, mi prima y su amiga con la mejor de mis sonrisas.

Aprecio que Avril está dormida en los brazos de Victoria. La niña consigue captar toda mi atención, le acaricio el rostro y murmuro:

—Qué bonita es. ¿Qué tal habéis pasado el día? —se me ocurre preguntar. Siento una gran tensión en la mirada de Victoria e intento disiparla.

—De maravilla —contesta mi prima.

—Mira que terminar tu despedida de soltero aquí... —murmura Estela.

—Sí, toda una casualidad —contesto con los ojos posados sobre los de Victoria.

—¿Nos vamos? Avril pesa ya demasiado —se queja Victoria.

De inmediato, cojo a mi sobrina en brazos y libero a su madre de la carga.

Cuando siento el calor de la pequeña sobre mi pecho una gran ternura aparece en mi interior. La admiro, la acuno con más fuerza y le doy un beso en el cabello mientras caminamos.

—Tenemos el coche allí —indica Estela.

Victoria abre la puerta del vehículo y yo introduzco a la niña con cuidado.

—Gracias —murmura.

—No hay de qué. Es mi sobrina —comento sonriente.

—No. No lo es. Ella no es mi hija —suelta de golpe, con demasiada brusquedad. Sin embargo, entiendo que todo lo que venga de mí le siente mal. La miro y percibo que tiene la mirada cargada de reproches que intenta ocultar.

—Pero tú la consideras como tal. Solo hay que mirar a esta niña a los ojos para amarla. Te aseguro que la quiero como mi sobrina. —Creo que mis palabras la conmueven ya que siento que se relaja un poco.

Entra en el coche en silencio y abrocha el cinturón de seguridad de la silla de Avril. Yo no dejo de observarla, cuando pienso que no me va a mirar más, se gira y dice:

—Que disfrutes de tu despedida de soltero.

Solo soy capaz de realizar un asentimiento con la cabeza mientras resuenan las palabras *despedida de soltero* y pienso en que ella no será la mujer que me espere en el altar.

Cuando desaparece ante mi vista el coche, vuelvo al barco con mis hermanos y mi primo. Desde cubierta mis amigos nos llaman, me reciben con una copa recién echada y volvemos a bailar.

Una hora después a Jorge se le ocurre pasar el resto de la noche en una cala a la que solo se tiene acceso en barco. Cuando vamos a poner el velero en marcha algo falla. Jorge y Damián maldicen, ellos se encargan de la embarcación, como yo, saben manejarla, hemos usado mucho el yate de mi padre, y, de repente, se les ocurre que nos cambiemos de barco y nos marchemos en el yate que mi hermana acaba de dejar amarrado a puerto al lado del nuestro.

Me niego en un primer momento, por si Victoria lo va a volver a utilizar al día siguiente, pero los mellizos me aseguran que volveremos antes de que amanezca.

Llegamos al yate y mientras mis hermanos se encargan de los mandos de este yo voy al baño del camarote principal a deshacerme del disfraz que llevamos, ya no lo soporto más.

De repente, cuando abro la puerta, me topo de frente con Victoria. De nuevo sacudo la cabeza y creo que se trata de una alucinación, pero no lo es.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de forma abrupta.

—¿Y tú? —recalca con sorpresa.

—Hemos trasladado la fiesta a este barco. Íbamos a zarpar y hubo un problema en el motor y como vi que os habíais marchado... no pensé que volverías a usarlo —manifiesto algo confuso.

—¿Zarpar? —pregunta con los ojos muy abiertos. Se dirige a la ventana del camarote y comprueba que hemos salido de puerto.

—¡Para este yate! —grita con fuerza. Intenta salir del camarote, pero no lo permito—. ¿A dónde vamos? —pregunta alarmada.

—A una cala donde solo se puede acceder en barco. Fue idea de los mellizos —murmuro.

—¡No lo puedo creer! —lamenta alterada—. Avisa al capitán para que dé la vuelta de inmediato —exige.

—Tranquilízate. No hay capitán, dirigen el yate los mellizos —le revelo, acercándome a ella y tomándola por ambos brazos para tratar de tranquilizarla—. ¿Me vas a decir qué haces aquí? —intento averiguar. Hace apenas una hora vi cómo se marchaba con su hija, mi prima y su amiga.

—Se me olvidó el móvil y el perrito de peluche de Avril, si se despierta y no lo tiene no se duerme —me indica mientras yo poso la mirada en el peluche en sus manos.

La miro y siento que ardo por dentro. En un impulso la tomo por la cintura y la acerco más a mí. Consigue volverme loco.

—¡Qué pena! Pensé que eras una sorpresa especial —revelo con pesar.

—No seas cínico —me reprocha, alterada.

—Desde que has vuelto, y tan cambiada, me has alterado el sueño —le confieso sin pensar.

—Siento las molestias —contesta con ironía.

—Mi madre no me dijo que volvías a España definitivamente —comento, pero consigo que suene como un reproche.

—Yo tampoco sabía que habías fichado por el Real Capital y que te trasladabas a Madrid —revela molesta.

—Victoria... —murmuro su nombre en una especie de lamento—. Hace cuatro años... —siento que necesitamos sacar lo que ambos llevamos por dentro, quizás así sea más fácil de ahora en adelante.

—No remuevas el pasado —dice de inmediato—. Ahora tú te vas a casar y yo quizá no tarde en hacerlo.

Tras escuchar sus palabras la bilis me sube a la garganta. Tengo que hacer grandes esfuerzos por dominarme. Me imagino que Victoria no ha sido una santa en todos estos años, pero yo no lo he visto. No estoy preparado para tenerla frente a frente con una pareja. Una voz en mi interior grita: te quiero para mí, pero mi razón intercede y me recuerda que es una completa locura.

—¿Estás con alguien? —Logro preguntar y parecer normal—. Digo... en serio —indago.

—Sí. Llevamos un tiempo juntos. Se llama William e iba a pedirte que lo incluyeses en la lista de tu boda. Iré con él —revela con una gran sonrisa.

Recibo sus palabras como si fuese un tiro en el pecho. Casi me tambaleo y me caigo para atrás. ¿Qué esperabas? Es una mujer increíble, grita mi conciencia.

—Bien. —Soy incapaz de decir nada más.

—¡Para este barco! Necesito llegar de nuevo a puerto —grita la voz de Victoria.

Ignoro su orden. Me acerco a ella, aspiro su aroma y la abrazo sintiendo que la he perdido por imbécil y cobarde.

—Si alguna vez te hice daño, te pido perdón —susurro en su oído, arrepentido de cómo fue todo entre ambos.

La abrazo, me arriesgo a que me rechace, pero no lo hace. Cuando siento que se aferra a mí le acaricio la espalda, permanecería así con ella el resto de nuestras vidas.

Victoria rompe el momento, me mira, sonrío y entiendo que es el punto y final a lo nuestro.

Subimos a cubierta y todos se sorprenden al ver a Victoria conmigo.

—Llevamos un polizón a bordo, hay que dar la vuelta —le indico a los mellizos.

Victoria le explica a todos por qué regresó de nuevo al barco y finalmente hasta brinda con nosotros por insistencia de Declan.

Cuando llegamos a puerto insisto y soy yo quien la ayuda a bajar del yate. Le doy un casto beso en la mejilla a modo de despedida mientras que hago grandes esfuerzos en ello. De no ser porque tengo los ojos de mis hermanos y mi primo sobre mí hubiese besado a Victoria como deseaba.

Siempre apareces en mis sueños

Cuando vuelvo al yate y zarpamos de nuevo me tomo una copa bien cargada. Necesito sacarme a Victoria de la cabeza como sea. Llegamos a la cala privada, nos lanzamos al agua y nos bañamos en el mar de noche. Luego nos fumamos unos porros en la playa, delante de una hoguera que hemos hecho, y finalmente, tras una noche muy movida, ni recuerdo cómo ni cuándo volvemos al barco.

De repente, siento que una gran ola me atrapa y no puedo respirar. Me sobresalto de forma abrupta y me doy cuenta de que estoy en una cama. Miro a mi alrededor y reconozco el camarote del yate de mi padre. Fijo la mirada en la mujer que tengo delante y descubro que es Victoria. Me observa con cara de pocos amigos. Sacudo la cabeza y me doy cuenta de que me ha despertado a conciencia con agua en la cara y algunos restos de hielos que quedan por mi pecho.

Cuando voy a protestar, ella me ordena:

—Bébetelo. —Es un café recién hecho. Su olor lo deja claro. Me siento fatal. La cabeza me da mil vueltas. Me lo bebo sin rechistar, lo necesito.

Luego me tumbo en la cama y me pregunto en silencio qué hace Victoria aquí, pero me siento tan mal que apenas salen las palabras de mi boca.

—Te recuperarás —murmura mientras que lo siento como un reproche.

Me incorporo un poco, mientras hago memoria de cómo terminé la noche, y atrapo una mano de Victoria entre las mías, no quiero que se vaya.

—Gracias por estar aquí —susurro agradecido.

—Los mellizos fueron a buscarme. Te has pasado —me reprocha como si tuviese derecho a hacerlo.

—Lo sé —acepto—. Todo esto me supera —revelo con pesar—. Tú me superas —reconozco de frente—. Todo lo que provocas en mí —manifiesto con valentía—. Ojalá no fueras mi hermana —lamento—, ojalá mis padres no te hubiesen adoptado. Ojalá nos hubiésemos cruzado en esta vida como lo he hecho con tantas mujeres que no me han hecho sentir ni la mitad que tú.

Ante mi confesión, Victoria se queda callada. No dice nada, pero en su rostro aprecio que mis palabras le han llegado al corazón.

Me desespera que no diga ni haga nada, y, en un impulso, me aproximo a ella, la acerco más a mí tomándola por la cintura y me apodero de sus labios. He deseado besarla desde que la vi en casa de mis padres. No he podido sacarme de la cabeza su boca y necesito comprobar que sigue siendo la mujer a la que más me gusta besar y hace que se despierten en mí sentimientos que ninguna otra consigue.

Cuando siento que Victoria me corresponde al beso gimo sobre sus labios. La acerco más a mí y me fundo en ella sin pensar en nada más. Solo en nosotros.

De repente, Victoria me aparta de ella. La miro y luego escucho unos toques insistentes en la puerta.

—¡Joder! —maldigo en voz alta mientras me tumbo en la cama—. Dejadme con ella. Solo la quiero a ella —les dejo claro a mis hermanos cuando aparecen en el camarote.

—Aún le duran los efectos —justifica Victoria lanzándome una mirada reprobatoria—.

Vamos a dejarlo solo —dice, pero yo no lo permito:

—No te vayas, Victoria —suplico mientras extendiendo la mano hacia ella.

De repente, mis hermanos se marchan y me encuentro a solas con Victoria. La miro y la deseo más que nunca, maldigo todo lo que me hace sentir y no poder controlarlo. Me doy media vuelta en la cama y me abrazo a la almohada en busca de un consuelo que sé que no llegará, pero, al menos, tengo la certeza de que cuando me quede dormido aparecerá en mis sueños, como siempre sucede.

Intentar lo imposible

Cuando pierdo la cuenta de las horas que llevo durmiendo y encerrado en el camarote, decido subir a cubierta. Para mi gran sorpresa descubro que ya no estamos en el puerto de Palma, sino en el de Barcelona. Lo conozco bien.

Me paseo por la cubierta y solo encuentro a Rafa, uno de mis mejores amigos. Se está tomando un café mientras lee la prensa.

—Al fin resucitas, amigo —murmura mientras me repasa de arriba abajo—. ¿Todo bien? —se interesa y sé que esta pregunta lleva un doble sentido. Es la única persona del mundo a la que le he contado lo que tuve en el pasado con Victoria.

—Se intenta. —Me siento a su lado y me sirvo un café. Rafa no deja de mirarme al detalle y ello consigue crisparme—. ¿Qué pasa? —pregunto de malas formas.

—Madre del amor hermoso —suelta con una gran carcajada—. ¿No me digas que aún sigues pillado por tu hermana? Es eso, ¿verdad? —inquire.

—¡¿Quieres callarte?! —le reprendo de inmediato. Miro que no haya nadie alrededor.

—Tranquilo. Estamos solos. Estos han ido a comprar provisiones hasta que el avión de tu padre esté listo para volver a Madrid —me indica Rafa—. Yo me quedé de niñera.

—Muy gracioso —le indico con ironía.

—Te has pasado, y bien, tío. Victoria llegó al yate porque realmente creímos que necesitabas atención médica. Los mellizos no querían que te llevásemos al hospital ya que eso supondría un escándalo. Nunca te he visto beber tanto ni en ese estado —reflexiona Rafa, ya más serio—. Ella el es motivo —reconoce con seguridad.

Lo miro y asiento. ¿De qué me sirve mentir? Rafa es mi mejor amigo, es una tumba, y conoce todos mis secretos.

—Tengo que olvidarla —lamento mientras me paseo las manos por la cabeza.

—¡¿Tienes?! —pregunta, sorprendido—. Te vas a casar, pedazo de cabrón —me recrimina—. No me digas que tu hermana no es tema olvidado.

—Desde que la vi hace unos días no dejo de pensar en ella —reconozco en voz alta.

—La verdad que Victoria está buenísima. Ha mejorado con los años —comenta, pero de inmediato se calla cuando lo miro serio.

—No soy ciego —le espeto de forma abrupta.

—¿Te pone más tu hermana que tu futura mujer? —se atreve a preguntar. Lo miro serio y molesto, pero finalmente asiento. Rafa suelta una fuerte carcajada—. ¡No te cases, tío! —exclama.

—Lo tengo que intentar. Sé que Raquel es la única mujer con la que puedo olvidar para siempre de Victoria.

—Vas a intentar lo imposible —asegura—. Si en todos estos años no has podido...

—¡Joder! —maldigo—. ¿Por qué ella? Victoria. Todo es tan complicado... —me quejo.

—Así es la vida —murmura Rafa—. Échale cojones y lucha por ella. Está claro que no fue solo sexo ni una atracción puntual. Victoria te tocó el corazón.

—Me caso en unos días.

—Mejor antes que después. Te lo dice uno que se divorció a los cinco meses de casarse.

—Sería un escándalo —murmuro en un lamento—. Mi padre y mi madre...

—Deja de pensar en ellos de una vez. Por ellos, por hacer lo que hace un hijo ejemplar, sacrificaste lo que sientes por Victoria. Nunca pensé que estuvieses tan pillado. Por temor a que lo vuestro saliese mal y la familia se viese perjudicada, pero creo que la vida te ha enseñado en estos años que quién no arriesga no gana.

—Éramos muy jóvenes y teníamos muchas cosas por vivir —justifico.

—¿Consideras que las has vivido todas o aún quieres seguir huyendo de lo que sientes?

—Ella está con alguien —murmuro con pesar.

—¿Qué siente por ti?

—No lo sé.

—A estas alturas de nuestras vidas no me vengas con esas. No somos unos adolescentes —me reprocha.

—La he besado. Y me ha respondido con las mismas ganas —revelo.

—Ahí tienes la respuesta. —Rafa me apunta con un dedo y me sonríe con satisfacción.

Luego nos interrumpen los mellizos y mi primo. El resto ya se han marchado. Solo nosotros cinco volveremos juntos en el avión de mi padre a Madrid.

15

Noches sin dormir

Me despierto sobresaltado en medio de la noche y encuentro a Raquel a mi lado. Está sentada en la cama y me mira preocupada.

—Desde que hemos vuelto no descansas nada —murmura—, pero es normal, mi vida. Es tu sueño. Jugar en el Real Capital, cumplir tus expectativas y estar a la altura de las exigencias de tu padre como entrenador. Comprendo que solo sueñes con la victoria cuando consigues quedarte dormido.

—¿La victoria? —pregunto algo confundido. No sé de dónde puede haber sacado esa conjetura.

—Sí. Cuando consigues dormirte, después de dar mil vueltas en la cama, solo murmuras; victoria. Tienes mucho estrés. No te obsesiones con ganar.

Raquel me abraza y yo estoy en trance. No sabía que hablaba en sueños. Me quedo de una pieza porque en mis sueños solo aparece la imagen de una mujer, y es Victoria. Nada que ver con la victoria que Raquel se imagina.

Me abrazo a ella y suspiro. Luego la miro a los ojos y leo en ellos su bondad y soy incapaz de decirle que no la amo. Que en mis pensamientos siempre está otra mujer. No se lo merece.

Me abrazo de nuevo a ella y rezo para poder enamorarme de la maravillosa mujer que tengo junto a mí y me lo da todo sin condiciones. No se merece que no la ame ni la deje plantada días antes de la boda. Todo es por mi culpa y tendré que acarrear con las consecuencias.

Mi padre lleva dos días pidiéndome que firme unos documentos para un nuevo negocio que vamos a emprender juntos, pero no he tenido tiempo.

Mi teléfono suena y resoplo cuando veo que se trata de mi padre. Raquel está a mi lado y sonrío. Está al tanto de que tengo pendiente la firma de esos documentos y ambos sabemos que lo que toca en cuanto descuelgue la llamada es una regañina del gran Bosco Hungría.

—Papá, en media hora pensaba pasarme por tu casa para recoger los papeles —le indico sin darle la oportunidad de decir nada.

—Están en el despacho de casa. Yo estoy en una cena con tu madre. Esos documentos tienen que estar firmados antes de las ocho de la mañana, Nico —me recuerda con voz seria.

—Los tendrás —le aseguro mientras suspiro.

—Eso espero. Llevo una semana detrás de ti para que los firmes —me recuerda cabreado.

—He estado muy liado, pero estarán a tiempo.

Cuando cuelgo miro a Raquel y me disculpo con ella. Le había prometido que el resto del día sería nuestro. Desde que llegamos a Madrid apenas hemos pasado tiempo juntos.

—No te preocupes, ve. Te estaré esperando —dice con una sonrisa. Siempre tan comprensiva. Le doy un beso en la frente y me marcho.

De camino a casa de mis padres me pregunto si Victoria estará ahí. No había pensado en ello, pero la posibilidad de verla me inquieta a la misma vez que me alegra.

Cuando entro en la propiedad veo la luz del salón encendida. Me bajo del coche y observo que la puerta de entrada se abre y es Victoria quien está ahí para recibirme.

—¡Qué sorpresa! Papá y mamá están de cena —anuncia de inmediato. Yo le hago un gesto afirmativo con la cabeza y le doy a entender que estoy al tanto mientras la repaso de arriba abajo.

¿Cómo puede estar tan guapa y deseable sin arreglar y sin una sola de maquillaje? Sus ojos son tan bonitos que cada vez que los miro me deja con taquicardia.

—Solo he venido a recoger unos documentos del despacho de papá, me hacen falta para mañana —comento adentrándome en el salón mientras me reprocho que me suden las manos y la frente al tenerla cerca.

De repente, me encuentro con otros ojos azules que consiguen revolucionar más, si cabe, mi corazón. Avril se encuentra en el sofá del salón y me mira en silencio. La noto algo cortada, por ello me dirijo a su lado y la saludo.

—Hola, preciosa. ¿Me das un beso? Soy tu tío Nico —intento ser alguien más cercano para la niña. Que no me vea como a un extraño. Por alguna razón me importa que me quiera y me vea como a su tío.

Para mi gran sorpresa, Avril se acerca a mí y me da un beso y un abrazo. Lo que siento cuando esa pequeña está junto a mi pecho no lo puedo describir.

—Eres el más guapo de mis tíos. Y tienes los ojos azules como mamá y yo —comenta mi sobrina, algo que me halaga y siento que me hace más cercano a ella.

De repente, Victoria se acerca y coge a su hija en brazos, como si por alguna razón quisiese alejarla de mi lado. Seguro que ha intuido que Avril y yo hemos conectado.

—Yo creo que los tres somos los más guapos de la familia —le susurro a mi sobrina en el oído. Ella asiente, feliz, y me sonrío.

—¿Te gustan las pizzas y las pelis de princesas? —pregunta de forma espontánea mi sobrina.

—Las pizzas me encantan. Las pelis de princesas no tanto —le revelo con sinceridad y siento su decepción de inmediato—. A mí me gusta más el fútbol.

—Vamos a hacer una cosa. Ves la peli de princesas conmigo y otro día jugamos al fútbol —resuelve de inmediato mientras que yo la admiro con la boca abierta.

—Me parece un buen trato —consigo decir mientras que choco mi mano con la de ella—. ¿De qué habéis pedido las pizzas? —me intereso.

—De pollito, york y mucho queso. Mis preferidas —dice Avril.

—Qué coincidencia, también son mis preferidas —revelo, y Avril, emocionada por coincidir en gustos, se abraza a mí. No sé por qué, pero esta niña me entenece mucho.

Llegan las pizzas y soy yo quien insiste en recogerlas y pagarlas. Cuando veo que son dos cajas grandes pregunto:

—¿Pensabais tener invitados o coméis mucho?

—Siempre pedimos demás —dice Victoria.

—Pon la peli, mami —insiste Avril señalando la televisión.

Victoria le da a reproducir la película y posteriormente se encarga de cortar las pizzas mientras yo la miro embobado. Luego le ofrece un trozo a su hija y otro a mí. Cuando nuestras manos se rozan por accidente sentimos algo especial, ninguno de los dos puede negarlo ya que se refleja en nuestras miradas.

Me centro en la comida mientras Avril no para de explicarme quién es cada personaje que sale en la película. Cuando el príncipe y la princesa bailan y se abrazan, murmura:

—Qué bonito. Es la parte que más me gusta.

—¿Pero ya la has visto? —pregunto.

—Muchas veces, es mi peli favorita —revela Avril mientras que la miro sin entenderla.

Cuando Avril vuelve a centrarse en la pantalla le comento a Victoria:

—Te sabes hasta los diálogos, ¿cierto?

Victoria asiente y yo me quedo embobado mirándola y admirándola. No me cabe la menor

duda de que es una gran madre.

Cuando nos damos cuenta, Avril se ha quedado dormida en mis brazos.

—Oh, vaya —murmura Victoria. Intenta quitar a la niña, como si me incomodase, pero no lo permito.

—Yo la llevo a su habitación. —Victoria me mira seria, en silencio—. Gracias por acudir en mi ayuda en el yate. Me pasé. —Quizá no sea el momento de darle las gracias, ya sea tarde, pero me ha salido de golpe—. No estoy acostumbrado a beber tanto —admito—. Solo tengo un vago recuerdo tuyo en el camarote, el resto es muy borroso —justifico como un cobarde. El beso que nos dimos aún me quema en los labios.

—Comprobé que no hiciese falta trasladarte a un hospital, te examiné.

—Gracias. Hubiese sido un escándalo mi imagen en un hospital por algo así, y papá no me lo hubiese perdonado.

—¿Te importa mucho tu imagen con papá? —pregunta con interés y cierto tono molesto.

—Es mi referente en esta vida. Ser como él y que se sienta orgulloso de mí en todos los aspectos.

—Estoy segura de que lo está —afirma.

—Me he esforzado en ello durante años —revelo mirándola a los ojos. Mientras pienso en todos los sacrificios que he hecho por ser el hijo perfecto y no dar un escándalo en la familia.

—Yo también —añade con garra—. Y te digo por experiencia que ser una hija perfecta no es fácil.

—Te comprendo —murmuro con pesar, mientras doy gracias por tener las manos sobre Avril, sino estarían sobre Victoria. No puedo tenerla cerca.

—Vamos a llevar a Avril a su habitación —murmura Victoria. Siento que quiere deshacerse de mí. La noto molesta.

Cuando dejo a la niña en su cama nos miramos en silencio. Ninguno de los dos sabe qué hacer ni qué decir. Es una situación un tanto incómoda porque de lo único que me siento capaz es de estrecharla en mis brazos y de besarla, pero no puedo usar de esa forma a Victoria. No se lo merece.

—Voy al despacho a por unos documentos que necesito para mi boda —digo al fin.

—Ya queda poco —murmura y puedo ver reflejado en sus ojos el dolor. Algo que me confirma que siente lo mismo que yo. Le sigo importando.

—Sí —contesto sin entusiasmo.

—Me quedo con Avril, voy a ponerle el pijama para que duerma cómoda —se despide de mí y pese a que no la quiero dejar ir, termino marchándome.

—Buenas noches.

Cuando llego a casa mi futura mujer me espera de una forma muy sugerente en el sofá, pero es tal la revolución de sentimientos que han provocado Victoria y Avril en mi interior que me disculpo con Raquel y me marcho a dormir.

Al día siguiente, cuando me despierto, descubro que Raquel no ha dormido conmigo. La busco por la casa y ya no está. Miro el reloj y no tengo tiempo de llamarla ni disculparme con ella, sé que le debo una explicación. Últimamente ya van varias veces en las que la he rechazado y comprendo que se sienta herida.

Quedo con mi padre, vamos al notario y luego nos tomamos algo juntos. Ahí es cuando me entero de que Victoria y su hija se han marchado a la finca de Jerez con los mellizos y estarán

acompañados del novio de mi hermana, recién llegado de América. Cuando pienso en ella con otro hombre mi interior bulle. Tengo que tomar aire e intentar relajarme. Me repito que nuestras vidas están separadas y yo me voy a casar en pocos días.

Para dejar de pensar en ello, cojo el móvil y realizo una llamada a la floristería y encargo un ramo de flores. Mi prometida se las merece después de mi actitud de anoche.

Paso el resto de la mañana en el gimnasio mientras que una voz interior me grita que no por machacarme mucho Victoria va a desaparecer de mis pensamientos, mucho menos de mi corazón.

16

Quiero vivir

—Cariño, gracias por acudir al evento conmigo —me agradece Raquel tras posar juntos en el photocall.

No me gusta acompañarla a los actos a los que asiste y cobra por su imagen en el mismo, pero en este sentía que se lo debía. Además, era la primera vez que trabajaba para esta marca y mi presencia ha hecho que el acto sea más nombrado y le den más publicidad.

—Recuerda mi condición, el tiempo justo y nos vamos —le indico con una sonrisa. Miro mi reloj y compruebo que nos quedan diez minutos en ese sitio.

—No insistiré porque sé que tu familia nos espera, pero no te lo estás pasando tan mal. —Echa un ojo a todas las personas que he saludado desde que llegamos.

—Me gusta más cuando no hay cámaras ni medios de comunicación que graben cada movimiento que hacemos —le susurro en el oído.

—Disfrutarás en la fiesta de nuestra boda. Ya queda poco —me recuerda.

Asiento en silencio y termino de golpe la copa de champán que tengo en la mano. No quiero pensar en mi boda, pero es una realidad que me va a engullir muy pronto.

El agente de Raquel nos indica que podemos irnos ya. Nos comunica que en la entrada principal se ha agolpado mucha gente al hacerse eco de mi presencia en el acto y nos da la opción de salir por la puerta de atrás, pero declino la propuesta. Saludaremos a toda esa gente y nos iremos.

Orgullosa de mi decisión, mi prometida me da la mano y juntos nos encaminamos hacia la salida.

Hay mucha gente esperándonos, cuando tan solo veo a tres personas de seguridad y el agente de Raquel me dan ganas de darme la vuelta, pero no hay tanto hasta el coche que nos espera a unos metros.

Las personas nos aclaman. Mucho más a mí que a mi futura mujer. No hay prensa ya que toda está dentro, son fans. Quieren una foto, darnos la mano, vernos de cerca...

—No os paréis —nos indica el agente de Raquel abriendo camino entre la multitud.

Yo tiro de ella con fuerza, le paso la mano por la cintura y la pego a mi cuerpo para protegerla. Creo que esto se nos ha ido de las manos. De repente, siento que alguien tira de mí con fuerza, casi me hace perder el equilibrio, pero no me paro, continúo caminando. Al instante, siento un fuerte pinchazo en el costado. Me paro, me quejo y me llevo la mano de forma involuntaria al costado de mi cuerpo. Cuando la llevo ante mis ojos veo sangre. Mi vista comienza a nublarse. Raquel comienza a gritar. Me cuesta caminar y respirar. No tengo fuerza. Me caigo al suelo, ella no puede sostenerme. Gustavo, su agente, se arrodilla ante mí. Mi visión es muy borrosa. Él me examina y escucho que grita:

—Lo han apuñalado.

Siento que pierdo las fuerzas. No quiero cerrar los ojos, pero lo hago. En la semi inconsciencia en la que me encuentro solo pienso en Victoria. Quiero vivir. Solo tengo veintiséis años, estoy en lo mejor de la vida y no quiero marcharme sin confesar todo lo que guardo en mi corazón.

Cuando intento entreabrir de nuevo los ojos lo hago motivado por un olor especial y siento que acarician mi mano. Veo algo borroso el rostro de Victoria, no sé si es real o un sueño. Los párpados me pesan demasiado. De repente, siento un beso en mis labios. Hago un gran esfuerzo por abrir los ojos, tocarla, pero no tengo fuerzas suficientes. Luego escucho su voz, como confiesa en un susurro:

—El amor de mi vida. ¿Por qué siento esta culpabilidad desde que todo entre nosotros surgió? ¿Tan malo es que te quiera para mí?

Intento abrir los ojos como si la vida me fuese en ello, me remuevo en la cama, pero Victoria me lo pide:

—Tranquilo, procura estar quieto.

Finalmente, consigo abrir los ojos por completo y los clavo en ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras mi mirada observa que estoy en un hospital. No recuerdo cómo he llegado aquí.

—Estás bien. —Victoria trata de tranquilizarme—. Tu vida no corre peligro. Pero tienes una herida en el costado recién cosida. Procura no moverte demasiado —me comunica con dulzura, tomándome una de sus manos entre las mías. Hacía años que no me dirigía una mirada así, consigue emocionarme.

—Todo fue tan rápido... —reflexiono, pensativo—. ¿Quién lo hizo? ¿Por qué? —pregunto sobresaltado.

—No te esfuerces —me recomienda—. No lo sabemos. Están tratando de averiguarlo.

—¿Raquel está bien? —De repente recuerdo que estaba a mí lado cuando sucedió todo.

—Está declarando. Papá llamó a los abogados. —Las palabras de Victoria me tranquilizan.

—¡Joder! ¿Han querido matarme? —pregunto sin poder creerlo. No tengo enemigos. Llevo una vida sana, saludable. Me tiro algunas juergas de vez en cuando, pero no hago daño a nadie. ¿Por qué lo habrán hecho? Es algo que me inquieta. Tengo un enemigo y lo ignoraba hasta el momento.

—Hay que averiguarlo. Lo importante es que tú estás bien. —Victoria intenta tranquilizarme.

—Despertar de esta pesadilla y encontrarte a mi lado ha sido lo mejor de todo esto —revelo mirándola a los ojos, disfrutando la paz y la calma que me muestran, muy lejos de los reproches y los rencores que solía leer en ellos cada vez que la miraba.

Ella solo me sonríe de forma amigable y es algo que me tranquiliza.

—Vas a estar aquí unas horas y luego te pasaran a planta —me comunica y hace amago de marcharse.

—No te vayas —le ruego. Siento que los párpados me pesan y pronto volveré a caer en la semi inconsciencia, pero la necesito cerca.

Cierro los ojos, pero sé que ella está ahí, a mi lado.

Siento que me trasladan a planta, pero sigo sin fuerzas para abrir los ojos y ver la realidad que me rodea. No sé qué me pasa. Quizá sean los medicamentos que me hayan dado en el hospital.

De repente, siento a mis padres. Me abrazan y me besan, llorando.

—Estoy bien —murmuro, pero cuando intento moverme un poco emito un grito de dolor. Siento una fuerte punzada en el costado, el lugar de la herida.

—No puedes moverte, los puntos están muy frescos —me recuerda Victoria.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? La boda... —Pienso que tengo la excusa perfecta para retrasarla.

—Tranquilo. Si todo va bien te darán el alta en un par de días. Solo tendrás que hacerte una cura diaria —anuncia Victoria con tono de doctora, la miro y le reprocho en silencio que su

opinión no sea mantenerme en cama una semana más.

—De eso ya se encargará tu hermana, mi vida —aventura mi madre. Yo miro a Victoria y le sonrío. Me gusta la idea.

—Si hay que retrasar la boda hasta que estés bien no pasa nada —propone mi madre, y estoy a punto de levantarme de la cama y darle un beso.

—Podrás ir hasta el altar en cinco días —insiste Victoria—. Solo tendrás unas leves molestias, pero no hace falta cancelar tu gran boda.

La miro y puedo apreciar en sus ojos que no habla con el corazón, sino desde el despecho.

—No estoy ahora para eso. Ya hablaré con Raquel —murmuro y zanjo el tema.

—Cariño, te dejamos —anuncia mi madre, por fin—. Creo que esta noche debe de quedarse a tu lado Victoria. Estaré más tranquila si tienes a una médica sin moverse del pie de tu cama. Yo cuido de Avril —resuelve con la energía que la caracteriza.

Victoria y yo permanecemos en silencio. No decimos nada hasta que nuestros padres se marchan.

—Gracias por estar aquí —le agradezco a Victoria.

—Cuidaré de ti —añade y me dedica una sonrisa y un guiño del ojo. Me gusta esta Victoria más relajada y amable. Al final voy a tener que agradecer la puñalada y todo a mi agresor.

Mi móvil suena y Victoria me lo acerca. Cuando me lo entrega ambos vemos reflejado en la pantalla el nombre de Raquel. Tengo que atender la llamada.

—Ahora vuelvo —murmura Victoria de inmediato y se marcha de la habitación.

Raquel está muy preocupada por mí, pero escuchar mi voz y saber que no ha sido grave la tranquiliza un poco. Quiere venir a verme, pero logro convencerla de que descanse esta noche.

—Es una suerte que Victoria esté a tu lado ahí. Todos dormiremos más tranquilos —dice Raquel antes de despedirnos.

Yo cierro los ojos y siento que la estoy traicionando de la peor manera.

—Hasta mañana. —Es lo único que consigo decir.

Cierro los ojos y suspiro. Me quedo pensativo, sin saber qué hacer con la situación que me rodea. Amo con locura a una mujer, pero ella no es la que va a convertirse en mi esposa en los próximos días.

La puerta de la habitación se abre y me sobresalto.

—Perdón —se disculpa Victoria.

—No estaba dormido. Solo pensaba —le hago saber mientras se sienta en un sofá cercano y me mira en silencio—. He convencido a Raquel para que no viniese —le indico—. Me dijo que sufrió una crisis de ansiedad y se fue a casa de nuestros padres. Mamá insistió en cuidar de ella.

—Ya sabes cómo es mamá. Se preocupa por todos.

—¿Estás bien? —le pregunto. La noto triste.

—Sí —susurra.

—Yo creo que no. Te conozco bien.

—Ya no soy la niña de antes —recalca, y veo que a sus ojos vuelven los reproches y el rencor.

—Nunca te he visto como a una niña —revelo con sinceridad—. Cuando mis hormonas se despertaron fuiste la primera mujer que me atrajo, y eso que eras tres años más pequeña que yo. Pero tenías algo —confieso de frente, mirándola a los ojos.

—Atracción prohibida. Sé de lo que hablas —comenta con desgana. No quiere continuar con el tema, pero yo sí.

—¿Cuándo la sentiste tú por primera vez? —pregunto con curiosidad. Llevo años ansiando

esa respuesta.

—Cuando mis amigas te admiraban y me molestaba que lo hiciesen. No se cortaban en comentar lo bueno que estabas o lo guapo que eras. Ahí me di cuenta de que no te veía como a Nico, mi hermano, sino como lo hacían ellas, como a Nicolás Hungría, un tío bueno y la futura gran promesa del fútbol. —Me agrada escuchar que ha sido sincera. Su mirada y el tono de su voz lo reflejan.

—¡Qué locura todo! —exclamo llevándome las manos a la cabeza. No sé cómo gestionar todo lo que siento en estos momentos ante esta revelación.

—Supongo que ya hemos madurado lo suficiente como para hablar sobre lo que pasó entre nosotros —me indica en tono de reproche. Sé que le duele que no lo hayamos hecho en todos estos años.

—Éramos unos críos con las hormonas revolucionadas que se sentían atraídos por lo prohibido —intento zanjar el tema antes de que salgamos más heridos de lo que ya estamos.

—¿Y qué ocurrió cuando probaste el fruto prohibido? —pregunta Victoria en tono de reproche. No tiene intenciones de dar por terminada esta conversación.

—Creo que es evidente que no se sació mi deseo con una primera vez. Volví a caer en la tentación —murmuro con pesar.

—Dime algo, siempre lo he sospechado, pero quiero que me lo confirmes tú, de frente —me exige con valentía—. ¿Aceptaste ese contrato con el equipo de fútbol en Manchester para alejarte de mí de forma definitiva tras lo sucedido entre nosotros?

—Sí —admito sin poder mirarla a los ojos. Me arrepiento de cómo actué, pero pensé que era lo mejor para la familia.

—Huiste como un cobarde —me reprocha sin piedad.

—Solo intenté hacer lo mejor para todos —trato de que me entienda.

—A día de hoy, ¿estás orgulloso de la decisión que tomaste? —pregunta con rabia.

—No fue fácil, había mucho en juego.

—Al menos podíamos haber tenido esta conversación —me reprocha con garra.

—Ahora tenemos una madurez. Hace unos años éramos muy jóvenes y nos faltaban muchas cosas por vivir.

—¿Las has vivido todas? —me pregunta con mucho interés.

—Lo he intentado —admito con pesar.

—Espero que haya valido la pena —dice decepcionada.

—¿Qué hubieses hecho tú? —le pregunto en tono de reproche. Parece que para ella era todo muy fácil.

—Afrontar la realidad con valentía —dice de frente.

—Tú misma lo has dicho antes, sentías por mí la misma admiración que tus amigas. Querías lo que ellas y lo tenías más cerca. Era algo pasajero —intento justificarme. Era lo que pensé. No podía arriesgar a la gran familia que formábamos por algo que no llegase a nada, pero también es cierto que no me preocupé de conocer sus sentimientos. Me escudé en que era muy joven.

—No hables por mí —me reprocha Victoria—. Lo que siento por ti es demasiado fuerte y presiento que jamás podré matarlo —grita con desgarró.

Cuando escucho sus palabras siento que el corazón se me paraliza.

—¿Me estás diciendo qué... —Soy incapaz de terminar la frase. Me tiemblan las manos y me pitan los oídos.

—¡Olvídalo! —Me da la espalda y se centra en mirar por la ventana.

Cómo puedo, me levanto de la cama. Ella está tan sumida en sus pensamientos que no

advierde que estoy a su lado.

—No podría olvidarlo —le susurro en el oído.

—¿Qué haces aquí? Vuelve a la cama —me ordena de inmediato.

Me acompaña hasta la cama y cuando me siento en ella comienzo a marearme.

—Se te está bajando la tensión, joder —dice Victoria. Actúa con rapidez. Me tumba y me levanta los pies.

Con rapidez, me toma la tensión mientras yo la miro embobado en su faceta de médico. Me atrapa por completo.

—No vuelvas a hacer una tontería como esta. Podrías haber terminado en el suelo, y con la herida abierta de nuevo —me reprende de forma severa. La siento muy enfadada, pero es de preocupación por mí. Algo que me enorgullece. Tiro de su mano con fuerza, la acerco más a mí y me apodero de su boca y la beso como deseo. Ella me corresponde y me siento el hombre más feliz sobre la tierra. Es tal la sensación de vértigo que me recorre todo el cuerpo que siento miedo a que se aleje de mí.

Victoria detiene el beso y me mira en silencio. Sé que está leyendo mi mirada. Me sonrío de forma tímida, le devuelvo el gesto y no permito que se vaya de mi lado.

—Ven aquí. —Tiro de ella y hago que aterrice sobre mi pecho, la abrazo y ambos suspiramos con alivio, sintiendo el latir de nuestros corazones—. Recuéstate aquí conmigo —le ruego. Ella alza su mirada y nos sonreímos.

Se acomoda en mi pecho con cuidado y la abrazo. Es todo un sueño estar así con ella. No quiero que se separe de mí en todo el resto de la noche.

17

Bosco Hungría

Cuando llego a mi habitación en casa, mi mujer me espera despierta en la cama. Tras regresar del hospital y acompañar a mi futura nuera en comisaría me he encerrado en mi despacho y he blindado de seguridad a mi familia hasta que se descubra quién apuñaló a mi hijo.

Alba está en inquieta, pude leer en su mirada el miedo. Voy hasta ella y la abrazo.

—Ya me he ocupado de contratar seguridad para todos.

—Bosco... ¿Tendrá esto algo que ver con las amenazas que sufrimos hace algunos años? — pregunta pensativa y preocupada.

Hace algo más de cuatro años recibimos un par de anónimos en los que amenazaban a nuestra familia, en concreto a nuestros hijos. Nico estaba en Manchester y no creímos que corriese peligro, nos ocupamos de proponerle a Victoria que se marchase por un año a estudiar fuera, algo que ella aceptó de inmediato, encantada, y prolongó por más tiempo. Y los mellizos estuvieron en una escuela ecuestre, internos, por un tiempo. No volvimos a tener más amenazas y nunca averiguamos de dónde procedían las dos que recibimos. Nos relajamos y nunca más volvimos a pensar en el tema, hasta hoy.

—No lo sé, cariño. Pero lo vamos a averiguar. No le diremos nada a nuestros hijos. No quiero preocuparlos. —Abrazo de nuevo a mi mujer e intento reconfortarla.

—El único enemigo que tenemos es Sergio —murmura ella.

—Está en la cárcel —le recuerdo.

—Desde allí también se pueden hacer cosas, además, han pasado muchos años. ¿Y si sale? — aventura con miedo.

—Le cayeron muchos años. Eso es imposible. Además, nos avisarían.

—Me quedo más tranquila. —Alba se abraza de nuevo a mí.

Me deshago de mi ropa y me meto en la cama, junto a mi mujer. Necesito descansar.

Apenas duermo un par de horas, en cuanto veo un poco de luz entrar por la ventana bajo de nuevo a mi despacho. He quedado con mi hermano Rodrigo a las ocho de la mañana, junto con él llegarán los nuevos guardaespaldas que se encargarán de la seguridad de la familia hasta ahora y quiero darles unas cuantas de indicaciones.

Rodrigo es puntual, llega con el jefe de seguridad que coordinará todos los movimientos de la familia y nos protegerá de otro intento de agresión. Quiero que sean discretos y mis hijos no se sientan observados.

Tras una larga conversación con el jefe de seguridad, le dejo claro algo:

—Solo quiero que me comuniquen los aspectos de la vida de mis hijos si algunos de ellos están en peligro. No deseo saber detalles personales de sus vidas privadas que me puedan incomodar, a mí o a ellos. No es el cometido en este caso. Solo están para vigilar que no les pase nada ni nadie se les acerque con intenciones de herirlos como pasó con Nico.

—Bien, señor. Seremos lo más discretos posibles. Siempre permaneceremos en un plano alejado y ajeno cuando consideremos que no corren peligro alguno.

—Gracias. Por otro lado, también dejar patente que aquí las órdenes solo las doy yo o mi hermano.

—Recibido. —Asiente el jefe de seguridad, y tras despedirnos se marcha con Rodrigo.

Cuando llego a la cocina en busca de un café bien cargado encuentro a mi maravillosa mujer

preparándolo descalza y en bata. Me pregunto cómo lo hace para que siempre que la vea el corazón me dé un vuelco tras los años.

Me acerco a ella, la sorprendo por la espalda y la beso.

—Os escuché a Rodrigo y a ti en el despacho.

—Estábamos reunidos con el nuevo jefe de seguridad —anuncio—. Quiero que la seguridad sea discreta y nuestros hijos no se sientan observados. Por ahora no les diremos que tendrán guardaespaldas.

—Confío en ti, mi vida —murmura mi mujer mientras me abraza.

—Vamos a ver a Nico —propongo. Quiero saber cómo ha pasado la noche. Victoria no ha dicho nada aún y no he querido llamarla.

18

Sorprendidos

Me despierto de golpe, desconcertado, cuando escucho la voz de mi madre:

—Oh, pero qué bonita imagen. Mira, Bosco, como cuando eran pequeños. Me emociona tanto que Victoria lo cuide así...

Tenemos a mis padres y a Raquel observándonos a los pies de la cama.

Victoria salta de la cama y, de inmediato, siento el anhelo de su calor. No se ha movido de mi lado en toda la noche y he dormido mejor que nunca con ella pegada a mi pecho.

—¿Qué tal se ha portado esta noche? —le pregunta mi padre a Victoria.

—Como un bebé —comenta apurada mientras se coloca los zapatos.

—Seguro que contigo a su lado ha dormido de maravilla —puntualiza mi madre.

—Bueno, yo voy a casa a desayunar, ducharme y ver a Avril. —Se despide Victoria, sin mirarme a los ojos.

—Me han dicho que si todo va bien te irás a casa pronto —me comunica mi padre. Y es la mejor noticia que puedo recibir. Odio los hospitales.

Raquel me abraza y puedo sentir que aún tiembla por lo sucedido ayer.

—Estoy bien —susurro en su oído a modo de tranquilizarla mientras le acaricio el pelo y le doy un beso.

Mis padres se marchan al cabo de un rato y me dejan a solas con mi prometida, pero de inmediato llegan los mellizos.

Luego aparece el doctor Prieto para interesarse por cómo me encuentro y me dice que mañana podré marcharme a casa, pero no quiero esperar tanto y le pido el alta voluntaria. Raquel no está de acuerdo, me lo hace saber con su mirada, pero ella es tan discreta que no dice nada delante del médico.

—Cariño, ¿no es mejor que te quedes un poco más? Aquí vas a estar más vigilado. Yo tengo un compromiso que no puedo cancelar y tengo que viajar esta noche hasta Barcelona.

—No te preocupes, me iré a casa de mis padres. Allí está Victoria y será como estar aquí en el hospital —propongo. Necesito hablar con Victoria de nuevo, a solas. Ahora las tornas se han invertido y es ella la que huye de mí.

—Me quedo más tranquila si tu madre y tu hermana cuidan de ti —murmura Raquel mientras me sonrío y me da un beso.

Me despido de ella y los mellizos vuelven para llevarme a casa junto con mis padres, que no están muy de acuerdo con el hecho de que haya decidido dejar el hospital antes de tiempo, pero es lo que hay. Ya soy mayorcito y tomo mis propias decisiones.

En cuanto entro en la propiedad de mis padres centro la mirada en Victoria y Avril, ambos corretean por el jardín y mi corazón da un vuelco en cuanto las veo.

Cuando Victoria posa los ojos en mí me doy cuenta de que era ajena a mi llegada. Me reprende de forma severa en silencio.

—Estoy bien —me adelanto a decir—. Y ante la insistencia de mamá, decidí venirme aquí por si algo va mal, pues estás tú —trato de justificar para suavizarla un poco.

Centro la mirada en Avril y ella se abraza de forma cariñosa.

—Con cuidado, cariño. El tío está un poco débil —le dice su madre.

—Lo curaré —murmura la niña—. Abuelo —Avril le da la mano a mi padre—, vamos por mi

maletín de médica.

Admiro a esa pequeña que tiene el don de sacarme una enorme sonrisa en cuanto la veo.

Llego hasta un sillón en el porche de la casa y me siento mucho mejor rodeado de toda mi familia. Nunca la había valorado tanto como cuando me apuñalaron y pensé que podía morir. Una vez mi padre me dijo que la familia es lo más importante que un hombre puede tener, y el mayor pilar de su vida, y jamás le he dado en algo tanto la razón como en estos momentos. Me siento muy afortunado de contar con todos ellos de forma incondicional.

Luego llegan mis tíos y mis primos y cenamos todos juntos, como la gran familia unida que somos.

Cuando hemos terminado con los postres Victoria se dirige a mí y me sugiere:

—Deberías irte a descansar. Llevas mucho tiempo sentado.

Le muestro una sonrisa y le pregunto:

—¿Qué habitación tengo ahora en esta casa?

La que era de Victoria mi madre la ha convertido en una habitación infantil para Avril. Sé que Victoria está usando el que era mi cuarto de siempre que ha sido remodelado. Y como mis abuelos están en casa ellos ocupan la habitación de invitados.

—Quédate con la mía, al fin y al cabo, era la tuya. Yo dormiré con Avril —me ofrece Victoria de inmediato.

La miro con una enorme sonrisa, pensando en dormir en la cama que ella lo ha hecho antes y ocupar el espacio que ella usó.

—Me parece buena idea. Las únicas habitaciones libres y acondicionadas son las de la casa de invitados y no quiero que estés allí solo, o me traslado contigo —dice mi madre.

—La habitación de Victoria estará bien —indico.

Cuando voy a levantarme necesito la ayuda de mis hermanos y de mi padre. Ellos me acompañan hasta mi nueva habitación.

—¿Todo en orden, hermanito? ¿Algo más que necesites? —pregunta Damián.

—Está bien —murmuro mientras mi padre me coloca más cojines en la espalda.

—Cualquier cosa que necesites nos llamas —se ofrece Jorge justo cuando Victoria entra por la puerta. Mi cara se ilumina al verla, pero ella no está de tan buen humor.

—Solo venía a comprobar que estás bien tras el esfuerzo de subir las escaleras. Si estás bien yo voy a bañar a Avril y a acostarla.

Se marcha de la habitación y luego lo hacen mi padre y los mellizos. Cierro los ojos y disfruto del silencio y de la paz que tengo a mi alrededor. Me quedo dormido pensando en Victoria, pero en mitad de la noche me despierto algo incómodo. Me duele la herida. Salgo de la cama y voy al baño, donde compruebo que tengo el apósito lleno de sangre. Suspiro sin saber qué hacer. Finalmente decido ir en busca de Victoria pese a ser de madrugada.

Entro en la habitación de Avril y llamo a mi hermana.

—Victoria, te necesito —digo en voz baja, no quiero que su hija se despierte.

Le cuesta despertarse, se incorpora en la cama y me mira como si no fuese real.

—El apósito de la herida está manchado de sangre —le indico.

De inmediato se levanta y se acerca a mí.

—Ven que te cure. Igual se ha quitado algún punto —aventura mientras nos dirigimos al baño.

Con sumo cuidado y delicadez deja la herida al descubierto. Puedo sentir cómo le tiemblan las manos. Me limpia la herida y me coloca un nuevo apósito.

—Listo —murmura.

—¿Todo en orden, doctora? —pregunto con interés.

—Controlado —me indica.

—Estás muy sexy así toda despeinada —aprecio mientras paseo la mirada por su cuerpo. Pese a llevar una camiseta ancha y holgada la siento muy sexy. Imaginar que debajo solo lleva unas braguitas, como he podido comprobar al transparentarse con la luz del baño, me pone a cien.

—Por favor, Nico —me reprende como si estuviese leyéndome el pensamiento—. Vamos a dormir —ordena saliendo del baño.

—Siento la tentación de robarle su madre a Avril esta noche —comento con la mirada clavada en su trasero mientras camina delante de mí.

—Paremos esto, ¿vale? —Se da la vuelta y me enfrenta—. Ya no tiene sentido. Tú te vas a casar —me reprocha.

—¿Qué sientes por mí? —pregunto serio, tomándola por la cintura y acercándola a mí.

—¿Qué diferencia puede haber si te revelo mis sentimientos? Solo nos haríamos más daño —murmura con pesar.

—Victoria... todo lo nuestro me tiene muy confundido —confieso con un suspiro.

—No hay diferencia alguna en mis sentimientos de ahora a lo que sentía por ti hace unos años, cuando nos acostamos. Así que todo está igual —confiesa con valentía. Apoya ambas manos en mi pecho y me aleja de ella, pero no voy a permitir que esto se quede así. Estoy decidido a confesar como ella.

—Yo...

—Mamá, mamá —escuchamos la vocecita de Avril.

Victoria me hace un gesto con el dedo sobre sus labios y se marcha al lado de su hija.

19

Celos

Siento que unos labios me recorren el cuello y me besan con mimo. Profundizo el beso y de inmediato abro los ojos como si me hubiese echado un jarro de agua fría en la cara. Es Raquel quién está a mi lado en la cama.

—¿Qué hora es? —murmuro desconcertado. Ella estaba en Barcelona, ¿qué hace ya aquí?

—¿No te alegras de verme? He regresado lo antes posible. Me moría de ganas de contarte en persona que me han ofrecido ser la presentadora del nuevo *reality* de la cadena principal de este país en horario *prime time*. ¡Y he firmado! ¿Lo puedes creer? —Se abraza a mí eufórica.

—Enhorabuena —alcanzo a decir mientras me recompongo de su presencia. No la esperaba y la he confundido con Victoria.

—Vale, aún estás medio dormido. Por ello te perdono tu falta de entusiasmo. —Me abraza y me besa de nuevo. Luego se centra en mí y me pregunta—: ¿Cómo has pasado la noche?

—Bien —respondo de forma escueta.

—¿Quieres que te ayude a darte un baño? —propone. Acepto y luego bajamos a desayunar.

Encontramos a casi toda la familia reunida, mis padres, los mellizos, mis abuelos, mis tíos y mi prima Estela. Echo de menos de forma inmediata a Victoria y Avril.

Todos se interesan por cómo me encuentro, les indico que mejor y luego Raquel les da la gran noticia sobre el contrato que acaba de firmar. Todos la felicitan y se alegran muchísimo.

—Tendremos a una cuñada famosa en la tele —dice Damián.

—Como si tu padre o tu hermano no lo fuesen —le recuerda mi tío.

—Ya, pero... es diferente.

Mi tío pone los ojos en blanco y todos estallamos en carcajadas.

De repente, Victoria y Avril aparecen.

De inmediato mi madre le dice que Raquel acaba de firmar un contrato laboral muy importante. Es el motivo de la alegría que nos impregna en esos momentos.

Victoria le dirige una mirada amable y forzada a mi prometida. Pero Raquel, que es muy cariñosa, se dirige a mi hermana y la abraza cuando la felicita.

—Ya casi eres la mujer de una estrella del fútbol. El mejor jugador en estos momentos en el país —le dice mi tío Rodrigo mirándome con orgullo—. Te llegarán muchas más ofertas —le asegura a mi prometida.

—Mi representante me ha aconsejado que sigamos adelante con la boda. Dice que si la suspendemos las carreras de Nico y mía se verán afectadas por el escándalo que pueda provocar —dice Raquel.

—Eso es obvio. Van a especular y ya bastante tenemos con la puñalada que recibió Nico. Creo que la boda calmará los ánimos y dejará que la policía se ocupe de encontrar al culpable y la opinión pública olvide el hecho —argumenta mi tío.

Aún no sabemos nada de quién me apuñaló. Fue rápido y supo esconderse bien entre la multitud. Creen que se trata de un hombre por la fuerza para clavar la navaja tan honda en un movimiento rápido y certero.

—Estoy de acuerdo —manifiesta mi padre. Coincide con la opinión de mi tío.

—Yo creo que la última palabra la tiene Victoria —comenta mi tío a modo de zanjar el tema.

—¿Cómo?! —pregunta Victoria.

—Eres la doctora —murmura mi tío con una sonrisa—. Solo tú puedes decirnos si es aconsejable para la salud de Nico que se case en tres días.

Ella me mira y se toma unos segundos antes de responder.

—Es fuerte. Creo que podrá con ello —aventura, y yo siento sus palabras como un cuchillo en el corazón.

—Entonces, ¡hay boda! —grita mi madre eufórica.

Yo suspiro, Raquel aplaude y se abraza a mí y luego a mi madre mientras que yo solo pienso en cómo parar esta boda. Todo se me ha ido de las manos. Necesito hablar con Victoria. Si voy a formar un escándalo, que este bien merezca la pena.

—Oh, seguimos adelante con todo —dice mi abuela muy contenta.

Al parecer todos tienen unas ganas enormes de boda. Es la primera en la familia tras muchos años, en parte lo entiendo.

—¿Os parece si esta noche retomamos la fatal cena que quedó suspendida por el incidente de Nico? —propone mi madre.

Cuando voy a responder que no, que necesito descansar, mi padre y mi tío dicen a la vez:

—Creo que es una idea estupenda.

—Nos merecemos algo de relax después de los momentos de tensión que hemos vivido —dice mi abuelo.

—Victoria, cariño, puedes decirle a tu novio que venga. Me ha dado mucho apuro que tras lo sucedido con Nico se marchase a casa de Vanesa porque pensaba que aquí estorbaba —comenta mi madre y yo me quedo de una pieza cuando nombra al novio Victoria. Lo había olvidado.

—¿Qué novio? —pregunto de forma abrupta, queriendo obtener más información, con la mirada clavada en Victoria.

—William. Tenemos un cuñado americano. También es médico —anuncia Damián.

—Es un buen tío. Han pasado unos días con nosotros en Jerez, en la finca —comenta Jorge.

Cuando los imagino a ambos juntos en la finca siento como si me agarrasen por el cuello y me faltase la respiración. Tengo ganas de golpear algo. Una rabia incontrolable se ha apoderado de mí. Nunca he sentido esto y no sé cómo manejarlo. Miro a Victoria y solo puedo pensar; yo te quiero para mí.

—Desconocía que fueses a asistir a mi boda con pareja —murmuro con la mirada fija en ella. Creo que es la única que se ha dado cuenta de que mis ojos arden.

—Te lo comenté, pero es cierto que la confirmación final se la hice a mamá. Me dijo que era ella quién se encargaba de la lista de invitados por expreso deseo de los novios —me hace saber con una sonrisa en la boca, como si disfrutase con ello.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —pregunto de golpe.

—Algún tiempo —contesta, y yo siento que ardo por dentro como si estuviese en el mismísimo infierno.

—Es que antes fueron buenos amigos y luego surgió... un gran amor —dice mi prima Estela.

Cuando estoy dispuesto a saberlo todo de ese hombre y continuar con mis preguntas Avril le pide a su madre que jueguen juntas en el jardín y Victoria no desaprovecha la oportunidad de deshacerse de mí.

Paso el resto del día con Raquel y mi madre inmersos en cuestiones de la boda. Mientras ellas hablan y concretan los últimos detalles yo tengo la mente en otro lado.

Cuando ya no puedo más, me retiro a mi habitación con la excusa de descansar un poco, algo que ambas entienden a la perfección.

Me despido de mi prometida hasta la cena de esta noche.

Tumbado en mi cama, por más que lo pienso, no consigo encontrar una forma de parar esta boda sin que sea un escándalo y herir a Raquel. Sé que yo tengo la culpa de todo, pero necesito encontrar una vía de escape, pensé que lo sería el hecho de mi herida, con ella conseguiría retrasar la boda y tener tiempo para plantearle a Raquel darnos un tiempo, pero no ha sido así. Pienso en ella, en mi familia y en todo el revuelo que causaría parar esta boda y no puedo permitirlo. Tengo que seguir adelante. Ninguno de ellos se merece pagar por mis errores.

Me arreglo para bajar a cenar y al pasar por la puerta de la habitación de Victoria toco en esta. Ella indica que pase sin preguntar quién es y lo hago.

Cuando la veo, sentada en la cama, abrochándose una sandalia y reparo en sus piernas y el escote del vestido se me corta la respiración. Alza los ojos hacia mí y cuando me mira siento como si una bala atravesase mi corazón.

—¿Qué quieres? —pregunta con brusquedad.

—Hoy no me has curado la herida. —Suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—No pretenderás que lo haga ahora —me reprende.

—Bien. Después de la cena, antes de irnos a dormir —propongo a la misma vez que pienso en que será una excusa perfecta para enviar a Raquel a casa y no se quede a dormir conmigo.

—¿Estáis listo? —Nos interrumpe Jorge—. Joder, Victoria, cada día estás más cañón —murmura. No soy el único que se ha dado cuenta que es una belleza.

Salimos todos de la habitación y yo me hago el rezagado, voy detrás de mi hermana y Jorge, con la vista clavada en el maravilloso cuerpo de Victoria.

Mientras bajamos las escaleras aprecio que todos han llegado, incluida Raquel y un hombre que no me suena de nada. De inmediato deduzco que es el novio de Victoria. Una gran rabia se apodera de mí cuando compruebo que es joven, guapo, apuesto y la admira con un brillo especial en sus ojos.

El tío se acerca a ella, le dice algo que no consigo escuchar ya que Raquel y el resto de invitados se centran en mí para interesarse por cómo me encuentro.

Mi madre, como la gran anfitriona que es, ofrece un vino y unos aperitivos antes de pasar a la mesa y aprovecho para acercarme a mi hermana y a su novio, al cual aún no me ha presentado hasta el momento.

—¿No me vas a presentar a tu novio, hermanita? —pregunto con cierto tonillo en la palabra *hermanita*, a conciencia.

—Por supuesto, él es William. Alguien muy especial en mi vida —responde y considero que me devuelve el golpe con la presentación.

Le doy la mano a mi cuñado y lo reto con la mirada, a lo que él me responde con una sonrisa bonita.

—Encantado. Ya tenía ganas de conocerte. Victoria me ha hablado mucho de ti. —Tiene el descaro de decirme. Lo que me hace preguntarme si es conocedor de lo nuestro.

—¿Estás de vacaciones? —me intereso. Tiene un acento extranjero pese a que habla muy bien el español.

—Sí. Tenía muchas ganas de conocer España, además, Victoria me ha hablado maravillas de este país que ya me tiene enamorado. Estoy pensado dejar mi trabajo en Houston y venirme aquí —manifiesta con entusiasmo.

—¿En qué trabajas? —indago. Necesito saberlo todo de ese tío.

—Médico, como tu hermana —responde.

Raquel viene hacia nosotros, le presento al novio de mi hermana y pasamos a sentarnos en la mesa.

Paso toda la cena sentado frente a Victoria, viendo cómo su novio se deshace en atenciones con ella.

Cuando mi abuelo propone un brindis por los novios me levanto de forma automática, animado por Raquel. Decimos unas breves palabras y luego ella me susurra en el oído:

—¿Estás bien? Te siento un poco raro. ¿Te molesta la herida?

—Un poco —murmuro para salir del paso y justificar mi mal semblante. Sé que es una noche para Raquel y para mí, pero no puedo estar feliz.

Observo cómo Victoria se bebe todo el contenido de su copa y se marcha con su novio. No los pierdo de vista. Se van al jardín y los celos me comen por dentro cuando observo que la abraza en la oscuridad de la noche. Tengo que contenerme para no salir corriendo y apartarlo de ella.

De repente, en medio de una conversación con mi prometida y más gente, me disculpo y me dirijo hacia Victoria y su novio.

—¿Interrumpo? —pregunto mientras hago verdaderos esfuerzos por contenerme y no alejar a Victoria de él.

—Para nada —dice su novio con naturalidad mientras me mira de forma amable.

—Necesito hablar con Victoria, a solas —especifico de forma seca. Con ello me gano una mirada reprobatoria de Victoria, pero me da igual.

20

Confesiones

—¿Puedes dejar de mirarme así? —me reprende Victoria de forma severa en cuanto nos quedamos a solas.

—¿Cómo? —pregunto. Siempre la miro igual, queriéndola para mí.

—Como si me comieses con los ojos al mismo tiempo que me desnudas con ellos. Tu prometida está allí. —No le hago caso a su comentario.

—Tenemos que hablar —le hago saber de forma tajante.

—¿De qué? —me espeta alterada.

—Aquí no —murmuro mientras miro que no haya nadie lo suficientemente cerca a nuestro alrededor—. No quiero interrupciones. Cuando todos se vayan —le dejo claro. Me doy media vuelta y me marchó. Todos han salido al jardín y no nos iban a permitir hablar con la tranquilidad que el asunto requiere.

Paso el resto de la velada incómodo mientras no dejo de observar cómo Victoria ríe y bebe mientras baila y se lo pasa muy bien.

—Parece que tienes un palo metido por el culo, hermanito —me dice Jorge y consigue sobresaltarme—. Disfruta de tus últimos días de soltero.

—La herida me tiene un poco fastidiado —comento a modo de disculpa.

—Cariño, yo me voy a marchar. Creo que debes irte a descansar. No me quedo porque mañana tengo peluquería y maquillaje muy temprano para la sesión de fotos que nos van a hacer con tus padres —me recuerda Raquel a la vez que se despide. Ella siempre tan considerada.

Le agradezco el detalle y no verme obligado a ponerle falsas excusas. En cuanto mi prometida se va me retiro a mi habitación y espero a que todos se vayan a dormir para hablar con Victoria. Ella se demora en el jardín con los mellizos y decido esperarla en la habitación que comparte con su hija.

Cuando descubre mi presencia se sobresalta.

—Shh. —Le hago un gesto con la mano para que no hable y tiro de ella para sacarla de la habitación antes de que Avril se despierte y no me deje hablar con su madre.

La llevo casi a la fuerza a mi habitación. Cuando estamos solos se revuelve y me da un codazo para que la suelte. Con tan mala suerte que acierta en mi herida y doy un grito y me quejo.

—¡Joder! Déjame ver —murmura Victoria—. Vamos al baño a ver cómo está esto —me ordena.

Me cura la herida y me coloca un nuevo apósito.

—Tú tienes la culpa de todo —me reprocha de forma severa.

—No. La culpa de todo la tienes tú —recalco—. Por provocar todo lo que provocas en mí desde que mis deseos sexuales se despertaron —confieso. La tomo por la cintura y la aproximo hacia mí—. Lo he intentado todo, de mil maneras, pero no puedo matar ni negar lo que me haces sentir, Victoria. Esto es una completa locura —revelo con pesar. Sin saber qué hacer ni cómo manejar mis sentimientos. Soy como un barco a la deriva y necesito saber qué rumbo tomar.

—Has sido un completo cobarde siempre —me recrimina con dolor.

—No. Solo quise hacer las cosas bien. No provocar un escándalo en la familia ni decepcionar

a nuestros padres —justifico.

—¿Me vas a decir que todo lo hiciste por eso? —pregunta con desconfianza.

—Creo que ha llegado la hora de confesar —anuncio—. Te deseaba desde que dejaste de ser una niña. Luché contra ello, pero no pude. Cuando nos acostamos la primera vez, pese a ser lo más maravilloso que había vivido, me sentí el ser más vil sobre la tierra. No pude mirar a mis padres a la cara durante mucho tiempo. Me prometí que no volvería a pasar, me alejé porque no me quedaba vergüenza para mirarte a la cara. Quizá tú esperabas un cuento de hadas con final feliz, pero solo tenías dieciséis años —enfático su edad—. Cuando volvimos a tener relaciones supe que no había conseguido olvidarte, pero yo no estaba preparado para una relación seria. Me quedaba mucho por vivir. Y tú no eras una mujer como las demás que pasaban por mi vida. Si no salía bien se iban a la mierda muchas cosas, entre ellas la gran familia que formamos. —Ya está. Ya lo he soltado todo. Mis razones, mis miedos y mi cobardía.

—¿Me estás diciendo que sacrificaste todo por el qué dirán? —pregunta perpleja.

Chasqueo la lengua y lamento que no me haya entendido.

—No. Te estoy diciendo que sacrifiqué todo porque fui un egoísta que solo pensó en él —le expongo de forma muy clara—. Resultaba más fácil negarlo todo que enfrentar una realidad y luchar por lo que sentía. Me dejé llevar por lo que me rodeaba, dinero, fiestas, mujeres... Y ahora tengo mi castigo —reconozco con dolor—. Perdí al amor de mi vida, una gran mujer, por la que no supe luchar contra viento y marea a tiempo. Te pido disculpas. Estoy muy arrepentido y es una penitencia que arrastraré el resto de mi vida. Al menos, a ti te veo feliz y enamorada de William. —Me duele el corazón y el alma, pero tenía que confesárselo. Quizá le suene ridículo, pero necesito que lo sepa. Es una forma de estar en paz conmigo mismo ya que no hice las cosas bien cuando correspondían.

Victoria me mira en silencio, con los ojos muy abiertos.

—¿Tú no lo estás de Raquel? —pregunta despacio, en un susurro.

—Creía que lo estaba hasta que te volviste a cruzar en mi vida, te besé y te deseé como a nada en este mundo —confieso—. Ese fuego que siempre provocaste en mí ha vuelto a revivir con más ganas que nunca. —Le estrecho junto a mí y aspiro su aroma—. Me tienes loco —murmuro con los ojos cerrado. Como si fuese una despedida.

—Siempre estuve loca por ti. No eras un capricho ni un sueño, sino algo muy real que sentía en mi corazón. Y aún lo siento —confiesa y la miro con los ojos muy abiertos y el corazón desbocado—. Nadie ha conseguido borrar tus recuerdos ni que cambie lo que tú me hiciste sentir. Yo también intenté no decepcionar a unos padres que me lo habían dado todo desde que me adoptaron —admite—. También pensé que lo nuestro era un imposible, pero siempre tuve la esperanza de que en el momento menos esperado llegase mi caballero andante y me llevase con él, y ambos perdiésemos el miedo y luchásemos juntos por esto tan fuerte que sentimos y al mismo tiempo nos hace sentir tan culpables —revela con lágrimas al mismo tiempo que me transmite su dolor.

Abrazo a Victoria como si se me fuese la vida en ello. Ambos lloramos sin consuelo por este amor tan grande que sentimos y hemos llevado en silencio durante años por miedo a desestabilizar a la familia tan bonita y unida que tenemos ya que ninguno conocía los verdaderos sentimientos del otro de verdad.

Le acaricio el rostro y siento sus lágrimas como cuchillos en el corazón. No se merece sufrir. Una mujer como ella solo se merece ser feliz.

—Te quiero, creo que es algo que nunca cambiará —confiesa y me desarma por completo. En ese instante sé que es mía, siempre ha sido mía.

—Victoria —susurro mientras la abrazo. Me apodero de sus labios y ella me corresponde con ganas—. Esto es una completa locura —murmuro entre besos y lágrimas. Soy incapaz de alejarme de ella.

—Nos merecemos una despedida —propone mirándome a los ojos mientras me pregunto qué desea—. Esta noche será la última en la que nos miremos, nos tratemos y nos besemos de una forma diferente a como lo hacen los hermanos. Después de tu boda todo entre nosotros...

—Raquel no se merece esto —manifiesto roto de dolor—. Si paralizo la boda será todo un escándalo. Por mí me da igual, pero ella... su familia... sus contratos... Me quiere. Le arruinaría la vida. Es una gran mujer. No es justo. —Necesito que Victoria me pida que lo haga—: Pero no la amo como a ti.

La beso de nuevo mientras siento que es nuestra despedida. He podido leer en los ojos de Victoria que prefiere perderme a causar algún mal a la familia o a la propia Raquel. Es tan generosa que me emociona.

—Ya es tarde para nosotros —dice Victoria al fin. No son las palabras que quiero escuchar—. Pasó nuestro tren y no supimos subir al mismo tiempo.

—Necesito hacerte el amor por última vez —le ruego reteniéndola abrazada a mi cuerpo. Necesito los recuerdos de esta noche para poder afrontar lo que viene. Victoria pasa la mano por mi herida y con la mirada me recuerda que aún estoy convaleciente—. Valdrá la pena —le indico con una sonrisa y cierro la puerta del baño.

Tira de ella y la siento a horcajadas sobre mí. Comenzamos a besarnos y a desnudarnos con urgencia. Pese a la impaciencia y las ganas por unir nuestros cuerpos como hace años que lo deseamos, ambos intentamos poner todo el control que podemos para que se convierta en algo maravilloso. Lo disfrutamos de una forma única ya que sabemos que es una despedida. Volver a estar dentro de Victoria y sentirla junto a mí casi me hace llorar de emoción. Con ella todo es especial.

Permanecemos abrazados y desnudos, en silencio, solo acariciándonos, durante un par de horas. Le propongo marcharnos a la cama, pero me dice que no.

Salgo y baño y voy a la habitación por algo de ropa limpia. De repente, siento que abren la puerta con cuidado y descubro que es mi madre.

—Hijo... No quise despertarte. Solo saber cómo estabas. Ayer en la fiesta te noté algo incómodo —susurra. Es temprano y todos duermen en la casa.

—Mejor, mamá. He conseguido descansar —susurro mientras me coloco una camiseta. Ella entra y me ayuda para que no roce la herida.

—Ahora bajo a desayunar. ¿Me haces un café de los tuyos? —intento deshacerme de mi madre y que descubra a Victoria en el baño. No he cerrado la puerta del todo al salir.

—¿Victoria? —pregunta de golpe mi madre y ni corta ni perezosa abre la puerta del baño—. ¿Qué haces aquí? —pregunta con curiosidad mientras yo intento pensar con rapidez.

—La llamé para que me curase la herida —suelto de golpe.

Suspiro y miro a Victoria.

Mi madre echa un ojo dentro del baño y se lo cree por completo cuando ve los apósitos y curas de la noche anterior. Ni siquiera las tiramos a la papelera, por eso nos salvamos.

Mi madre nos sonríe y nos cree por completo.

—Enfermera a domicilio. ¡Qué le gusta a Nico despertarme! —dice Victoria con una sonrisa forzada. Está tan nerviosa como yo.

—¿Todo bien, cariño? —le pregunta mi madre a Victoria. Nos conoce demasiado a los dos y sabe que algo nos pasa.

—Sí, la herida va sanando muy bien —murmura Victoria mientras se retuerce las manos.

—Perfecto, cariño, en una hora llegará el fotógrafo de la preboda. Ya sabes que Raquel se comprometió con los medios a dar unas fotos y declaraciones previas al gran día ya que ambos sois reacios a cualquier tipo de exclusiva de la boda —me recuerda mi madre. Cierro los ojos y expulso aire—. Voy terminar de arreglarme, Raquel nos pidió a tu padre y a mí si podíamos aparecer en algunas fotos y no nos pareció mal —se despide mi madre.

—No podía enterarse de algo entre nosotros a estas alturas —murmuro una vez a solas. No sé cómo manejar esta difícil situación.

Victoria no dice nada, solo asiente y se marcha. Sé que, en parte, me comprende, pero también sé que se marcha dolida.

21

La decisión más complicada de mi vida

Realizamos el reportaje los cuatro, en el jardín de la casa de mis padres y luego nos invitan a comer. Paso todo el día con mis padres y Raquel.

Al finalizar la tarde me despido de mi prometida hasta que nos veamos en el altar.

Mi amigo Rafa me llama y me propone tomarnos unas cervezas en su casa, últimamente nos hemos visto poco. El día de la cena en casa apenas pudimos hablar mucho. Tengo que reconocer que no estuve atento con mis invitados. Toda mi atención estaba centrada en Victoria y su novio.

—¿Nervioso por el gran día? —me pregunta Rafa de forma relajada—. No te vi bien en la cena —aprecia y me mira en silencio—. ¿Era por las molestias de la herida, por la preocupación de quién sea tu atacante o porque Victoria está más guapa que nunca y tiene pareja?

Miro a Rafa en silencio y finalmente confieso:

—Era por ella.

—¡Lo sabía! —grita y me mira sonriente, a la espera de más información.

—Todo es muy complicado —resumo con pesar mientras le doy un trago a mi cerveza.

—No hay complicación alguna si dos personas se aman —comenta—. ¿Te ha dado calabazas? ¿Te ha olvidado con el tío ese que la acompañaba en la cena? Lo cierto es que se les veían muy bien, muy cómplices y hacen buena pareja.

—Me ama —suelto de golpe, con orgullo en mi pecho.

—¿Y tú? —pregunta, confuso.

—Es la mujer de mi vida. No la he olvidado en todos estos años.

—¿Y te casas mañana? —pregunta.

—Sí —respondo de forma escueta.

—¡¿Y qué problema hay?! —pregunta con los ojos muy abiertos, sin entender la situación—. Ella ya no es una niña como años atrás. Ambos habéis madurado en este tiempo y seguís con el otro en la cabeza. Te ha confesado sus sentimientos y tú tienes claros los tuyos. Hace años yo mismo no veía que lo vuestro llegase a buen puerto, pero me equivoqué —admite.

—El gran escándalo y sufrimiento que causaríamos a personas que queremos al paralizar mi boda.

—¿Y has decidido seguir adelante? —pregunta sin dar crédito.

—¡¿Qué hago?! —le reprendo crispado.

—A estas alturas de tu vida te voy a tener que decir qué haces... —carcajea—. Tu

matrimonio está destinado al fracaso. ¡No quieres a Raquel! —enfatisa alzando la voz—. Tarde o temprano os divorciareis como me pasó a mí. Yo no tenía a otra en la mente, pero tú sí.

—Viviré con ello, como todos estos años —murmuro.

—Recuerda que estos años atrás no sabías con certeza los sentimientos de tu hermana. Ahora tienes la confirmación de que te ama. Y tiene a un hombre a su lado. ¿Has pensado cómo serán tus noches imaginando cómo otro le hace el amor? ¿O tú imaginándola a ella en tus brazos y en tu cama cuando en realidad vas a tener a Raquel? —Me quedo pensativo y lo miro.

—Mis padres... —trato de justificar.

—Deja ya a tus padres de lado. Hiciste lo correcto hace años. Alejarte porque Victoria era casi una niña, pero han pasado los años y ambos habéis comprobado que lo vuestro no fue algo de una noche. Si la has tenido clavada en el corazón tanto tiempo te aseguro que no la olvidarás jamás.

—¡Qué sabrás tú! —le reprendo—. No te has enamorado nunca de verdad.

—Por eso mismo te lo digo. Y a vez te envidio, algún día me gustaría querer así.

—¿Y según tú qué debo de hacer? —me atrevo a preguntarle en tono de reproche.

—No casarte —suelta de golpe, tajante—. Si lo haces vas a condenar a Raquel, a Victoria y a ti mismo a ser infelices. Lo que no será un escándalo hoy lo pasará a ser con el tiempo. No hay verdad que permanezca mucho tiempo oculta. ¿Me vas a decir que cuando coincidas con Victoria en una comida familiar no la vas a devorar con los ojos e intentar tener algo con ella? Tus sentimientos te van a traicionar —me advierte.

—¡Joder! —maldigo, pensativo.

Termino la segunda cerveza y me despido de Rafa.

—Aquí me tienes por si quieres dar el escándalo más grande de tu vida, cuenta conmigo para lo que sea —se ofrece con media sonrisa.

—Gracias —murmuro.

Paso toda la noche dando vueltas en la cama, sin saber qué hacer. He pensado mil veces en parar mi boda, pero... ¿cómo lo hago sin dañar a los que más quiero?

Cuando aún no ha amanecido, mi madre irrumpe en mi habitación.

—Mi vida, hoy es el gran día. ¡Arriba! —Se sienta en mi cama y me abraza—. Estoy tan feliz —murmura con los ojos llorosos.

Me abrazo a ella y suspiro.

Mi madre me saca de la cama, nos tomamos un café juntos y comienzan a llegar personas a casa. Fotógrafos, maquilladores, peluqueros... Todo se convierte en un caos y yo en una marioneta que solo recibe órdenes.

No veo a Victoria en toda la mañana. Se encuentra en su habitación arreglándose y no he tenido ocasión de ir a verla porque mi madre no me ha dejado a solas ni un minuto.

Cuando me miro delante del espejo vestido y listo para mi boda tengo ganas de salir corriendo, pero mi madre no tarde en aparecer, tomarme del brazo y bajar conmigo al jardín, donde me hago fotos con mis padres y los mellizos.

—¿Y Victoria? —pregunto alarmado. Igual ha decidido no asistir a la boda.

—Va muy retrasada con el peinado. Con ella nos haremos las fotos después de la ceremonia —dice mi madre.

Me monto en el coche y nos dirigimos hacia la iglesia.

Desde que me bajo del vehículo hasta que llego al altar del brazo de mi madre lo hago de forma automática, sin apenas reparar en nadie. Mis ojos solo buscan a Victoria.

De repente, la veo. Está en el segundo banco de la iglesia junto con su hija y su novio. La

miro, pero ella esquivo mis ojos. La siento triste.

Advierto que su novio está muy pendiente de ella y es algo que me revuelve el estómago. No quiero que la toque ni que esté con ella, mucho menos que se sienta con derechos sobre la mujer que amo.

De pronto, algo pasa por mi mente. Miro a mi alrededor y tengo más claro que nunca que voy a dar un paso equivocado. Me repito mentalmente que tengo que tomar la decisión más difícil de mi vida. Miro a Victoria y lo tengo claro.

Cuando reparo a mi lado, Raquel ya se encuentra ahí. Ni siquiera he sido consciente del momento en el que ha llegado. Estaba sumergido en mis pensamientos.

Comienza la ceremonia y ni siquiera escucho las palabras del cura hasta que Raquel pronuncia el *sí, quiero*, mi madre me da un codazo, a modo de captar mi atención ya que todos esperan mi respuesta.

Miro a Raquel y a mi madre y lo lamento muchísimo por ellas, pero siento que por primera vez en mi vida voy a hacer lo correcto pese a que sea todo un escándalo. Me dejo llevar por el corazón, por lo que siento por Victoria y por lo que quiero vivir a su lado y murmuro:

—Lo siento, Raquel. Te juro que lo siento. Pero no puedo. Perdóname. —Llevo la mano de Raquel hasta mis labios y le doy un beso de despedida.

Luego miro a mi madre, pidiéndole perdón por hacer esto a última hora, y me marchó delante de todos en un silencio sepulcral.

Tengo ganas de ir hasta Victoria, cogerla de mano y llevármela conmigo, pero freno mis impulsos por respeto a la mujer que he dejado plantada en el altar. Me dirijo hasta el coche que espera fuera y me monto en él.

De repente, escucho que gritan mi nombre. Alzo la mirada y veo a Victoria corriendo hacia mí. Se monta en el coche, nos sonreímos de forma cómplice y estamos a punto de besarnos, pero nos contenemos. Creo que ambos pensamos a tiempo que si damos rienda suelta a lo que sentimos delante del chófer estaremos vendidos.

—¿Dónde vamos, señor? —pregunta el conductor.

—Al hotel Ritz —le indico. Miro a Victoria, sonrío y envío un mensaje a mi amigo Rafa.

Nos bajamos en la puerta del hotel y subimos a la suite que le he pedido a mi amigo que reserve sin llamar demasiado la atención.

Cuando entramos en la habitación abrazo a la mujer que amo y la beso como un loco.

—No digas nada —murmuro sobre sus labios. No quiero hablar, solo hacerla mía—. Déjame disfrutar de ti, de nosotros. Tengo la fantasía de hacerte el amor en una cama. Te amo —murmuro mientras la beso.

—Yo también te amo.

Su confesión y tenerla así de entregada me confirman que he tomado la decisión más acertada de mi vida y que no me importaran los escándalos que sucedan con ella. Ambos podremos afrontarlos juntos. Desde este instante Victoria es mía para siempre y eso me hace sentir el hombre más feliz del planeta.

22

Bosco Hungría

—¿Estás bien? —me preocupo por mi mujer.

Ya estamos en casa, pero el rostro de Alba sigue blanco. Está como en trance, no asimila que nuestro hijo haya dejado plantada a su novia en el altar delante de todos.

—¿Por qué lo ha hecho?! —pregunta Alba con la mirada perdida mientras yo doy vueltas por el salón de casa como un león enjaulado y mis dos hijos pequeños están al lado de su madre.

—Yo lo mato en cuanto lo vea —murmuro con rabia—. ¿Tuvo que esperar al último momento? Ponernos a todos en esta situación —me quejo mientras veo a mi madre y a mi padre sentados como Alba, sin asimilar lo sucedido.

—Si se veían tan felices... —murmura Alba sin entender nada.

—Pues es obvio que no lo eran, hija —apostilla mi padre y yo le dirijo una mirada severa por el comentario.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta mi madre a los mellizos.

Ellos se encogen de hombros y yo exploto.

—¿Me vais a decir que no sabíais nada? —los increpo—. ¿Vuestro hermano ha dejado plantada en el altar a su prometida y no os sorprende?

—Estamos tan sorprendidos como vosotros —refleja Damián—. No esperábamos esto para nada, solo que nosotros somos jóvenes y los escándalos nos dan igual.

—Sois unos inconscientes, igual que vuestro hermano —murmuro con el teléfono en la mano. He llamado mil veces a mi hijo, pero tiene el móvil apagado.

—La historia se repite —murmura mi padre y yo lo taladro con los ojos—. No condenes a tu hijo, tendrá sus razones, como las tuviste tú —me recuerda.

—Yo estaba enamorado de la madre de mi hijo —le espeto con rabia.

—¿Qué te hace pensar que él no? Tendremos que esperar a que nos dé sus razones, y entenderlo.

—Espero que aparezca pronto, ¿dónde está? —pregunto con un grito.

—No sabemos nada. Se marchó en el coche que esperaba fuera. Victoria lo alcanzó y se fue con él —dice Jorge.

—¿Habéis llamado a Victoria? —pregunta Alba.

—No responde. Supongo que estará hablando con Nico —murmura Jorge.

—Espero que aparezcan pronto —comento con rabia.

—Cálmate, Bosco —me recomienda mi mujer—. No quiero un enfrentamiento entre tú y Nico cuando aparezca. Es su vida.

—Y la nuestra —bramo—. Él se ha marchado, hasta el momento no ha dado la cara y tú y yo hemos tenido de lidiar con todo lo que nos ha dejado —me quejo.

Alba se levanta del sillón que ocupa y se dirige a mí, me toma del brazo y trata de tranquilizarme.

—Vamos arriba a cambiarnos y nos damos una ducha. Que se relajen los ánimos.

No tengo ganas de moverme del salón. Quiero ser el primero en ver y hablar con mi hijo cuando aparezca, pero Alba necesita verme tranquilo, por ello acepto y subo con mi mujer a mi habitación. Antes de marcharme les dejo encomendado a los mellizos:

—No dejéis de llamar a Nico y a Victoria, y si sabéis algo de ellos avisadme. ¡No puedo con esta incertidumbre! Necesito saber qué le ha pasado a mi hijo para dar ese paso en el último momento.

Una vez a solas, mi mujer me ruega:

—Bosco, cuando Nico aparezca escúchalo antes de juzgarlo, por favor.

Alba siempre tan comprensiva. La miro y doy gracias por tenerla a mi lado. Es mi guía en todos los aspectos, mi remanso de paz.

La abrazo, la beso y le prometo que lo haré, aunque sé que me costará la misma vida.

Te quiero para mí

No he dormido en toda la noche. Después de hacer el amor con Victoria y amarla como se merece la he acunado en mis brazos y he jurado que nunca más voy a dejarla ir de mi lado.

Le doy un beso en los labios, ella aún permanece dormida, y yo necesito hacerla mía de nuevo.

—Te quiero para mí —susurro en su oído.

Ella entreabre los ojos, me mira y me sonríe. Luego me acaricia el pecho y me mira la herida, preocupada por mí.

—Si se ha quitado algún punto tienes trabajo, pero te aseguro que ha merecido la pena —murmuro sobre sus labios. Me parece mentira que pueda besarla y besarla sin límites.

—Aparentemente, todo en perfecto estado —dice. Nos miramos en silencio y el brillo de sus ojos me hace un hombre completamente feliz. Me enorgullezco de la decisión que tomé de no casarme, no de las formas, debí hacerlo antes, pero ya le pediré disculpas a todos.

—¿Qué tal te encuentras? —me intereso por la mujer de mi vida.

—Quizá esa pregunta debería de hacerla yo. Tú eres el lesionado —me recuerda sonriente.

La miro y la admiro. Se me hincha el pecho solo de pensar que lo nuestro sea de ahora en adelante así. Conversaciones cargadas de bromas, sonrientes, con miradas cómplices y reflejando todo lo que nos amamos.

—Compruébelo usted misma, doctora —le reto con descaro. Quiero descubrir una intimidad y una complicidad entre ella y yo. Todo es tan nuevo...

Me besa y pasea las manos por mi abdomen a conciencia mientras que todo mi ser vibra de deseo por ella. Destapa el apósito de mi herida y comprueba que todo está bien.

La atraigo hacia mis brazos y murmuro:

—Mía. ¿Sabes que no te voy a dejar escapar nunca más?

—Me fascina la idea. De hecho, he soñado bastante con ello —comenta con una sonrisa que me llega al corazón y hace que este me dé un vuelco.

—¡Qué locura! —murmuro reteniéndola sobre mi pecho. Ahora me doy cuenta de todo el tiempo que hemos perdido y lo imbécil que fui al dejarla atrás pensando en mi familia y que tenía muchas cosas que vivir. Ella era lo único que tenía que vivir y la perdí, pero me prometo que la voy a hacer la mujer más feliz del mundo. Le voy a resarcir cada segundo que estuvimos alejados.

Victoria me acaricia el pecho con mimo y se incorpora un poco para mirarme a los ojos. Ambos sabemos que tenemos una conversación importante pendiente.

—¿Ponemos los pies en la tierra? —me propone.

Pese a las ganas enormes que tengo de volverle a hacer el amor, asiento.

—La he liado —comienzo a decir—. Raquel no se merecía pagar por mis errores. Debí parar esa boda antes —lamento—. Te juro que mientras esperaba en la iglesia y observaba cómo el novio ese que tienes te abrazaba y estaba pendiente de ti desató algo que llevaba dormido dentro. Imaginarte con otro hombre... No podía soportarlo. Te quiero para mí —confieso sin recelo.

Ella me sonríe. Su mirada es limpia y no existe ningún reproche, algo que me tranquiliza.

—Vamos a tener que dar muchas explicaciones —aventura.

—Estamos juntos en esto —le dejo claro—. Somos adultos. Ahora todo es un verdadero

escándalo, pero creo que cuando llegue la hora le gustaremos a nuestros padres como pareja.

—¿Tú crees? Me muero de miedo y de vergüenza al decírselo. —La siento un poco inquieta.

—Habrá que pensar en cómo hacerlo —digo con valentía. Me siento imparables.

—Creo que es hora de coger los móviles y ver cómo está todo. Mamá se desmayó al ver que te marchaste y media iglesia se quedó en trance al presenciar que dejabas plantada a la novia —me recuerda Victoria. Volver a poner los pies en la tierra me da pereza, pero tengo que arreglar todo el caos que monté. No puedo no dar la cara.

—Uf. El que más miedo me da es el tío Rodrigo —murmuro agobiado por el tema de la imagen pública—. La bronca que me va a echar. Dirá que he arruinado mi imagen. He dejado de muy malas formas a una mujer maravillosa que media España admira —lamento.

Cogemos nuestros móviles y los observamos con atención por varios minutos en silencio, cuando levantamos la mirada ambos nos echamos las manos a la cabeza.

—Manos a la obra —murmuro.

Victoria se aleja un poco de mí y realiza una llamada.

Por mi parte, yo me comunico con mi tío. Cuando descuelga la llamada siento que no me coge por el cuello porque no me tiene cerca.

—¡Eres un completo irresponsable! ¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho? Dame una explicación porque te juro que no le encuentro sentido a nada. He averiguado tus últimos movimientos y los de ella y no hay posibles infidelidades. ¡¿Qué coño le digo a la prensa?! —brama—. Y para colmo tengo que lidiar con mi hermano, que cree que sé tus razones para huir de la boda como lo hiciste, ¡insensato! —grita sin control.

—Tío... —comienzo a decir.

—Tío un cuerno. ¿Sabes la cantidad de chismes que hay? El que más fuerza cobra es que has descubierto una infidelidad de Raquel días antes de la boda y te enteraste de ello camino del altar. ¡Una locura todo! —mi tío está fuera de sí.

—Estoy enamorado —murmuro.

—Y no es de Raquel —ironiza—. ¿Quién es ella? —pregunta con interés.

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—Solo quiero protegerla, protegerla —se ofrece.

—Yo me encargo —le dejo patente.

—¿Victoria sabe quién es, cierto? Ella está ahí contigo.

—Le confesé mis sentimientos a mi hermana. Ella me apoya. —No le he mentado, solo le he dicho una verdad a medias.

—Tu padre está fuera de control —me avisa.

—Me lo imaginaba. ¿Y mi madre? —me intereso.

—Fue una gran sorpresa, pero ella es más comprensiva. Ya lo sabes.

—Necesito tiempo para mí. Para ordenar todo este caos.

—No tienes mucho, querido sobrino —me avisa—. He de recordarte que Raquel está llorando sin consuelo porque no entiende nada. Esa mujer se merece una explicación.

—No querrá ni verme.

—Aun así, da la cara, a riesgo de que te la partan —me aconseja.

—Lo haré. Dame el resto del día. Mañana hablamos.

Me despido de él y centro mi atención en los mensajes de texto de mis hermanos pequeños, preocupados por mí.

Siento la caricia de la mano de Victoria en mi espalda desnuda y centro mi mirada en ella.

—¿Con qué te has encontrado? —pregunta.

—Mi tío y papá me quieren matar. La opinión pública me condena y me llama de todo. Uno de los rumores es que he dejado a Raquel por otra mujer, pero entre todos los nombres que aparecen ninguno es el tuyo —revelo esto último que los mellizos me transmiten en sus mensajes.

—¿Había alguien más? —se interesa, y por alguna extraña razón me agrada verla celosa.

—No. —El año que he estado con Raquel le he sido fiel. Antes de ella fueron muchas las mujeres que pasaron por mi vida, pero no es necesario recordárselo a Victoria.

—¿Qué vamos a hacer? No puedo retrasar por más tiempo ponerme en contacto con papá y mamá —comenta preocupada.

—Tenemos que hablar con todos.

—¿Y Raquel? —pregunta con miedo.

—Destrozada, llorando sin comprender nada, en casa. Mi tío dice que no solo le he arruinado la vida, sino que también su carrera. Existen toda clase de conjeturas, pero la que parece que toma más ventaja es que ella me puso los cuernos, me enteré horas antes de la boda y la dejé plantada.

—¡Qué crueles! Pensé que todo recaería sobre ti.

—No sé qué hacer —lamento.

—¿Qué te aconsejó el tío? —se interesa.

—Está seguro de que mi huida de la iglesia tiene que ver con otra mujer, pero nadie sospecha que ella seas tú. Todos creen que fuiste detrás de mí como hermana. Me sugirió que si no quiero hundir más a Raquel tenga mucho cuidado y que no se filtre por un tiempo prudente nada mío con otra mujer. Por el bien de nuestras carreras.

Ambos nos quedamos en silencio, meditando la difícil situación por la que pasamos.

—Estaré a tu lado apoyándote en todo lo que decidas —me reconforta y la siento a mí lado de forma incondicional.

La acerco a mi pecho, la abrazo y permanecemos en silencio y pensativos algunos minutos.

—No podemos salir de esta habitación y gritar a todos lo que hay entre nosotros —dice Victoria—. Vamos a hacer las cosas bien —propone—. Estaré a tu lado y te ayudaré en todo, pero, ante los ojos de los demás, en calidad de hermana. No puedes hacerle más daño a Raquel.

—¿Después de todo lo que tú has pasado en este tiempo piensas en ella antes que en ti? —La miro con admiración.

—También pienso en mamá y en papá. ¿Te haces una idea de cómo tienen que estar en estos momentos? Ellos me han dado tanto que solo pensar en hacerlos sufrir un poquito me reconcome. Hagamos las cosas bien, para todos —expone con calma. Y yo estoy dispuesto a dejarme guiar. Lo he hecho todo tan mal en los últimos años que no quiero cagarla más.

—¿Qué sugieres? —pregunto.

—Por mi parte, llevar lo nuestro en secreto por un tiempo. Tú... supongo que tendrás que hablar con Raquel, con papá, mamá...

—Dar muchas explicaciones —reflejo—. Y lo peor de todo esto será la prensa. No van a dejar de seguirme hasta que descubran con quién estoy. Los conozco. —Es el tema que más me agobia de todo este asunto.

—Nos veremos en casa de papá y mamá —sugiere.

—Allí nunca estamos solos —manifiesto a modo de queja—. ¿Qué hago cuando me entren ganas de besarte y abrazarte?

—¿Tu casa? —propone pensativa—. Siempre puedo ir a visitarte. No habrá sospechas, soy tu hermana.

—Raquel está allí. Tiene todas sus cosas en el chalet que iba a ser nuestro hogar.

—¿Dónde vas a quedarte? —pregunta con interés.

—Pues creo que voy a alquilar esta habitación de hotel por un tiempo. —Lo acabo de decidir—. La bronca que tendré con papá será monumental y no quiero oír sus reproches a todas horas si me quedo en su casa.

—Vienen tiempos difíciles —aventura—. Supongo que tendré que explicar por qué me fui detrás de ti y dónde hemos estado.

—Ni se te ocurra nombrar este lugar, a nadie —le advierto—. Será nuestro refugio. Cuando deseemos vernos y estar juntos vienes aquí.

—Me parece buena idea. Pero ahora tenemos que salir de aquí y no podemos hacerlo juntos ni con la ropa con la que hemos llegado, llamaríamos la atención —reflexiona.

—Tienes razón. ¿Salimos desnudos? —propongo a modo de broma mientras la abrazo, la beso y murmuro—: Necesito perderme de nuevo en ti para apartar todo lo que me atormenta en estos momentos.

Victoria me besa con pasión y hacemos el amor. Me sigue pareciendo un sueño tenerla en mi cama y disfrutar de ella para siempre. Me hace tan feliz que no quiero salir de la burbuja en la que nos encontramos por miedo a no tenerla como en estos momentos.

No lo puedo creer

Me sorprende cuando de golpe tocan a la puerta de la habitación del hotel. No hemos pedido nada al servicio de habitaciones y todas mis alertas se activan al pensar que alguien nos haya descubierto.

Victoria se adelanta a abrir. Lo hace sin preguntar y yo estoy a punto de saltar sobre ella, pero me quedo de una pieza cuando veo que es su novio y se abraza a él.

—¿Qué hace este tío aquí?! —pregunto de golpe.

—He venido a traer ropa —dice William tan tranquilo—, igual la que llevabais hace unas horas no está ni entera —comenta con picardía—. También he reservado una suite por un mes en este lujoso hotel. Me debes una pasta, campeón —me indica refiriéndose a mí mientras lo miro descolocado por completo. ¿Por qué nos ayuda?

De repente, Victoria y el americano comienzan a reírse.

—¿Qué es todo esto? —pregunto cabreado—. ¿Por qué este tío nos ayuda en vez de partirme la cara?

—Porque quiero muchísimo a Victoria y siempre supe que tú eras el amor de su vida —revela con calma—. Me alegro de que al fin estéis junto. Y a ti —me indica—, bravo por parar esa boda. Ha sido la mejor jugada de tu vida. Te llevas a una gran mujer —comenta con los ojos en Victoria mientras yo no sé qué decir ni qué hacer.

Victoria se abraza al americano y suspiro con rabia.

—Creo que ha llegado la hora de decirle la verdad —dice ella, sonriente, y mostrando una complicidad con William que me molesta.

—¿De qué verdad hablas? —pregunto a la defensiva.

—Entre William y yo no hay nada. De hecho...

—Nunca podría haberlo —me interrumpe él de golpe—. Pero siempre mantendré que es la mujer de mi vida.

La mira con devoción y estoy a punto de partirle la cara.

—Yo no entiendo nada —bufo, exasperado.

—Soy gay —revela William.

Miro a Victoria. Lo primero que pienso es que se están quedando conmigo, pero ella asiente de forma sonriente.

—Me inventé que éramos novios. Me causaba un gran dolor acudir a tu boda sin pareja. Vanesa tuvo la idea... llamó a William... y él siempre deseó conocer Madrid —reconoce mientras yo me siento como un tonto.

—¡Joder! —No sé cómo comportarme ni qué decir. Me han estado mintiendo todo este tiempo. No sé cómo tomármelo.

—Bueno, yo os dejo la ropa y me marchó. Puedes contar conmigo para lo que necesites. —William me extiende la mano y se la estrecho algo confuso—. Cuida de esta mujer como si se tratase de tu vida —dice antes de irse.

—Lo haré —murmuro de forma automática.

Observo cómo Victoria acompaña a su amigo a la puerta y se despiden. Mientras los observo juntos siento una enorme alegría, como si me hubiesen quitado un peso de encima. Ella es libre y él no supondrá un problema entre nosotros.

Una vez a solas me acerco a ella.

—Ven aquí. —La atrapo por la cintura y la beso—. ¿Sabes lo celos tan tremendos que me has hecho sentir cada vez que veía que William se te acercaba? —confieso.

—No lo hice con esa intención. Siempre pensé que tú ya no sentías nada por mí. Pero parece que funcionó —revela sonriente.

—Jamás había experimentado a tal nivel el sentimiento de los celos —confieso—. Los sentí por primera vez la noche que pensé que ibas al despacho de papá en el Afaia con ese imbécil de Andrés, pero nada comparado con lo que ha despertado William. Y mira con lo que me encuentro.

—¿No te alegras? —pregunta con una enorme sonrisa. Disfrutando del momento.

—Yo solo te quiero para mí —murmuro sobre sus labios y la beso.

—Tenemos que cambiarnos y dar la cara. —Me corta el rollo cuando le abro el albornoz y paseo las manos por su cuerpo desnudo—. No tenemos tiempo —me hace ver.

Suspiro, pero ella tiene razón. Cogemos las bolsas que nos ha traído William y nos ponemos la ropa.

—Yo saldré primero —propone Victoria—. Tú ve a la suite que ha reservado William y quédate allí hasta que yo te avise cómo está todo fuera y sea seguro que salgas.

—Será nuestro secreto —me recuerda—. El lugar donde nos veamos a escondidas de todos hasta que podamos gritar a los cuatro vientos que nos amamos sin hacerle daño nadie.

—Suite sesenta y dos. No la olvidaré —pronuncia antes de marcharse.

—Te amo —le digo desde lo más profundo de mi corazón.

Se vuelve hacia mí, me tira un beso con la mano y me dice:

—Yo más.

Y me quedo mirándola como un hombre enamorado hasta los huesos, que en ese momento, pese a todo lo que tengo encima, se siente feliz y no cambiaría su vida por nada.

25

Mis padres

Me instalo en la suite que por un tiempo será mi casa y llamo a mi amigo Rafa. Tengo mil llamadas perdidas de él y mensajes. Estaba en la boda y lo vivió todo de primera mano.

—¡Ole tus huevos, amigo mío! —vitorrea en cuanto descuelga la llamada—. No sé si con los años te recordarán como una leyenda del fútbol, pero te aseguro que lo de hoy no se le olvida a nadie —bromea.

—Ya vale —le reprendo.

—De verdad, enhorabuena —dice ya serio—. Supongo que estás con Victoria. Os merecéis ser felices de una vez. La vi ir detrás de ti, pero tranquilo que no he dicho nada.

—He estado con ella hasta hace un rato, ahora se ha marchado a casa de nuestros padres —murmuro pensativo y algo culpable porque sea Victoria quién tenga que dar la cara primero.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta con cautela.

—Estamos juntos —manifiesto, feliz—, pero por el momento lo llevaremos en secreto.

—Cuenta con mi apoyo y discreción. Y enhorabuena, amigo. Te mereces estar al lado de la mujer que amas.

—Gracias. Ojalá algún día encuentres en alguien lo que yo tengo con Victoria.

Cuando cuelgo con mi gran amigo mi teléfono vuelve a sonar. Es Victoria.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunto con impaciencia.

—No ha sido fácil, pero bien. ¿Has hablado con Raquel? —pregunta con miedo.

—No me ha contestado a las llamadas. Mañana iré a verla. Creo que será mejor que hablemos en persona. —Se Hace un silencio y la noto triste—. Me gustaría que estuvieses aquí a mi lado —murmuro con nostalgia.

—No es prudente.

—Lo sé, pero es lo que siento. Sin embargo, no sé si estés al tanto que desde ahora en adelante vamos a hacer muchas cosas imprudentes —bromeo. La siento un poco desanimada.

—Voy a dormir con mi hija en casa de Vanesa. Mañana hablamos —murmura y la siento que sonríe.

—Te echaré de menos —murmuro—. Me ha gustado tenerte en mi cama y debes de saber que nunca más te voy a dejar marchar —le indico.

—El sentimiento es mutuo, señor Hungría. Lo amo. Que pase una buena noche.

Me tumbo en la cama y paseo la mirada por la solitaria habitación.

—Mi noche de bodas —digo en voz alta mientras admiro la enorme cama en la que estoy solo.

Trato de dormir algo, pero la noche se hace muy larga. Cuando son las siete de la mañana pido el desayuno y luego me encamino a hablar con Raquel. Tengo las llaves de la casa y decido entrar en ella sin permiso después de intentar comunicarme con ella muchas veces.

En cuanto pongo un pie en mi propiedad la madre de Raquel y su hermana tienen el descaro de echarme.

—Solo he venido a hablar con Raquel. No le debo explicaciones a nadie más que a ella. Y no me voy a ir de aquí porque es mi casa. Yo seré más educado y no les pediré que se vayan —les dejo claro a ambas, con calma, mientras paseo la mirada por el salón y compruebo que Raquel no está ahí.

—Puedes encontrarla en la habitación —murmura su hermana.

Le agradezco la información con un gesto de la cabeza y me dirijo hacia allí.

Antes de entrar en el cuarto principal de la casa, el único que teníamos amueblado por el momento, toco en la puerta. Paso cuando escucho:

—Estoy despierta. —Suspiro antes de entrar y la encuentro en la cama echa un ovillo.

Raquel no se ha dado cuenta de que soy yo. Entro con paso lento y me sitúo a su lado, tomándome el atrevimiento de sentarme cerca.

Cuando ella me ve, da un salto y se aleja de mí gritando:

—¡Vete! No quiero verte —manifiesta con rabia y dolor, mientras me mira con los ojos muy abiertos.

Le doy tiempo mientras veo cómo comienza a llorar. Intento acercarme a ella, pero no lo permite.

—Perdóname —le suplico con el corazón en la mano. Está destrozada.

—¡¿Por qué me has hecho esto?! —me reprocha con desgarró—. Te has burlado de mí. El día más importante de mi vida, con el hombre que amo, delante de tantas personas... ¿Por qué no me lo dijiste antes? El dolor hubiese sido el mismo, pero me hubieses ahorrado la vergüenza.

—Lo siento. Sé que no lo hice bien, que me porté como un miserable y te pido perdón.

—¡¿Quién es ella?! —pregunta con furia y rencor. En sus ojos se refleja una mujer herida de muerte.

—Soy yo, Raquel. Me di cuenta de que no estaba enamorado de ti —confieso. Decido no revelar el nombre de Victoria. Raquel en estos momentos es una mujer despechada y no sé cómo tomaría saber lo que existe entre mi hermana y yo.

—Porque otra mujer se metió por medio. Estoy segura —grita—. Estábamos tan bien...

—Eres una gran mujer. Te mereces a un hombre que te ame de verdad. Yo solo te quiero como una buena amiga —específico.

—¿Por qué esperaste hasta el último momento? —me echa en cara.

—No lo sé —respondo la verdad—. Quizá por cobarde, por no lastimarte, por no saber cómo hacer las cosas. Te juro que no lo sé. Solo tengo claro que lo hice todo muy mal y por ello te pido perdón —le ruego una vez más.

—Medio país piensa que te puse los cuernos y me dejaste por eso. ¿Sabes cómo me siento? —me recrimina.

—Mi tío se va a encargar de desmentir eso. Él velará por nuestra imagen pública y tratará que, sobre todo tú, no salgas perjudicada en nada —le seguro.

Ambos nos miramos en silencio. Raquel está un poco más calmada y cuando me levanto para marcharme se atreve a preguntar entre lágrimas:

—¿La amas?

Es una mujer muy lista y sabe que hay otra persona.

—No quiero hacerte daño, pero sí.

Me sonrío dolida y suspira mientras se aparta las lágrimas de su rostro.

—Pues que seáis muy felices —lo pronuncia en forma de reproche—. Me iré de esta casa lo antes posible.

—No hace falta. Quédatela. Estás enamorada de ella y la has decorado tú.

—Hablaré con mi abogado y te la compraré.

—No hace falta —murmuro. Lo que cuesta la casa lo gano en menos de un mes.

—Insistiré —deja patente.

La miro y le dejo claro que no lo aceptaré. Antes de marcharme le digo:

—No me gustaría que fuésemos enemigos. Eres una gran mujer, comprendo que no podamos ser amigos, pero siempre vas a encontrar un apoyo en mí si me necesitas.

Raquel asiente, llorando.

—Que te vaya bien, Nicolás Hungría. Fue bonito mientras duró —recalca con dolor—, pese a no darme cuenta de que no me amabas. Pero nunca te voy a perdonar la humillación de que me dejases plantada en el altar.

La entiendo y me marchó sin decir nada. Estoy seguro de que su dolor pasará y no me odiará. Raquel es una mujer incapaz de tener malos sentimientos hacia nadie, es algo que siempre admiré en su persona y por lo que decidí casarme con ella.

Cuando salgo de hablar con Raquel consulto la hora y son las diez y media, llamo a Victoria y le pregunto qué tal ha pasado la noche. Pese a que estamos juntos, sé que esta situación le afecta.

—Avril es mi gran refugio. He dormido abrazada a ella toda la noche —me dice Victoria.

—Envidia a mi sobrina —murmuro centrado en el tráfico de la ciudad, que pese a ser un domingo por la mañana es denso.

Luego le cuento a Victoria que ya he hablado con Raquel personalmente. Ella me escucha atenta y en silencio. No se permite opinar en nada.

—Voy a ir a hablar con papá y mamá, no lo quiero retrasar más —anuncio decidido.

—Me parece bien.

—¿Vas a estar en casa? —pregunto. Sé que ha pasado la noche en casa de su amiga.

—Mejor vuelvo después. No creo que sea necesaria mi presencia hasta que le contemos que estamos juntos.

—Bien. Hablamos luego. Deséame suerte.

—Suerte, mi amor.

Cuelgo la llamada y suspiro. Enfrentarme a mis padres después de lo sucedido y ocultando la verdad hace que me sienta más inquieto que en una tanda de penaltis decisivos.

Cuando llego a casa de mis padres los encuentro desayunando en la cocina.

—¡Hijo! —murmura mi madre, se levanta de la mesa y viene a abrazarme.

Pepa, que prepara unas tostadas, me dirige una mirada amable y sale de la cocina en silencio.

Mi padre permanece sentado en la silla y apenas me mira. Lo conozco y sé que está haciendo grandes esfuerzos por controlarse.

—Al fin das la cara —murmura mi padre centrado en el café que tiene delante.

—Siento todo lo que pasó. ¿Estás bien, mamá? —pregunto mirándola a los ojos.

—Nico... ¿por qué lo hiciste? ¿Qué pasa? —pregunta mi madre acariciándome la cara mientras me indica que me siente a su lado, frente a mi padre.

—No estuvo bien hacerlo en el último momento, pero fue un impulso. Decidí salir corriendo cuando me vi atado a una mujer que no amaba —confieso.

—¿Y no te diste cuenta hasta ese preciso momento?! —brama mi padre—. ¿Nos tuviste que hacer pasar a todos por esa vergüenza?

—Bosco, déjalo que se explique. —Mi madre le pone una mano en el brazo e intenta que se calme.

—No hay mucho más que explicar. Es tan simple como que no amo a Raquel y decidí parar la locura que iba a cometer —resumo a gran escala.

—¿Quién es ella?! —me increpa mi padre con los ojos clavados en mí.

—Por ahora prefiero que su nombre permanezca oculto hasta que todo se calme.

Mi padre se levanta de golpe, arrastra la silla hacia atrás y da un golpe sobre la mesa.

—Como hayas dejado a una gran mujer como lo es Raquel por alguien a la que hayas

conocido de una noche... Unas de esas mujeres que solo quieren de ti la fama y el dinero... Seguro te han embaucado en la cama —vocifera mi padre.

Me levanto de golpe y lo enfrento. Mi madre se interpone entre nosotros.

—Nico —murmura mientras mi padre y yo nos medimos con las miradas.

—No he hecho nada que tú no hicieses antes —le recuerdo a mi padre como un dardo envenenado—. No sé por qué te pones así —recalco.

Él me mira furioso.

—Yo escogí a la mujer perfecta, la madre de mi hijo —dice con orgullo con la mirada en su mujer.

—¿Qué te hace pensar que yo no lo he hecho? —le espeto escupiendo las palabras.

—Tu cobardía en todo momento —dice de frente.

Lo conozco y sé que me está retando para que diga el nombre de la mujer que amo, pero no voy a caer en su trapa.

—Mejor me marchó —murmuro.

En el plan que está mi padre no finalizaríamos esta conversación en buenos términos y mi pobre madre no se merece más disgustos. Le doy un beso en el cabello y me marchó de la cocina sin despedirme de mi padre.

Cuando salgo de casa de mis padres voy a ver a mi amigo Rafa. En su edificio puedo aparcar sin que los fotógrafos me paren o me increpen.

Le cuento mi charla con Raquel y mis padres, me invita a un par de cervezas para que me relaje mientras me aconseja que la gran tormenta que asola mi vida en estos momentos pasará.

26

Contigo

Cuando vuelvo al hotel llamo a Victoria, la he extrañado durante todo el día, pero no me contesta. Algo que me inquieta. Le dejo dos mensajes, pero tampoco me responde.

Pasan dos horas cuando se pone en contacto conmigo.

—Ya comenzaba a pensar que te habías cansado de mí y me dabas largas —contesto en tomo de broma. Lo cierto es que el corazón me ha dado un vuelco, como si fuese un adolescente, cuando he visto que la llamada era de ella.

—Estaba ordenando el mundo —suspira. La siento algo cansada.

—Espero que en ese orden vaya incluido en tu lista.

—Por supuesto, pero solo como hermano —comenta en tono de broma.

—Cuéntame —le ruego. Necesito saber cómo están los ánimos por casa después de haber hablado con mis padres.

—Yo pensé que más bien me contarías tú —replica ella.

—Ya debes de saber cómo está todo por papá y mamá.

—Ambiente tenso —murmura con delicadeza.

—Ajá.

—Pasaré —comenta a modo de calmar la situación.

—¿Qué tal con Raquel? —insiste. En nuestra anterior conversación apenas le di explicaciones.

—No quería verme en un principio, pero luego accedió. No ha sido fácil para ninguno de los dos. Fue una conversación cargada de reproches por su parte, pero es una mujer muy educada y, pese a las circunstancias, siempre le predomina el saber estar.

—¿Le has dicho algo de mí? —pregunta, inquieta.

—No. Por ahora, es mejor que ella no lo sepa. Es una persona discreta y educada, pero no quiero con tenga en sus manos más cartas de las necesarias. Al fin y al cabo, es una mujer herida.

—Comprendo. Tengo algo que decirte —anuncia de golpe y crea una gran expectación en mí.

—¿Qué pasa? —pregunto intrigado.

—He hablado con papá y me ha pedido que averigüe quién es la mujer que ha provocado este caos en tu vida, que cuide de ti y guíe tus pasos.

—¡Vaya! ¿Y cuál es el siguiente paso? —indago, sonriente y dispuesto a dejarme llevar por la mujer que amo.

—Para aliviar todo este asunto se me ha ocurrido pasar unos días en el yate, junto con Avril, William y Vanesa —especifica—. A papá le ha parecido una idea estupenda. Si no te parece bien... o si tenías otros planes... —plantea con inseguridad.

—Tú y yo en el yate, alta mar, sin nadie alrededor —recito con una amplia sonrisa—. Es una idea que me atrae demasiado.

—No te embales —me frena de golpe—. No estaríamos solos. Tendríamos que dar una imagen de hermanos delante los demás —me deja clara la realidad. Y aun así lo veo todo maravilloso.

—Vanesa y William saben lo nuestro, y Avril es pequeña.

—También estará la tripulación del barco —murmura.

—Podemos prescindir de ellos. Yo sé manejar el yate —le recuerdo.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta intrigada.

—Pasar unos días en el yate de mi familia con unos amigos, mi hermana y mi sobrina ante los ojos de todos —manifiesto con naturalidad—. Sin embargo, cada noche la pasaré en tu cama, haciéndote el amor y besándote —añade con picardía.

—Eso si Avril te deja —le indico en tono jocoso.

—Ya me encargaré yo de eso. ¿Sabes lo que va a suponer para mí tenerte casi todo el tiempo cerca de mí, con poca ropa y comportarme como tu hermano mientras estemos en cubierta a los ojos de los demás o de mi propia sobrina?

—¿Nos vamos mañana mismo? —propone de golpe.

—Me quedan algunos días de vacaciones, soy todo tuyo.

—Recuerda, por un tiempo, hermanos para los demás —me advierte con miedo y esto me hace resoplar, pero en el fondo la tendré cerca y eso es lo que importa. Que cada vez que la mire sabré que me ama y me desea tanto como yo a ella.

27

Bosco Hungría

—Te veo de mejor humor, más relajado —aprecia mi mujer.

Estoy en el jacuzzi del gimnasio de nuestra casa cuando me sorprende y se mete dentro conmigo.

—Me tranquiliza que Nico haya accedido a irse con Victoria unos días al yate. Estoy seguro de que su hermana lo guiará bien. Y también estará lejos de la mujer que ha provocado todo esto.

—¿Has hablado con Nico? —pregunta Alba.

—No. Soy su padre y fue él quién me faltó al respeto con su actitud.

—Creo que ambos os excedisteis —tercia mi mujer.

—Él ha provocado todo esto. Soy yo el que tiene a fotógrafos y prensa detrás y me piden explicaciones que no me corresponden dar —me quejo.

Alba se acerca a mí, se sienta en mis piernas, me besa y me abraza.

—No pienses más en ello. Pasará. Relájate —me aconseja mientras pasea sus manos por mi pecho.

—Lo haré del todo cuando descubra quién es la mujer que está en los pensamientos de mi hijo. Como van a estar en el yate no llevan guardaespaldas, pero en cuanto regresen a Madrid pienso decirles que me informen de todos los pasos de Nico y con quién se relaciona.

—¡No harás eso! —me exige Alba, seria—. Una cosa es que lo protejas y otra que utilices eso para averiguar algo que tu hijo no quiere decirte. Te lo prohíbo.

—Es por su bien. ¿Y si es una de esas mujeres que solo lo quiere para hacerse famosa y ganar dinero a su costa?

—Es su vida. Tú también estuviste con una mujer así y tu padre no intercedió. —La miro con decepción. Ha sido un golpe bajo y no lo esperaba de ella. Pero me queda claro que entre su hijo y yo siempre lo elegiré a él.

—No esperaba esto de ti.

—Es la verdad, Bosco. Cada cual tiene que aprender de sus errores. Yo también cometí uno muy grande al ocultarte la existencia de Nico por dos años. Privé a mi hijo de su padre y es algo que jamás me perdonaré —confiesa con lágrimas en los ojos.

En esos instantes aprecio que mi adorada esposa también tiene sombras en su pasado que aún no ha superado. Todos las tenemos. Nadie lo hace todo bien.

Le acaricio el rostro, la beso y la atraigo hasta mi pecho.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero como eres y no cambiaría nada de ti.

Ella alza la mirada hacia mí y me ruega:

—Entonces deja que Nico cometa sus propios errores. Estaremos ahí para guiarlo o ayudarlo, pero cuando él nos cuente sus cosas. Ya es mayorcito. Yo también me muero de ganas por saber los motivos reales por los que dejó a Raquel plantada en el altar, y me duele que mi hijo no haya confiado en mí y me los haya revelado, pero lo respeto y soy paciente. Pero, sobre todo, confío en él.

Le doy a mi mujer la palabra de que no me meteré en la vida de mi hijo, la beso y le pregunto con una enorme sonrisa:

—¿Nos relajamos?

Ella se acomoda a horcajadas sobre mí, me toma el rostro entre sus manos, me sonríe y murmura sobre mis labios:

—Te amo, Bosco Hungría. Como marido, como padre y como abuelo.

—Soy muy afortunado de tenerte a mi lado en todas esas facetas. Tú sacas lo mejor de mí.

Alba emite una carcajada y murmura:

—La faceta que más me gusta de ti es la de amante.

—Tú haces que esta pasión y este deseo nunca se apaguen. Siempre que te miro me entran ganas de hacerte el amor.

—Eres un descarado. Has puesto en muchos apuros a nuestros hijos —me recuerda Alba con una enorme sonrisa mientras la desnudo.

Vienen a mi mente momentos en los que llegaba a casa tras varios días fuera por algún partido y mis hijos acaparaban toda la atención de su madre y yo solo la quería para mí. Ahí era cuando la besaba y la abrazaba sin reparo y ellos en su faceta adolescentes nos veían como unos pervertidos. No comprendían que tras los años siguiésemos en una fase de completo enamoramiento.

—Tienen una madre irresistible.

Hermanos de día, amantes de noche

El yate de mi padre se encuentra en Formentera, cojo un avión hasta allí y llego antes que Victoria y los demás. Me pongo cómodo y los recibo en cubierta, relajado y dispuesto a pasar unos días con la mujer de mi vida las veinticuatro horas del día. No estaremos solos, pero mi atención será solo para ella.

Cuando los veo aparecer a los cuatro el corazón me da un vuelco en cuanto Victoria y Avril acaparan mi atención. Lo primero que se me pasa por la cabeza es que ojalá viniesen solas. Vanesa no me cae mal y William me cae bien desde que sé que no tiene interés alguno en la mujer que amo. Pero por alguna extraña razón no anhele estar solo con Victoria en el barco. Avril es tan especial que se ha llegado a ganar mi corazón. Sé que aún es pronto, pero quiero ser su padre. Adoptarla de forma legal y que me llame papá. Voy a darles tiempo, a madre e hija, y espero que algún día mi deseo se cumpla.

Vuelvo a centrar mi atención en la realidad que me rodea y les muestro a todos los fotógrafos que tenemos cerca una sonrisa. Acudo al encuentro de mi sobrina, luego saludo a los amigos de Victoria y finalmente le extiendo la mano a la mujer que amo para que suba a bordo. Le sonrío y, haciendo grandes esfuerzos, le doy un beso fraternal en la mejilla. Le estrecho en mis brazos y le susurro:

—Será muy divertido y placentero. —Estoy seguro de ello. Por alguna extraña razón, me gusta este juego. Nos mostramos delante de todos, tienen la verdad delante de sus narices y ni se la huelen.

—¿Estás seguro? —pregunta con una ceja alzada.

—Mientras ellos —Agarro a Victoria por la cintura y le indico son disimulo la gran cantidad de gente que nos observa al detalle, con cámaras y sin ellas— no pararan de buscar a la misteriosa mujer que me tiene loco, nosotros estaremos juntos en sus propias narices.

—Parece que todo esto te divierte —murmura.

—Intento ver el lado bueno —comento con tono divertido. Todo lo que deseo en estos momentos de mi vida es tenerla a mi lado.

—No podrás besarme —me recuerda.

—Te aseguro que recuperaré todos esos besos cada noche —le susurro en el oído.

—¿Qué piensas hacer con Avril? —me pregunta en forma de reto.

—Ya veremos. —Soy un hombre de recursos.

Entramos en el yate y al cabo de una hora nos disponemos a zarpar. Quiero alejarme cuando antes del puerto.

—No llevaremos tripulación. El capitán será yo —anuncio cuando leo en los ojos del americano que se pregunta quién llevará el barco.

—¿Tú sabes manejar esto? —pregunta William.

—Desde que tengo veinte años. Este yate es una de las grandes pasiones de mi vida —revelo sumido en recuerdos—. He pasado tan buenos momentos en él...

—Y los que están por venir —comenta William con los ojos clavados en Victoria.

Victoria y Vanesa, que presencian la conversación, estallan en carcajadas, a las que nos unimos William y yo.

—¡Madre mía! Lo que valdrían en esos momentos unas declaraciones nuestras —bromea

Vanessa mirando a William.

Saco el yate del puerto mientras que la pequeña Avril permanece quieta y atenta a mi lado en todo momento. Es una niña muy curiosa que pregunta por todo, pero lejos de molestarme siento orgullo por cómo es.

Llevo el yate hacia una cala maravillosa en la que estamos solos y allí disfrutamos de una tarde en el mar, en unas aguas cristalinas maravillosas. Juego con mi sobrina y no recuerdo haber disfrutado nunca tanto en el mar como esa tarde junto a ella. No solo Victoria me ha robado el corazón, ha tenido el don de criar a su hija de una forma tan parecida a ella que me ha atrapado por completo. Los sentimientos que Avril despierta en mí me asustan. Jamás deseé ser padre, sin embargo, con ella a mi lado deseo criarla como mi hija y tener muchos más hijos con Victoria.

Cenamos todos juntos en la cubierta del barco. Avril se queda dormida en mis brazos y siento tal emoción porque haya escogido los míos en vez de los de su madre que no lo puedo explicar. Por alguna extraña razón para mí es muy importante que esta pequeña me quiera. No sé cómo lo ha hecho, pero yo la quiero sin saber cómo sucedió.

—Voy a llevarla a su camarote. —Creo que la niña estará más cómoda en su cama.

—Mejor llévala al mío —dice Vanessa con una sonrisa dedicada a Victoria y a mí—. Para que no os moleste esta noche. Yo la cuido —se ofrece con amabilidad.

—Yo la llevo —William se levanta de inmediato y coge a Avril de mis brazos—: Hasta mañana, pareja. Disfrutad de la noche —murmura antes de desaparecer.

Vanessa y él se marchan y Victoria y yo nos quedamos a solas. El momento que llevo deseando desde que apareció en el puerto y me volvió loco con sus pantalones cortos y su camiseta transparente. Luego, tenerla en bikini, y con uno tan minúsculo, creo que se lo puso a conciencia, toda la tarde no ayudó a calmar mis instintos. No sé cómo he podido controlarme y no ponerle mis manos encima y devorarla como deseaba.

—Ven aquí, hermanita —Me acerco a Victoria en cuanto nos quedamos solos —, que voy a demostrarte todo lo que te quiero.

La abrazo y le beso el cuello, impregnándome de su maravilloso olor.

—Aquí no —me reprende de forma severa y tajante—. Hemos tenido fotografías en el puerto y lanchas alrededor del yate cuando zarpamos. Seguro que nos vigilan desde algún lugar escondido. Tenemos que ser cuidadosos.

—Vamos dentro. —La tomo de la mano y tiro de ella hacia un lugar más privado e íntimo.

Tengo claro que terminaremos en mi camarote, pero mientras llegamos a este la beso y la acaricio a mi antojo, ya no estamos a la vista de nadie.

—Dios, cómo te he deseado durante todo el día —murmuro deshaciéndome de su ropa una vez que estamos en mi camarote.

—La noche es nuestra —dice Victoria mientras me saca la camiseta por la cabeza con prisa y me da un beso demoledor.

La tomo por las nalgas desnudas, la alzo y camino con ella en mis brazos hacia la cama. Allí nos quitamos la poca ropa que nos queda y hacemos el amor como locos.

—¿Por qué ha amanecido tan temprano? —me quejo cuando un rayo de sol me despierta. Observo a Victoria enredada en mi cuerpo, desnuda y el corazón se me acelera. Es mucho más de lo que alguna vez imaginé.

—Tengo que volver a mi camarote —dice ella cuando repara en que ya es de día y ha pasado toda la noche junto a mí—. Si Avril se despierta y va a buscarme no puede encontrarme aquí.

—Es una niña de cuatro años, mientras que no nos vea besarnos en la boca creará todo lo que le digamos sobre nuestra relación de hermanos —trato de calmarla.

Paseo la mirada por su cuerpo desnudo, de pie a mi lado, mientras busca la ropa que nos arrancamos anoche y debe de estar por el suelo. Yo permanezco en la cama deseándola de nuevo a mi lado.

—Ven aquí —le indico en forma de ruego. Le extiendo la mano, ella me la toma y cuando me mira a los ojos y aterriza sobre mi pecho descubre que una parte de mí está muy despierta—. No me puedes dejar así —le ruego mientras la beso y consigo deshacerme de su ropa interior y hacerle el amor como deseo.

Mientras desayunamos todos juntos, Vanesa nos pone al tanto de las fotografías que se han publicado sobre mí desde que llegué a Formentera. Me divierte que la prensa espera la llegada de otra mujer en cualquier momento mientras Victoria y yo somos hermanos durante el día y amantes en las noches.

Un anillo de compromiso

Desde cubierta observo cómo Victoria, Avril y Vanesa se bañan en el mar. William y yo somos un poco más reticentes a probar el agua. Avril nos ha dicho que está muy fría, sin embargo, ríe y juega con su madre y su tía, como llama a Vanesa.

—Tío Nico, ven —me llama Avril—. Quiero que me lances al agua. Mamá no tiene fuerza.

La miro y sonrío. En ese momento descubro que haría cualquier cosa por ella, por descabellado que sea lo que me pida.

William, sentado a mi lado, me mira y murmura:

—¿A que es un amor de niña? —Yo asiento de inmediato—. Cuando traspasa las fronteras de tu corazón se queda ahí para siempre. No hace falta conocerla, es mirarla y que Avril te atrape por completo. Tiene ese don.

—Ahora que conozco a Avril comprendo que Victoria la adoptase. Aún recuerdo el revuelo que se formó en mi familia cuando les comunicó la decisión a mis padres, pero fue lo más acertado. Avril es como una luz que te da vida.

—Me alegro que la veas así. Te vas a convertir en el padre de esa niña —comenta William, sonriente.

Lo miro en silencio y asiento con una enorme sonrisa en mi boca. Me gusta pensar en ella como en una hija.

Avril continúa llamándome desde el agua, me lanzo a ella y me recibe con aplausos. Luego me abraza, me da un beso y me susurra al oído:

—Tienes que enseñarme a tirarme así —dice con ilusión.

—Cuando seas mayor —le indico mientras la cargo en mis hombros y lanzo al agua.

Los días que pasamos en el barco son maravillosos. En un principio pensé que solo lo serían las noches, pero lo cierto es que estoy disfrutando como un niño de cada segundo de estas mini vacaciones. No quiero que se terminen pese a no tener a Victoria todo el tiempo como deseo, jamás pensé sentirme así.

Al final del día, mientras todos están abajo, en la ducha o preparando la cena, me centro en hacer ejercicios en cubierta. Soy consciente de que en todos estos días que llevamos en el barco siempre hemos tenido a alguien alrededor tratando de captar un momento por el que consigan una gran suma dineraria, pero dudo que por fotografiarme haciendo ejercicio lo consigan, además, así comprueban que continúo con mi vida sin hacer caso a los objetivos que tengo alrededor.

—¿No te cansas? Te juro que llevo un tiempo aquí y estoy agotada de solo verte —me sobresaltan las palabras de Victoria. No la había sentido y al parecer lleva un rato observándome.

—Aún me quedan veinticinco más —murmuro sin parar de hacer flexiones. Las termino y cojo las pesas.

—Esta noche vas a caer rendido —comenta con una sonrisilla.

—Hago esto a diario. Forma parte de mi día a día. Te aseguro que estaré tan activo como las pasadas noches —le recuerdo con una sonrisa pícaro.

Ella pasea los ojos por mi cuerpo y me enciende el brillo que reflejan los suyos. Me desea.

—Estás para comerte enterito, Nicolás Hungría —murmura relamiéndose los labios a

conciencia.

Coge el móvil e immortaliza el momento. Luego le indico:

—No eres la única que está haciendo fotos. Desde la cubierta de aquel barco nos vigilan —le hago saber centrado en mis ejercicios.

Se vuelve de inmediato y mira hacia el lugar, sorprendida. Ella no está tan acostumbrada a lidiar con el tema de los periodistas y la prensa.

—Me voy —dice de inmediato.

—No tienes por qué —le indico con calma—. No estamos haciendo nada malo. Solo ves cómo tu hermano se pone en forma. Recuerda que ellos ignoran lo que realmente me pone mi hermana.

Le dedico una mirada hambrienta y consigo ponerla aún más nerviosa.

—Te espero dentro o no respondo de mí —murmura marchándose mientras yo hago grandes esfuerzos por no pararla, besarla y amarla a la luz del día sin importarme nada ni nadie.

Es nuestro último día en el yate. Hemos pasado una semana maravillosa, y los días se han ido volando.

Para la última noche he organizado una cena de gala a solas para Victoria y para mí. A Abril le hemos dicho que estoy un poco resfriado y que su mamá tendrá que cuidarme y ella no podrá entrar en la habitación para que no le contagie el resfriado.

He contado con la ayuda de William y Vanesa para organizar esta noche especial con Victoria. Cuando llegué a Formentera no vine directo al yate. Me apetecía comprarle algo significativo. No pensé en un anillo, pero me fijé en uno y me dije que tenía que ser para ella. No le voy a pedir matrimonio hoy, solo le voy a entregar un anillo de compromiso que simbolice nuestro amor y nuestra futura unión.

—¿Qué parte de cena de gala no has entendido? —le reprendo cuando la veo entrar en el camarote con unos pantalones cortos y una simple camiseta. Quiero que sea una noche única y perfecta, que recordemos siempre.

—No he traído nada adecuado para la ocasión, pero seguro que en el armario de este camarote hay algo especial de mamá —comenta de forma despreocupada dirigiéndose al vestidor.

Voy tras ella, la abrazo y la beso por detrás mientras busca algo adecuado.

—¿Qué pensarían nuestros padres si supiesen lo que estamos haciendo? —susurro en su oído mientras imagino las veces que ellos hicieron lo mismo que nosotros en este mismo lugar.

—Que somos unos usurpadores. Usamos su camarote, hacemos el amor en su cama y ahora voy a ponerme un vestido de nuestra madre que no tardarás en arrancarme —dice Victoria sonriente.

—Recuerdo muy vagamente y, sobre todo, por fotos que he visto a lo largo de los años, unas vacaciones con papá y mamá en este yate, antes de tener hermanos. Creo que la historia se repite con Abril, ellos también debieron de arreglárselas conmigo para estar así solos.

De repente, Victoria se tensa entre mis brazos. No me responde al beso que le he dado, se ha quedado como pensativa y se ha alejado un poco de mí. Me preocupa que sienta remordimientos por lo que estamos haciendo a escondidas de todos.

—¿Me dejarías sola unos minutos para arreglarme para ti y sorprenderte? —me ruega.

Decido darle el espacio que me pide y me marchó, dejándola sola en el baño del camarote.

Al cabo de una hora decido tocar a la puerta. Estoy impaciente por darle el anillo de compromiso. Lo llevo en el bolsillo del pantalón y estoy más nervioso que nunca en mi vida.

—¿Estás bien? —pregunto.

Abre la puerta despacio y me sonrío como solo ella lo sabe hacer para que deje de pensar en el mundo.

—Lista —anuncia. Me besa y me pierdo en el sabor de su boca.

Tenemos una cena maravillosa servida en el camarote, para disfrutarla ambos solos.

—Todo te ha quedado muy bien —murmura Victoria, asombrada.

Le entrego una copa, en el que ya tenía el vino servido y la animo a probarlo mientras la miro con atención.

De repente, Victoria centra la mirada en el interior de la copa y yo sonrío mientras ella descubre el anillo de compromiso que le he colocado ahí.

—No lo puedo creer —murmura con asombro. Se lleva una mano al pecho, emocionada, mientras admira la joya, como si le diese miedo a cogerla. Lo hago yo mientras le revelo:

—Es un anillo de compromiso, por nuestro amor. Hoy no te voy a pedir formalmente que nos casemos, porque para eso falta un poco, pero ten por seguro que serás mi mujer. Te quiero para mí. —Antes de colocárselo le muestro la inscripción que he puesto dentro, *Te quiero para mí*.

Le pongo el anillo y ella me abraza y me besa emocionada.

—Te amo —murmura sobre mis labios.

—Y yo —respondo como un hombre enamorado—. No va a ser un camino fácil, pero iremos de la mano —le dejo claro. No me pienso separar de Victoria nunca más.

—Cuento con ello —cometa mientras admira el anillo de oro blanco, con una piedra azul en forma de corazón.

Cenamos a la luz de las velas entre confidencias y planes de futuro, luego nos encaminamos hacia la cama y damos rienda suelta a todo lo que sentimos. Es nuestra última noche juntos en el barco.

A la mañana siguiente nos despierta la voz de Avril.

—Os habéis quedado dormidos —grita la niña.

Victoria y yo la miramos sobresaltados ya que ambos estamos desnudos. Nos tapamos con la sábana hasta la barbilla de forma automática y nos miramos sin saber qué hacer.

—Eh... sí, mi vida —titubea Victoria—. El tío y yo vimos una película juntos anoche y nos quedamos dormidos. Pero eso pasa entre hermanos —le indica apurada.

—Claro —comento—. Hacía mucho que tu mamá y yo no veíamos una película juntos. De pequeños nos encantaba, y también la veíamos con los tíos Damián y Jorge.

—Yo también quiero tener un hermano —dice de golpe Avril.

—No te preocupes, llegará —le indico seguro de ello. Quiero hijos míos y de Victoria, muchos. Miro a Avril y deseo que se parezcan a ella.

Victoria se queda callada, me mira seria. Le susurro con cierto tono jocoso:

—Tendremos que trabajar en ello. Quiero complacer a mi sobrina en todo lo que me pida.

—¿No tienes suficientes escándalos en tu vida en estos momentos como para añadir uno más? —me reprende con los ojos muy abiertos.

—Ya todo me da igual —le susurro en el oído. Es tal la felicidad que siento en estos momentos que solo quiero vivirla.

—¡Compórtate! —me reprende algo tensa cuando siente la caricia de mi mano en su cuello.

—El tío quiere mucho a mamá —le indico a mi sobrina. La tenemos mirándonos al lado de la cama.

De repente, William aparece por la puerta que Avril ha dejado abierta al entrar en el camarote y se la lleva.

—Esto no tendría que haber pasado —se queja Victoria, molesta, en cuando Avril se ha

marchado. Sale de la cama con prisa mientras que yo me quedo allí disfrutando de su cuerpo desnudo.

—Es solo una niña, ella cree que somos hermanos. No le des más vuelta —trato de restarle importancia. Sé que el hecho de que Avril nos haya encontrado en la cama ha alterado a Victoria.

Recoge su ropa, se le pone con prisa y se marcha.

Pasamos las últimas horas en el barco todos juntos. Cuando nos despedimos le propongo:

—Ven mañana a la suite de mi hotel y pasemos allí todo el día juntos.

—¿No has tenido suficiente con esta noche? —inquire sonriente.

—Contigo nunca tengo suficiente, besarte y amarte toda para mí durante veinticuatro horas es una gran fantasía.

—Veré qué puedo hacer. Creo que los abuelos se podrían quedar con Avril. Nos les importará. Llevan una semana sin verla y estarán deseando consentirla.

—Te espero. Ya hablamos. —Le doy un beso muy cerca de sus labios.

—¿No vas a venir con nosotros? Seguro papá y mamá te esperan.

—Prefiero que los ánimos se calmen un poco más. No le he contestado en todo este tiempo al tío Rodrigo a mil asuntos que me ha planteado. Lo dejé todo a su cargo. He querido desconectar de todo para llegar renovado.

—¿Y lo has conseguido? —pregunta con una sonrisa maravillosa antes de marcharse.

—Tú tienes el don de hacerme sentir como nunca. Con ganas de comerme el mundo y enfrentarme a lo que sea si sé que estás a mi lado.

—Te veo mañana. —Alza la mano en modo de despedida y se marcha.

30

En familia

Cuando llego a la suite del hotel, la que será mi casa por algún largo tiempo, llamo a mi tío, sé que le debo unas cuantas de llamadas y luego a mi amigo Rafa. Él es el único, junto con Victoria, que saben dónde realmente estoy. Le comunico a mi mejor amigo mi intención de comprar una propiedad donde mudarme con Victoria y Avril, un hogar para la familia que deseo formar junto a ellas. Rafa me apoya, incluso me da el contacto de su hermano que es arquitecto y tiene un par de chalets en venta que me puedan interesar.

Tras salir de la ducha me llama Victoria y en cuanto leo su nombre en la pantalla del teléfono el corazón me da un vuelco.

—Hola, amor —me saluda y la siento muy contenta.

—¿Todo bien por casa? —pregunto.

—Muy bien.

—¿Ya no tienen interés en saber quién es la mujer que ocupa mi corazón? —pregunto con aire despreocupado.

—Sí, un poco, pero creo que en estos momentos la familia se centra en que todo esté bien entre tú y papá. Vuestra última discusión dejó a todos un poco preocupados. —Se hace un silencio entre ambos y Victoria continúa—: La familia al completo van a pasar unos días a la finca de Jerez. Mamá me ha pedido que te convenza para que acudas y limes asperezas con papá —expone con cautela.

—¿Tú qué piensas? —pregunto intrigado. No me ha dicho si ella acudirá y es lo único que me interesa. Mi lugar está donde vaya Victoria.

—Pues que es una completa locura que pasemos unos días juntos con toda nuestra familia alrededor —suelta de golpe—. Pero también creo que es necesario que tengamos normalidad en nuestras vidas y volvamos a ser la familia de antes de todo el caos que se produjo con tu boda. A mamá no le gusta que estés en tensión con papá. Y más ahora que él será tu entrenador —expone y espera mi reacción.

—Pues iremos —digo sin tener que pensarlo. Ella se ha incluido en el plan y es lo único que necesitaba saber, que estaría a mi lado.

—¿Has bebido algo? —pregunta extrañada. Creo que no esperaba mi reacción.

—Solo una cerveza bien fría al llegar al hotel, pero te aseguro que tengo la suficiente lucidez para afrontar lo que me acabas de decir —le indico con una carcajada. La siento algo perpleja.

—¿Y reaccionas así? —pregunta sin entenderme.

—Yo siempre que te tenga cerca y pueda estar en tu cama o tú en la mía soy feliz —le hago saber con sinceridad.

—Ni lo sueñes —responde alterada—. Olvídate de tocarme mientras estemos con nuestra familia alrededor.

—Bueno, ya veremos. Pasa el día de mañana entero en mis brazos y así podré soportarlo —le propongo para que venga a mí y decido no tocar más el tema, pero no voy a resistirme a la mujer que amo porque mi familia esté cerca.

—Eres un chantajista —me reprende, pero sé que ella lo desea tanto como yo.

—Soy un hombre enamorado que te necesita a cada instante.

—Te amo. Nos vemos mañana en el hotel. Veinticuatro horas, cuenta con ellas —promete.

Cuelgo sintiéndome el hombre más feliz del mundo. He soñado tantas veces con tenerla en mi cama, junto a mí, que todo lo que estamos viviendo me parece un sueño del que nunca quiero despertar.

Cuando Victoria llega al hotel la espero con impaciencia. La recibo con un beso voraz, estoy hambriento de ella, y la llevo a la cama directamente, donde pasamos el resto del día, tenemos tanto tiempo que recuperar que me siento insaciable con ella.

Le animo a darnos un baño juntos en la enorme bañera redonda de la suite, entre espuma, besos y abrazos. Tengo algo que comunicarle y no sé cómo se lo vaya a tomar. Prefiero que esté relajada.

—Le he regalado el chalet a Raquel —murmuro mientras le enjabono la espalda y le doy un beso en el cabello mojado—. Creo que es lo mínimo que debo de hacer por ella después de lo que le hice.

Victoria no se altera, solo pregunta en la misma posición relajada en la que estamos:

—¿Y dónde vas a vivir de ahora en adelante?

—Me quedará aquí por un tiempo hasta que encontremos una casa para nosotros y Avril —anuncio mientras le acaricio el hombro—. Quiero una casa grande, como la de nuestros padres, para que nuestros futuros hijos corran y jueguen por un enorme jardín como yo hacía de pequeño —murmuro mientras lo imagino en mi mente.

—Me gusta la idea. —Me abraza emocionada y la beso, eufórico. He de confesar que tenía miedo a su reacción. Es un paso muy grande irnos a vivir juntos, pero no puedo estar lejos de ella mucho más tiempo.

—Quiero que me ayudes a encontrar la casa perfecta para nosotros —murmuro emocionado.

—Seguro será muy cara —Me mira y me advierte—: Recuerda que yo solo tengo un sueldo como médica.

—Y usted recuerde que su futuro marido es millonario. Todo lo mío es tuyo —le dejo claro—. ¿De qué me sirve todo el dinero si mi verdadera felicidad solo eres tú? Hay que compartir, recuerda que nuestros padres siempre nos lo decían de pequeños —le indico con una sonrisa.

—Te ayudaré a encontrar la casa de nuestros sueños —murmura sobre mis labios mientras me abraza y me besa.

De camino a Jerez, bajamos juntos en mi coche, Avril ya se ha ido con sus abuelos, Victoria me mira con dudas y pregunta con miedo:

—¿Crees que es prudente que lleguemos juntos?

—Deja de darle vueltas. Nadie de nuestra familia puede, ni siquiera, imaginarse lo que hay entre nosotros. Todos nos ven como unos hermanos que se llevan de maravilla y se quieren mucho. Mientras menos lo pienses menos te atormentará —intento que se relaje y deje a un lado la tensión que la consume.

—No sabré cómo comportarme contigo delante de ellos.

—Pues haz lo mismo que con Damián y Jorge. Trátame igual, o me pondré celoso —le indico mostrándole una sonrisa tranquilizadora.

Le tomo una mano, la llevo hasta mis labios y deposito un beso en ella mientras el simple contacto con la piel de la mujer que amo hace que el corazón me dé un vuelco. Sonrío mientras pienso que Victoria ni siquiera es consciente de todo lo que realmente me hace sentir, de lo feliz

que soy a su lado y todo lo que haría por no separarme nunca más de ella.

Cuando llegamos a la finca de caballos de pura raza que tiene mi padre en Jerez toda la familia nos espera al bajarnos del coche. Tomo aire antes de enfrentarme a todos y pienso que solo soportaré esta reunión porque Victoria estará ahí.

Miro a mis padres, mis abuelos y a mis hermanos y no sé cómo reaccionar con ellos. Pero mi sobrina resulta ser la gran salvadora cuando se acerca a mí corriendo y me abraza antes que a su madre.

Mi madre es la primera que da un paso hacia mí y me abraza, luego lo hacen mis abuelos y los mellizos. Todos me reciben sonrientes y no leo reproches algunos en sus ojos.

Mi padre se queda un poco atrás, serio, observándome de arriba abajo. Considero que no tengo que pedir perdón por lo que hice ya que es mi vida, quizá solo deba pedírselo por la forma en la que le hablé, pero sumido en estos pensamientos observo cómo mi padre se acerca a mí y me da un abrazo. Nos abrazamos ambos emocionados y siento que todo entre nosotros vuelve a ser como antes.

—Te pareces tanto a mí... —murmura mi padre mientras palmea con fuerza mi espalda.

—Siempre has sido mi ejemplo a seguir —le indico sonriente, con orgullo.

—En el campo de juego me has superado, muchacho, ahora espero que lo hagas en lo personal y crees una familia tan maravillosa como la mía. —Siento que me desafía, pero estoy seguro de superarlo.

—Es mi próximo reto —afirmo con los ojos clavados en Victoria.

—Sin duda lo será, hermanito. Acabas de tirar por la borda un proyecto de futuro con una mujer increíble —dice Damián. Creo que está deseoso por conocer a la mujer que tengo metida en el alma y el corazón.

—Eso es porque seguramente tenga a la vista otra mucho más increíble —irrumpe Jorge, seguro de ello.

—No lo dudes —afirmo seguro de ello mientras le sonrío y le guiño un ojo a Victoria, que se ruboriza y me da la espalda.

Estoy a punto de ir tras ella y darle un beso y un abrazo de hermano delante de todos y descolocarla. Me pone mucho esta situación que ya disfruto. Mi sobrina me toma de la mano y me pide que la lleve con los caballos.

Tu proximidad me enloquece

Nos reciben con una succulenta comida. Almorzamos todos juntos y admiro la gran familia que somos y lo unidos que estamos. Miro a la mujer de mi vida y a Avril, y el pecho se me hincha de emoción al imaginar que dentro de unos años me vea convertido en la figura que representa mi padre en estos momentos. Un hombre feliz y orgulloso de su mujer y sus hijos, por los que lo daría todo.

—Van a ser unos días increíbles —comenta mi madre con orgullo—. Es un lujo que estemos todos reunidos.

Le sonrío mientras pienso si se sentirá igual de feliz y orgullosa cuando Victoria y yo le demos la noticia de que estamos enamorados. Fijo la mirada en la mujer que me quita la respiración y le sonrío. Solo ella sabe leer mis ojos y lo que deseo en esos momentos. Siento cómo se ruboriza y aparta su mirada azul de la mía. De repente, me estorban todos los de la mesa y deseo que estemos a solas.

—Yo después de esta comilona necesito una siesta —digo a la misma vez que me levanto de la mesa y me despido de todos. Me acerco a Victoria y le susurro en el oído con discreción:

—Relájate. Deshazte de ellos. Te espero en mi habitación. —Ella me mira como si me hubiese vuelto loco, mientras yo disfruto del momento. Tiene su morbo esto de estar juntos y aparentar delante de los demás que nuestro amor es de hermanos.

Pasa una larga hora y Victoria no aparece en mi habitación. No estoy dispuesto a que me dé plantón. La estoy observando desde la ventana y veo tumbada en el jardín mientras su hija juega en la piscina con los mellizos.

Decido ser discreto y llamarla por teléfono en vez de decirle a viva voz desde mi ventana que suba, que es lo que realmente me apetece.

Descuelga al segundo tono y le indico:

—Sube. O bajo yo —le especifico.

—Estoy con Avril —se excusa—. No puedo. Esto ya lo hablamos, Nico —me reprende alterada.

—Os estoy observando desde mi cuarto. Déjala con los mellizos. Está en buenas manos, son sus tíos y parecen disfrutar mucho con ella. La niña no te echará de menos.

—¿Para qué quieres que suba? —pregunta intranquila mientras se gira y mira hacia mi cuarto.

—Mejor te lo demuestro.

—Nico —me reprende. Me conoce bien y sabe mis intenciones.

—No te arrepentirás. Sube —le suplico como un hombre enamorado hasta los huesos.

La observo levantarse y desde la distancia advierto una sonrisa traviesa en sus labios. Victoria me enloquece.

La espero detrás de la puerta y cuando la siento ahí abro de golpe y tiro de ella. No se lo esperaba. La atrapo junto a mi cuerpo y la beso como si no hubiese un mañana.

—Esto es una locura. —Intenta pararme cuando se da cuenta de que vamos en una clara dirección, la cama.

—Una locura es desearte como te deseo. No puedo tenerte cerca y no besarte, es una tortura —murmuro entre besos y caricias.

—No puedes comerme con los ojos cuando estamos delante de los demás. Se van a dar cuenta

—me reprende mientras nos desnudamos. Hemos perdido el control, necesitamos estar piel con piel y amarnos.

Cuando abro los ojos me encuentro en la cama. Me siento descansado y feliz. Miro la hora y compruebo que he dormido más de lo que debería, pero la sesión de sexo con Victoria me ha dejado agotado y, a la misma vez, con ganas de más. Me resulta adictiva y no consigo saciarme de ella. Pienso en los días que nos quedan juntos en la finca y sé que no podré controlarme como ella espera. Lo intentaré cuando estemos delante de la familia, pero cuando sepa que está sola no dudaré en ir hasta ella.

Salgo de la habitación y me encuentro con Jorge, me dice que van a dar un paseo a caballo, no me apetece mucho, pero en cuanto me comenta que Victoria va a ir no desaprovecho la oportunidad.

Cuando aparezco en el establo los caballos de cada uno están ensillados y todos listos. La miro con un poco de decepción por no haberme hecho partícipe del plan, pero ella procura no centrarse en mí. Aprovecho y la ayudo a subirse al caballo. En cuanto pongo mis manos sobre su cintura ella reacciona y se tensa. Yo sonrío y auguro que va a ser un paseo muy divertido.

—Amor de hermanos —le susurro en el oído—. No me gustó despertarme y no encontrarte en mi cama —me quejo de forma amable, con una sonrisa, recordando lo que hace apenas unas horas hemos vivido.

Disfrutamos de un paseo en familia muy agradable. Avril va montada a caballo con mi padre, mi madre encabeza la marcha junto con los mellizos y yo no pierdo de vista a Victoria.

Hace años que no estamos juntos en la finca. Yo la he recorrido a caballo muchas veces, pero ella nunca ha sido una enamorada del campo. Prefería la ciudad. Aun así, le recuerdo paseos que dimos de pequeños y lo extensa que es la finca de nuestro padre.

De vuelta a casa, Victoria y yo vamos los últimos y nuestros caballos muy cerca. Observarla de Amazonas me hace admirarla y desearla. Me inclino un poco hacia ella y le susurro en el oído:

—No puedo tenerte cerca.

Ella suspira con incomodidad, pero adelanta su caballo y me deja un poco atrás. Algo que me hace desearla más si cabe. Chasqueo la lengua y prometo que me las pagará.

Cuando llegamos a casa todos van directo a la ducha, yo me quedo con mi padre tomándome una copa, pero lo hago a conciencia. He escuchado a mi sobrina decir que quiere bañarse con su abuela y Victoria va a prepararle sus cosas y llevarla a la habitación de mi madre. Le doy tiempo mientras festejo que no tardaré demasiado en tener a su madre toda para mí.

Cuando calculo que la mujer que amo debe de estar ya desnuda bajo el agua dejo a mi padre tomándose otra copa con mi abuelo y voy en busca de Victoria.

Entro en su habitación con cuidado, los niños son mucho de cambiar de opinión y no vaya a ser que finalmente Avril decidiese bañarse con su madre en vez de con su abuela, pero me encuentro con el hecho de que no ha sido así. Descubro a Victoria bajo la ducha, desnuda y fijo la mirada en ella mientras me pongo duro. Me deshago de la ropa con facilidad y entro en la ducha, sorprendiéndola.

La abrazo por la cintura y siento cómo ella da un respingo al sentir mi deseo en su trasero.

—Estás completamente loco —me reprende cuando se gira de golpe y me ve allí.

—No podía desaprovechar esta oportunidad —le indico con franqueza—. Cuando Avril le rogó a su abuela para ducharse con ella por poco grito de alegría —revelo con una enorme sonrisa—. Te necesito, Victoria —le ruego apoderándome de su boca y del resto de su cuerpo.

Hacemos el amor bajo el chorro del agua y terminamos en el suelo de la enorme ducha.

De repente, cuando nos disponemos a salir de la ducha, escuchamos a Avril y a mi madre en la habitación. Ella me mira con terror en sus ojos y clava estos en la ventana que hay en el baño. Yo muevo la cabeza en señal negativa, sereno e impasible. No voy a salir de allí como un ladrón. Si ha llegado la hora de que nos descubran que así sea.

Victoria sale de la ducha como alma que lleva el diablo, no sin antes indicarme con un gesto que ni se me ocurra poner un pie fuera de allí. Observo risueño cómo se líe en una toalla con prisa y sale del baño sin terminar de cerrar del todo la puerta de este. Ello me permite escuchar un poco qué está pasando fuera, mientras permanezco desnudo y mojado en el interior de la ducha, agradecido al vapor que aún hay en los cristales de esta e impiden que se vea mi figura.

Cuando siento que mi madre y Avril entran en el baño en busca de lo que sea que quiere la niña pego mi cuerpo a la pared y me tenso. Veo a Victoria apostada delante de la ducha y finalmente consigue deshacerse de ellas.

Cuando vuelve al baño y nuestras miradas se cruzan de nuevo ella me reprende de forma severa:

—No podemos jugárnosla más. —La siento muy enfadada—. Nos estamos comportando como unos adolescentes —refleja agitando las manos.

—¿Es una queja? —pregunto con calma, mientras enrolló una toalla de mi cintura para abajo.

—Sí —responde alzando la voz—. Me importa demasiado esta familia, en la que me he criado, como para hacerles daño alguno. Mamá y papá no se merecen enterarse de lo nuestro así. Ellos se merecen que hagamos de esto algo bonito, no un disgusto ni un susto. Mucho menos otro escándalo —defiende con garra y me enorgullezco de ella hasta límites insospechados.

Asiento en silencio, la entiendo. No puedo juzgarla cuando yo actué así durante años. Me acerco a ella, la abrazo y le doy un beso en el cabello mientras suspiro.

—Intentaré controlar mis impulsos en el resto de días que nos quedan en esta finca —le prometo haciendo grandes esfuerzos.

—Bien, ahora sal de aquí sin que nadie te vea —me ordena un poco más calmada.

Le lanzo un beso con la mano y me marchó. Nos esperan abajo para cenar.

Cenamos toda la familia junta y cuando doy por terminado un día intenso me encuentro con la sorpresa de que mi sobrina desea como postre un cono de helado, el cual termina comiéndose Victoria y no sé si a conciencia o no, lo cierto es que verla relamer ese helado me pone malo. Me revuelvo en la silla, incómodo, mientras ella sigue como si nada. Estoy a punto de quitarle el helado de la mano y tirar de ella para que acabe conmigo en la habitación, pero le he prometido que me voy a comportar. Murmuro contrariado:

—Me voy a la cama, estoy muerto. —Me levanto y me despido de mi sobrina con un beso, el cual, en parte, es una excusa para acercarme a darle las buenas noches a Victoria y decirle—: Me has puesto malo con el dichoso helado.

Cuando me mira con aire de inocencia y sorpresa descubro que no lo ha hecho a posta y no sé qué me pone más. Decido marcharme antes de que cometa una locura ahí mismo. Tengo unas ganas enormes de besarla. Es única. Solo ella sabe revolucionar mi corazón con algo tan simple y sin ser premeditado.

—Quiero dormir contigo —me pide de pronto Avril tirando de mi camiseta.

Miro a Victoria y la veo callada, de inmediato sé que tengo la excusa perfecta para verla más tarde a solas cuando Avril se quede dormida.

—Pues a dormir con tu tío —digo de golpe. Alzo a la niña de la silla y la cojo en brazos. La

miro y una extraña emoción me invade. El sentimiento que aflora en estos momentos dentro de mí porque mi sobrina quiera dormir a mi lado no sé explicarlo con exactitud.

—Iré a por ella cuando se duerma —murmura Victoria.

—Te aviso —le indico sonriente mientras me marchó con la niña.

Llevo a mi sobrina en brazos todo el tiempo hasta que llegamos a mi habitación. Va abrazada a mí y me encanta sentirla así. Su olor me recuerda a Victoria. La miro y hasta le siento cierto parecido, pero de inmediato recuerdo que la misma Victoria tiene muchos gestos y formas de ser como nuestra madre y tampoco son madre e hija de sangre.

—Eres mi tío preferido —murmura Avril cuando llegamos a la habitación y me siento con ella en la cama—. El más guapo —añade con una gran sonrisa.

La admiro embobado en ella, la abrazo y la beso. Descubro que me encanta ser su tío preferido. La miro y pienso en que no solo seré su tío, cuando Victoria y yo nos vayamos a vivir juntos será mi hija. Cuando pienso en ello de una forma seria me agrada la idea. Incluso fantaseo con la posibilidad de que algún día me llame papá.

—Y tú eres mi sobrina preferida —le indico con orgullo.

—No tienes otra —me reprende mirándome con los brazos en jarra.

Estallo en carcajadas por su ocurrencia y le indico:

—Siempre serás la más especial. Por eso te dejo dormir conmigo —añado.

—¿Me cuentas un cuento? —propone Avril mientras nos disponemos a dormir.

—No me sé ninguno de príncipes y princesas —le indico apurado.

—Pues cuéntame uno que te guste. —Se abraza a mí y siento una ternura que nunca había experimentado.

—Tiene que ser de fútbol, ¿vale? —le pregunto con miedo.

—Vale, ese no me lo sé —responde—. Yo sé jugar al fútbol porque el abuelo me enseñó, pero tengo que jugar contigo a ver si te gano —propone con ilusión.

—Jugaremos, prometido.

—Y con el abuelo también —añade.

—Por supuesto.

—Ahora cuéntame el cuento —me indica con cierto tono mandón.

La admiro y siento un gran orgullo. Presiento que Avril va a ser una gran mujer como su madre.

Sobre la marcha me invento un cuento de tres hermanos que juegan al fútbol con su padre en el jardín, recordando cuando era pequeño con mis hermanos y nuestro padre nos enseñaba todo lo que sabía. A Avril le encanta mi relato y se queda dormida en mis brazos. La admiro y descubro que me gusta verla dormir, como lo hago con Victoria.

—Has conseguido meterte en mi corazón como tu madre, pequeña —murmuro mientras la acomodo bien en la cama y envío un mensaje a Victoria—: Avril se ha quedado dormida. Puedes dejarla conmigo esta noche. Ella huele igual que tú, será cómo tenerte cerca. ¿Estás segura de que no es tu hija? Creo que se parece mucho a ti, y a mamá. En el fondo, todas las mujeres o parecéis. Pero solo tú me tienes loco.

Tarda un poco en contestar, finalmente me escribe:

—Espero que Avril te dé una buena noche. Buenas noches.

Estoy a punto de pedirle que venga a mi cama y durmamos los tres juntos, como una familia, sin embargo, sé que se negará por miedo a que nos descubran. Pero me duermo con una sonrisa en la boca al imaginar que para eso no falta mucho. Sueño con vivir junto a Victoria y Avril, formar una familia los tres y aumentar esta. Quiero muchos hijos. Cuando me iba a casar con

Raquel le puse como condición que los hijos, por el momento, no entraban en mis planes. Sin embargo, Victoria y Avril han conseguido despertar mi vena paternal.

33

Dos meses después

Estas últimas semanas han sido una completa locura. La Liga ha comenzado, los entrenamientos duros, las campañas de publicidad, varias sesiones de fotos que tenía contratadas y varios eventos a los que he tenido que acudir solo y sin ganas, pero mi tío insistía en que no podía dejar de asistir.

También me he reunido con la policía, siguen sin noticias de la persona que me apuñaló. Me parece increíble que no tengan ni un solo indicio. Es un tema que me tiene intranquilo, ya no tanto por mí, ahora siempre estoy alerta, pero temo por Victoria y Avril. Ellas son las personas más importantes de mi vida y si algo les ocurriese no sé qué sería de mí.

La policía me indica que está tratando de limpiar las imágenes de varios videos que captan un poco el momento en el que recibí la puñalada, pero había mucha gente y el agresor iba con capucha, gorra y grandes gafas. Por otro lado, tampoco ha aparecido el arma con el que me apuñalaron.

Mi padre, mi tío y yo estamos inquietos por este tema. Intuyo que mi padre sabe algo más que no me cuenta.

He visto a Victoria a solas muy poco en estos dos últimos meses, apenas un día a la semana conseguimos estar juntos y dar rienda suelta a nuestro amor. Ya le he advertido que no quiero que pase más tiempo sin decirles a todo lo nuestro. Quiero que vivamos juntos y seamos una pareja normal a los ojos de todos. Estoy cansado de visitar la casa de mis padres más que nunca por solo verla a ella. En ocasiones me marchó con una gran frustración porque no hemos logrado tener ni un solo momentos a solas y ni siquiera le puedo robar un beso de verdad.

Esta tarde hemos logrado coincidir un par de horas para ir a ver una casa que ha encontrado el hermano de mi amigo Rafa. Me ha dicho que es perfecta. Espero que a Victoria le guste. Estoy cansado ya de vivir en el hotel y pasar las noches solo, anhelándola en mi cama.

Paso a recoger a Victoria por la puerta de la clínica cuando termina su turno. Cuando se monta en el coche voy a darle un beso directamente en la boca, hace tres días que no la veo, pero ella me esquivo y me da un casto beso en la mejilla. Cuando observa mi cara de decepción me indica:

—Estamos a la vista de todos. En la puerta de mi trabajo. —Yo la miro sin entenderla—. Y no llevas un coche normalito, precisamente —apostilla—. Todo el personal que está ahí —Indica con el dedo a la gente que fuma y descansa fuera de la clínica—, sabe que eres Nicolás Hungría.

—Tu hermano —murmuro con pesar, arrastrando las palabras—. Vas a ver cuando deje de serlo —aventuro mientras arranco el coche y la miro serio.

—Cuando seamos una pareja oficial ante todos te dejaré que me beses siempre que quieras —bromea mirándome.

Yo no le veo la gracia. Hace una semana que no la tengo en mi cama y tres días que no la veía. Me da un beso de mierda y pretende que me quede tan a gusto.

—Gracias por la concesión —murmuro algo molesto, centrado en el tráfico. Pero por el rabillo del ojo advierto que Victoria sonrío—. ¿Disfrutas con esto? —pregunto con el ceño fruncido.

—No. Solo que soy más cauta que tú. —Me hace un mohín y me sonrío.

Cuando nos hemos alejado de la clínica y un poco del centro de la ciudad, desvío un poco el

trayecto del lugar al que vamos, es una urbanización privada a las afueras de Madrid, y entro en un parking de un centro comercial.

—¿Dónde vamos? —pregunta Victoria sorprendida. Habíamos quedado en que apenas disponíamos de dos horas juntos para ir a ver la propiedad que estamos buscando para irnos a vivir juntos.

—A por un par de cosas que necesito —murmuro mientras aparco en un lugar alejado de los demás coches. Me quito el cinturón y cuando Victoria va a salir del vehículo se lo impido. Me apodero de sus labios y la beso como llevo días deseando.

Ella me responde con las mismas ganas, nos miramos a los ojos, sonreímos y me reprende con la mirada. Sabe que este beso era lo único que necesitaba de este centro comercial. Le dirijo una mirada perversa y le indico el asiento trasero de mi coche.

—Estás loco —murmura sobre mis labios mientras me besa de nuevo.

—Loco por ti. Hace una semana que estuvimos juntos y llevaba tres días sin probar el sabor de tu boca. Esto es una completa tortura —me quejo—. Dime que no lo deseas tanto como yo —le imploro mientras tiro de ella para que nos pongamos en el asiento trasero del coche.

Victoria me mira con una sonrisa traviesa, puedo leer el deseo en sus ojos. Por ello insisto. Sé que voy a ganar.

—Eres un perverso. En el asiento trasero del coche en un parking público. Como dos adolescentes —me reprende mientras ella salta a la parte de detrás y yo lo hago después.

Se sienta a horcajadas sobre mí y me besa mientras me abre la camisa y desabrocha mis pantalones.

—No tenemos mucho tiempo —murmura sobre mis labios mientras se mueve sobre mí de forma sensual.

Follamos como locos en la parte de atrás de mi coche y terminamos riendo a carcajadas. Ambos pensamos lo mismo; somos adultos, solteros, con dinero para tener una casa o pagar el mejor hotel y aquí estamos, como dos amantes escondidos del mundo.

—Tenemos que encontrar una casa ya —le apremio a Victoria mientras nos componemos la ropa para continuar con nuestro camino.

Cuando llegamos a la propiedad el hermano de Rafa nos espera en la puerta. Le presento a Victoria y Pedro nos enseña la casa y el jardín.

Para mí es perfecto. Todo lo que necesito. Una casa enorme, un gran jardín con piscina y mucho espacio exterior.

Durante todo el recorrido por la casa he apreciado la cara de Victoria, le ha encantado. Creo, que al igual que yo, se imaginaba viviendo en ella por cada estancia que pasábamos.

Pedro comente el gran error de decir frente a Victoria que la propiedad cuesta tres millones y medio de euros. En ese momento aprecio que la ilusión desaparece del rostro de la mujer que amo.

—¿Qué os ha parecido? —pregunta Pedro.

—Yo la veo perfecta —murmuro.

—Es un poco cara —aprecia Victoria. Sé que no se atreve a decir nada más delante de Pedro.

—Merece la pena, os lo aseguro —dice Pedro—. No suelo tener muchos lugares como este para vender.

El teléfono de Victoria suena y se aleja de nosotros un poco. Aprovecho y le indico a Pedro:

—Me la quedo, pero no se lo digas a ella. Prepara todo.

Pedro asiente, sonriente, pero no hablamos nada más. Victoria vuelve de inmediato y nos marchamos.

De vuelta a casa, mientras conduzco, le indico:

—Es el chalet que más me ha gustado.

—Y el más caro, Nico. Tres millones y medio de euros y hay que amueblarla. Las otras que hemos visto costaban la mitad.

—Este lugar lo vale —murmuro—. Lo hablaremos. Te veo el viernes por la noche.

Dejo a Victoria en casa de nuestros padres, no tengo tiempo de entrar. Tengo una reunión a la cual no puedo llegar tarde o mi tío me corta las pelotas.

Me despido de Victoria robándole un beso y deseando que sea mañana para tenerla todo el fin de semana para mí. Hace un mes que planeamos esto. No podremos movernos del hotel, pero estaremos juntos. Últimamente solo nos veíamos a solas los viernes por la noche. Pero le rogué a Victoria un fin de semana juntos y esto fue lo que me concedió. Nada de salir fuera de Madrid ni del hotel. No me quejo. Tengo partido y así puedo estar con ella, ir y volver.

Espero a Victoria sentado en la terraza de la suite de mi hotel. Le tengo una gran sorpresa y estoy deseando ver su cara. Bebo de una botella de agua mientras me dejo llevar y traslado mis pensamientos al futuro, junto a la mujer que amo y con Avril en nuestras vidas.

De repente, alzo la cabeza y me encuentro con la mujer más maravillosa sobre la tierra observándome. Le sonrío. La admiro de arriba abajo y le extiendo mi mano.

—Ven —le ruego sin moverme del sillón en el que me encuentro.

—Es peligroso. Estaríamos a la vista de algunos —me indica Victoria con recelo, sin acercarse a mí.

—Te tengo una sorpresa —revelo mientras me levanto y me acerco a ella. Le planto un beso demoledor y le sonrío con la mirada clavada encima de la mesa. Me dirijo allí, tomo los documentos que están en la carpeta en mis manos y se los muestro.

—¿Qué es? —pregunta intrigada.

—Me comprado la casa que vimos ayer —manifiesto con suma alegría.

—¡¿Cómo?! —pregunta asombrada, con los ojos muy abiertos mientras coge los documentos de la compra entre sus manos.

—Vi tu cara de felicidad cuando recorrimos la casa, imaginé a Avril y a nuestros hijos por allí. Felices como lo fuimos nosotros de pequeños en la casa de nuestros padres, y no me lo pensé.

—Nico... era muy cara —murmura.

—Me lo puedo permitir —le indico mientras le sonrío, me acerco a ella, me apodero de sus labios y la arrimo a mi cuerpo—. Vamos a ser muy felices en esa casa. Quiero que la decorees como quieras, solo te voy a pedir un gran favor, no me hagas participe en ello. Solo me ocuparé del gimnasio y del espacio exterior.

Tras escucharme con atención, suelta una carcajada, mientras me abraza y me besa. Luego le entrego una tarjeta bancaria.

—Úsala sin límites —le indico. Confío plenamente en ella. Le he dado acceso a todo mi dinero—, para lo que quieras.

—Nico... —No la dejo terminar.

—Es para la casa que vamos a compartir. Todo lo mío es tuyo. Si todo lo que tengo no lo comparto con la mujer que amo, ¿de qué me sirve? —argumento con el corazón en la mano.

Finalmente acepta. Me sonrío, deja la tarjeta sobre la mesa y se centra en mí. Me besa y

murmura sobre mis labios mientras la llevo a la cama:

—Estás loco, pero amo tu locura. Te acompañaré en ella hasta el fin de mis días.

Me deshago de su vestido y la dejo desnuda. Toda para mí. Le hago el amor de forma muy lenta, saboreando cada milímetro de su cuerpo y celebrando que muy pronto viviremos juntos en la casa que acabo de comprar.

Al día siguiente celebro despertarme al lado de Victoria y volverle a hacer el amor. Que no tenga que salir corriendo como cada sábado para llevar a Avril al parque es una bendición. Desayunamos tarde y me marcho. Tengo partido esta noche. Jugamos en Madrid y volveré en cuanto termine. Victoria me ha prometido que me verá y esperará desde la habitación del hotel.

Estoy deseando llegar a la suite en la que me espera la mujer que amo. Hemos ganado el partido y mis compañeros han tratado de que me vaya con ellos a celebrarlo, pero yo ya tengo mi propia celebración en privado a la que no renunciaría por nada del mundo.

Le envío un mensaje a Victoria y le indico que ya voy de camino. He tenido que dar unas declaraciones a la prensa deportiva, por instrucciones de mi padre, y me he retrasado un poco.

Es mi amigo Rafa quien me deja en la puerta del hotel, él se marcha a la discoteca de mi padre, donde celebrarán la victoria de esta noche.

Cuando entro en el hotel, hay bastante gente en recepción para la hora que es, me llama la atención una persona en concreto. Me fijo bien en él y descubro que es mi padre. Ralentizo mi paso y observo desde cierta distancia que va decidido hacia los ascensores que suben a las habitaciones. Lo veo entrar ahí y espero un poco, por si vuelve a bajar, pero eso no sucede en veinte minutos, que son los que decido esperar y descubrir qué hacía ahí. Se me pasan por la cabeza mil conjeturas. Mi padre es un hombre que va de frente, si hubiese descubierto que me veo con Victoria en este hotel me lo hubiese dicho hoy. Una idea pasa por mi cabeza y me deja el cuerpo frío, ¿Y si está engañando a mi madre con alguien y ese es el motivo de que esté en este lugar Para verse con otra mujer? Esta noche tiene la coartada perfecta. El equipo ha ganado y si llega tarde a casa a mi madre no le sorprenderá. Sabe que siempre se celebran los goles en el Afaia.

Subo a la suite donde me espera Victoria pensativo. Abro la puerta y me adentro en la habitación sin dejar de pensar en mi padre entrando en este hotel.

—¿Sucede algo? —La voz de Victoria hace que salga de mis pensamientos—. ¡¿Qué pasa?! —pregunta asustada.

Siento que necesito tomar asiento. Me revuelvo el pelo, la miro y suspiro.

—Acabo de ver a papá entrando en este hotel —susurro como si él pudiese escucharme.

—¿Nos ha descubierto? —pregunta con los ojos muy abiertos, llevándose una mano al pecho. Y ahí es cuando descubro el maravilloso conjunto de lencería fina con el que me esperaba y ni he reparado en él hasta el momento.

—No creo —murmuro.

—Entonces... ¿qué te preocupa? —pregunta sentándose a mi lado.

—Que le esté poniendo los cuernos a mamá —suelto de golpe. No tiene otra explicación su presencia en este hotel hoy y a estas horas.

—¡Estás loco! —dice Victoria, mirándome sin creer que realmente piense eso.

—¿Y cómo justificas la presencia de papá en este hotel a altas horas de la noche? —Intento que ella me dé alguna explicación que yo no encuentro.

—Igual quedó con alguien para un tema de trabajo —aventura.

—Subía en el ascensor a las habitaciones —le indico—. Me hice el rezagado en recepción para no coincidir con él. Y no son horas de reuniones.

Victoria se queda en silencio, pensativa. Me levanto y doy vueltas por el salón mientras la observo revolverse las manos.

—Voy a ponerle un detective, que vigile sus pasos —digo de golpe. Lo he decidido.

—¡Por favor! ¿Te gustaría que él te lo hubiese puesto a ti para seguir tus pasos? Todos están deseando saber quién es la mujer que ocupa tu vida —defiende.

—Es diferente. Aquí se trata de mi madre —aclaro algo alterado—. Yo soy un hombre libre a los ojos de los demás. Puedo estar con quién quiera, me convenga o no. Mi padre es un hombre casado. Si está engañando a mi madre lo mato.

Una gran ira se ha apoderado de mí con solo imaginar que esté engañando a mi madre.

—Nico... —Victoria se acerca a mí y hace que la mire a los ojos—. Ni siquiera te has parado a mirarme —me recuerda. Lo he hecho, solo que no le dije nada. Ver a mi padre me ha hecho perder los papeles—. Quería que celebrásemos juntos la victoria de esta noche.

—Tú eres mi verdadera victoria en esta vida —murmuro sobre sus labios. Tratado de calmarme y que desaparezca toda la rabia que llevo dentro.

Victoria tira de mí y me lleva a la cama. Hacemos el amor y la acuno en mi pecho, pero no consigo quedarme dormido como ella. Cierta inquietud me corroe por dentro, me siento atado de pies y manos, necesito descubrir como sea qué hacía mi padre esta noche en este hotel.

—¿Qué sucede? —pregunta en un susurro a media noche Victoria. Siento que no la esté dejando descansar.

—No consigo quitarme la imagen de papá entrando en este hotel —murmuro con un suspiro.

—Pregúntale qué hacía aquí. Puedes decirle que tú habías quedado para tomar algo.

—No. Prefiero seguir sus movimientos por unos días. Y observar a papá y a mamá de cerca. Ver cómo está todo entre ellos —Ya lo he pensado todo bien—. También voy a necesitar tu ayuda. Cuando yo no esté tú serás mis ojos —le pido.

Victoria accede a ayudarme con ello. Algo que me deja un poco más tranquilo y consigo descansar un poco lo que queda de noche.

34

Sospechas

El domingo por la tarde, cuando Victoria se marcha del hotel, recibo la llamada de mi amigo Rafa. Voy a su casa, nos tomamos unas cervezas y termino contándole que he visto entrar en el hotel a mi padre. Me sugiere que le ponga un detective privado para saber de sus pasos. Pero sé que si lo hago tendré problemas con Victoria. Tras meditarlo con mi buen amigo Rafa, este me dice que conoce a alguien que puede vigilar solo si mi padre entra o sale del hotel. De inmediato acepto. Solo necesito esa información. Por supuesto, no le cuento nada de esto a Victoria. Ambos hemos quedado que estaremos pendientes de nuestros padres. Hacemos turnos según nuestros trabajos para saber dónde se encuentra en todo momento.

Hoy Victoria tiene una reunión y llegará a casa tarde. Me ha pedido que esté pendiente de mi padre. Desde esta mañana en los entrenamientos no sé nada de él y decido acercarme por casa de mis padres con la excusa de ver a mi sobrina.

Cuando llego encuentro a mi padre jugando al fútbol en el jardín de la casa con Avril y a mi madre sentada observándolos. Los mira sonriente y feliz. Veo a una mujer enamorada de su marido y a una orgullosa abuela de su nieta. Me acerco a ella, la sorprendo con un beso y me siento a su lado.

—¡Qué sorpresa, hijo! —exclama nada más verme—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Todo bien? —pregunta alerta.

No es normal que visite la casa de mis padres todos los días, como lo estoy haciendo en esta última semana. Es cierto que desde que empecé con Victoria de nuevo vengo más, pero tampoco lo hacía a diario.

—Sí. Tenía ganas de veros —murmuro con los ojos clavados en Avril. Se le da bien el balón.

—Oh, como viniste ayer... —dice algo confusa—. Pero siempre es un placer que vengas, mi amor. —Me da un beso y un abrazo.

—Avril es como un imán. Te atrapa, tenía ganas de verla de nuevo —confieso, y no le miento. Cada vez que no veo a esa pequeña la echo tanto de menos como a su madre.

—Avril es lo mejor que nos ha dado Victoria a esta familia. Mira tu padre, cuando está con ella rejuvenece.

Me fijo en el gran Bosco Hungría, un abuelo que en esos momentos rueda por el césped jugando con su nieta.

—¿Todo bien entre papá y tú? —pregunto de golpe. Llevo días queriéndole hacer esa pregunta de una forma menos directa, pero no encuentro la manera.

—Sí, cariño. Como siempre —responde mirándome algo extrañada—. ¿Tú estás bien? —pregunta seria, mirándome a los ojos.

—Oh, sí. Sí. Solo pensé que quizás ahora, al ser papá entrenador del equipo, pasaseis menos tiempo juntos y lo echases de menos —trato de justificar.

—Mi vida, tu padre es un hombre que sabe recompensarme.

—Me alegra —murmuro algo incómodo. El brillo que refleja la mirada de mi madre es la de una mujer satisfecha en todos los sentidos de la palabra.

Doy gracias a que Avril venga hacia mí, tire de mi mano e insista en que juegue al fútbol con ella y su abuelo.

—Un partido, mano a mano, con el gran Bosco Hungría —murmuro al llegar hasta mi padre

—. No había pensado que mi tarde acabase así.

—Ni yo la mía. Vamos, hace tiempo que no jugamos juntos —me anima.

—Yo con el tío Nico y tu solo, abuelo —dice Avril.

—¿Me dejas solo y te vas con tu tío? —le indica mi padre haciéndose el indignado.

—Reconócelo, viejo, estás perdiendo tus encantos. Yo soy más guapo —le indico a mi sobrina con un guiño de ojo.

—Y más fuerte —dice la niña.

Yo estallo en carcajadas mientras que mi padre se lo toma como un reto.

Pasamos más de media hora los tres jugando, mientras mi madre disfruta desde la distancia.

Terminamos el partido con una victoria para Avril y para mí. Ella le ha metido un gol a su abuelo.

Cuando me giro, veo que Victoria está sentada con mi madre. No sé cuánto tiempo lleva ahí, pero siempre es un placer encontrarme con su mirada. Por el momento, solo yo descifro el brillo de sus ojos, y es algo que me gusta.

Cojo a Avril en mis hombros y vitoreamos que hemos ganado.

Cuando mi padre se acerca a mi madre y le planta un beso en los labios tengo el impulso de hacer lo mismo con Victoria, pero me freno. Pienso que no falta mucho.

Mi padre ha organizado una cena en casa para toda la familia, con mis abuelos, mis tíos y mis primos. Vamos a despedir el buen tiempo y el final del verano con una barbacoa.

Victoria y yo no le perdemos ojo a nuestros padres.

—Yo los veo como siempre —murmura muy cerca de mí Victoria.

—Papá no ha vuelto por el hotel —le aseguro a Victoria. El amigo de Rafa me ha tenido al tanto y no ha ido más.

—No le demos más importancia —propone Victoria, pero no estoy de acuerdo. Hasta que no descubra qué fue a hacer mi padre aquella noche al hotel no me quedaré tranquilo.

—Y... hablando de hotel, hace una semana que no vas por allí y te echo de menos —susurro en su oído. Quiero cambiar de tema y que se olvide de lo de mi padre. Yo solo me encargaré de eso—. ¿Mañana? —propongo ilusionado—. Es domingo y tengo la noche libre.

—Veré que puedo hacer con Avril. Mamá y papá tienen una cena.

—Seguro que Vanesa o William estarán encantados de quedarse con ella —propongo. No es que Avril me estorbe, solo que con ella presente no puedo tocar a Victoria—. Ya queda poco —le recuerdo. Victoria me ha convencido para que se lo digamos a nuestra familia antes de finalizar el año, a mí me pareció mucho tiempo, pero ella, que piensa en todo, me aseguró que por el bien de todos debíamos hacerlo así.

Para gran sorpresa, la noche finaliza como no me la esperaba. Mi sobrina me pide que me quede a dormir con ella, y siempre es un placer estar más cerca de Victoria sea de la forma que sea.

Victoria me reprende con la mirada cuando acepto la invitación de la niña mientras que yo estallo en carcajadas.

En esta ocasión, Victoria sube conmigo y con Avril para ponerle el pijama, pero la niña le indica que ya lo hará su tío.

Miro a Victoria y sonrío cuando siento que en su mirada asoman ciertos celos hacia mí. Tengo a Avril abrazada a mi cuello.

—Bien, bien. Me voy a la cama —le indica a su hija en cierto tono molesto.

—No te duermas —murmuro sonriente, sin importarme la presencia de la niña.

Victoria me lee la mente y dice de golpe:

—Ni se te ocurra. Echaré el pestillo —murmura entre dientes.

—Haré más ruido, pero finalmente me abrirás —le aseguro, decidido.

—¿Por qué no te has ido? —me reprende—. Ya sabes que no podemos... —Mira a su hija y se calla. Se da media vuelta y se marcha.

No sé cuánto tiempo ha pasado exactamente desde que Victoria se marchó de la habitación y Avril se quedó dormida, pero siento que sale de su habitación. Espero un poco y decido ir en busca de Victoria. Compruebo que no está en su habitación y luego bajo hacia la cocina, donde veo una tenue luz.

Le encuentro con la nevera abierta, tomándose un vaso de leche. Con sigilo, me acerco a ella por detrás, paso las manos por su cintura y llevo mis labios hacia su cuello.

De golpe, escupe la leche y se sobresalta.

—¡Nico! —murmura con sorpresa cuando descubre que soy yo.

—¿No puedes dormir? —susurro en su oído—. ¿Me necesitas en tu cama? —pregunto mientras la acaricio de forma íntima.

Intenta pararme, pero no lo permito. La deseo. La beso y la llevo hasta la gran despensa de la cocina.

—Tengo hambre —murmuro sobre sus labios, acariciando sus pechos.

—Aquí no —me reprende con miedo.

—¿No te parece excitante hacerlo aquí? Donde nos escondíamos tantas veces de pequeños a comer a escondidas —le recuerdo devorándola a besos.

—Estamos tentando a la suerte. Pueden vernos o escucharnos —me advierte, pero la siento rendida a mí.

—Me gusta jugar. —Me apodero de su boca de nuevo y la empujo contra la pared, le subo el camisón, le bajo los tirantes y la siento mía por completo mientras le damos rienda suelta a una gran fantasía. Estoy seguro de que nadie lo ha hecho en este lugar.

Tras recomponernos un poco, nosotros y la poca ropa que llevamos, salimos de la cocina con sigilo y de inmediato escuchamos un revuelo en la planta superior de la casa. Se han encendido las luces y escuchamos a Avril llorar.

Victoria sale corriendo en dirección a su hija. Yo voy detrás y cuando llegamos a la puerta de la habitación nos encontramos con mi madre junto a la niña. Mi padre se pasea por el pasillo y me dirige una mirada seria y acusadora cuando me observa de arriba abajo en silencio.

—¿Dónde estabais? —pregunta nuestra madre acunando a Avril.

—No podíamos dormir y fuimos por un vaso de leche —digo de inmediato. Siento la mirada de mi padre clavada en mí—. ¿Qué sucede? —le pregunto a él. Ambos estamos en la puerta de la habitación y Avril parece que se ha vuelto a quedar dormida en los brazos de mi madre.

—Avril se despertó y al parecer os llamó, y al no ir nadie a su cama se puso a llorar. Tu madre la duerme —dice mi padre y denoto cierto tono de reproche para ambos. Victoria está dentro de la habitación, pero lo está escuchando.

—Victoria, me quedo en tu cama —le indico a Victoria—. Avril querrá tenerte cerca durante el resto la noche.

Me doy media vuelta y me marcho. No estoy para miraditas de mi padre. Estoy seguro de que a la menor provocación le suelto que lo vi en el Ritz sin medir las consecuencias.

35

Bosco Hungría

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi mujer casi al amanecer. Llevo horas dando vueltas en la cama.

—Nada —trato de quitarle importancia y no preocupar a Alba con mis cosas.

—Nada no. Te conozco bien. Habla. —Se sienta en la cama, enciende la luz de la mesita de noche y me mira con los brazos cruzados.

Suspiro, imito su posición y digo:

—¿No has notado nada raro entre Victoria y Nico cuando han aparecido desde la cocina en plena madrugada cuando Avril se despertó y ninguno estaba con ella?

—¿Raro como qué? —pregunta con inocencia.

Yo bufo y la miro bien. ¿Se está quedando conmigo o soy el único que lo ha notado?

—Alba, ¿te fijaste bien en ellos? Llevaban poca ropa, iban desaliñados y sus respiraciones estaban alteradas.

—Bosco, ¿cómo quieres que estuviesen? —me reprende ofendida—. Se acababan de levantar de la cama, seguro sintieron sed o algo y se encontraron en la cocina. Escucharon a Avril llorar y subieron las escaleras corriendo —expone con calma mientras me mira seria—. ¿Qué estás pensando? —pregunta en modo de reproche mientras me mira bien.

—Nico... Ya sabes la reputación de nuestro hijo —me atrevo a decir—. Y Victoria es una gran mujer. No son hermanos —murmuro.

—¡Bosco! —grita Alba, llevándose las manos a la boca—. ¿Cómo te atreves a insinuar algo así entre ellos? Se quieren muchísimo —afirma, convencida de ello—. Victoria es la gran confidente de Nico después de la cancelación de su boda. Creo que solo confía en ella sus asuntos sentimentales en estos momentos. ¿Es que no es evidente?

—Yo lo único que veo evidente es la gran química que salta a la vista entre ellos. ¿No te has fijado cómo la mira Nico? Soy un hombre y sé de lo que hablo.

—Yo creo que necesitas dormir y no ver todo con los ojos que lo haces. Se han criado como hermanos, por dios santo, Bosco.

Suspiro y abrazo a mi mujer, tratando de alejar los malos pensamientos que se han formado en mi cabeza. Si a Nico se le ocurre jugar con Victoria como con todas las mujeres que han pasado por su vida lo mato. Ella es una mujer prohibida para él.

—Estoy muy estresado últimamente —murmuro para tranquilizar a mi esposa—. Seguro que veo fantasmas donde no los hay —concluyo mientras que pienso en el hecho de que es suficiente con el hecho de que solo lo vea yo. Al menos Alba está tranquila.

—¿Qué te parece si mañana nos escapamos al hotel? Seguro que hago que te relajes y no pienses en nada, solo en mí —propone mi esposa.

—Me parece una idea estupenda, mi amor. Nadie como tú para perderme y no pensar en nada.

—Mañana tenemos una cita de amantes —murmura Alba con una mirada socarrona.

Hemos mantenido la suite del hotel Ritz donde nos conocimos y nos vemos allí a menudo como amantes.

36

Descubiertos

Tras la noche tan movida que hemos tenido, no veo más a Victoria. Procuro no tentar a la suerte y me marcho temprano. Cuando regreso de hacer ejercicio me encuentro con un mensaje de ella que me alegra enormemente. Me propone que nos veamos esta noche en el hotel. Le respondo que he quedado con mi tío Rodrigo para unos asuntos, pero que intentaré llegar cuanto antes.

Cuando llego a la suite y encuentro a Victoria ahí esperándome en el salón me da un vuelco el corazón e imagino lo que será llegar a casa siempre y saber que ella aparecerá en algún momento o estará allí.

—¿Todo bien? —pregunta preocupada en cuanto me ve.

—Sí. Ha sido un día duro. Entrenamientos, reuniones y una sesión de fotos. Estaba deseando llegar. —Voy hasta ella, la abrazo y la beso. Es mi verdadero refugio de paz.

—¿Papá te ha dicho algo? —pregunta con cierto temor.

—Nada —respondo con tranquilidad.

—Yo creo que anoche nos descubrió —murmura preocupada, con el ceño fruncido.

Lo cierto es que me da igual, pero en estos momentos no me apetece hablar de ello.

—Vengo hambriento —murmuro mientras descuelgo el teléfono de la habitación—. ¿Comemos algo y luego nos damos un baño en el jacuzzi? —propongo.

—Me parece bien. —Me da un beso y se dirige al baño para preparar el jacuzzi mientras yo me pongo cómodo.

La comida no tarda en subir. Cuando le abro al servicio de habitaciones, mientras hago pasar al señor del carrito dentro, veo a mi padre en el pasillo. Saca una tarjeta de su bolsillo y comienza a abrir una habitación. Sacudo la cabeza con fuerza y compruebo que mi vista o mi mente no me estén jugando una mala pasada. Es mi padre.

En dos zancadas me abalanzo sobre él y murmuro:

—Eres un completo desgraciado. ¡Cómo le puedes hacer esto a mi madre! ¡Hijo de puta! —grito muy furioso tras propinarle un golpe en la cara.

Victoria aparece en escena y se interpone entre ambos. Nos mira a los dos sin saber bien qué es lo que está pasando exactamente.

—Te estás equivocando, Nico —vocifera mi padre mientras se limpia un leve hilo de sangre que le mana de la comisura del labio.

—¿Desde cuándo engañas a mi madre? —le reprocho con rencor y ganas de matarlo—. Ella no se lo merece —escupo con rabia.

Mi padre me mira y sabe que lo hemos descubierto.

De repente, se escucha una puerta en el interior de la suite a la que supuestamente se dirigía.

—Bosco, ¿eres tú? —pregunta alguien.

Al escuchar una voz femenina en la lejanía todos los demonios se apoderan de mí e intento abalanzarme de nuevo contra mi padre, pero Victoria lo impide.

—Sí —dice mi padre, alto y claro. Mirándome de frente, como desafiándome.

De repente, la amante de mi padre sale a escena y Victoria y yo nos quedamos con la boca abierta.

—¿Es mi madre? —pregunto atónito, sin dar crédito a lo que está pasando.

—Pero... ¿qué está pasando aquí? —pregunta mi madre, roja como un tomate, llevándose una

mano al pecho mientras nos mira a los tres, descolocada.

De repente, miro a mi padre y pasa por mi cabeza una idea mucho peor de lo que creo que he descubierto.

—¿Es ella la que te engaña? —pregunto con miedo. Miro a mi madre y luego a mi padre tratando de adelantarme a su posible reacción.

De repente, se abren varias puertas y aparece el personal de seguridad del hotel. Deben de haber observado la pelea por las cámaras.

—Vamos dentro —brama mi padre muy enfadado.

Yo sigo en trance, mirado a mis padres y tratando de averiguar qué pasa aquí. Mi padre me toma del brazo y me obliga a entrar en su habitación. Pasamos por el lado de mi madre y observo que Victoria nos sigue.

Una vez todos en el salón de la suite se hace un largo silencio mientras nos miramos, cada cual con una idea en su mente. Es mi madre la que rompe el hielo:

—Bosco, ¿qué te ha sucedido? —pregunta preocupada cuando repara en el leve hilo de sangre que tiene mi padre en la comisura de su boca.

—Tu hijo me ha partido la cara —brama señalándome.

—Joder, pensé... ¿Quién le está poniendo los cuernos a quién? —pregunto de frente a ambos. No aguanto esta situación por más tiempo.

Mi padre me mira con ganas de matarme, pero opta por sonreírme y abrazar a mi madre. Ella le corresponde y se miran sonrientes y tan enamorados como siempre.

—No me digáis que tenéis una pareja abierta —murmuro con miedo. No estoy preparado para saber ese tipo de intimidades sobre mis padres.

Mi padre estalla en carcajadas mientras que me pregunto, cada vez más mosqueado, qué está pasando aquí.

—Hace años que tenemos esta suite para nosotros —revela de golpe mi padre—. Tu madre y yo nos vemos aquí como amantes. Nos citamos y tenemos la intimidad que, a veces, nos falta en casa —dice tan valiente.

Victoria y yo nos miramos en trance. No conseguimos asimilar todo. Nuestras caras deben ser tales que nuestros padres estallan en carcajadas.

—Vamos a curar este golpe —le indica mi madre a mi padre.

—Tu hijo tiene garra —murmura mi padre y siento cierto tono de orgullo.

—Joder, papá, perdón —me disculpo de inmediato. Me siento un gilipollas—. Yo pensé que...

—Me gusta que defiendas así a tu madre.

—Le has dado fuerte, cariño. Mañana tendrá un buen moretón —augura mi madre mientras le quita la sangre reseca del labio a mi padre.

—La hemos liado —me susurra Victoria mientras mi madre cura a mi padre.

—¿Qué hacíais en este hotel? —pregunta mi madre.

—Estabas en una habitación cuando me viste entrar. Tenías al servicio de habitaciones en la puerta cuando llegué —me recuerda mi padre con cierto tono que no me gusta. Yo estoy soltero y no le debo explicaciones de mi vida a nadie.

—Yo también tengo una habitación en este hotel —revelo sin tapujos, estoy hart—. Debe de ser algo de familia. —Le sonrío a mis padres y luego miro a Victoria pensando que ha llegado la hora de confesarlo todo. Pensábamos que habíamos descubierto a mi padre y resulta que el cazador ha sido cazado.

—Nosotros tenemos esta suite en este hotel desde hace años. De hecho, hijo, te concebimos

aquí —revela mi padre y me quedo en trance. He hablado muchas veces de sexo con mi padre, pero jamás ha salido a colación mi madre ni lo que hace con ella, mucho menos dónde.

—¡Bosco! —lo reprende de inmediato mi madre.

—Ya son mayorcitos, Alba. Han escuchado rumores sobre nosotros, pero creo que ha llegado la hora de que les contemos nuestra historia de verdad y la conozcan de nuestra mano. ¿Tenéis prisa? —pregunta mi padre con cierto tono jocoso.

—Yo voy a cambiarme —murmura mi madre llevándose las manos a la cara cuando ve a mi padre decidido a revelar un pasado que no sabemos.

Es mi padre el encargado de revelarnos con detalles cómo conoció a mi madre y todo lo que sucedió después hasta que se enteró de mi existencia. Lo hace de una forma tan elegante que no tengo más remedio que levantarme y abrazarlo. Me ha demostrado muchas veces que ama a mi madre, pero después de escucharlo no tengo dudas, hasta me ha emocionado. Victoria también está abrazada a nuestra madre y ambas lloran. Es una historia dura, pero muy bonita. Miro a la mujer que amo en silencio y me digo que mi amor por ella se parece mucho al de mi padre.

De repente, tocan a la puerta. Es el personal del hotel. Nos comunican que nuestra suite se ha inundado. ¡Hemos dejado el grifo del jacuzzi abierto!

El personal nos ofrece otra suite mientras restablecen el caos que hemos formado.

Cuando nos quedamos de nuevo a solas mi madre pregunta:

—Victoria, ¿tú qué hacías aquí con Nico? —Nos mira a ambos pensativa.

Victoria me mira pidiéndome ayuda.

—Ya vi a papá entrar en otra ocasión en este hotel. Os hemos estado siguiendo la pista —digo de golpe. No es el momento de soltar lo nuestro.

Miro a Victoria y ella suspira. Me dirige una mirada tranquilizadora en la que me agradece que no haya dicho nada.

—¡Vaya! —murmura mi padre—. Os veo muy unidos últimamente —aprecia mientras nos observa al detalle. Conozco esa mirada y sé que sospecha lo nuestro.

—Victoria es mucho más que mi hermana —le dejo claro y que salga el sol por donde quiera.

—Queda claro que es tu confidente y cómplice en muchas cosas —interviene mi madre.

—Ni te imaginas en cuantas —murmuro con la mirada fija en ella.

—¿Algo que queráis compartir con nosotros? —pregunta mi padre, serio.

—Por hoy ya está bien de sorpresas —concluyo. Me levanto y cojo a Victoria de la mano, sintiendo arder los ojos de mi padre ante este gesto—. Te llevo a casa, hermanita —murmuro mientras nos marchamos.

Victoria me dirige una mirada con la que me quiere matar, mi padre se queda callado y yo disfruto el momento de dejarlo con la palabra en la boca y la duda, pero pronto se lo diremos todo, será cuestión de días. Con lo que acaba de suceder, no son tontos, se habrán dado cuenta de que no quedo con mi hermana en la suite de un lujoso hotel para ver películas ni jugar al parchís.

37

Bosco Hungría

Cuando mis hijos salen de la habitación y me quedo con mi mujer a solas estallo.

—¿Los has visto? —Le indico a Alba en dirección por la puerta por la que acaban de marcharse.

—Ha sido una confusión. A mí me ha emocionado cómo mi hijo me defendía de una posible infidelidad de su padre —murmura Alba con una sonrisa.

—¡No te has enterado de nada! —le indico malhumorado mientras me paseo nervioso por el salón de la suite—. ¡Estaban juntos! ¡Ya lo sospechaba y verlos aquí, en un hotel, me lo ha confirmado! Y lo peor de todo, ¡No han tenido las narices de decírnoslo! —le indico a mi mujer, muy enfadado.

Alba me mira como si me hubiese vuelto loco.

—¡¿Cómo puedes pensar eso?! Ya te ha dicho Nico que te vio en una ocasión y te seguían la pista —defiende Alba.

—¿Y cómo sabían cuándo íbamos a venir? Por dios santo, estaban llenando el jacuzzi y la suite ha acabado inundada. ¿Qué crees, que quedan para bañarse juntos como cuando eran pequeños? —enfático para que Alba abra los ojos y vea la tremenda realidad que tenemos delante.

—¿Piensas que Nico y Victoria... —No termina la frase, se lleva las manos a la boca y me mira con los ojos muy abiertos mientras toma asiento.

—Creo que está muy claro, y tu hijo no se ha cortado en ocultar nada cuando nos ha dicho con todo el descaro del mundo que Victoria es mucho más que una hermana para él —vocifero.

—Bosco... ¿Nico y Victoria? —pregunta consternada.

—Mañana mismo hablaré con él —zanjo de inmediato.

—Hablares con él —rectifica mi mujer, pensativa. Nos quedamos en silencio un rato, nos miramos y ella me abraza—. Y pensamos que viniendo aquí nos íbamos a relajar al alejarnos de todo —murmura.

—No voy a permitir que lo sucedido nos arruine la noche. Mañana hablaremos con Nico —determino con decisión—. Pero no existe nada ni nadie en el mundo que me quite las ganas de estar con mi mujer. —Le beso el cuello y me centro en ella. Si continúo pensando en mi hijo terminaré por ir a buscarlo y cantarle las cuarenta en plena noche.

—Nico te ha dado fuerte —murmura sobre mis labios cuando me besa y me quejo un poco.

—Se la devolveré —aseguro.

—No más golpes entre vosotros —me exige tomándome del mentón con la mano, mientras me mira seria.

—Está bien —accedo y me pierdo en mi esposa, centrándome en ella el resto de la noche.

Nuestra casa

—Este no es el camino a casa —murmura Victoria en forma de queja mientras yo conduzco.

—Sí lo es —respondo con una gran sonrisa.

—¿Qué te pasa?! —pregunto descolocada.

—Vamos a pasar la noche juntos, como teníamos planeado —le expongo mis intenciones.

—No. No. Y no. Me niego a que nos descubran con las manos en la masa. En casa están los abuelos, los mellizos, Avril... Todo esto me supera. Hay que contarles la verdad. —Victoria está un poco atacada tras encontrarnos con nuestros padres en el hotel. Está segura de que saben lo nuestro.

—Estoy de acuerdo. Los reuniremos a todos mañana y les diremos que nos amamos. Pero esta noche es nuestra —intento que se relaje. Para mí es una completa bendición que todos se enteren ya que ella es la mujer que amo y no tengamos que escondernos más.

Cuando Victoria se da cuenta de dónde estamos me mira con los ojos muy abiertos.

—Hoy han llegado los muebles —revelo muy contento. No había querido decirle que parte de nuestra futura casa ya estaba amueblada.

—¿Todos? —pregunta muy contenta.

—No. Solo los del salón. Pero tú y yo vamos a estrenar el maravilloso sofá que preside la entrada de nuestra casa—le hago saber.

—Estás loco —murmura sonriente, pero sé que le ha encantado mi idea.

—Loco por ti. Por estar a tu lado el resto de mi vida y no separarnos nunca más.

Tras mi confesión, Victoria se acerca y me besa con pasión.

—Te amo —murmura sobre mis labios. La siento más relajada y feliz.

—La noche es nuestra. Aquí no nos molestará nadie. —Me bajo de coche y la ayudo a ella.

Cuando descubrimos nuestro nuevo salón nos miramos ilusionados y felices. Nos abrazamos y nos besamos con el pensamiento puesto en una nueva vida, para siempre.

Hacemos el amor en el nuevo y enorme sofá, donde pasamos el resto de la noche. Juntos, abrazados, felices y soñando con un maravilloso futuro en común.

Los rayos de sol que se cuelan por los amplios ventanales del salón nos despiertan, aún no tenemos cortinas. Siento que Victoria se revuelve y se abraza a mí. Tiene frío.

—¿Una ducha de agua caliente? —le propongo para entrar en calor.

Victoria acepta encantada. El brillo que emana de su mirada hace que mi corazón de un vuelco. Puedo leer en sus preciosos ojos azules que la hago muy feliz, y es algo que me emociona.

Tiro de su mano y caminamos juntos, y desnudos, por nuestra casa hasta llegar al baño de nuestra habitación. Nos metemos en la ducha y ahí nos demoramos bastante. Hemos inaugurado nuestra enorme ducha. Es grande y perfecta para hacer el amor con mi mujer.

39

Bosco Hungría

A la mañana siguiente, muy temprano, apenas son las ocho, mi teléfono suena. Me quejo cuando veo que es Rodrigo. Si me llama tan temprano es porque algo sucede.

—Mira la información que te acabo de pasar. Es toda una bomba —dice mi hermano en cuanto descuelgo—. Va a saltar a la prensa en pocas horas. Te juro que no sabía nada —me advierte.

Pongo el teléfono en manos libres y miro la información. Cuando la leo casi me da un infarto.

—¿Esto es verdad? —bufo.

—Que te lo diga tu hijo.

—¡Joder! —bramo al mismo tiempo que le cuelgo la llamada a mi hermano.

—¿Qué sucede? —pregunta Alba, en la cama a mi lado.

La miro y suspiro. No puedo ocultárselo. Le enseño la información detallada que me acaba de pasar Rodrigo.

—¿Qué?! —Se lleva una mano al corazón y me mira con los ojos muy abiertos—. No puede ser —murmura.

Abrazo a mi mujer y suspiro contrariado mientras siento como si me hubiesen echado un jarro de agua helada por encima.

Una gran confusión

Cuando buscamos por el salón nuestra ropa esparcida por el suelo mi teléfono suena. Miro la pantalla y le indico a Victoria:

—Es papá. —Activo el manos libres y lo dejo sobre la mesa y mientras me visto—. Buenos días. ¿Aún en el hotel con mamá? —bromeo. No asimilo todavía que mis padres se comporten como unos adolescentes y se escapen a un hotel donde tienen citas secretas.

—Estamos en casa —lo escucho muy serio—. Es cuestión de horas que todo salga a la luz, me lo acaban de informar —anuncia de forma seca—. Ven de inmediato —ordena—. Creo que nos debes, a tu familia, una explicación de tu boca.

Victoria y yo nos miramos en silencio. Le respondo:

—En un rato estaremos ahí.

Observo cómo Victoria se sienta y se lleva las manos a la cabeza, intranquila y nerviosa. Me acerco a ella, la tomo de las manos y le doy un beso.

—No pasa nada, lo afrontaremos. Ya no tendremos que escondernos más —trato de tranquilizarla. Yo estoy calmado. En el fondo me alegro de que por fin todo salga a la luz.

Salimos de nuestra casa con prisa, Victoria no quiere hacer esperar a papá. Conduzco con tranquilidad, siento que me he quitado un peso de encima. Cuento con el hecho de que no será fácil en un principio con la familia, que se acostumbren a vernos como una pareja, pero cuando nos vean tan felices y enamorados nos entenderán y se alegrarán.

Nos preparamos para entrar en la casa de nuestros padres, aún ignoramos cómo se habrá enterado la prensa, pero lo cierto es que no me importa. Amo a Victoria y daría mi vida por ella. La miro y la siento intranquila y nerviosa. Se retuerce las manos. Le tomo una mano entre las mías, la agarro con fuerza y me preparo para entrar juntos. Victoria intenta deshacerse de mi contacto, pero no lo permito. Si ya lo saben, que nos vean unidos y les demostremos valentía por nuestro amor.

—Aquí estamos —anuncio con coraje cuando advierto que toda la familia nos mira como pidiéndonos explicaciones.

Mi padre da un paso al frente y nos reprocha:

—¿De verdad me merecía enterarme de esto por una noticia que ya ha saltado a los medios? Sé que es tú vida, pero esto va a desestabilizar tu carrera y te van a retirar muchos contratos, sin embargo, me lo podías haber dicho —me reclama enfadado—. A mí, o a tu tío —especifica—. Te aseguro que hubiésemos sabido gestionarlo mucho mejor que tú.

—Hijo... —Mi madre da un paso hacia mí y me mira con lágrimas en los ojos—. Yo siempre te voy a querer —murmura emocionada.

—Joder, hermanito, nunca lo hubiese pensado de ti —suelta Jorge repasándome de arriba abajo con la mirada.

—¿Tú estás seguro, hijo? —me pregunta mi abuelo con los ojos muy abiertos—. Mira que en tu mundo hay mucho vicio y te alientan a probar cosas nuevas.

Los miro a todos sin entender muy bien sus palabras y cómo me miran.

—Abuelo, dejó a su novia plantada en el altar. ¿No va a estar seguro? —comenta Damián—. Yo creo que no nos lo ha dicho porque el mundo del fútbol es muy machista y pensaba que tampoco lo íbamos a entender. Pero eres nuestro hermano, para mí no hay diferencia con

respecto a tus gustos sexuales.

—Pero, ¿de qué estáis hablando? —pregunto enfadado. No me gusta cómo me miran.

—Pues de lo que ya habla medio país en estos momentos —brama mi padre con los brazos abiertos, como ofendido.

Enciende la televisión y nos encontramos con la gran noticia. Un titular anuncia:

Nicolás Hungría es gay. Esa es la verdadera razón por la que dejó plantada a su novia en el altar.

Presto atención a lo que anuncia la presentadora del programa en cuestión:

—El futbolista del Real Capital tiene una relación con un médico de la clínica propiedad de su padre. Se llama William y desde hace meses se ven a escondidas en una suite a nombre del médico en el hotel Ritz de Madrid.

Luego aparecen varias fotos mías entrando y saliendo del hotel, posteriormente aparecen más de William.

—Pero, ¿qué gran mentira es esta? —grito con impotencia, lo que más me duele es que mi familia le haya dado credibilidad. Ahora entiendo sus caras y sus preguntas—. Los voy a demandar por difamación e intromisión a la intimidad —dejo claro.

—Hijo, a nosotros puedes contarnos la verdad. Sé que gritar a los cuatro vientos que te gustan los hombres no será fácil en nuestro mundo. De hecho, no hay ningún jugador de fútbol que lo haya hecho público, pero te apoyaremos. Solo te pido que me des un tiempo para asimilarlo. Te juro que no me lo esperaba —dice mi padre un poco más calmado. Cuando veo una gran decepción en su mirada estoy a punto de estrellar mi puño contra algo.

—Tú lo sabías, Victoria —murmura seguidamente mi madre—. Por eso siempre estabas con él.

—Has sido su cómplice en todo esto desde que dejó a Raquel plantada en el altar —le reprocha mi padre.

Yo me paseo como un león enjaulado por el salón. Cuando mi padre acusa a Victoria me paro y lo miro de forma desafiante. Conmigo lo que quieran, con ella no.

—Nos duele que no hayáis confiado en nosotros —murmura mi madre, apenada.

—Joder, hermano, ¿y cómo pasa uno de gustarle tanto las tías a los tíos? ¿O es que siempre te gustaron los hombres y tratabas de ocultarlo? —pregunta Jorge con cierto tono que hacen que aumenten mis ganas de partirle la cara.

—¿De verdad creéis eso? —grito ofuscado, señalando la televisión por donde hemos escuchado la noticia. Todos se quedan callados. Miro a Victoria y veo que está rota. A ambos nos miran igual. A ella la culpabilizan por haber sido mi cómplice—. Vámonos de aquí —anuncio de golpe. Tomo a Victoria de la mano y tiro de ella. No puedo estar por más tiempo en presencia de una familia que cree antes los cotilleos de la televisión que preocuparse de saber quién soy de verdad.

—Nico, no nos podemos ir. Vamos a contarles la verdad —me suplica en un susurro mientras caminamos hacia la salida.

—Pero ¿no los has mirado a los ojos? Me han juzgado sin preguntar. Han creído ciegamente lo que la prensa ha publicado —manifiesto muy ofendido.

—Vamos a decirles que todo es un error, que los que nos vemos de forma secreta en ese hotel somos nosotros —me implora Victoria.

—No —me niego. Mi familia no se lo merece—. De nada serviría en estos momentos. Pensarían que lo decimos para salvar mi imagen ante ellos. No quiero que sea así como demos la noticia de lo nuestro. Algo tan bonito y verdadero. —Le doy un breve beso antes de entrar ambos

en el coche y nos marchamos de allí.

41

Bosco Hungría

Cuando mi hijo se marcha doy un golpe contra la mesa del salón. La rabia y la impotencia que tengo no la sentía desde el día en el que me enteré que lo secuestraron. No esperaba que Nico fuese tan cobarde como para no enfrentarse a su familia y decirnos de frente la verdad.

Me paseo por el salón como alma que lleva el diablo, intentando controlarme.

—¿Puedes calmarte? —escucho la voz de mi mujer, me centro en ella y me doy cuenta de que estamos solos.

Todos han desaparecido tras marcharse Nico.

—¿Calmarme? —pregunto con tono irónico—. ¿Tú has visto la actitud de tu hijo? —le echo en cara como si ella tuviese la culpa.

—Quizá no está preparado para hablar con nosotros de ello —murmura.

—¿Y con Victoria sí? —contraataco sin piedad—. Está claro que ella lo sabía todo. Ahora comprendo tanta complicidad entre ambos y las visitas de nuestra hija al hotel donde Nico se veía con... —No me atrevo ni a calificar la relación que tiene mi hijo con ese hombre.

—Tu hijo no te ha confirmado nada —murmura mirándome de forma despiadada—. Tú has decidido creer ciegamente lo que dicen de él de golpe y porrazo, cuando hasta anoche pensabas que Nico y Victoria estaban liados. ¡No hay quién te entienda, Bosco! —se queja, se levanta y me mira con reproches en sus ojos.

—¿Y tú qué piensas de todo esto? —le espeto desesperado.

—Creo que no le hemos dado la oportunidad de explicarse y que le hemos fallado como padres en un momento tan delicado en su vida —murmura mi mujer. La miro y veo la culpabilidad reflejada en sus ojos llorosos.

—A mí también me ha decepcionado como hijo.

—¿Por qué puede que sea gay? —me reprocha de inmediato.

—No. Porque no ha confiado en nosotros que siempre lo hemos apoyado y le hemos dado todo. Dejó a una novia plantada en el altar. De eso han pasado casi tres meses y ¿tú has recibido alguna explicación? Porque yo aún la espero. Hemos sido pacientes, no lo hemos increpado, y ahora ¿nos enteramos de esto? Para mí todo encaja.

—Para mí también, solo que creo que en estos momentos vemos puzles diferentes.

—¿Qué quieres decir?! —le pregunto ofuscado. No estoy para resolver enigmas.

—Que lo que tú ves y lo que yo veo, a ambos nos aterra, pero vamos por caminos diferentes.

—Últimamente no hay quién te entienda —me quejo—. Cuando te digo lo que pienso me pones por loco y ahora resulta que ¿sí ves posible algo entre Nico y Victoria?

—He apreciado en sus ojos algo que conozco bien.

—¿Y se puede saber qué es? —pregunto exasperado.

—Un amor como el nuestro —murmura con miedo, frotándose los brazos.

—Ahora la que se ha vuelto loca eres tú.

Necesito estar solo y pensar. Dejo a Alba en el salón y me marchó al gimnasio. Enciendo el jacuzzi, me quito toda la ropa y me meto dentro. Cierro los ojos y comienzo a recordar todo lo sucedido en la vida de mi hijo desde que dejó plantada a su prometida en el altar meses atrás.

Tengo un dolor de cabeza inmenso de tanto pensar, pero sigo metido en el jacuzzi, debo de llevar un par de horas ahí, pero no me apetece salir. Sé que lo primero que tengo que hacer es pedirle disculpas a mi mujer por cómo le he hablado y me he comportado con ella, pero en estos momentos no puedo.

De repente, siento a alguien a mi lado. Abro los ojos y veo a Alba agachada junto a mí, en sus manos lleva una botella de agua y un analgésico.

—Por si lo necesitas —me ofrece con un gesto amable y me dedica media sonrisa.

De inmediato tomo la pastilla y el agua de sus manos y me la trago. Necesito aliviar este dolor de cabeza que me está matando.

—Gracias. Eres un ángel, mi amor. Y yo un completo capullo. Perdóname —le suplico con los ojos cerrados de nuevo.

Siento que mi mujer se introduce en el jacuzzi. Abro los ojos y la miro sentada frente a mí, desnuda.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunta con cautela—. ¿O prefieres seguir estando solo?

—Abrázame —le suplico con los ojos cerrados y un nudo en la garganta.

Ella se acerca a mí, se sienta en mis piernas y me abraza con todo el amor del mundo.

—No sé por qué, pero me siento muy perdido en mi papel de padre en estos momentos —murmuro en un lamento—. Ayúdame como solo tú sabes hacerlo.

—La clave de todo es tener paciencia y saber esperar el momento.

—Siento que le he fallado a Nico. No supe escucharlo, solo juzgarlo —lamento—. Me dejé llevar. Llevo horas pensando y no creo que mi hijo sea gay. Estoy seguro de que entre él y Victoria hay algo que no nos han contado —revelo más calmado.

—Pronto lo sabremos. Nico es tan impulsivo como tú, pero tiene tu bondad y tu corazón. —Alba me acaricia el pecho y luego me besa.

Me pierdo en ella, en su cuerpo y hacemos el amor de una forma tan especial que siento ganas de llorar. Mi mujer no solo me está haciendo el amor, sino que me está curando como solo ella sabe hacerlo.

42

Salir corriendo

Victoria pasa la noche conmigo en el hotel. No quiere dejarme solo tras lo sucedido, y es algo que le agradezco. Tenerla a mi lado hace que me sienta un poco más calmado y no piense en la gran decepción que me ha causado mi familia con su actitud.

Mi tío me ha llamado reprochándome no haberle contado nada de todo esto y me ha comunicado que varias marcas importantes a las que les presto mi imagen han decidido prescindir de mí. Cabreado le he colgado el teléfono. No quiero saber nada más.

—No puedo creer esto —me quejo tendido en el sofá tras contarle a Victoria la conversación con mi tío—. ¿Y si fuese gay, qué? ¿De verdad esto era lo que me esperaba de serlo? Y después nos damos golpes en el pecho de que somos una sociedad avanzada y abierta. ¡Y una mierda! —grito con furia—. No he recibido ni un solo mensaje o llamada de mis compañeros, la prensa está empeñada en hundir mi imagen y ya van cuatro contratos los que han rescindido las marcas con las que trabajo. Es para denunciarlos a todos.

—Creo que, al menos, al tío Rodrigo y a papá debes de contarles la verdad. Ya no se trata solo de nosotros, Nico. Es tu imagen y tu carrera las que están en peligro —reflexiona Victoria mientras me abraza.

—No lo voy a hacer —murmuro, rotundo—. Me importa una mierda todo. Lo que digan de mí. Voy a demostrarles a todos que mi condición sexual no influye en el campo de juego. No es el momento de que salga a la luz lo nuestro. Lo cuestionarían. Es mejor que todo se calme y pase. No pienso hacer declaraciones al respecto, que cada uno piense lo que quiera de la veracidad o no de esta noticia —zanjo el asunto.

Victoria suspira y me abraza. Sé que no me entiende del todo, pero respetará mi decisión, aunque, en parte, ella se vea ligada a esta.

La siguiente semana me resulta muy complicada. En los entrenamientos no me hablo con mi padre, con mi tío estoy en tensión, igual que con el resto de mis compañeros de equipo, y para colmo el partido de esta semana será fuera y no he visto apenas a Victoria.

En el vestuario el ambiente con mis compañeros no me gusta. Ni me han preguntado por la noticia que ha salido sobre mí. Los que más me conocen saben que no es cierto que sea gay, pero los hay que lo ponen en duda y eso me genera un malestar con ellos.

Cuando salto al campo de juego antes de empezar el partido voy más nervioso que la primera vez que lo hice. Mi tío me ha dicho que he perdido a muchos seguidores en mis redes sociales. Escucho que me abuchean y me llaman maricón y estoy a punto de saltar a las gradas a partírle la cara a quienes lo han dicho. Mi condición sexual no debería influir en mis capacidades para ser bueno o malo en el campo, pero al parecer sí lo es.

Paso todo el partido contrariado y desubicado. Cuando mi padre me saca del juego a mitad del partido lo miro de malas formas y me marchó antes de que termine el partido que mi equipo termina perdiendo.

De camino al hotel donde se aloja todo el equipo pienso que puede que Victoria tenga razón y haya llegado la hora de contar lo nuestro. Lleva días rogándome que lo hagamos y no he cedido

porque en el fondo sé que con ello estoy mortificando a mi padre por cómo se comportó conmigo cuando saltó la noticia a la prensa y la creyó.

Cuando llego a mi habitación llamo a Victoria y le propongo vernos en nuestro hotel al día siguiente. En un principio ella se niega a ir, pero le suplico que lo haga y le dejo claro que será nuestra última noche en la suite ya que la casa que compartiremos está completamente lista para que nos mudemos a ella.

Espero a Victoria en el bar del hotel, tomándome una copa. Sé que hay prensa en la puerta y puede que alguien esté de incógnito dentro, pero me da exactamente igual. Por ser nuestra última noche quiero que todo sea diferente.

Cuando Victoria se acerca la repaso con descaro, de arriba abajo, su vestido y le muestro una sonrisa. Me inclino sobre su cuello y le doy un beso.

—Estoy deseando arrancarte el modelito y ver qué llevas debajo —murmuro mientras la miro con atención, devorándola.

—Mejor no te lo digo y dejo que lo descubras en nuestra última noche en este lugar —susurra en mi oído—. ¿Por qué me has citado aquí? —pregunta con curiosidad.

—Me apetecía tomarme algo mientras te esperaba. Y como todos piensan que soy gay, a nadie le sorprenderá que te mire como lo hago, te dé un beso en el cuello o vayamos de la mano. Amo a mi hermana —me regodeo.

—Vamos a la suite y no perdamos el tiempo en nuestra última noche juntos aquí —me apremia. Puedo leer en sus ojos que tiene las mismas ganas que yo que nos quedemos desnudos.

—Me parece una idea maravillosa.

Nos encaminamos hacia el ascensor. Subimos solos y no desaprovecho la ocasión para besarla e introducir la mano por debajo del vestido. Mis ojos se agrandan como platos cuando descubro que no lleva ropa interior.

—¿Sorprendido? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Mucho. —Me apodero de su boca con ansia y salimos del ascensor besándonos como si no hubiese un mañana.

Cuando entramos en la suite Victoria descubre que está llena de flores y globos. He hecho un camino en el suelo de pétalos de rosas que lleva hasta la cama, donde descubre mi petición de matrimonio. Está escrita en unos globos. De inmediato se lleva las manos a la boca y comienza a llorar.

—Sí, quiero —responde feliz, abrazándome y besándome.

—Te amo, Victoria. Quizá no sea el mejor momento para esta proposición, pero si algo tenía claro es que debía de ser aquí. En esta suite que ha sido cómplice de nuestro amor en todo este tiempo.

—Gracias. Es perfecto, maravilloso —murmura admirando toda la habitación.

Acto seguido, saco el anillo de oro blanco con un infinito en él y se lo coloco mientras llora sin parar, emocionada.

—Siempre te quise para mí —murmuro mientras la beso—. Llegué a sentirme un verdadero monstruo por esos sentimientos que me asustaron a mí mismo a una corta edad, pero hoy sé que eres lo mejor de mi vida. Te amo, Victoria Hungría.

—Y yo, mi Nico. Soy muy feliz. —Me abraza y me besa con pasión.

La llevo hasta la cama y le hago el amor a mi futura mujer, en una habitación llena de flores y globos por todos lados que son cómplices de todo lo que nos confesamos.

A mitad de la noche, unos golpes fuertes y voces en la puerta nos alertan. Me levanto corriendo, asustado, sin importarme ir desnudo. Algo grave sucede.

Cuando abro la puerta escucho que gritan los empleados del hotel y la policía:

—Rápido, hay que desalojar el edificio. Un aviso de bomba.

—Victoria —grito de inmediato. Voy hasta la cama y la saco de ahí corriendo, sin importarme ir ambos desnudos. Ella alcanza dos albornoces y nos los colocamos de inmediato y abandonamos la habitación descalzos y corriendo, dejando el resto de todas nuestras pertenencias en la suite.

Bajo con rapidez con Victoria por la escalera. Salimos a la calle y nos apartan de las cercanías del edificio. Nos informan que en breve nos trasladarán a otro hotel.

—Tengo que decirte algo —grita Victoria mientras me acerca a ella y me mira a los ojos. Veo el miedo reflejado en su rostro. Está pálida.

De repente, una pareja que se acerca a donde estamos llama mi atención. Llegan ataviados con unos albornoces como los nuestros.

—¿Papá y mamá? —pregunto de golpe. Victoria se gira de inmediato y comprobamos que se trata de ellos.

—¿Estáis bien? —me intereso acercándome a ellos—. ¿Estabais aquí? —pregunto preocupado mientras compruebo que se encuentran bien.

No me pasa desapercibido cómo mis padres nos miran a Victoria y a mí. Somos un claro reflejo de ellos mismos.

Pero no hay tiempo de más preguntas. Nos indican que nos montemos en un mini bus para trasladarnos a otro lugar más seguro. No podemos estar en la vía pública.

Montados en el vehículo escuchamos una explosión. No es muy grande, pero de inmediato vemos humo por una ventana y todos nos quedamos mirando.

—Joder, era verdad. Pensé que sería un farol —murmura un hombre.

Todos permanecemos en silencio, asustados. Yo abrazo a Victoria y mi padre a mi madre.

Cuando llegamos a otro hotel y nos entregan las llaves de nuestras nuevas habitaciones y mi padre indaga:

—¿Qué hacíais juntos en el hotel a estas horas?

—William se escapó por la ventana —le suelto de golpe. Cojo a Victoria de la mano y tiro de ella, dejando a mis padres boquiabiertos.

—Nico... —me reprende de inmediato la mujer que amo.

—No era el momento —le indico serio—. ¿Y no has visto cómo me ha mirado cuando han aparecido? Buscaba a William por todos lados. Deja que piensen lo que les dé la gana.

—Yo creo que está muy claro todo —comenta Victoria mientras subimos en el ascensor.

—Pues dejémoslos con la duda unos días. Tú y yo vamos a desaparecer y no vamos a dar la cara —propongo de golpe.

—Tengo una hija —me recuerda Victoria a modo de excusa, pero no estoy dispuesto a ceder.

—Avril está muy bien con sus bisabuelos y sus abuelos. No te echará de menos.

—¿Qué tienes pensado? —pregunta intrigada.

—Darle una lección a papá para que aprenda a confiar en mí y no me juzgue por comentarios inventados de la prensa. Vamos a aprovecharnos de que no tenemos móviles. Nos iremos unos días a nuestra casa. Es una ventaja, ya que nunca le dije que la compré. No saben la dirección —le explico sintiéndome victorioso.

—Estás disfrutando de este momento —me indica en tono de reprimenda.

—No te lo voy a negar. He visto en los ojos de papá y de mamá, por primera vez, que se han dado cuenta de que entre nosotros puede haber algo.

—No deben estar pasándolo nada bien —murmura Victoria con culpabilidad. Yo, sin

embargo, no siento ninguna.

—Yo tampoco lo he hecho cuando me han juzgado sin preguntar. Ahora que se quiebren la cabeza y piensen lo que quieran. Que soy gay o que me he liado con mi hermana. Igual hasta me prefieren gay. Siempre fuiste la consentida de la familia y papá te sobreprotegía. Y yo le he robado a su niña —susurro en su oído.

Me besa y nos vamos a la cama de nuevo. Tras el susto de la explosión, de la cual mañana sabremos más, necesitamos descansar.

43

Estamos juntos

Por fin estoy junto a la mujer que amo en nuestro hogar. Siento una paz y una felicidad hasta el momento desconocida. Noto que a Victoria le falta su hija y, por extraño que parezca, a mí también. Por ello me encargo de que Vanesa nos traiga a la niña sin revelarles a nadie más de la familia dónde nos encontramos Victoria y yo. Tras lo sucedido, necesito un tiempo a solas con ella. Alejarme de todo y de todos y meditar cómo resolvemos de una vez, contarle a nuestra familia que estamos juntos.

Llevamos dos días sin móviles y sin conectarnos a internet y me siento en la mismísima gloria. Solo somos Victoria y yo, y ahora Avril. Ha llegado a casa hace un par de horas.

—Podría vivir así —comento mientras que cenamos los tres juntos—. ¡Qué paz y qué tranquilidad! El mundo sin teléfonos, sin internet. Solos tú y yo —le indico a la mujer de mi vida, que me mira con un brillo tan especial en su mirada que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Y yo —dice Avril y alza su mano.

Victoria y yo estallamos en carcajadas.

—¿Te gustaría vivir en esta casa con mamá y conmigo? —le propongo a mi sobrina.

—Sí —grita de inmediato.

Victoria me reprende con la mirada. No hemos hablado de cómo decirle a la niña que no somos hermanos y somos una pareja.

—Viviremos aquí los tres —le indico a Avril—. Ahora vamos a enseñarte tu habitación —anuncio con entusiasmo.

Aún no le hemos enseñado la casa completa y estoy deseando ver su carita cuando descubra la habitación que su madre le ha preparado.

—¿Tengo una habitación para mí? —pregunta con ilusión.

—Sí. Y es preciosa —le revelo de inmediato.

—¡Quiero verla! —Se baja de la silla y se pone a saltar de alegría.

—Primero termina la cena —le ordena su madre.

Avril se vuelve a sentar y se come todo. Luego le enseñamos la casa. Cuando llegamos a su cuarto se queda sorprendida al verlo. Todo en tonos rosas y con princesas.

Avril salta de alegría y se abraza a mí y a su madre.

—¿Y tu habitación, mamá? —pregunta la niña con interés.

Victoria me mira en silencio y soy yo el que se adelanta a responder:

—Mamá y yo vamos a dormir juntos. En la misma habitación.

Me quedo en silencio y espero una reacción por su parte.

—Porque os queréis mucho —dice de inmediato la pequeña.

Miro a Victoria y ambos sonreímos a la vez.

—Exacto —le confirmo—. Yo amo a mamá —le revelo. Tomo a Victoria por lo hombros, la abrazo y le doy un beso en la mejilla.

—Quiero dormir ya —pide la niña con ilusión. Se nota que está deseando estrenar su nuevo cuarto.

Victoria y yo pasamos un par de horas junto a ella, jugando y contándoles cuentos hasta que se queda dormida, luego, de la mano, vamos juntos hasta nuestro cuarto. Siento una emoción tan grande por ejercer como padre con Avril que no sé explicar. Jamás pensé sentirme así.

—Ahora sé y entiendo la sensación de un verdadero hogar. Una familia. Te amo y Avril ya es para mí como una hija —le manifiesto con emoción a Victoria antes de meternos en la cama.

A la mañana siguiente, Avril irrumpe en nuestro cuarto y nos despierta. Es una completa sorpresa para mí, pero lejos de molestarme su presencia me alegra tenerla entre nosotros.

Mientras desayunamos en el salón, llaman a la puerta y Avril corre a abrir. Voy tras ella y descubro que son mis padres y mi tío Rodrigo.

Me quedo parado al lado de la puerta mientras ellos saludan a Avril.

—¿Le habéis puesto un GPS a la niña? —comento de forma mordaz mientras ellos entran sin ser invitados.

Avril se adentra en el salón, se abraza a sus abuelos de nuevos y grita muy contenta:

—Voy a vivir aquí con el tío Nico y con mamá. Tengo una habitación muy bonita, ¿queréis verla, abuelitos?

Mis padres miran con atención a la niña y luego se quedan en silencio mientras esperan alguna especie de explicación por nuestra parte.

—¿A qué habéis venido? No recuerdo haberos invitado —murmuro al mismo tiempo que sé que estoy siendo un mal educado, pero no soporto que vengan a mi casa en busca de explicaciones.

Ante el tenso ambiente, mi madre coge de la mano a Avril y ambas salen al jardín.

—Bonita casa —murmura mi tío con cierto tono de reproche—. No está bien que le digas al contable que no me cuente estas compras.

—¿Fue él quien os dio los datos? Recuérdame que lo eche —comento mirándolos de frente.

—No seas tan duro. Hemos venido a hablar con vosotros de algo importante —dice mi tío.

—No hay nada de qué hablar. ¿No es evidente? —pregunto exasperado, con la mirada clavada en Victoria a mi lado.

—¿Ya lo sabes? —pregunta mi padre, confuso.

—Saber qué —respondo. Empieza a colmarme la paciencia.

—La bomba que explotó en el hotel —anuncia—. Era un artefacto casero y estaba colocado en la suite justo al lado de la tuya.

—¡¿Qué?! —pregunto sobresaltado. Tomo asiento de golpe cuando mi mente comienza a relacionar ese hecho con la puñalada que recibí.

—Hay que poner seguridad privada a toda la familia —anuncia mi padre—. La bomba del hotel y la agresión que sufriste están relacionadas. Van a por ti —revela. Tal y como me temía.

—¿Cómo? —Me sorprende que mi padre ya sepa esto—. Pensé que la puñalada fue algo fortuito o alguien que me tuviese envidia. ¿Me quieren matar? —pregunto confuso—. ¿Quién? —murmuro pensando en algún tipo de enemigo.

—Eso es lo que tratamos de averiguar. ¿Quién y por qué? —revela mi tío, pensativo.

Me paseo por el salón intranquilo, miro a Victoria y luego pienso en Avril. Si van a por mí ellas están en peligro.

—Contrata a seguridad —le ordeno a mi tío, tajante—. Y blindas esta casa. Hoy mismo.

Mi tío y mi padre se miran en silencio. Hay algo que me ocultan, lo sé.

—Quiero hablar con la policía —exijo. Se trata de mi vida y creo que mi padre y mi tío me llevan delantera con respecto a lo sucedido en ambos atentados.

—Ya lo hemos hecho nosotros —anuncia mi padre.

—Bien. Es mi vida la que ha estado en peligro dos veces, quiero todos los detalles. Quizá se reservan algo de información.

—Haré una llamada —murmura mi tío.

—Si todo esto hubiese sido después de saltar a la prensa lo tuyo... —murmura mi padre—. Pero viene de antes —comenta preocupado.

—¡Joder, papá! ¿Tú no te has enterado aún o qué? —le reprocho de malas formas.

De repente, Avril llega corriendo al salón y le pregunta a Victoria delante de todos:

—¿A que los hermanos mayores sí pueden dormir juntos, desnudos y darse besos? La abuela dice que no, pero el tío y tú lo hacéis.

Victoria se queda callada, mi madre se tiene que sentar y yo suspiro con alivio porque por fin lo están viendo todo claro.

—Dime que no —brama mi padre mirándome—. ¡Es tu hermana! —me reprocha alzando la voz.

—¿No eres gay? —pregunta mi tío con una enorme alegría reflejada en el rostro.

—Esto no puede ser —lamenta mi madre llevándose las manos a la cabeza mientras mira a Avril y luego a nosotros.

—Llévate a Avril, tío. —No quiero que la niña esté presente en esta conversación.

Cuando nos quedamos a solas, mi padre estalla:

—Explicadme todo, ¡¿Cómo ha sido?! —exige fuera de sí y esto hace que me enfurezca.

—¿De verdad hace falta? —pregunto con cierto deje irónico, pero esto lo cabrea más.

—¡Tú qué crees! —brama.

—Bien —murmuro con tranquilidad mientras me paseo delante de él. Si tan empeñado está en saberlo...—. Me acosté con mi hermana en su fiesta de dieciséis cumpleaños. Fui el primer hombre en su vida. Siempre me sentí atraído por ella, pero esa noche no pude contenerme y Victoria me correspondió. Luego me marché a Manchester al comprender que lo que hice fue una locura. Me llegué a sentir como un completo monstruo, pero...

De repente, sin esperarlo, siento que mi padre me parte la cara.

—¡Papá! —escucho que grita Victoria mientras yo me llevo la mano a la cara e intento recomponerme del golpe que me ha dado.

—¡Bosco! —grita también mi madre.

Ambas se interponen entre nosotros. Mi padre y yo nos medimos con las miradas y somos dos fieras a punto de despellejarnos.

—Te voy a matar, Nico. Es tu hermana —grita mi padre mientras mi madre lo frena.

—No lo es. Me costó años aceptarlo, años. Amo a Victoria. En el último momento, en el altar, me di cuenta de que iba a cometer el mayor error de mi vida y no me casé porque la amo más que a nada en el mundo —confieso sin importarme nada más.

Victoria y mi madre lloran, interpuestas entre mi padre y yo para evitar que lleguemos a las manos de nuevo.

—¿Tú no tienes nada que decir? —le reprocha mi padre a Victoria.

Yo lo miro y lo desafío. No voy a permitir que la culpe de nada.

—Lo quiero, papá. Nico es el amor de mi vida —confiesa con el corazón en la mano y yo me emociono ante su sinceridad.

—Esto es una locura —murmura mi padre, enfadado, mientras se pasea por el salón y se aleja de mí.

—Ninguna locura. Es la mujer de mi vida y nos vamos a casar. —Quiero que sepan que lo nuestro es en serio. Tomo la mano de Victoria y la alzo para que vean el anillo de compromiso que luce en ella. En realidad, le he entregado dos, pero el primero no fue una petición formal.

Mi madre pone los ojos en blanco y se desmaya de golpe en los brazos de mi padre.

—¡Mamá! —Victoria y yo nos asustamos.

Mi padre la lleva al sofá, la tumba y le levantamos los pies. Debe de ser una bajada de tensión.

De inmediato voy por agua y le echo un poco por la cara, reacciona de inmediato. Le obligo a que beba y veo que el color vuelve a su rostro.

—¿Estás bien? —pregunta Victoria, arrodillada a su lado.

—No es un sueño, ¿verdad? —murmura mi madre.

—Es una realidad. Nos amamos —corroboro con firmeza y beso a Victoria en la boca delante de mis padres.

—Yo lo mato —murmura de golpe mi padre.

—¡Bosco! —Mi madre se pone en pie de golpe y toma a mi padre del brazo.

—Estabas muy decepcionado al creer que era gay. ¿No estás feliz por mí? —le reprocho con una sonrisa.

Victoria me suplica con la mirada que pare ya, pero lo cierto es que estoy disfrutando.

—No —murmura, rotundo—. Victoria no es cualquier mujer. Es tu hermana. Y como juegues con ella como con el resto de mujeres que han pasado por tu vida, te juro que olvidaré que eres mi hijo.

Lo miro de forma desafiante mientras le pregunto en silencio; ¿es una amenaza? No tiene ni idea de lo que la amo.

—Hace años, sacrifiqué mis sentimientos y los de Victoria por la familia —revelo con rabia—. Porque era mi hermana y la respetaba más que a nada en ese mundo, éramos muy jóvenes y no tenía la certeza de que lo nuestro fuese para siempre. Preferí alejarme antes que dañar a la familia por si lo nuestro no salía bien, pero lo que sentíamos era tan fuerte que no desapareció con los años. Todo lo contrario, aumentó. Victoria lo significa todo para mí. La quiero y la necesito en mi vida, junto a mí, como mi mujer, mi esposa. Sé que cuando se haga público lo nuestro supondrá un verdadero escándalo, pero ya estoy acostumbrado a ellos —zanjo el tema mirándolo con valentía, decidido a afrontar lo que venga.

De repente, visiblemente emocionada, Victoria se lanza a mis brazos y me besa.

—Te amo —murmura sobre mis labios.

Su declaración de amor delante de mis padres me hace el hombre más feliz de la tierra. Está tan dispuesta como yo a enfrentar lo que venga.

—Vámonos, no estoy aún preparado para ver esto —dice mi padre.

Coge de la mano a mi madre y tira de ella para marcharse cuanto antes.

Con Victoria a mi lado, observo cómo mis padres se van cabizbajos.

—Bueno, ha sido impactante. Supongo que necesitan tiempo para digerirlo —murmuro.

—Han sido varios golpes juntos. La cancelación de tu boda, la noticia de que eras gay y ahora se topan de frente con lo nuestro. Casi nos los cargamos de un infarto —comenta Victoria abrazada a mí. Sintíendola mía por completo.

Al cabo de un rato nuestro tío vuelve con Avril. Nos mira de arriba abajo cuando ve que nos comportamos como una pareja, sin tapujos delante de él y de la niña y nos sonrío.

—¿Podemos hablar, sobrino? —me ruega con amabilidad.

Asiento y nos trasladamos al despacho de mi nueva casa.

Hablo con mi tío durante más de una hora, le expongo sin tapujos mi historia con Victoria y resulta ser más comprensivo que mi padre. Me da la enhorabuena por mi valentía al dejar a una mujer plantada en el altar e ir a buscar a la mujer que amo y se ofrece para todo lo que necesite.

—¿Todo bien? —se interesa Victoria cuando llego al cuarto de Avril y me siento con ambas en la alfombra de la niña.

—Mi tío ha sido más comprensivo que mi padre. Luego hablamos —le prometo con un beso en los labios.

De repente, Avril nos pregunta:

—¿Los hermanos se besan así siempre? —Nos mira con curiosidad.

—Verás, cariño. En realidad, el tío Nico y yo no somos hermanos de verdad —le explica su madre—. Él creció en la barriga de la abuela Alba, pero yo no.

—Yo sí crecí en la tuya, ¿verdad? —pregunta—. La tía Vanesa me enseñó fotos —revela la niña y yo miro a Victoria extrañado.

—Sí, la tía te enseñó fotos de embarazadas, para que tú vieses cómo les crecía la barriga y dónde estaban los bebés.

Tras escuchar la explicación de Victoria me relajo un poco.

—Tu mamá y yo nos queremos y nos podemos besar en la boca porque no somos hermanos de verdad —le explico a Avril.

—¿Sois novios? —pregunta sonriente, con ilusión.

—Sí —afirmo de inmediato.

—¡Bien! —grita dando saltos—. Yo quería un papá como tú —dice de golpe y siento que el corazón me estalla de emoción.

Avril y yo nos abrazamos y el sentimiento que aflora en esos momentos en mi corazón es de pura alegría porque ella me vea como a un padre.

—Vamos a vivir los tres juntos en esta casa, como una familia. Y mamá y yo nos vamos a casar —le explico con entusiasmo.

—¿Y te podré decir papá? —pregunta de golpe y descubro que nada me puede hacer más feliz.

—Por supuesto. Desde que te conocí siempre deseé tener a una hija como tú.

—Vale, papá —dice con alegría Avril y a mí me estalla el corazón al escuchar la palabra papá.

—¿Por qué lloras? —le pregunto a Victoria al verla emocionada y con lágrimas en los ojos.

—Es todo tan... bonito —murmura.

—Vamos a ser una familia —murmuro mientras la beso y la abrazo.

44
Bosco Hungría

La vuelta a casa con mi mujer la hacemos ambos en silencio. Conduzco concentrado en el tráfico y Alba va sumida en sus pensamientos, deduzco que no quiere hablar hasta que lleguemos a casa por miedo a distraerme.

Cuando llegamos a casa vamos directos a nuestra habitación. Necesitamos privacidad para hablar.

En cuanto cierro la puerta estallo:

—¡Ya deducía que estaban liados, pero jamás llegué a imaginar que juntos de esa forma! ¡Hasta la niña lo sabía!

—¿De qué te quejas, Bosco? —pregunta mi mujer con calma, sentada en la cama mientras me observa pasearme intranquilo por la habitación.

—¿No los has visto? Tienen una casa, viven juntos y los muy inconscientes hacen vida de pareja delante de la niña —expongo alterado—. ¡No esperaba encontrarme eso! ¿Tú sí? —le reprocho.

—Tengo que admitir que no esperaba que tuviesen una relación tan consolidada. Estoy tan sorprendida como tú, y más después de saber que lo de Nico y Victoria viene de años atrás. ¡No sé cómo se nos pasó por alto! —lamenta—. ¿Pero ya qué hacemos? Se aman y tenemos que reconocer que están haciendo las cosas bien.

Suspiro y me quedo en silencio, pensativo. Alba tiene razón en todo, como siempre.

—Mi hijo como yerno —murmuro y estallo en carcajadas.

—Mi hija como nuera —replica Alba y ríe también.

—¡Qué locura! —exclamo sentándome al lado de mi mujer.

—Su amor es como el nuestro, Bosco. ¿No los has visto? —comenta mi mujer.

—Me enfurecí mucho cuando descubrí que vivían juntos y la niña era participe de ello, pero perdí los papeles cuando Nico me confesó que él y Victoria... cuando tenían... —Soy incapaz de decirlo en voz alta.

—No lo pienses más. Sucedió, es parte del pasado. Debemos centrarnos en ellos ahora. Yo los veo muy felices y me gusta verlos juntos —murmura mi mujer.

—Yo tengo que acostumbrarme a que mis hijos besen y miren como tú y yo lo hacemos.

—Nos acostumbraremos. Hacen una pareja maravillosa. Nico y Victoria juntos, una familia con Avril —comenta con alegría.

Abrazo a mi mujer, la beso y suspiro dando gracias de tenerla a mi lado y siempre sepa ver el lado bueno de las cosas.

—¿Cómo se lo tomarán sus hermanos y el resto de la familia? —le pregunto a Alba. No quiero ni pensar en la opinión pública, aunque la mayoría sabe que Victoria es adoptada.

—Tendremos que decírselo para que estén preparados. Mira cómo reaccionamos tú y yo y sospechábamos algo, aunque nada comparado con lo que nos encontramos, imagínate ellos.

—Luego hablaremos con mis padres, con Damián y Jorge. Supongo que mi hermano pondrá al tanto de todo a su mujer y sus hijos.

—Tenemos que hablar con Nico y Victoria. No me siento bien por cómo nos vinimos de su casa. Quiero que sepan que los apoyamos y nos gusta su relación —murmura Alba.

—Bueno, gustarme, gustarme... La acepto, no me queda otro remedio.

—Te gustará. Estoy segura de ello. Nico no podría encontrar a una mujer mejor que Victoria, ni al revés. Están hechos el uno para el otro, y hemos estado ciegos al no verlo antes con claridad.

Beso a mi mujer y me pierdo en ella. Mi remanso de paz. Mi vida entera. La que me brinda toda la felicidad y sabe guiarme como nadie. La amo cada vez más porque cada día descubro que es mejor de lo que pensaba.

Mostrarnos como pareja ante la familia

Decidimos darles a nuestros padres veinticuatro horas para que asimilen que Victoria y yo estamos juntos y nos amamos.

Victoria decide ir a casa de nuestros padres para buscar sus cosas y las de Avril, y mudarse definitivamente a nuestra casa. Decido acompañarla y aprovecho para reunir a toda la familia.

Le digo a Victoria cuando vamos en el coche:

—He llamado a mis hermanos, mis tíos, mis primos y mis abuelos para que estén en casa cuando lleguemos. Vamos a darle la noticia a todos. Ya no quiero ni puedo seguir con este secreto delante de ellos. Tienen que asimilar que nos amamos y comenzar a vernos juntos como una pareja y no como hermanos.

—Yo creo que a estas alturas papá y mamá ya se lo habrán contado —murmura convencida de ello.

—Me da igual. Necesito hacerlo yo también. Que lo sepan por nosotros. No quiero esconderme más, al menos con ellos. Con la prensa y los medios estoy tratándolo con mi tío a ver cómo lo hacemos —le indico a Victoria.

—Estoy nerviosa —comenta y denoto cierto temor en su voz.

—Estamos juntos en esto —La tranquilizo—. Por otro lado, quiero que hoy mismo tú y Avril os vengáis a vivir conmigo. No quiero que estemos más tiempo separados.

—Está bien. —Accedo de inmediato.

Cuando llegamos a la propiedad de mis padres observamos todos los coches de nuestra familia en el exterior. Cuando nos encaminamos hacia el interior de la casa, llevo tomada de una mano a Victoria y cargo a Avril en mi brazo. Quiero dar una imagen de unión y familia cuando nos vean. Victoria no es un lío ni algo pasajero, es la mujer que amo. Pepa nos recibe, nos sonríe y puedo apreciar lágrimas en sus ojos. Me conoce desde pequeño y hago un gran esfuerzo por no emocionarme con ella. No nos decimos nada, nuestras miradas hablan por sí solas.

Cuando nos adentramos en el salón observo que esta toda la familia reunida. Avril se baja de mis brazos de y acude con sus abuelos. Los abraza y los besa mientras que las miradas de todos se clavan en Victoria y en mí, seguimos tomados de la mano y se la aprieto con fuerza.

Con discreción, Pepa se lleva a Avril. Le agradezco con un gesto que nos deje solo a los adultos.

—Creo que ante lo evidente no hacen falta muchas más explicaciones —murmuro con tranquilidad—, pero considero necesario que lo sepáis por nosotros. Quiero a Victoria y no como a una hermana. La amo como mujer, la deseo como a ninguna otra y vamos a formar una familia juntos.

—Joder, hermanito. ¡Ole tus huevos! —Jorge le aplaude, se acerca a nosotros y nos abraza.

—Yo os quiero a los dos, y si estáis juntos y felices... —Damián nos abraza y nos besa.

—A mí me gusta que triunfe el amor, si mis sobrinos son felices... —Mi tía Julia nos da un abrazo—. Os deseo lo mejor del mundo.

Mi tío Rodrigo nos sonríe, ya sabemos que contamos con su aprobación.

Los abuelos están muy callados, los miro y un nudo se instala en mi garganta.

—Cuando llegaste a esta casa —comienza a decir mi abuelo con la mirada clavada en Victoria—, siempre supe que un ángel había aterrizado en ella. Nico es el más afortunado de

todos nosotros, cuidála. —Nuestro abuelo se pone en pie con ayuda de su bastón y me abraza, luego toma a Victoria de las manos y se las besa con un amor infinito.

—Si la mejor versión de vosotros es juntos, disfrutaré de ella el tiempo que me quede —dice mi abuela, sonriente y con lágrimas en los ojos.

Victoria y yo abrazamos a nuestra abuela.

Nuestros padres permanecen en silencio. Los aprecio emocionados por el momento que estamos viviendo con toda la familia. Observo que mi padre tiene la mirada clavada en el golpe que me dio.

—Golpeas con fuerza, viejo —murmuro mirándolo de frente mientras llevo mi mano al golpe que me propinó en la cara.

—Te lo merecías. Debí darte ese golpe hace años —murmura mi padre, serio.

Vivimos unos segundos de tensión donde mi padre y yo nos medimos con las miradas, pero finalmente el gran hombre que es sale a la luz, se rompe y me abraza emocionado. Luego lo hace mi madre.

—Todo esto es muy nuevo, y extraño —comenta con lágrimas en sus ojos mientras abraza a Victoria—. Pero me siento inmensamente feliz de veros juntos. Os amo a los dos y que juntos forméis una familia me emociona.

—Gracias, mamá —le dice Victoria. Yo solo soy capaz de asentir, la emoción me ha dejado apenas sin voz.

—Debiste decirme lo que tu hermano te hizo hace años —le dice mi padre a Victoria cuando la abraza—. Lo hubiese cogido por una oreja y lo hubiese obligase a casarse contigo entonces —bromea entre carcajadas.

Finalmente, todos reímos y nos abrazamos. Terminamos haciendo una comida todos juntos, para celebrar que somos la nueva pareja en la familia.

Mientras mi padre y mi tío hacen una barbacoa, me acerco a la mujer de mi vida, lleva una hora alejada de mí, y le doy un beso en los labios y la abrazo.

—¡Yo a esto tengo que acostumbrarme! —grita mi padre desde la distancia, a modo de queja, pero sonriente y feliz. Lo noto en su mirada.

La vuelvo a besar mientras que el resto sonríe.

—Es muy bonito —murmura mi madre sin quitarnos ojo—. Me recordáis tanto a mí y a Bosco...

—Ni que lo digas —comenta mi tía Julia.

—Victoria y yo viviremos juntos desde hoy —anuncio a todos—. Avril vendrá con nosotros.

—¿Y cómo pensáis llevar lo vuestro de cara a la opinión pública? No quiero ni pensar la que se va a liar cuando esto estalle. En estos momentos todos creen que eres gay, hermanito —comenta Jorge.

—Ya lo he hablado con el tío y con Victoria. Seremos discretos. Nadie se sorprenderá de vernos juntos ya que todos piensan que somos hermanos y tenemos una excelente relación como tales. No es prudente que lo nuestro salga a la luz en estos momentos que ahí fuera hay un loco que va detrás de mí. Es mejor que sigan pensando que soy gay. De todas formas, en un par de horas tengo cita con la policía para que me pongan al tanto de cómo va la investigación. Espero que puedan decirme algo más de lo que ya sabemos.

—Te acompaño, hijo —se ofrece de inmediato mi padre.

—Yo también voy —dice mi tío.

Antes de marcharme a mi cita con la policía me despido de Victoria y le recuerdo mientras la vuelvo a besar delante de todos:

—Haz las maletas, vendré luego a recogerte.

—Yo a esto también tengo que acostumbrarme —murmura mi abuela a modo de broma mientras me marchó.

La ansiada felicidad

Cuando llego con Victoria y Avril a nuestro hogar son más de las once de la noche. Me he demorado mucho con la policía. Están tras la pista de un hombre, pero no saben mucho más. Me he enterado de que mi padre nos tenía puesta seguridad privada desde el mismo instante en el que me apuñalaron. Sé que teme algo, que me oculta algo, pero no me lo dice. No tiene sentido que toda la familia tuviese seguridad privada cuando solo me agredieron a mí y ninguno de ellos había sido amenazado.

Decido dejar en un segundo plano a la persona que me agredió, lo cierto es que en todo este tiempo que ha pasado no ha vuelto a aparecer, y me centro en la mujer que amo y Avril. LleVo a la pequeña hasta su cuarto, dormida en mis brazos y entre su madre y yo la matemos en la cama.

—Mañana bajaremos las maletas del coche —murmuro en el oído de Victoria mientras la abrazo y vamos en dirección a nuestra cama. Estoy muerto, ha sido un día agotador.

—El resto de las cosas las traerán los mellizos mañana. Se ofrecieron —dice Victoria al entrar en la habitación.

—Ha sido un día difícil —me quejo, cansado, mientras me siento en la cama y Victoria lo hace en mis rodillas.

—¿Cómo te ha ido? —se interesa al mismo tiempo que me mira a los ojos con preocupación.

No hemos hablado nada sobre el tema de la policía ni de mi agresor porque estaba la niña delante.

—La policía no tiene idea de quién pueda tratarse. Solo apuntan hacia un hombre por la fuerza con la que me apuñalaron, pero quién sea sabe muy bien burlar las cámaras de seguridad.

—¿Tenías algún enemigo en Manchester? —indaga.

—Nunca he tenido ni una sola disputa seria con nadie. La policía cree que se trata de alguien obsesionado conmigo. No sería el primer caso. —Victoria se abraza a mí y la siento temblar—. Esta casa es segura y entre mi tío y mi padre se han encargado de contratar a un escuadrón de guardaespaldas que nos protegerán a toda la familia hasta que cojan a ese loco.

—¿Por qué avisó de la bomba y no dejó que estallase? —pregunta.

—Según la policía quiere hacerse notar. Llamar la atención, que esté pendiente de él.

—Un psicópata —murmura.

No había querido decírselo, pero la policía también lo piensa. La abrazo y la beso tratando de tranquilizarla.

—No dejemos que enturbie nuestra felicidad. Vamos a la cama. Estoy rendido.

Victoria me mira, sonríe y asiente de buena gana. Nos desnudamos y nos metemos en la cama. Abrazo a la mujer que amo, la beso y sentimos que comienza a llover y termina en una gran tormenta. La sentimos juntos, abrazados, entre caricias y besos, disfrutando el momento, de estar juntos, de saber que nos amamos y con la tranquilidad de que ya toda la familia está al tanto de lo nuestro.

—Aquí y ahora, en este instante, contigo, la mujer de mi vida entre mis brazos, sabiendo que nunca más te vas a separar de mí, puedo afirmar que la felicidad existe. Nunca me había sentido así —le confieso a Victoria.

—Te amo, Nicolás Hungría. —Me besa con pasión, la abrazo y disfruto de tenerla dormida sobre mi pecho durante toda la noche mientras escucho llover fuera. A veces lo tenemos todo y no reparamos en estos pequeños detalles que nos da la vida misma y nos demuestran que la verdadera felicidad existe y no tiene porqué venir ligada a los lujos ni el dinero.

Nuestra nueva vida juntos comienza con rutinas que me alejan de las mujeres de mi vida más de lo que quisiera, como es mi trabajo, mis entrenamientos, entrevistas, el trabajo de Victoria y el colegio de Avril, pero así es el día a día de todos los hombres como yo. Es cuestión de acostumbrarnos, como me ha dicho Victoria. Por su parte ha pedido solo trabajar por las mañanas en el mismo horario que tiene Avril de colegio, de esta forma nos veremos más ya que por las mañanas es cuando yo más trabajo también.

Cada día descubro la gran capacidad resolutive que tiene Victoria para todo, la admiro y la amo en cada decisión que toma o cuando me aconseja en algo en lo que me siento perdido.

Esta noche tengo un partido en Madrid y mi mayor deseo es que Victoria y Avril acudan al campo junto con el resto de mi familia.

Sé que Victoria es reticente a aparecer en público. Le teme a las cámaras y a la prensa y, sobre todo, quiere proteger su hija.

Es la primera vez que toda mi familia al completo acude a verme jugar al campo desde el palco vip. Estoy nervioso y quiero meter un gol para dedicárselo a la mujer que amo y solo ella y yo lo sepamos.

Cuando salto al campo miro hacia el palco y mis ojos se centran en Victoria y luego en Avril, en los brazos de su madre, agita su manita y me saluda entusiasmada.

Cuando meto un gol desde la mitad del campo lo celebro tirando un beso al aire en dirección a Victoria, sabe que es para ella en exclusiva. Mi equipo gana el partido y la celebración de esta victoria continuará en el Afaia.

En cuanto llego a los vestuarios y cojo mi móvil le pido a Victoria que vaya a la discoteca, me apetece verla allí. No me responde al mensaje y es algo que me desconcierta, pero no puedo dejar a mis compañeros tirados, acudiré al Afaia y si Victoria ha decidido no ir me marcharé a casa pronto con ella.

Cuando llego al Afaia voy directo al reservado con todos mis compañeros, como siempre. En esta ocasión también nos acompaña mi padre, mi tío, mi madre y mi tía. Mis hermanos y mis primos están en la pista de baile de abajo mezclados con la gente según me indica mi tía. Ellos no son tan famosos y se lo pueden permitir, si yo bajo ahí me comen en masa. Lo primero que hago es buscar a Victoria por la discoteca, no la veo, pero encuentro a mi prima Estela y a Vanesa y luego llega Victoria con William, traen unas copas. La admiro desde la distancia y me quedo embozado en ella cuando se pone a bailar. Es perfecta en todo lo que hace.

De repente, Victoria alza la mirada y me sonríe. Le hago un gesto con el dedo y le indico que venga conmigo. Mueve la cabeza un poco, se lo piensa, insisto y finalmente accede. Cuando veo que se encamina en mi dirección el corazón se me acelera.

He dejado instrucciones a la seguridad del reservado de que guíe a Victoria hacia el despacho de mi padre. Quiero estar con ella a solas sin que nadie nos moleste. La quiero solo para mí.

Ella entra sin llamar. Yo la espero sentado detrás de la mesa, haciéndome el interesante mientras la admiro desde la distancia con un vaso de licor en la mano.

—¿Me esperaba, señor Hungría? —pregunta con misterio, mientras se acerca a mi lado

contoneando las caderas.

—Desde hace años. Eres mi gran sueño cumplido —murmuro antes de plantarle un beso demoledor.

—Este despacho me trae algunos recuerdos —susurra Victoria sentada sobre mis rodillas mientras me acaricia y me besa el cuello.

—Creemos unos mejores —propongo.

—Estoy de acuerdo. —Decidida, comienza a abrirme la camisa y a besarme el pecho. Yo me dejo estar. Sentir su boca sobre mi cuerpo es pura gloria.

Introduzco la mano en su ropa interior y compruebo que está más que lista para mí. Sentirla así solo hace acrecentar mi deseo.

—Es el final perfecto para un gran día —murmuro mientras saboreo sus maravillosos pechos ya desnudos.

—Hagamos que sea perfecto del todo. —Me desabrocha los pantalones con prisa, creo que ambos estamos a punto de explotar.

De repente, la puerta del despacho se abre de forma abrupta. Nos sobresaltamos y cuando vemos a nuestros padres abrazados y besándose con pasión nos quedamos paralizados. Ellos advierten nuestra presencia y nos miran con los ojos muy abiertos.

Le cubro los pechos a Victoria de inmediato y me subo los pantalones como puedo.

—Me parece que venían a hacer lo mismo que nosotros —murmuro mientras nos componemos la ropa y nuestros padres nos dan la espalda.

—Nico, Victoria... —murmura mi madre con los ojos ya clavados en nosotros, abrazada a mi padre.

—¡Joder! —ladra mi padre—. Nico, si os llego a pillar así hace unos años... El golpe del otro día fue un beso —me advierte.

—La primera vez no fue aquí —revelo con cierto deje de chulería. Victoria me da un codazo para que no siga, pero no le hago caso—. Fue en un reservado. Aquí lo hicimos en el dieciocho cumpleaños de los gemelos, donde volvimos a caer en la tentación.

—¡Nico! —me reprende Victoria. Sus ojos echan fuego, pero yo miro a mi padre sonriente.

—Yo lo mato —dice mi padre, pero mi madre lo frena—. Marchaos de aquí —espetea mi padre cerrando los ojos y tratando de tranquilizarse.

—Nosotros estábamos primero —le indico sin levantarme de la silla en la que estábamos cuando nos interrumpieron.

—Alba, dile a tu hijo que desaparezca de mi vista o no respondo —le pide a mi madre haciendo grandes esfuerzos.

—Chicos... —comienza a decir mi madre.

—Vale, vale. Nos vamos —concluyo de golpe. Le bajo la falda a Victoria y nos disponemos a marcharnos.

—Papá... —Victoria intenta disculparse, sé que lo está pasando fatal mientras que yo me estoy divirtiendo.

—No digas nada —brama mi padre y nos indica con un gesto de la mano que nos marchemos.

Cojo a Victoria de la mano y tiro de ella, pero antes de salir murmuro:

—Viejo, espero que se te baje esa mala ostia y mamá termine la noche feliz.

—¡Nicolás! —grita mi padre. Yo tiro con fuerza de Victoria y ambos echamos a correr como cuando éramos pequeños y hacíamos alguna travesura.

—Te has pasado —me regaña Victoria pese a que ríe como yo. No es muy común ver al gran Bosco Hungría descolocado como hace un rato—. ¿Ahora dónde vamos?

Saco mi teléfono y hago una llamada.

—Soy Nicolás Hungría, que dejen vacío de forma inmediata el reservado central, lo limpien y echen las cortinas.

—Estás loco —murmura con una sonrisa traviesa.

—Por ti. —La beso y vamos hasta el reservado—. Aquí comenzó todo —le recuerdo perdido en sus ojos. Enamorado de ella hasta la médula.

—No lo podría olvidar jamás. Fue la mejor noche de mi vida —me revela.

—Y la mía —le confirmo.

—¿Seguro? —pregunta con cierto miedo. No me cree—. Era una niña inexperta —añade.

—Esa niña inexperta me puso a cien como ninguna otra lo volvió a conseguir. No sabes la cantidad de noches que soñé con las dos veces que estuvimos juntos.

—Te prometo hacer de esta noche la más especial de todas. Jamás la olvidarás —es una promesa que me hace desearla aún más y ponerme duro como una roca.

Tiro de su mano, entramos en el reservado y les indico a las dos personas que lo limpian:

—Está bien, pueden marcharse ya y que nadie entre ni nos interrumpen.

—Tienes prisa —murmura Victoria sobre mis labios mientras pasea su mano por mi abultado miembro a través del pantalón. Una sonrisa traviesa asoma en sus labios. Sé que ella está igual que yo.

—Voy a explotar de un momento a otro, Victoria. Desnúdate ya —le digo con prisa. Me urge sumergirme en ella y sentirla a mi alrededor.

Se desnuda frente a mí de forma lenta, torturándome y llevándome al límite como solo ella sabe hacerlo. Hacemos el amor y conseguimos que sea una noche para el recuerdo.

47
Bosco Hungría

Mi mujer ríe a carcajadas limpias una vez que nuestros hijos han desaparecido de mi despacho, mientras yo la miro serio.

—No le veo la gracia —murmuro cabreado.

—Le hemos cortado el punto y ellos también nos lo han cortado a nosotros —carcajea.

—¡Joder! —maldigo. Miro a mi mujer y comienzo a reírme de golpe—. ¡Qué situación! Victoria y Nico... espero acostumbrarme algún día a verlos como una pareja enamorada y no como hermanos.

—Es maravilloso verlos tan enamorados como nosotros. —Mi mujer se acerca a mí, posa sus manos detrás de mi nuca y me mira—. ¿Nuestra noche ha terminado? —pregunta con fingida decepción.

Le sonrío y la tomo con fuerza por la cintura.

—No voy a permitirlo. —Sonrío sobre sus labios mientras la beso—. Quiero un gran broche final para este gran día y eso solo puedo conseguirlo contigo.

—No sé si podré mirar a nuestros hijos a la cara cuando salgamos de aquí —murmura mientras me quita la camisa.

—Ellos están haciendo lo mismo. Y te aseguro que si su amor es tan fuerte como el nuestro, cuando lleguen a nuestra edad conservarán las mismas ganas de amarse en cualquier lugar.

—Ya tienes una edad, señor Hungría —bromea mi esposa mientras la beso.

—¿Me estás llamando viejo? ¿Alguna queja? —La alzo en mis brazos y camino con ella hacia el sofá del despacho.

—Para nada. —Me mira con un brillo especial en sus ojos, acaricia mi rostro con un amor infinito y murmura—: Sigues revolucionado todo mi ser con una sola mirada. Mis ganas de ti no cesan nunca —revela antes de besarme.

Desnudo a mi mujer con prisa y hacemos el amor como dos adolescentes en el sofá de mi despacho. Hacía mucho tiempo que no hacíamos algo así. La abrazo, sosteniéndola sobre mi pecho, y nos permitimos quedarnos unos minutos disfrutando del simple placer de estar abrazados, desnudos y satisfechos.

Alba quiere marcharse a casa directamente sin volver al reservado del Afaia, pero la convenzo de que tenemos que despedirnos de nuestros amigos y familia. Le recuerdo que solo nos ausentamos por unos minutos, que se ha convertido en una hora, pero debemos volver. Soy el dueño de la discoteca, el entrenador del equipo y debo despedirme de la gente.

Cuando llegamos al reservado donde están todos los jugadores del equipo no veo a mi hijo. Nos despedimos de estos, de mi hermano y de su mujer y luego bajamos a la pista de la discoteca para decirles a nuestros otros hijos, los mellizos, que su madre y yo nos vamos a casa.

—¡No bebáis demasiado! —les advierto antes de marcharme.

—¿Nico está arriba? —pregunta Damián.

—No —le indico.

—Bien. Entonces Victoria estará con él. Hace tiempo que desapareció y no la he vuelto a ver —murmura.

—Está con Nico —dice mi mujer.

—Ya me imagino... —murmura sonriente Jorge—. ¿Los habéis pillado? —indaga

bromeando.

—¡Deja de beber! —le recomiendo. Me doy media vuelta y me marcho con mi mujer de la mano.

De camino al parking privado de la discoteca, donde está nuestro coche, Alba comenta:

—Quién nos hubiese dicho todo lo que nos quedaba por vivir en el Afaia esa noche que nos conocimos.

—La noche que me enamoré de ti como un loco —le recuerdo en un susurro en su oído mientras la abrazo por detrás y la beso en el cuello mientras caminamos en dirección a nuestro coche.

—¿Nos perseguís? —escucho la voz de mi hijo con cierto tono de reproche. Está al lado de su coche con Victoria.

—Nos marchamos a casa —murmuro sin soltar a mi mujer mientras nos acercamos a ellos.

—Es raro ver a tus padres como unos adolescentes enamorados —murmura mi hijo, sonriente.

—Pues imagínate lo que es ver a tus dos hijos de la misma forma —suelto de golpe. De inmediato, los cuatro estallamos en carcajadas.

—Es maravilloso veros así de felices —dice Alba, emocionada—. Me recordáis tanto a tu padre y a mí...

—¿Quieres decir que cuando llegue a los cincuenta Victoria y yo aún querremos ir al despacho del Afaia para meternos manos a solas? —bromea.

—Ya me lo contarás. Desde que tu madre apareció en mi vida la he deseado en cada segundo. Mis ganas de estar a solas con ella no han desaparecido jamás. Todo lo contrario, cada día le encuentro más deseable. Si cuando Victoria te mira el corazón te da un vuelco y cuando estás alejado de ella solo piensas en volver a su lado porque sabes que es donde realmente eres feliz, te auguro una vida esplendida, hijo. En el plano familiar y sexual —añado con una sonrisa y un guiño del ojo.

—¡Bosco! —me reprende Alba.

Victoria y Nico sueltan una carcajada.

—Viejo, gracias por la visión de mi futuro. No puede ser más maravilloso —dice mi hijo, sonriente, antes de montarse en el coche con Victoria y marcharse juntos.

Todo sale a la luz

Victoria está un poco nerviosa porque hemos decidido ir a un centro comercial de compras con Avril. La niña quería salir y es normal, no podemos pasarnos la vida en casa por temor al loco que va detrás de mí y que no ha vuelto a aparecer. Continuamos con la seguridad privada toda la familia y creo que debemos comenzar a salir de casa, hacer vida social aparte de acudir al trabajo y al colegio.

Sé que Victoria también está un poco atacada por el hecho de que la prensa nos persiga.

—No te preocupes. Llevamos cuatro guardaespaldas y es normal que salga de compras con mi querida hermana y mi sobrina —intento calmar un poco a Victoria. La siento tensa, mirando a todos lados, alerta.

Entre compras y compras, consigo que Victoria se olvide de todo lo que nos rodea y se centre en regañarme por comprarle a Avril todo lo que se le antoja. Es la primera vez que salimos juntos, en familia, por un centro comercial. Y, para mi gran sorpresa, me lo estoy pasando muy bien correteando con mi sobrina por las tiendas mientras que la mirada de Victoria nos regaña. Algunos dependientes me han reconocido, pero hasta el momento he tenido la gran suerte de que no se han acercado para pedirme fotos o autógrafos.

Cuando terminamos todas las compras y una divertida tarde de ocio y vamos en dirección al coche, se nos acercan unos reporteros con micros y cámaras. Los guardaespaldas impiden que se nos acerquen demasiado, pero sus preguntas llegan a nuestros oídos:

—Nico, ¿qué tal todo? Te vemos imparable en el campo. Estás en tu mejor momento —alzan la voz para que me pare, pero no lo hago. Conozco el truco. Me preguntan por mi trabajo para que los atienda de forma amable y luego pasan al plano personal. No caigo en la trampa.

—Sin duda. Gracias —respondo de forma educada mientras camino.

—¿Y tú corazón, como está? —pregunta una reportera mientras intenta rebasar a los guardaespaldas y llegar hasta mí.

—En excelentes condiciones —respondo de mal humor. Sin apenas mirarla.

—¿Qué tal la tarde de compras con tu sobrina y tu hermana? —continúan con las preguntas.

—Bien, gracias —respondo intentando ser amable, a ver si se dan por vencidos y se marchan.

—Victoria, sin duda eres su hermana favorita y su gran amiga. Y la pequeña se lleva de maravilla con su tío —comenta otra reportera.

De repente, Avril se revuelve y dice:

—A ver si te enteras, Nico y mamá son novios. Y él es mi papá. Ahora vivimos juntos y somos muy felices —revela con coraje.

Al escuchar a Avril me detengo de golpe sin saber cómo reaccionar. Nos están grabando y tenemos a cuatro reporteros detrás.

—Dejad de molestarnos. Vamos con una menor. Respetadnos un poco —les grito enfadado.

Miro a los guardaespaldas y se encargan de alejar más a los reporteros de nosotros.

Cojo a Avril en mis brazos, para ir más deprisa, mientras murmuro contrariado:

—Niños...

Miro a Victoria y la veo pálida, va en silencio y con la cabeza gacha.

Cuando llegamos a la intimidad del coche, un guardaespaldas es el encargado de conducir, me centro en Victoria tras abrochar el cinturón de seguridad de Avril. La mujer que amo suspira

agobiada y se tapa los ojos con las manos, alterada por lo sucedido.

—¡Dios! —exclama. Mira a su hija y no dice nada más.

—Es una niña. Nadie hace caso de lo que dicen los niños. Ellos viven en su mundo. Solo tiene cuatro años —le indico en un susurro. A modo de tranquilizarla.

Cierra los ojos, reposa la cabeza hacia atrás y no dice nada más en todo el trayecto.

Cuando llegamos a casa Victoria me pide que me ocupe de Avril, tiene un terrible dolor de cabeza.

Le doy la cena a Avril y la acuesto en su cama, cuando se queda dormida voy en busca de su madre. La encuentro con la mirada perdida fuera de la propiedad, a través de los cristales. No me ha sentido entrar en la habitación. Cuando me acerco a ella y paso mis manos por su cintura se sobresalta. Llevo mis labios hacia su cuello y la beso.

—¿Estás mejor? —pregunto algo preocupado.

—No dejo de darle vueltas. Avril se lo ha puesto en bandeja, lo ha soltado todo. —La siento muy agobiada.

—Es una niña. ¿Crees que le hagan caso? Además, no tienen pruebas —intento restarle importancia.

—Temo por cómo pueda afectarte esto a ti. En estos momentos todo te va tan bien... —Me halaga que siempre sea lo primero para ella.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrado a los escándalos —bromeo mientras la atraigo hacia mi pecho y la abrazo más fuerte.

—¿Vamos a dormir? —murmura mientras la siento muy cansada.

La cojo de la mano y la llevo hasta la cama. La brazo y suspiro sintiendo que ella es mi verdadera paz y refugio ante todo.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos despierta el sonido de una llamada telefónica en el móvil de Victoria. Seguidamente suena el mío.

Ambos contestamos a las llamadas a la vez, sin salir de la cama.

—¡¡Qué!! —exclamamos los dos.

Cuando me confirman la noticia salto de la cama y voy en busca de mi ordenador.

Entro en la prensa seria de este país y encuentro:

Todos lo teníamos delante y no nos habíamos dado cuenta. La mujer que ocupa el corazón del gran Nicolás Hungría no es otra que su hermana Victoria. Por ella dejó plantada a Raquel y, si echamos la vista atrás, el futbolista no ha sido relacionado con nadie más desde el escándalo de su boda. Recordemos que tras este se marchó en el yate de su familia con Victoria y unos amigos. Y en la suite del Ritz donde todos pensamos hasta hace poco que mantenía encuentros con un hombre, resulta que este es el mejor amigo y compañero de trabajo de su hermana. Todo encaja, los ayudó en su difícil situación. Nicolás y Victoria son hermanos, comparten familia y apellido, pero no tienen la misma sangre. Bosco Hungría y Alba Serrano adoptaron a Victoria cuando solo tenía meses.

Gracias a una niña, la hija de Victoria, y sus palabras, todos nos hemos dado cuenta de la gran verdad que se escondía en la familia Hungría. Los hermanos están enamorados. Y no se queda solo ahí, la niña reconoció que Nico es su padre. Por lo que podemos afirmar que esta relación se ha retomado tras algunos años distanciados.

Toda una gran sorpresa para todos. Nicolás Hungría no es gay, está enamorado de su hermana, viven juntos y tienen una hija en común de cuatro años.

La familia Hungría siempre mantuvo que Victoria había adoptado a la pequeña Avril, pero, por sus palabras, vemos que no es así. Llama papá a su tío.

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. ¿Alguien que ponga en duda lo que dijo Avril Hungría?

—¡Joder! —grito con enfado y cierro la pantalla del ordenador de golpe, furioso.

—¿Has leído lo mismo que yo? —me pregunta Victoria con lágrimas en sus ojos y la voz ronca.

Yo asiento.

—Todo ha saltado por los aires —murmuro—. Les han dado credibilidad a las palabras de una niña —digo muy enfadado por cómo ha sucedido todo.

—Lo han argumentado muy bien con hechos y fotos. Todo encaja —comenta Victoria con miedo—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Era tu tío? —pregunta afligida, refiriendo a la llamada que me alertó de lo que sucedía.

—Sí.

—¿Y qué propone? —pregunta con ansiedad.

—Que aprovechemos esto —le indico con calma, pensativo.

—¡¿Cómo?! —pregunta atónita.

—Que no hagamos declaraciones y aparezcamos juntos y felices ante todos. Un golpe de efecto —le explico.

—¿De verdad? —No da crédito a lo que le expongo.

—Pienso que es lo mejor. —Tras pensarlo, coincido con el parecer de mi tío—. Tarde o temprano tenía que salir a la luz. No ha sido como teníamos planeado, pero, pensándolo bien, la espontaneidad de Avril nos ha ayudado. No nos tendremos que esconder más. Y, como dice mi tío, no vamos a negar ni afirmar que ella es mi hija. Y si algo hago en ese aspecto es afirmarlo. En un futuro todo será mejor para ella si ya reconocemos que es nuestra. ¿No crees? —pregunto con cautela. No hemos hablado de este tema, pero quiero a Avril como si fuese mía—. Recuerda lo mal que lo pasaste cuando te enteraste que eras adoptada.

Victoria se queda callada, muy seria. Meditando todo lo que he dicho, me mira con una especie de pena y miedo reflejados en sus ojos que no logro entender. Pero de repente, Avril irrumpe en nuestra habitación y la mirada de Victoria se centra en su hija y dejamos el tema a un lado.

Mi teléfono vuelve a sonar y es mi padre. Me dice que están llegando a mi casa.

—Papá y mamá están aquí —le indico a Victoria mientras mira por la ventana y veo como su coche entre en la propiedad.

—Los abuelitos —grita Avril.

—Vamos a desayunar —le propongo a la pequeña.

—Ahora bajo —murmura Victoria. Sé que algo le pasa y espero que me lo diga pronto.

—No tardes. No tengo ganas de lidiar solo con ellos —le indico a la mujer que amo. No quiero tenerla lejos.

Avril saluda a sus abuelos y vamos a la cocina a desayunar. Mi madre se centra en preparar el desayuno con su nieta mientras mi padre y yo hablamos. Ambos estamos de acuerdo en no dar explicaciones y en que reconozca que Avril es mi hija siempre que a Victoria le parezca bien.

—Buenos días —saluda Victoria cuando irrumpe en la cocina con el rostro un poco pálido.

—Hola, hija. No has pegado ojo, ¿verdad? —pregunta mi madre acercándose a ella.

—Esta ratona la ha liado buena —murmura mi padre dándole un cariñoso beso a Avril—. No te preocupes, lo tenemos todo controlado —le indica a Victoria a modo de tranquilizarla.

—Tu padre y yo pasamos por algo así, mi niña —le dice mi madre. Todos estamos centrados

en Victoria, la más afectada—. Confiar en sus consejos que sabe de esto un poco.

—La semana que viene iremos juntos a la entrega del Balón de oro en Roma —anuncio. Ya lo he hablado con mi tío y creemos que es un buen momento y golpe de efecto con la prensa.

—Seguro que este año te lo llevas también, mi vida —dice mi madre con orgullo.

—No me importa, te lo juro. Pero esa gala nos vendrá muy bien para aparecer juntos de la mano y gritarle al mundo que amo a mi hermana. Y el tema de Avril, voy a enviar un comunicado con posterioridad a nuestra aparición en el que reconozca que es nuestra hija. Ya lo he hablado con papá y creemos que es lo mejor. —Me quedo a la espera de la reacción de Victoria, que se queda muy callada, meditando el asunto. Finalmente asiente con un gesto de la cabeza y me quedo más tranquilo. No será un camino fácil, pero me tranquiliza el hecho de que ya queda menos para que seamos oficialmente una pareja normal, sin tener que escondernos de nada ni de nadie.

La mujer más buscada

Debido a toda la prensa que tenemos apostada en nuestra casa y en nuestros lugares de trabajo, Victoria decide pedirse dos semanas de vacaciones, yo entrenar en casa y Avril acude al colegio con su abuela y el hecho de que ella sea la directora del colegio le da privilegios para entrar y salir por un lugar donde la prensa no tiene acceso a ambas.

—Hoy entrenaré en casa —le comunico a Victoria tras marcharse Avril al colegio y desayunar los tres juntos.

—Bien. Yo voy a terminar unos informes pendientes. Te veo luego. —Me da un beso y cada cual nos vamos a trabajar. Nos hemos impuesto unos horarios, aunque estemos en casa.

Llevo más de dos horas y media en el gimnasio, sin parar de entrenar cuando siento los brazos de la mujer que amo alrededor de mi cuerpo sudado y me besa en la nuca.

—Impresionante —murmura mientras pasea las manos por mis abdominales.

—¿Has podido trabajar? —me intereso sin dejar de hacer pesas. Tengo que terminar esta tanda.

—Nada, por ello he venido en busca de mi distracción favorita —murmura con cierto tono en el que denoto que me necesita.

—Estoy hecho un asco —le indico a la vez que suelto las pesas, me giro y la miro.

—Estás más deseable que nunca. ¿Sabes la cantidad de mujeres que pagarían por estar ahora mismo así? —pregunta de forma provocadora, acercándose más a mi cuerpo y rozando sus labios con los míos—. Esto es un sueño —confiesa a la misma vez que se apodera de mi boca.

—Soy todo tuyo —murmuro mientras la alzo por las caderas, enrosca las piernas alrededor de mi cintura y, sin dejar de besarnos, vamos hasta al baño del gimnasio. Hacemos el amor en la gran ducha y luego nos relajamos en el jacuzzi, donde pasamos el resto de la mañana.

—Lo que darían todos los que están ahí fuera por ver esto —bromeo mientras acaricio el cuerpo desnudo de Victoria.

—Estoy nerviosa pensando en el momento de nuestra aparición juntos —confiesa al fin. Desde que llegó al gimnasio supe que le pasaba algo.

—No te preocupes. Una vez que consigan la foto que desean nos dejarán en paz. —Estoy seguro de ello, y tranquilo, pero Victoria no lo está para nada y es algo que me inquieta.

—Eso espero, pero será difícil pasar de ser tu hermana a ser tu pareja oficial.

—Para mí ha resultado muy placentero —intento relajarla con mi comentario mientras la beso.

—Quiero pedirte algo —me indica algo seria y consigue despertar todas mis alarmas.

—Dime. —La miro preocupado. Me inquieta que no me cuente qué le pasa por la cabeza o no me diga cómo puedo ayudarla.

—Cuando vayas a enviar el comunicado diciendo que Avril es nuestra hija me gustaría hacerlo contigo y que lo redactásemos juntos. —Denoto cierto temblor en su voz a la vez que la siento intranquila.

—Deseo concedido —digo de inmediato y la beso.

No quiero que le asuste ese tema. Comprendo que piense en las opiniones de prensa y le perturbe el qué dirán, pero a mí no me importa. Estoy feliz de decirle a todo el mundo que Avril

es mi hija. Es que hasta la siento como tal. Esa pequeña es tan especial que ha conseguido que la quiera de una forma que jamás llegué a imaginar. Yo mismo me sorprendo de los sentimientos que ha sido capaz de sacar de dentro de mí que no sabía que podían existir. Amo a Avril tanto como a su madre. Ser su padre el resto de la vida será un absoluto privilegio.

La semana siguiente yo salgo un poco más de casa, Victoria prefiere no hacerlo y lo respeto. Si así se agobia menos y no ve la que hay liada fuera de nuestra casa, mejor. Quiero que esté tranquila para cuando tengamos que aparecer juntos en unos días delante de la prensa en la entrega del balón de oro.

Por las noches la siento inquieta, duerme poco, se revuelve mucho en la cama y no come apenas. Estoy deseando que todo esto pase, salga a la luz que somos una pareja y deje de ser la mujer más buscada de España como lo es en estos momentos por la prensa. Todos quieren saber de ella, como es, dónde está y qué ha hecho en estos años.

Nos despedimos de Avril y estoy seguro de que la voy a echar mucho de menos los cuatro días que Victoria y yo estemos en Roma. La niña se queda feliz en casa de sus abuelos, pero me he acostumbrado tanto a ella, a su compañía y a tenerla cerca que me cuesta marchame y dejarla. Si pudiese la llevaría con nosotros.

Llegamos hasta el avión privado de mi padre y cuando despegamos me disculpo con Victoria porque tengo que responder unos emails importantes.

La mujer de mi vida, tan comprensiva siempre, cierra los ojos y reposa la cabeza en el asiento. No lleva muy bien ser la mujer más buscada de España en estos momentos, ella siempre ha sido el miembro de la familia Hungría menos mediático. Aprecio que algo le reconcome por dentro, pero estoy seguro de que es nuestra aparición en público juntos. Espero que todo vaya bien, pero si no es el caso, por eso me he asegurado de pasar un par de días más con ella a solas. Quiero visitar Roma de su mano, pero si no puede ser, no saldremos de la cama de nuestro hotel, es otra posibilidad que me apasiona.

Cuando llegamos a la suite que tenemos en el mejor hotel de Roma, en el que hemos tomado todas las precauciones posibles para que la prensa no sepa que estamos ahí o que puedan acceder a este, siento a Victoria muy callada y le pregunto:

—¿Te gusta?

—Es una habitación fantástica —murmura, pero no lo hace con demasiado entusiasmo. Deshace las maletas con desgana.

—Deja eso, vamos a ver las vistas —la animo tirando de su mano. Tenemos una terraza maravillosa con unas vistas preciosas. Quiero distraerla y que solo se centre en nosotros.

—Será mejor no salir. Por precaución a que nos vean.

—Estamos muy alto. Dudo que nos puedan ver —le indico con entusiasmo.

—Solo faltan unas horas para nuestra aparición juntos. No tentemos la suerte —me suplica. Pasa las manos por mi cuello y me besa.

—Sé lo que estás haciendo —murmuro sobre sus labios.

—¿Un baño juntos para relajarnos? —me propone con una sonrisa traviesa.

—Acepto. —Tiro de su mano y nos sumergimos en una gran bañera llena de espuma donde pasamos más de una hora juntos. Hacemos el amor y hablamos de los lugares que visitaremos los días que vamos a pasar en la ciudad. Ambos conocemos Roma, pero nos hace mucha ilusión

pasear y visitar sus maravillosos lugares juntos.

Una hora previa a que lleguemos al evento donde se otorga el balón de oro me visto en el salón de la suite. Decido dejar a Victoria a solas para que se arregle con tranquilidad.

Me paseo por el salón, ya vestido y listo, cuando Victoria irrumpe en él. La admiro y me deja sin palabras. El corazón me da un vuelco y una vez más confirmo que es la mujer de mi vida.

—Como decía mi abuelo, eres un verdadero ángel. Mi ángel. —Llego hasta ella, la tomo de la mano y la llevo hasta mis labios, donde deposito un beso—. Maravillosa —murmuro embelesado en ella.

—Gracias. Tú estás guapísimo. —Me acaricia el rostro y se detiene justo en mis labios—. No te beso como ahora mismo me gustaría porque arruinaría mi maquillaje, y no tenemos tiempo.

—Estamos cerca del lugar el evento. Ya hemos creado expectación, vamos a darles lo que esperan y más —le recuerdo sonriente. Le dedico una sonrisa tranquilizadora, la tomo de la mano con fuerza y salimos de nuestra habitación.

Cuando nos reunimos con mi tío en la entrada del hotel no puede evitar elogiar a Victoria:

—Impresionante. En menos de una hora serás la mujer más buscada en las redes, y envidiada —añade, sonriente—. Victoria Hungría, vas a causar sensación —murmura seguro de ello. Yo también lo estoy. Si antes de salir en público de mi mano ya ha recibido ofertas millonarias, no quiero ni pensar las que recibirá a partir de mañana.

—No me pongas más nerviosa, tío —le indica Victoria.

Entramos en un coche que nos espera y en menos de cinco minutos este se para y le anuncio:

—Hemos llegado.

Mira con curiosidad todo lo que hay ahí fuera y la siento inquieta.

—¿Es normal que haya tanta prensa? —pregunta un poco asustada.

—Hay más de lo normal —murmuro, pensativo—. Vamos a darle lo que esperan —la animo sonriente. Sé que podrá hacerlo y lo hará muy bien. Salgo del coche y le abro la puerta a la mujer que todos esperan con ansias esta noche.

Cuando Victoria sale se escucha un gran barullo, gritan su nombre y todos quieren una foto de ella. Lleva un vestido blanco espectacular con el cual será la reina de la noche. La cojo de la mano con fuerza y camino con ella sonriente. Nos paramos donde nos indican para posar para una foto y lo hacemos de forma amable mientras no dejo que se aleje de mí. La agarro por la cintura y posamos como una pareja, feliz y sonrientes. Puedo notar la tensión en la espalda de Victoria, pero de cara a los fotógrafos lo está haciendo muy bien. Se nota que mi madre le ha dado unas cuantas lecciones.

—Nico, ¿es cierto que entre tu hermana y tú... —comienza a preguntar una reportera.

No dejo que esa mujer termine la frase. Creo que ha llegado el momento que todos esperan. Me acerco a los labios de Victoria y la beso. Se escuchan de inmediato aplausos y vítores mientras que yo sonrío sobre su boca y luego miro a la prensa.

—Creo que esto responde a todas las preguntas que nos podáis hacer. —Doy por zanjado el asunto. Tomo a Victoria de la mano de nuevo y caminamos hacia el interior del evento.

En cuanto entramos en el lugar dónde se llevará a cabo la gala todas las miradas se clavan en Victoria. Está a mi lado, de mi mano y les dejo claro a todos los que no hayan visto nuestro beso de la entrada que no está ahí en calidad de hermana. La admiro y la trato como a mi mujer.

Algunos amigos y compañeros se acercan a nosotros, me saludan y me felicitan mientras siento que la gran mayoría están en shock, unos me creían gay y otros no me esperaban de la mano de mi hermana.

Victoria y yo nos sentamos en los asientos que llevan nuestros nombres. Cuando anuncian al ganador del balón de oro no me lo creo. La mujer de mi vida se lanza a mis brazos y me besa. Me demoro en sus labios, mi verdadera victoria en esta vida y luego subo a recoger el premio. Soy un hombre feliz que lo tiene todo.

Posteriormente, acudimos a la fiesta que hay organizada. Soy el ganador y no puedo faltar. Victoria no pone objeción. Todo lo contrario, la veo muy integrada y feliz. La sensación de estar con ella como pareja fuera de nuestro círculo familiar es maravillosa. La miro y me imagino una vida entera con ella a mi lado, y en esos momentos pasa por mi mente la imagen de mi padre y de mi madre. No puedo ser más afortunado. Miro a la mujer de mi vida y siento que ella lo es todo para mí. No podría vivir sin tenerla a mi lado.

No hemos tenido tiempo de hablar a solas durante toda la noche, cuando estamos bailando juntos, pese a que somos conscientes de que todos nos miran con atención, le comento:

—¿Cómo te sientes?

—Una mujer envidiada —murmura con una amplia sonrisa, pero no le encuentro agobiada, todo lo contrario.

—Yo me siento igual —le comento con media sonrisa—. Puedo ver en la mirada de muchos hombres cómo te desean y a la misma vez me consideran un afortunado por tener a mi lado una mujer como tú.

—Podremos con esto, te lo aseguro —murmura sonriente y, para mi gran sorpresa, me besa.

—Creo que hemos superado la prueba, y con nota —le indico mientras continuamos bailando.

—Tendremos que esperar un poco más, a ver las opiniones de mañana y qué nos dice el tío Rodrigo.

—Me da igual todo. Yo me siento en la mismísima gloria porque ya no nos tengamos que esconder más. Te quiero para mí —murmuro en su oído y la beso antes de finalizar el baile.

Llegamos al hotel a altas horas de la noche, cansados. Hemos bailado y lo hemos pasado muy bien. Me ha gustado ver a Victoria tan integrada y tan relajada una vez que lo nuestro se ha hecho público. Tiene un gran don para relacionarse con la gente y hacer que todos la admiren y la amen. Me he sentido super orgulloso de ella hoy. Saber que soy la persona que ocupa su corazón es una sensación increíble.

—No hemos tenido noticias del tío Rodrigo —comenta Victoria cuando nos vamos a la cama.

—Eso es bueno, significa que todo va bien. Según lo planeado —le indico sonriente, apoderándome de sus labios y acariciando su cuerpo. He deseado tenerla así desnuda, solo para mí, toda la noche. He visto cómo otros hombres la miraban y la deseaban y la sensación no ha sido muy agradable.

A la mañana siguiente, mientras desayunamos mi tío Rodrigo nos hace una videoconferencia, ya está en España, y nos informa:

—Victoria Hungría, eres la mujer más buscada en estos momentos en las redes sociales, internet, prensa, radio y televisión. A estas horas ya he recibido ofertas millonarias que quizá quieras valorar cuando regreséis. Todo el mundo quiere saber más de ti y conocerte. Tu aparición junto a Nico ha cautivado a medio mundo. Te comparan con tu madre y dicen que, pese a no ser su hija biológica, has heredado su elegancia natural. Es el gran don que siempre le han destacado a Alba.

—Vaya... —murmura con temor.

—No la pongas nerviosa, tío. Dile que todo ha ido muy bien y listo. No la agobies —le echo la bronca—. Deja que se acostumbre a ser la mujer de mi vida de forma pública —comento

mientras le dedico una sonrisa.

—Está bien. Os dejo en paz durante tres días. Disfrutad de esas mini vacaciones que cuando regreséis tenemos trabajo —nos deja claro a ambos.

—Fin. Ahora y los tres días siguientes solo seremos tú y yo, y Roma —le digo a Victoria. No quiero que piense en nada más.

—Y los guardaespaldas y la prensa que nos sigan —añade.

—Ni nos vamos a enterar. Te aseguro que yo voy a acaparar toda tu atención.

50

Avril

Comenzamos el día de turismo por Roma. Salir a la calle con Victoria de la mano y comportarnos como una pareja normal se me hace increíble. Siento que soy libre. La emoción que experimento en el pecho es maravillosa. Nunca he sido tan feliz como en estos momentos en mi vida.

Nos siguen los guardaespaldas, no vamos a prescindir de la seguridad en ningún instante, y, pese a llevar varios reporteros detrás que nos hacen fotos, no nos molestan demasiado. Procuro distraer a Victoria para que no repare demasiado en ellos y no llegue a agobiarse.

—Es lo que quieren —murmuro mientras la beso y luego dirijo una mirada a los reporteros—. Vamos a dárselo y nos dejarán tranquilos. Cuando se acostumbren a vernos como a una pareja más careceremos de interés —le aseguro, convencido de ello.

He reservado para cenar en un lugar espectacular que me han recomendado, quiero sorprender a Victoria y que sea una noche especial. El lugar tiene unas vistas increíbles al Coliseo de noche.

—Un lugar de ensueño —murmura Victoria cuando nos sentamos en una mesa privilegiada por sus vistas.

—Quiero compartir tantas cosas contigo... Que veamos el mundo de la mano —le susurro en su oído mientras le ayudo a sentarse.

Pido una botella del mejor vino y le hago una foto a Victoria. Esta noche va vestida de negro y le sienta de maravilla. Tiene un brillo especial en su mirada y me siento como en una nube de felicidad cada vez que me mira y sonrío. Puedo ver que es feliz y no hay nada que me alegre más en este mundo.

Mi teléfono suena y estoy a punto de no cogerlo, pero veo que es mi tío y decido atender la llamada, puede ser importante. Y lo es. Me dice que Avril ha sufrido un accidente con un caballo y está en el hospital de Jerez, donde debe ser operada.

Mientras hablo con mi tío Victoria me mira seria, se percata de que algo grave sucede.

—¿Qué pasa?! —pregunta en cuanto cuelgo la llamada.

Pero no le contesto, he de hacer otra llamada importante antes de detenerme a contarle lo sucedido y tranquilizarla.

—Que el avión esté listo cuando antes —ordeno—. Ponemos rumbo al aeropuerto de Jerez en cuanto todo esté listo para despegar.

—¿Qué ha pasado?! —pregunta alarmada, tomándome una mano entre la suya y apretándomela.

—Avril —pronuncio con miedo—. Estaban en la finca de Jerez y se ha caído de un caballo. Se encuentra en el hospital —murmuro.

—Oh, dios. ¿Qué le ha sucedido? ¿Qué tiene? —pregunta descolocada.

Me levanto de la mesa y le extiendo mi mano a Victoria para marcharnos cuanto antes. Le indico al jefe de seguridad de los guardaespaldas que llevamos que uno de ellos vaya al hotel por nuestras cosas, nosotros iremos directos al aeropuerto para no perder tiempo.

Victoria no para de hacerme preguntas, pero yo tengo que dejar arreglada nuestra salida de Roma de inmediato. En el vuelo de camino a casa ya tendré tiempo de dedicarme a ella por completo.

Nos montamos en el avión de mi padre y despegamos de inmediato.

—Nico, dime cómo está mi hija —me implora.

—Va a estar bien —murmuro mientras la beso y la abrazo. No sé mucho más. Espero y deseo que esa pequeña se recupere. Desde que me enteré de su accidente llevo un puñal clavado en el pecho.

—¿Qué tiene? —pregunta llorando.

—La están atendiendo en el hospital. Se cayó del caballo y se hizo una herida profunda. No sé más. Te lo juro. —Ni mis padres ni mi tío me han dado más información. Siento una gran agonía en el pecho. Victoria se abraza a mí llorando y así pasamos el resto del viaje.

En cuanto entramos en el hospital mis padres y los mellizos nos reciben. Mi madre se abraza de inmediato a Victoria mientras yo le suplico a mi padre con la mirada que me diga la verdad.

—¿¿Dónde está? —pregunta Victoria con desesperación. Solo quiere ver a su hija. Yo también, pero ella tiene más derecho que yo. Es su madre.

—La van a operar —anuncia mi padre.

De repente, aparecen dos médicos y se dirigen directamente a Victoria, saben que es su madre. La única que puede decidir sobre la niña.

—Señora Hungría, su hija tuvo una aparatosa caída de un poni y este la arrastró unos metros. Se ha roto el brazo por dos zonas y ha sufrido un desgarró en el que ha perdido mucha sangre —le indica el doctor.

Tras escuchar esas palabras, siento el mismo dolor que debe de sentir Victoria, le ayudo a sentarse. Está muy pálida y nerviosa.

—Quiero ver las radiografías. Yo misma la operaré —dice de golpe, desesperada.

—Señora... No es conveniente que entre en un quirófano en su estado, mucho menos para una operación a su propia hija. Las emociones la pueden traicionar y la vida de la niña está en juego —le aconseja el médico más mayor—. Le aseguro que Avril está en buenas manos.

—Quiero verla —exige levantándome y paseándose por la sala, intranquila mientras se revuelve el pelo.

Estoy a su lado y le cojo de la mano, pero en esos momentos soy invisible para Victoria. Está sumida en su dolor.

—Queríamos hablar con usted porque tenemos un problema —anuncia el médico y esto la hace reaccionar. Se centra por completo en ellos—. No tenemos reserva de sangre en el hospital del tipo de su hija. Antes de proceder a operarla nos gustaría contar con la opción de que algún familiar con su misma sangre done sangre por si algo va mal y necesita una transfusión. ¿Tiene la misma sangre que su hija? —pregunta el médico—. No tenemos mucho tiempo.

Victoria se queda como paralizada, en silencio, mientras niega con un gesto de la cabeza y en sus ojos aparecen varias lágrimas.

—No tengo la misma sangre que mi hija —pronuncia abatida—. Pero su padre está aquí —dice de inmediato y yo la miro serio—. Nico tiene el mismo tipo de sangre que Avril —revela mientras que me mira con lágrimas en sus ojos.

Me quedo en silencio, procesando la información que acabo de recibir y dándole sentido a las palabras de Victoria. Ella me mira con culpabilidad reflejada en sus ojos. Yo la observo con los ojos muy abierto mientras en mi cabeza estalla una bomba y mi respiración se acelera más que cuando cruzo el campo de fútbol de lado a lado para meter un gol.

—¿¿Qué? —pregunto apenas sin voz.

—Tiene tu sangre —afirma—. Si no tiene la misma que yo... es obvio que tiene la tuya. Es tu hija —revela mientras llora—. Nuestra. Tienes que salvarle la vida —me ruega desesperada entre lágrimas.

Tras escuchar su confesión me quedo helado. Incapaz de decir nada. Es la noticia más impactante que podría recibir en mi vida. Miro a Victoria y comienzo a sentir varios sentimientos encontrados; rabia, decepción, alegría, felicidad, impotencia...

—Venga con nosotros, por favor —me apremian los médicos. Me he quedado en trance—. No hay tiempo que perder —me indican. Siento que mi padre me da un leve empujón en la espalda y comienzo a caminar detrás de los médicos, pero no dejo de mirar atrás, a Victoria, mientras le grito en silencio y le reprocho cómo ha podido ocultarme algo así durante todo este tiempo juntos.

Me llevan a una sala y me sacan sangre.

—¿Es toda la que necesitan? —pregunto cuando me indican que han acabado.

—Sí. Deberá permanecer aquí tumbado un poco —me recomiendan.

—¿Puedo ver a mi hija? —pregunto con un nudo en la garganta. Tras pronunciar la palabra hija una gran emoción me invade y hace que salten varias lágrimas de mis ojos.

—Podrá verla cuando termine la operación. Ahora descanse señor Hungría, y no intente levantarse. Le hemos sacado mucha sangre.

Cuando me quedo solo intento incorporarme, pero todo me da vueltas. Me acuesto de nuevo, cierro los ojos y comienzo a llorar. Tengo una hija con Victoria. Y ella me lo ha ocultado durante todo este tiempo. ¿De qué clase de persona estoy enamorado que ha sido capaz de ocultarme durante todos estos años a una hija? En estos momentos desconozco por completo a Victoria. Soy incapaz de verla como a la mujer que amaba sin límites hace escasamente una hora.

Finalmente, me quedo más tiempo del necesario tumbado donde estoy. Nadie me ha molestado y no tengo ganas de enfrentar a Victoria ni ninguno de mi familia. En esos momentos me paro a pensar si alguno de ellos sabría la verdad. De ser así no se los perdonaría.

De repente, un médico irrumpe en la sala donde me encuentro y anuncia:

—La operación ha sido un éxito. Su hija se encuentra perfectamente. Está en la sala de recuperación, si se encuentra con fuerzas puede ir a visitarla.

Estoy a punto de abrazar al médico por tan buenas noticias. Por supuesto que quiero ver a Avril, aunque llegue hasta ella a rastras. Me bajo de la camilla con agilidad y me encamino con el doctor a ver a mi hija. Conforme voy caminando y acercándome al lugar donde está Avril el corazón me late muy deprisa. Me colocan un gorro y una bata y entro a verla. Está sola, en su cama y tiene los ojos cerrados, aprecio desde la distancia.

—Permanecerá dormida un poco más. Puede estar a su lado hasta que se despierte —me indica el doctor antes de marcharse.

Cuando me acerco a la pequeña, la miro y rompo en lágrimas. Un dolor inmenso me atraviesa el pecho. Me inclino sobre ella y le doy un beso en la frente mientras murmuro:

—Eres mía. Te sentí tan cercana cuando te conocí... Fue tan grande el amor que nació de mí hacia ti en tan poco tiempo... No conseguía explicármelo. —Tomo su mano entre las mías y la llevo hasta mis labios. Me siento a su lado y le juro en silencio que nunca más me voy a separar de ella.

Es el momento más especial y maravilloso de mi vida, pese a que estoy roto por dentro. La noticia de que soy el padre de Avril es la mejor que he recibido, al mismo tiempo que la más dolorosa. Había escuchado hablar a mi padre del dolor que sintió cuando se enteró de mi existencia, pero ahora sé que nunca llegué ni siquiera a imaginármelo. Lo estoy viviendo en mis propias carnes. ¿Cómo es posible que Victoria haya permitido que la historia se volviese a repetir? La condeno mientras miro a mi hija, indefensa en esa cama y juro que no le perdonaré que me haya ocultado algo tan grande.

De repente, Victoria irrumpe en el lugar donde me encuentro con Avril. Estoy sentado al lado de mi hija y no me muevo de ahí cuando ella llega.

Victoria me mira en silencio. Tiene los ojos llorosos y en sus ojos puedo leer el dolor que siente. Quizás ella espere que comiencen los reproches, pero no es el lugar ni el momento. Me quedo en silencio y continúo mirándola. Ella se acerca a Avril por el otro lado de la cama y le da un beso mientras observo a una mujer rota por completo y no puedo dejar de sentir compasión por ella pese a lo roto que yo también me encuentro.

—Todo ha ido salido estupendamente. Se va a poner bien —murmuro. En estos momentos solo importa Avril.

—Gracias —murmura con lágrimas en sus ojos. Leo en ellos la culpabilidad y el dolor, siento que quiere decir algo.

—Ya hablaremos. No es el momento —le indico mientras me levanto y le ofrezco mi asiento. No tiene buen aspecto. Está muy pálida—. Voy a comer algo. Cuida de ella —le digo antes de abandonar la habitación.

En estos momentos no puedo estar cerca de Victoria por más que quiera. Lo primero es mi hija y que esté bien, pero es demasiado grande el esfuerzo que tengo que realizar para mantener el tipo y no exigirle a Victoria todas las explicaciones que necesito.

De camino a la cafetería del hospital me encuentro con mi familia. Mi madre, mi padre y mis hermanos vienen hacia mí y se interesan por cómo me encuentro.

—Estoy bien. Quiero estar solo —les indico de inmediato.

—Nico, hijo... —comienza a decir mi madre.

—Hermano... —murmuran Jorge y Damián.

Todos me miran apenados, sin saber qué decirme.

De repente, mi padre me toma por el brazo y me anima a caminar a su lado mientras les indica los demás:

—Dejadme a solas con Nico. Si hay alguien que lo entiendo en estos momentos ese soy yo.

Miro a mi padre y no puedo evitar abrazarme a él, llorando, roto de dolor.

—Dime cómo se cura este inmenso dolor que siento —le suplico.

—El amor y el perdón son la fórmula mágica —murmura mientras lo miro desconcertado, como si estuviese loco—. Ya lo comprobarás por ti mismo, hijo.

Camino con él hasta la cafetería y nos sentamos juntos en una mesa alejada. Mi padre es el encargado de traer la comida mientras que yo me retuerzo las manos y le doy vueltas a mi cabeza.

—¿Tú lo sabías? —Es lo primero que le espeto a mi padre cuando llega con un bocadillo y un par de refrescos.

—No —niega tajante—. Todos nos hemos enterado a la misma vez que tú que Avril es hija tuya y de Victoria.

Lo miro y lo creo. Sé que mi padre nunca me hubiese ocultado algo tan grave.

—¿Cómo pudo hacer algo así?! —escupo con rabia las palabras mientras aprieto en mi puño una servilleta.

—Victoria tampoco está bien —murmura mi padre.

—Me da igual —le espeto sin piedad—. Ella ha estado al lado de nuestra hija todos estos años.

—Lo vuestro ha sido algo complicado, hijo —trata de justificar.

—¿Fuiste tan comprensivo con mamá cuando te enteraste de mi existencia? —le reprocho.

Mi padre cierra los ojos, suspira y se toma unos segundos.

—Entiendo cómo te sientes —murmura mi padre.

—No. No tienes ni idea —le espeto—. Victoria ha convivido conmigo, su hija me ha llamado papá y no ha sido capaz de revelarme la verdad. ¿Qué clase de mujer hace algo así?

—Creo que debes de hablar con ella para poder entender sus razones —me aconseja.

—¿Tú entendiste las de mamá? —contraataco.

—Con el tiempo sí. —Muevo la cabeza sin lograr entenderlo—. Ahora sientes un gran dolor, pero este pasará y te aseguro que ganará el amor.

—¿Y cómo se recuperan los años perdidos? —le pregunto con un gran dolor—. Me he perdido tanto de mi hija... Y lo peor de todo es pensar que de no haber sucedido esto si Victoria me lo hubiese dicho alguna vez.

Mi padre suspira y me da un abrazo. Sé que me comprende, pero también sé que su corazón está dividido. Victoria es su hija también.

—Solo te voy a decir que estoy feliz porque Avril es mi nieta. Hija de mi hijo. Lleva mi sangre y no puedo estar más orgulloso. Si ya la quería desde que llegó a la vida de tu hermana, en estos momentos exploto de emoción.

—Mis sentimientos son encontrados. La felicidad y la tristeza ganan a partes iguales. Estoy feliz de tener una hija y que sea Avril, pero al mismo tiempo siento una enorme tristeza y decepción porque Victoria me lo haya ocultado. Siento que todo entre ella y yo se ha roto.

—Vuestro amor es fuerte, lo superaréis —augura. Yo lo miro y lo pongo en duda.

El teléfono de mi padre suena y es mi madre, nos informa que Avril ya va a ser trasladada a su habitación.

Vamos hasta allí, quiero estar a su lado cuando despierte.

Cuando mi hija entra en la habitación acompañada de su madre, sus tíos, sus abuelos y yo la esperamos. Todos la saludan y yo espero el último. Me abrazo a ella y la beso emocionado, llorando. El resto de la familia también llora en silencio, pero el momento es interrumpido por una enfermera que nos indica de forma educada que no puede haber tanta gente en la habitación.

—Mami, no te vayas —dice Avril de inmediato aferrándose a la mano de su madre. En ese preciso instante siento como una puñalada en el corazón porque mi hija no me lo pida a mí también.

—No te dejaré sola, mi amor —dice Victoria.

—Mi madre es médica —le dice mi hija a la enfermera.

—Ah, entonces puede quedarse, quién mejor que ella para cuidar de ti —responde la enfermera—. Los padres podéis permanecer a su lado —dice antes de marcharse.

Victoria y yo nos miramos en silencio. No me pienso marchar.

Mis padres y mis hermanos salen de la habitación tras despedirse de Avril.

—Los padres nos podemos quedar —murmuro cuando Victoria ve que todos se van y yo me quedo tras cerrar la puerta.

—Papá —dice Avril.

Cuando escucho que mi hija me llama así siento una alegría tan grande que creo que el pecho me va a explotar. Aparto las lágrimas de mis ojos y la miro bien.

—Me encanta que me llames así. Nunca dejes de hacerlo, mi amor. —Abrazo a mi hija junto a mi pecho mientras siento una alegría enorme y lloro a la misma vez.

Tengo una hija y es lo más grande que me ha sucedido en esta vida. Ahora sé lo que es el amor incondicional. Daría mi vida por ella y todo lo que tengo sin pensarlo dos veces.

51

Frente a frente

Cuando mi hija se queda dormida son casi las cinco de la madrugada. Victoria y yo no nos movemos de a su lado. No hemos tenido ocasión de hablar entre nosotros, tan solo nos hemos dirigido miradas cargadas de reproches.

Cuando observo que Avril lleva varios minutos de sueño profundo decido que ha llegado el momento de plantarme frente a frente con Victoria y hablar de verdad.

—¿No crees que tenemos mucho de qué hablar? —pregunto en tono distante.

—Comienza con los reproches cuando consideres oportuno —murmura con desgana, sin levantarse del sillón que ocupa.

—¡Cómo pudiste ocultármelo! —estallo sin poder controlarme, mientras me paseo intranquilo por la habitación bajo la atenta mirada de Victoria.

—Creo que olvidas que te fuiste —murmura en tono de reproche—. Decidiste que nouviésemos nada más después de aquella última noche juntos —me recuerda con cierto tono acusatorio.

—Una hija en común es un asunto lo suficientemente serio como para que hubieses reclamado mi atención —escupo entre dientes mientras cierro los puños con fuerza.

—Éramos muy jóvenes. No supe cómo actuar. Me asusté —justifica.

—Te has convertido en una maestra del engaño —le reprocho con desprecio—. Armaste todo un circo con la adopción de Avril, el cual todos creímos como estúpidos.

—Lo siento. A día de hoy me arrepiento de cómo actué. La situación se me fue de las manos —reconoce con culpa.

—¿De verdad? —pregunto sin creerla—. No sé cómo calificarte, Victoria. Estaba dispuesto a admitir públicamente que Avril era mi hija biológica para protegerla, y resulta que todos los argumentos de la prensa eran ciertos. Era mi hija. ¿No te entraba nada por el cuerpo? ¿No pensabas decírmelo nunca? Puedo llegar a entender que la tuvieses sin decirme nada, pero ¿y todo este tiempo? Desde que estamos juntos y decidimos formar una familia. —Es lo que no le puedo perdonar.

—Pensaba decírtelo, pero no lograba encontrar el momento adecuado. Estábamos tan bien... Había soñado durante tantos años lo que teníamos que me daba miedo que todo...

No puede hablar más. Se echa a llorar de forma incontrolada, pero yo soy incapaz de brindarle apoyo. No puedo en estos momentos.

—Me has privado de saber que era mi hija y disfrutar de mi faceta de padre, y no solo a mí, sino a nuestra hija. Espero que seas consciente del daño que nos has hecho —le reprocho con dolor.

—Lo siento —murmura.

—¡No me digas que lo sientes! —estallo—. Has sido consciente de una situación. Has convivido con ella y has sido tan egoísta como para no decir nada y continuar con una gran mentira —le recuerdo.

—Te juro que te lo iba a decir. La noche de la bomba en el hotel intenté decírtelo y luego, recuerda que te dije que antes de que hicieses el comunicado admitiendo que Avril era tu hija ante la prensa quería estar contigo. Te lo iba a contar —dice desesperada.

—No esperaba esto de ti —murmuro sintiendo cierto desprecio—. Lo viví de pequeño, conocí

a mi padre con dos años porque mi madre no le dijo nada de mí, y tú has hecho lo mismo conmigo. ¡Me has ocultado a una hija durante cuatro años! —Estoy muy enfadado y tengo que controlar el tono de mi voz para no despertar a Avril.

—Puedes llegar a comprenderme si me comparas con mamá —me suplica a modo de que la entienda.

—Estabas dentro de mi familia, cerca de mí. Tu situación no era como la de mamá. Tenías su referencia, ¿cuántas veces la hemos escuchado lamentar que se equivocó? No has aprendido nada —le reprocho.

—Al parecer tienes que cometer tus propios errores para aprender de ellos. ¿Acaso tú eres perfecto? —me ataca con rabia.

—No lo soy, pero yo jamás te hubiese ocultado una verdad tan grande y tan importante. No voy a separarme de mi hija nunca más —le dejo bien claro.

Me siento en el otro sillón de la habitación, cerca de mi hija y trato de calmarme. Me queda claro que nunca entenderé a Victoria ni ella a mí.

52

Bosco Hungría

De camino a casa, con mis hijos en el coche, Alba y yo permanecemos callados. Jorge y Damián no dicen nada. Cuando llegamos a la finca todos nos quedamos en el salón sin saber qué decir ni qué hacer.

Yo me sirvo una copa, la necesito y le pregunto a mis hijos si quieren otra. Jorge y Damián asienten.

Me siento en el sofá bajo la atenta mirada de mi mujer, suspiro y cierro los ojos. Alba se acerca a mí y dice:

—Un día difícil.

—Mucho —murmuro.

—Yo he pensado que me iba a explotar el corazón —revela Jorge—. Avril es nuestra sobrina de verdad. ¿Nunca nadie vimos el parecido? Porque ahora que lo sé pienso que todos fuimos idiotas. Avril es igual a su padre.

—Tienes razón —murmura Damián llevándose el vaso de licor a los labios.

—No sé vosotros, pero yo en estos momentos soy un abuelo muy feliz —revelo alzando mi vaso.

Jorge y Damián asienten y brindan conmigo.

—Yo siempre creí a Victoria. Jamás cuestioné la adopción. Es cierto que veía en Avril ciertos parecidos con la familia, pero nunca hubiese imaginado esto —revela Alba.

—Nunca había visto a mi hermano tan mal —murmura Damián.

—Los quiero mucho a los dos, pero estoy con Nico. Victoria debió de decírselo —comenta Jorge—. Me pongo en el lugar de mi hermano y...

—No juzguéis a vuestra hermana. —Lo corta Alba—. Yo mejor que nadie puedo llegar a entenderla. Ya nada ganamos con recriminar lo que hubiese podido ser, hay que afrontar la realidad y tratar de superar el pasado.

—Nico y Victoria lo están pasando mal, ambos —indico a mis hijos. No quiero que le den la espalda a su hermana.

—¿Creéis que Nico la perdone? —pregunta Damián.

—Lo espero. Tal y como yo lo hice con tu madre, porque el amor y la familia es mucho más grande que todo —respondo.

—Hay que estar con ellos y apoyarlos. E intentar que vuelvan a estar bien —pide Alba.

—Sabes que eso será imposible en un tiempo. Nico tiene que curar su dolor y darse cuenta de que solo el perdón le dará la paz y la felicidad que necesita, como hice yo.

—Habla con él —me ruega mi mujer.

—Ya lo hice, pero sabes que tu hijo no lleva bien lo de dejarse guiar. Le gusta ir por libre —le recuerdo con una sonrisa.

—A quién habrá salido —murmura dirigiéndome una mirada sonriente.

—Yo solo sé en estos momentos que Avril está fuera de peligro y soy un abuelo feliz —murmuro abrazando a mi mujer—. Y estoy seguro de que, que tarde o temprano, Victoria y Nico estarán así para siempre. —Beso a mi mujer delante de mis hijos.

—¡Papá! —protestan los mellizos a la vez cuando ven que profundizo el beso a su madre y la

abrazo.

—Id a buscar a alguien como ella. No os conforméis con menos —les aconsejo a ambos—. Nico ya la ha encontrado y no sabéis que la verdadera felicidad de un hombre se la proporciona una mujer, y no hablo de la cama —les especifico.

Alba me da un codazo y mis hijos salen corriendo. Yo beso de nuevo a mi mujer y una vez más siento que soy un hombre muy afortunado.

53

Mi hija

La voz de mi hija nos despierta llamándonos.

—¿Estás bien, mi vida? —pregunta de inmediato Victoria.

Yo me acerco a Avril y la miro con atención.

—Tengo hambre —dice la niña.

—¿No te duele nada? —le pregunta Victoria.

—No. Quiero comer. Y ya es de día. Quiero leche con galletas —pide con ganas.

—¿Puede comer? —le pregunto a Victoria, dispuesto a darle a mi hija todo lo que quiera.

—Sí, claro —responde.

—Voy por lo que quieras, mi niña. —Me despido de mi hija con un beso y voy a buscar algo de comida. Lo que sea para hacerla feliz.

Vuelvo a la habitación cuando ya he conseguido todo para Avril. Una bandeja con leche, zumo, galletas, magdalenas y tostada.

—Lo mejor para mi princesa —anuncio al entrar en la habitación—. ¿Qué quieres? —le pregunto a mi hija, para que escoja de entre todo lo que le llevo.

—Qué rico. Todo. Yo soy feliz cuando como y me dais regalitos. —Al escuchar a Avril Victoria y yo estallamos en carcajadas.

—Tendrás muchos regalos cuando regreses a casa —le prometo a mi hija—. Te debo muchos, mi vida —murmuro mientras hago memoria de todos los acontecimientos importantes de su vida en los que he faltado.

Miro a Victoria, reprochándole haberme perdido tanto de mi hija, pero ella no dice nada. Se levanta y se pasea por la habitación.

—¿Cuándo nos vamos a casa? —pregunta Avril.

—Si todo va bien, mañana —dice Victoria.

—Me tienes que comprar los regalitos —me recuerda mi hija—. Y que sean juguetes —especifica.

Nuevamente su madre y yo estallamos en carcajadas.

—A sus órdenes, mi capitana. Los compraré hoy mismo para cuando llegues a casa estén allí —le indico. Me quedo mirándola y la veo tan igual a mí...—: No sé cómo no me di cuenta de todo antes. Estuve muy ciego. Es más que evidente que es tuya y mía —murmuro con la mirada clavada en Victoria. Pero ninguno de los dos decimos nada más.

De repente, mis padres irrumpen en la habitación. Llegan con globos y regalos. Cuando Avril los ve se pone muy contenta.

—Ya estoy mejor, abuelitos —anuncia cuando ve las muñecas que les han traído. Se pone a jugar con ellas en la cama mientras se hace un incómodo silencio entre los cuatro.

—¿Un café, papá? —le propongo.

Asiente y ambos salimos de la habitación en silencio.

Vamos a la cafetería y mientras nos tomamos un café bien cargado me pregunta:

—¿Qué tal con Victoria? Os he visto un poco tensos.

—Es complicado —murmuro.

—Si necesitáis tiempo juntos a solas... Tu madre y yo podemos cuidar de Avril —me sugiere.

—En estos momentos solo quiero estar al lado de mi hija.

—¿Cuáles son tus planes con Victoria? —se atreve a preguntar, con miedo.

—En estos momentos solo puedo pensar en mi hija. Mientras menos me centre en Victoria mejor, menos resentimiento tendré hacia ella.

—Hola, mi amor —irrumpe mi madre de golpe—. ¿Me dejarías a solas con Nico, cariño? —le pide a mi padre.

—Bien —murmura levantándose de la silla para dejarnos a solas—. Voy con mi nieta —dice despidiéndose.

Entre mi madre y yo se hace un silencio. Ella me mira con atención, tratando de leer en mis ojos cómo me siento.

—¿Quieres algo? —le pregunto.

—Un zumo de naranja —dice.

Levanto la mano y se lo pido al camarero. Mientras trae la bebida murmuro:

—La historia se ha vuelto a repetir. Al parecer Victoria no aprendió nada de todo lo que siempre te lamentaste —comento con ironía.

—Tienes mucho resentimiento dentro en estos momentos, mi vida —dice mi madre.

—¿No crees que es normal? —contraataco.

—Tienes que ponerte en la situación de Victoria —me aconseja mi madre.

—Lo he hecho. Te juro que entiendo que no me dijese nada hasta que volvió de nuevo a Madrid, pero luego... Dejé a mi prometida plantada en el altar, le confesé que la amaba, nos fuimos a vivir juntos, Avril empezó a llamarme papá y hasta decidí reconocerla como hija y aun así, no fue capaz de contarme la verdad. No puedo perdonarle eso. Todo el tiempo que estuvimos juntos, felices con Avril, y ella me lo ocultó.

—Victoria está mal —murmura mi madre.

—Te aseguro que yo estoy peor. Mamá, tengo una hija. —Y me derrumbo llorando frente a ella. Siento que ya no puedo más.

—Nico, mi amor. —Mi madre me abraza y yo lo hago a ella como un niño asustado mientras me consuela en silencio.

—Es una sensación tan extraña la que siento... Estoy feliz de que Avril sea mía, pero me embarga una tristeza tan grande por no haber disfrutado de ella en todo este tiempo... No puedo perdonar a Victoria —murmuro con rencor.

—Sé comprensivo con ella, y déjate guiar por el amor que siempre has sentido por Victoria.

—No me pidas eso en estos momentos —le ruego.

—Piensa en Avril y en ti. Si intentas castigar a Victoria alejándola de tu lado solo lo estarás haciendo contigo mismo y con tu hija.

—En estos momentos no puedo pensar en un perdón. Entiendo que tú estés de parte de Victoria. No te preocupes.

—No te confundas, mi vida. Os comprendo a los dos mejor que nadie, pero si te aconsejo que no te ofusques en el rencor y perdones a Victoria es porque sé que es lo único que te hará feliz.

—Gracias por tus consejos, mamá.

Luego me marchó a la finca y me doy una ducha. Cuando regreso al hospital son diez de la noche. He pasado por un buen restaurante y llevo la cena para Victoria y para mí. Me preocupa que no haya comido bien en todo el día.

Voy hasta mi pequeña, le doy un beso y luego le digo a Victoria:

—Seguro que no has cenado. Espero que te guste —le indico mientras saco la comida.

—¿Para mí no hay? —pregunta Avril.

—Tú ya has cenado, cariño —le recuerda su madre.

—Pero tengo más hambre —responde algo enfadada.

—Bueno, creo que podremos compartir algo contigo —le propongo con paciencia.

Tras comernos todo lo que he traído y Avril quedarse dormida, Victoria me informa:

—Mañana le dan el alta a Avril. Si quieres ella y yo podemos irnos a casa de papá y mamá — propone con miedo.

—No —niego en rotundo en cuanto la escucho—. No quiero estar alejado de mi hija —le dejo claro—. Tú y yo... será difícil. Ya veremos cómo lo hacemos, pero por ahora podemos compartir casa —le propongo.

Me mira seria, no se esperaba mi propuesta. Se queda en silencio, lo medita y finalmente asiente.

La noto cansada y triste, me dan ganas de abrazarla y sentirla cerca, pero me resisto. Suspiro, comienzo a poner bien el sillón y me dispongo a dormir. Ambos pasamos la noche al lado de nuestra hija. No pego ojo en toda la noche, miro a las dos mujeres que ocupan mi corazón y me debato en cómo llevar todo lo que siento.

Sentimientos encontrados

La situación entre Victoria y yo sigue tensa. Cuando tenemos el alta médica de nuestra hija nos marchamos a casa. No hemos hablado más, por ahora seguiremos en el mismo hogar que hemos compartido hasta el momento por el bien de Avril. Mi hija está convaleciente y esperaremos a su recuperación para ver cómo solucionamos todo.

Victoria y Avril se encuentran con una gran sorpresa cuando entramos en casa. He preparado una calurosa bienvenida a mi hija. Toda la familia está ahí reunida y nos sorprende.

Observo a Victoria y me dedica una mirada cálida en la que me agradece el recibimiento que he organizado a nuestra hija.

Avril es feliz con tanta gente a su alrededor y yo disfruto verla tan contenta. Se me hincha el corazón de alegría y orgullo al observar a mi hija.

Durante las más de dos horas que estamos rodeados de nuestra familia Victoria y yo no nos intercambiamos ni una sola palabra.

Mientras despido a todos, Victoria sube con la niña para acostarla.

Una vez a solas, decido ponerme a recoger un poco el salón. Cuando me doy la vuelta me encuentro con Victoria, ha bajado de nuevo. No la esperaba.

—Gracias por este recibimiento. Ha hecho muy feliz a Avril —me agradece mientras comienza a recoger cosas a mi lado.

—Mi hija se lo merece todo. Y pienso dárselo —murmuro algo seco, sin mirarla a los ojos.

—Creo que tenemos una conversación pendiente. Estamos solos —dice Victoria—. Avril no está cerca. Puedes decirme todo lo que lles por dentro. Creo que cuanto antes lo sueltes menos veneno tendrás dentro —me anima con valentía, enfrentándome.

—Lo que llevo por dentro es una gran decepción. Y te juro que no te culpo tanto por no decirme que Avril era mi hija cuando quedaste embarazada y nació como por todo este tiempo que la he tenido a mi lado y tú nos has visto a ambos juntos y no has sido capaz de contarme la verdad. No sé quién eres —murmuro sintiendo una gran decepción.

—Para mí no ha sido fácil —revela con lágrimas en los ojos.

—Tenías una posición más ventajosa que la mía —le reprocho con rencor—. Avril y yo hemos perdido mucho por tu culpa.

—No seas tan duro —me ruega mirándome con lágrimas en los ojos, pero no logran ablandarme.

—Tú has sido dura, y despiadada —le recuerdo mientras la miro de arriba abajo.

—Entiendo tu dolor, Nico —murmura llorando, puedo sentirla arrepentida, pero no me sirve ya de nada.

—No podré volver a confiar en ti —le reprocho con dolor. Siento que se ha cargado lo que teníamos. Ella se dirige hacia mí—. No me toques, Victoria —le pido cuando siento que me va a tocar.

—Nico... mi amor... —Solloza.

—Lo nuestro ha terminado —suelto de golpe. Ni siquiera lo he pensado, pero en estos momentos no la puedo tener cerca y verla como antes.

—¿Qué?! —pregunta con los ojos muy abiertos.

—¿Qué esperabas!? —alzo la voz mientras me paseo por el salón intranquilo.

—Yo te amo —confiesa.

—El amor se basa en la confianza, y yo te la he perdido por completo —le dejo claro.

Victoria toma asiento y me mira como si no me reconociese. Nos quedamos en silencio varios segundos y luego ella dice:

—Mañana mismo me iré a casa de papá y de mamá con Avril.

—De eso nada. No me vas a separar de mi hija. —La miro de forma severa y le dejo claro que no voy a permitir estar alejado de Avril.

—¿Y qué quieres? —pregunta descolocada.

—Que establezcamos los términos de una nueva convivencia entre nosotros, al menos hasta que Avril se recupere del todo. Luego ya veremos con quién de los dos se queda la niña —le propongo.

Me mira en silencio y siento la decepción en sus ojos.

—Avril dormirá conmigo en nuestra habitación. Espero que te parezca bien —murmura antes de marcharse.

—Eres médica, la persona más indicada para estar al lado de Avril en estos momentos. Por nada del mundo la pondría en riesgo. No soy tan egoísta.

Me quedo solo en el salón y me siento de golpe como si todo mi cuerpo pesase demasiado. Me llevo las manos a la cabeza, me la masajeo con fuerza y comienzo a llorar. Una serie de sentimientos encontrados me abruma. No he dejado de amar a Victoria, pero no puedo verla como antes. Me ha mentido de una forma deliberada y me duele tanto que prefiero tenerla lejos para no hierla con mis reproches ni mis desplantes. He tenido que contenerme muchísimo para no gritarle y reclamarle tantas cosas... Estoy de acuerdo de que lo nuestro nunca fue fácil, yo fui quién me alejé y no volvió a saber más de mí, pero el asunto de una hija en común era muy grande como para ocultarlo. Una gran duda me asola, ¿me hubiese dicho alguna vez la verdad?

El gran momento

Las siguientes veinticuatro horas Victoria y yo permanecemos al lado de nuestra hija sin salir de casa, nos dedicamos a cuidarla. Son los días que habíamos reservado para pasar juntos en Roma.

La situación entre ambos es tensa. Solo nos hablamos cuando Avril está delante y nos comportamos como siempre con ella, pero cuando la niña no está con nosotros nos evitamos, más bien yo esquivo a Victoria. Creo que es mejor tenerla lejos ya que la única conversación que veo posible entre ambos en estos instantes son reproches.

—Cuando tú lo decida podemos decirle a Avril que eres su verdadero padre. —Tras dormirse mi hija, Victoria vuelve a la cocina y me mira de frente. Es la primera conversación seria que comenzamos con respecto a ello.

La miro con gesto distante, suspiro, suelto el vaso de leche que tengo en la mano y me siento en un taburete bajo su atenta mirada.

—¿Alguna vez le has dicho que ella sea adoptada? —pregunto, pensativo. No sé qué sabe mi hija de sus orígenes, es muy pequeña, pero ignoro qué le haya contado su madre.

—No —murmura.

—¿Y cómo le decimos que no soy su tío, al que ella ha decidido decirle papá por voluntad propia? —pregunto con cierto tono de enfado. Quizá pretenda que haga magia.

—Lo dejo en tus manos —comenta con tranquilidad y eso me enfurece.

—Tú la cagas y el marrón gordo para mí —le reprocho enfadado.

—¿Quieres que se lo diga yo? —pregunta de golpe.

—Ni siquiera me lo tenías que haber preguntado. —Es algo que llevo esperando dos días. No duermo solo pensando en cómo se enterará mi hija de la verdad. No puedo llegar y decirle: tu madre nos engañó a ambos, somos padre e hija.

—Perdona... Pensé que sería un momento tan importante y bonito que te pertenecía en exclusiva. No quise que me acusaras de robarte nada más —se disculpa de inmediato y puedo sentir la culpabilidad que siente.

Estoy a punto de acercarme a ella y abrazarla, pero finalmente me alejo, voy hasta el fregadero y tiro el resto del vaso de leche.

—Podríamos decírselo entre los dos —propongo. No voy a admitir que me muero de miedo de decírselo solo y no sé cómo hacerlo.

—Está bien —accede de buen grado.

—Y podrías empezar tú. A veces se me escapa cómo tratar a una niña de cuatro años —murmuro en una especie de súplica—. Lo que menos deseo es causarle algún mal a mi hija.

—Bien. Lo haremos mañana, ¿te parece? —me indica dedicándome una medio sonrisa.

—Gracias.

—Sé que lo he hecho todo muy mal, pero es mi intención remediar, en la medida de lo posible, mis errores del pasado —se disculpa.

Soy consciente de que trata de que la perdone y está arrepentida, pero yo estoy tan herido que no puedo ver más allá del dolor que siento.

Me marchó bajo su atenta mirada y llego a mi habitación sintiendo que tengo el corazón roto en mil pedazos.

A la mañana siguiente desayunamos de los tres juntos en la cocina mientras llueve con intensidad fuera, hace un día negro y gris, muy frío, de finales de noviembre, Victoria me mira y luego a Avril. Cierta miedo se instala en mi pecho porque sé que ha llegado el momento y no sé si estoy preparado para ello. Nunca he estado tan aterrado.

Victoria le dice a nuestra hija:

—Cariño, vamos al salón. Queremos, quiero —rectifica mirándome— contarte una historia. —Yo asiento con un nudo en la garganta.

—¿Es de príncipes y princesas? —pregunta con entusiasmo Avril.

—Te gustará. Estoy seguro —le indico con una sonrisa a mi hija—. ¿Sabes por qué? Porque la protagonista eres tú. —Le adelanto. Miro a Victoria y ella me sonrío. Siento que en esos momentos estamos muy sincronizados y unidos.

—¿Yo? —pregunta Avril con sorpresa.

Nos sentamos en el sofá del salón mientras que una impaciente Avril increpa a su madre para que comience con la historia.

—Verás, cariño. Cuando mamá era más pequeña y Nico asistimos a un baile de príncipes y princesas y nos enamoramos. Pero luego llegó una bruja mala que hizo que nos separásemos. Pero tú ya estabas aquí —Le indica su vientre—. Mamá tenía mucho trabajo y estuvimos lejos y, por mi culpa, —le deja claro y es algo que me emociona— no pudiste estar todos estos años con tu papá. Como bien sabes, el tío y yo no somos hermanos. Él es tu papá de verdad, mi vida —le revela con lágrimas en los ojos mientras que Avril la mira en silencio y le presta atención.

—¿Y bailasteis juntos? —pregunta del golpe con entusiasmo.

Victoria suelta una carcajada. No se esperaba esa reacción de Avril. La niña me mira a mí y le respondo:

—Sí, y fue un baile precioso. Tanto, que naciste de él. —Clavo la mirada en los ojos de Victoria y ella no puede evitar que le salten dos lágrimas.

—¡Eres mi papá! —grita Avril muy contenta—. Me gusta mucho que seas mi papá —Se abraza a mí—. ¿Lo vas a ser para siempre? —pregunta con inocencia.

—Hasta el fin de mis días —murmuro con emoción—. Nunca me voy a separar de ti. ¿Puedo llamarte hija?

—Claro, si eres mi padre —me responde Avril con tono mandón.

Abrazo a mi hija y la beso bajo la atenta mirada de su madre, emocionado. De repente, mi pequeña incluye a su madre en el abrazo y murmura mirándonos a ambos:

—Mis papás. Os quiero mucho. —Y justo en ese instante siento que es el momento más feliz de mi vida.

Los siguientes días mi hija no se despegaba de mí. Incluso ha preferido dormir conmigo en vez de con su madre. He jugado durante horas con ella a las muñecas, he visto mil películas de princesas y he dejado hasta que me disfrace y me pinte la cara y las uñas, pero no quiero perderme nada de lo que me pide. En estos momentos solo quiero estar con ella. Sentirla cerca y recuperar el tiempo perdido. Soy consciente de que Victoria nos observa desde lejos. Si Avril no le pide que se una a nosotros yo no lo hago, quiero a mi hija en exclusividad para mí. Quizá sea un egoísta, pero en estos momentos no puedo ser de otra manera.

Victoria ha intentado acercarse a mí, pero me he alejado de ella y no ha insistido. Creo que me da tiempo y se lo agradezco.

Esta mañana me he levantado temprano y he ido a comprar un árbol de navidad y mil adornos. Todo lo que he encontrado en la tienda. Después de desayunar le he dicho a mi hija que lo íbamos a colocar y ha sido la niña más feliz del mundo.

El árbol lo hemos puesto entre Avril y yo mientras Victoria trabajaba, cuando ella ha llegado he sentido en su cara un poco de decepción por no haberla esperado, pero no se ha quejado ni ha dicho nada, todo lo contrario, ha halagado el árbol y cómo hemos decorado el salón entre Avril y yo.

Faltan dos días para Navidad y, por expreso deseo de mis padres, y mucha insistencia de mi madre, la vamos a celebrar toda la familia junta en la finca de Jerez. Avril ya está recuperada por completo y creemos que le hará bien que vuelva a relacionarse con los caballos para que no le coja miedo a raíz de lo que le pasó.

Entre Victoria y yo no ha habido ningún acercamiento en todo este tiempo, en mayor parte porque yo no lo he permitido. He estado muy frío y distante con ella, pero es lo que sentía y aún siento. Por mucho que trato de que pase el dolor de lo que me hizo este no desaparece.

Me encuentro en el despacho de mi padre cuando de repente entra Victoria. Por su cara de sorpresa al verme no me esperaba ahí, pero no se marcha. Entra, cierra la puerta y se dirige hacia mí.

—¿Vamos a seguir así? —me pregunta enfrentándose—. Es Navidad, estamos toda la familia juntos y nosotros... ¿No puedes perdonarme y que seamos felices con nuestra hija? —me suplica mientras que puedo ver la emoción que siente.

—Victoria... En estos momentos de mi vida me siento muy perdido —confieso con el corazón en la mano. No es mi intención hacerle daño—. Solo quiero dedicarme a mi carrera y a mi hija. Necesito que mi corazón sane. Volverte a ver como la mujer a la que amaba y no como a la que me mintió deliberadamente.

Tras escuchar mis palabras me mira en silencio, con los ojos muy abiertos y vidriosos. No quiero hacerle daño, pero no puedo darle lo que me pide.

—¿Qué me estás diciendo? —murmura con voz queda—. ¿Qué hagamos vidas separadas? —pregunta mirándome fijamente.

Suspiro, la miro en silencio por unos segundos y luego asiento. Ella me mira con horror.

—Me ocultaste una verdad demasiado grande —murmuro con dolor.

—Bien. Buscaré un sitio para vivir con mi hija —dice de golpe, con la cabeza alta y tratando de no llorar frente a mí—. O me iré a casa de papá y mamá hasta que encuentre algo —propone.

—No quiero separarme de Avril —le dejo claro.

—¿Qué pretendes, que me vaya de casa yo sola? —pregunta alzando la voz, con nerviosismo—. Avril estará con su madre.

—Y con su padre —le aclaro—. Si la casa en la que vivimos te parece pequeña para compartir nuestro espacio compraré una mayor. Ambos podemos vivir con ella, que la niña no note la ausencia de ninguno de sus padres —le propongo.

Lo medita en silencio y yo espero su respuesta.

—Me parece bien —murmura—. La casa en la que estamos es grande. No quiero que Avril se enfrente a más cambios —accede.

—Está bien. Haremos vidas separadas, y ninguno tendrá derecho a exigirle ni a reprocharle nada al otro —le dejo claro que nosotros no tendremos relación alguna. Victoria solo será la

madre de mi hija.

—¿Qué?! —pregunta muy sorprendida, pero creo que ve reflejado en mi cara que no voy a cambiar de parecer—. Si así lo quieres... —murmura con rabia. Se da media vuelta y sale del despacho con un sonoro golpe de la puerta.

Por mi hija intento que sean unas navidades en familia y las disfrute con todos los que la queremos alrededor, pero me siento muy incómodo con Victoria cerca. Siento que todos la apoyan a ella y me condenan a mí por no ser capaz de perdonarla. ¿Pero cómo lo hago si la miro y la decepción me embarga y no puedo verla como lo hacía antes? Mi padre dice que pasará, pero yo lo dudo y es algo que duele. La deseo y la odio a partes iguales, pero en estos momentos considero que un distanciamiento de ella es lo mejor.

Cuatro meses después

En estos meses me he dedicado a mi carrera profesional y a mi hija. Mi padre me dice que nunca me ha visto tan centrado. Apenas salgo, marco goles en todos los partidos y todo mi tiempo libre lo paso con mi hija.

Pese a convivir en la misma casa que Victoria la veo poco, ella intenta no coincidir conmigo, ha vuelto a tener turnos en el hospital y nuestros horarios no son muy compatibles. Cuando no la veo por casa no sé si duerme, está de guardia o se esconde de mí. Lo cierto es que no he tratado de arreglar las cosas con ella. Sigo amándola, pero cada noche lloro y doy vueltas en la cama tratando de justificar porqué no me dijo que Avril era mi hija cuando todo entre ella y yo se arregló.

Mi madre llega a casa con mi hija y yo las recibo en el jardín. Avril va y viene del colegio con su abuela, es una ventaja que sea la directora y también sigue esta rutina porque aún sigue toda la familia con seguridad privada. Pese a los meses que han pasado desde el atentado en el hotel y ese tío no dar más señales de vida en mi contra, mi padre y yo no nos relajamos. Queremos proteger por todos los medios a la familia hasta que den con esa persona que me agredió.

—Papá, hoy me lo he pasado genial en el cole. Hemos ido de excursión al zoo —dice Avril cuando se baja del coche con su abuela.

La recibo en mis brazos y la lleno de besos. Mi madre se acerca a mí y me da un beso. Mientras entramos en la casa pregunta:

—¿No está Victoria?

—No.

—¿Trabaja?

—No lo sé. Le dije que esta noche estaría en casa, pero me surgió algo. ¿Podría quedarte con ella? —le pido a mi madre.

—Por supuesto. ¿Quieres venir con la abuela esta noche? —le pregunta y mi hija acepta de inmediato.

—Voy a mi habitación a coger unas muñecas nuevas para que juguemos juntas, abuelita —dice Avril y sale corriendo hacia su cuarto.

Mi madre me mira en silencio hasta que me pregunta:

—¿Estás bien, hijo? —siento en su voz que está preocupada.

—Sí —respondo de inmediato.

Se hace un silencio y mi madre se lanza:

—¿Cómo está todo entre Victoria y tú? —pregunta.

—Como siempre. Vivimos juntos con Avril. Queremos lo mejor para ella. Somos sus padres.

—Por lo visto no hay una reconciliación a la vista —murmura en tono de reproche—. Y me consta que no es por parte de ella. ¿Has dejado de quererla? ¿Hay alguien en tu vida? —indaga.

—No —respondo seco y distante mientras le doy la espalda y miro por la ventana.

—Han pasado algunos meses y como comprenderás, Victoria no te va a esperar siempre. Me he enterado por alguien ajeno a ella que está buscando piso y piensa dejar esta casa.

Miro a mi madre serio. Desconocía esa información. ¿Cómo hace para enterarse de casi todo?

—No sabía nada.

—Por ello te lo digo. No vaya a ser que te arrepientas de perderla demasiado tarde. Es una mujer joven, guapa y maravillosa. ¿Crees que no tiene a una cola de hombres esperando por ella? Miro a mi madre furioso e intento controlarme.

—¿Me estás diciendo que hay alguien en la vida de Victoria? —pregunto de golpe, mientras cierro los puños con fuerza. No sé si quiero conocer la respuesta.

—No lo sé, pero si en todos estos meses no se ha ganado tu perdón creo que comenzará a pensar que has dejado de amarla.

Suspiro y camino de un lado a otro del salón bajo la atenta mirada de mi madre.

Avril aparece de nuevo y me da un beso, mi madre me da otro a modo de despedida y me susurra en el oído:

—No pierdas más el tiempo con Victoria. Yo sé que la amas. De nada sirve vivir en las tinieblas del rencor.

Suspiro y cierro la puerta con fuerza cuando me quedo solo. En todo este tiempo he estado tan sumido en mi dolor que no he pensado en el que Victoria pudiese sentir por mi actitud. ¿Y si ha dejado de amarme? Un fuerte escalofrío recorre mi cuerpo.

Esta noche había quedado con Rafa y unos amigos en ir al Afaia, pero cuando voy a salir de casa cambio de planes y llamo a la seguridad que protege a Victoria y le ordeno que me diga dónde se encuentra. Es algo que no he hecho nunca hasta el momento, pero mi madre ha conseguido despertar los celos en mí.

Cuando me dicen que va de camino a la discoteca de mi padre sonrío. Me dirijo hacia allí y la busco en cuanto que entro en mi reservado. Rafa y mis amigos han invitado a algunas chicas. No me habían dicho nada de esto, pero yo me centro en Victoria.

La descubro en la pista de abajo. Mis ojos se agrandan cuando la veo con un hombre el cual yo no conozco de nada. Están solos y aprecio entre ellos una gran complicidad.

Se pasean por la discoteca y finalmente observo que se dirigen en dirección al despacho de mi padre. Una furia incontrolada se apodera de mí. Y justo en ese momento una mujer me abraza y me propone:

—¿Te apetece que nos marchemos a un sitio más privado? —La miro y una idea se pasa por mi cabeza. Tiro de su mano y me encamino con grandes zancadas hasta el despacho de mi padre.

Abro la puerta de golpe, si llega a estar cerrada con pestillo pensaba tumbarla, y me encuentro con Victoria y el hombre que la acompañaba antes. Él está desnudo de cintura para arriba. Mis ojos arden y tengo que controlarme para que el tío no salga despedido por las vidrieras del despacho de mi padre.

—Nico... esto no es... —murmura, pero se queda callada de golpe. Se ha debido de dar cuenta que no hay explicación posible.

La mirada de Victoria se clava en la mujer que tengo a mi lado y puedo ver cómo sus ojos se enfurecen de golpe.

—Yo estaba antes —dice con descaro, con toda la naturalidad del mundo.

Mis ojos arden, aprieto la mandíbula con fuerza y me marcho de allí antes de que cometa una locura.

Vuelvo al reservado y la mujer que llevaba de la mano y a la cual no le he echado cuenta no se separa de mí.

—¿Vamos a mi casa? —propone, pero yo niego con un gesto de la cabeza.

—Más tarde —le indico para deshacerme de ella.

Pido una botella de alcohol y no dejo que se la lleven de la mesa. Me tomo tres Whisky solos

con hielos.

—¿Qué te pasa, tío? —me pregunta Rafa, sentándose a mi lado—. ¿Algún problema con Marlene? —Me ha vistoirme con ella de la mano y volver de seguida.

—Ninguno.

—Y una mierda —murmura—. ¿Has tenido problemas... ya sabes?

Lo miro serio y desafiante, y le espeto de malas formas:

—El lugar en el que pensaba tirármela estaba ocupado.

—¿No la llevaste al despacho de tu padre? —pregunta sonriente.

—Estaba Victoria con un tío —comento con rabia mientras me sirvo otra copa.

—Vaya, vaya —murmura, se levanta y me deja solo.

Al cabo de un largo rato, Estela aparece en el reservado acompañada de mi amigo Rafa. Los observo a ambos y pregunto:

—He bebido un poco, ¿pero vosotros... —Ambos han llegado de la mano.

—Nos estamos conociendo —dice mi prima—. Pero he subido hasta aquí para decirte que eres un imbécil, primo.

—No estoy de humor, Estela —murmuro con cierto dolor de cabeza.

—Victoria se ha ido rota de dolor al verte con esa tía —me reprocha.

—Ella no estaba sola llorando por mí, precisamente —le indico con los ojos entornados, recostado en el sofá del reservado.

—Eres un gilipollas. Rafa me lo ha contado todo. El tío con el que la has visto era el novio de Vanesa. Le habían tirado una copa encima y lo llevó a cambiarse de camisa al despacho de tu padre. Por increíble que parezca, Victoria nunca podrá olvidarte. Para ella no existe más hombre que tú.

—¡Joder! —murmuro en un lamento revolviéndome el pelo.

—La has cagado primito.

Miro a mi prima y le sonrío. Por una extraña razón estoy feliz, pese a que Victoria piense que tengo algo con otra mujer. Me levanto del sillón, le doy un beso a mi prima y antes de marcharme le indico a mi amigo:

—Si le rompes el corazón, te parto la cara.

Rafa me palmea la espalda y me marchó.

Cuando llego a casa compruebo que Victoria ya está ahí, pero no voy a buscarla. He bebido unas copas demás y no quiero hablar con ella en este estado pese a no considerar que esté borracho, pero quiero estar completamente lucido y despejado para tener una conversación seria con ella.

Al día siguiente, cuando me despierto, compruebo que se me han pegado las sábanas. Me ducho, me visto y voy en busca de Victoria, pero ella ya no está en casa. Lo primero que hago es mirar su armario. Tras comprobar que no falta nada de su ropa me tranquilizo un poco, seguidamente llamo a mi madre, la única persona que me puede ayudar en estos momentos.

No quiero perderte

—¿Dónde está Victoria, mamá? —le pregunto en cuanto pongo un pie en casa de mis padres. Mi adorada madre me recibe sola, no hay nadie por casa. El silencio que encuentro en ella me dice que mi hija ya no está allí.

—¿Qué ocurre, Nico? —Me mira con reproches en sus ojos.

—Supongo que te lo ha contado. —Mi madre se queda callada—. Lo que sucedió anoche en el despacho de papá en el Afaia —le aclaro.

—Sí —murmura mirándome fijamente, mientras se sienta y espera una explicación.

—La vi con ese tío por la discoteca y luego dirigirse en dirección al despacho y no sé qué me paso. Me volví loco. Cogí de la mano a la mujer que tenía más cerca y me la llevé conmigo. Me dejé llevar por la rabia y los celos —reconozco frente a mi madre, avergonzado.

—Ese hombre era el novio de Vanesa —revela mirándome de forma severa—. Victoria me lo ha contado todo.

—¿Cómo estaba? —me intereso, preocupado.

—¿Cómo estarías tú? —contraataca.

—Lo entiendo —murmuro mientras me muevo por el salón, inquieto.

—¿Dónde está? Necesito hablar con ella y solucionar las cosas —le suplico desesperado.

—Nico, si no puedes perdonarla por lo que te hizo déjala marchar sin más, pero no la hagas sufrir. Ella te ama.

—Y yo, mamá —confieso sentándome frente a ella, abatido—. He sido un estúpido en todos estos meses. Nunca pensé que podría llegar a perderla para siempre ni que ella se cansase de mí. Convivíamos juntos con nuestra hija, la veía a diario y la tenía cerca. Supongo que al tú hacerte ver que la podía perder para siempre y la confusión de anoche con ese hombre me han hecho reaccionar.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —pregunta con temor.

—No separarme de ella ni de mi hija nunca más. Por eso necesito que me digas dónde está —le pido desesperado.

Mi madre me muestra una enorme sonrisa.

—Ha ido al cine con Avril —revela al fin.

—Gracias. —Me inclino sobre mi madre, le doy un beso en el cabello y me marchó.

Cuando llego a la sala del cine no las veo por allí, pero sí a uno de los guardaespaldas, que espera fuera. Él me indica qué película van a ver y en qué sala están.

En cuanto entro en la sala, escucho una voz gritar.

—¡Papá! —Me dirijo hacia mi hija, con un cubo grande de palomitas en mis manos y una enorme sonrisa. Le doy un beso y me siento a su lado.

Victoria me mira en silencio. Puedo apreciar en su rostro el malestar al verme. Me acerco a ella y le susurro:

—No está bien hacer estos planes a mis espaldas.

Ella me vuelve la cara y no me contesta. No hablamos más, la siento incómoda, removerse en el asiento cada vez que la miro. Estoy más pendiente de la mujer que amo que de lo que sale en

la pantalla. En mitad de la película Victoria sale al baño, pero no puedo acompañarla. No voy a dejar allí a Avril. Necesito estar a solas con Victoria y hablar seriamente con ella.

Cuando vuelve le dedico una amplia sonrisa y tengo que hacer grandes esfuerzos para no besarla ahí mismo delante de nuestra hija, en medio de la película.

Cuando la película termina esperamos que comiencen a bajar las demás personas que tenemos delante. Avril llama mi atención y me pide:

—¿Podemos ir a comer hamburguesas?

—Por supuesto que sí, mi vida. —Le indico mientras le cojo de la mano y comenzamos a bajar los escalones en dirección a la salida.

De repente, el grito de un hombre me alerta y cuando alzo la mirada lo tengo frente a mí.

—¡Nicolás Hungría! Tú eres el culpable de todas las desgracias de mi vida. —El tipo saca un arma, me apunta y yo aparto a mi hija fuera de su alcance—: Por fin llegó tu hora —murmura con el dedo en el gatillo.

Se escuchan gritos en la sala, pero yo me preocupo por Victoria. Busco con la mirada a los guardaespaldas. De repente, siento que alguien me empuja y ese hombre dispara. Es Victoria quién se ha situado en mi lugar. Los hombres de seguridad disparan al tío a una pierna y luego lo cogen por sorpresa por la espalda mientras comprueba que su objetivo no he sido yo.

Victoria cae en mis brazos, tiene sangre en su cuerpo. La bala le ha llegado. Grito su nombre con desesperación.

—Aguanta —le susurro.

Ella me mira, me sonríe y murmura:

—Eres el gran amor de mi vida. —Cierra los ojos. Le tomo el pulso en el cuello y compruebo que aún vive. La abundante sangre no me deja ver dónde le ha alcanzado la bala.

—¡Una ambulancia! —grito con ella en brazos.

—Ya viene, señor —me indica el guardaespaldas.

Miro en dirección a mi hija y la veo agachada, muy quieta. Voy hasta ella y la abrazo. La refugio en mi pecho y la tranquilizo:

—Todo va a estar bien, princesa.

—¡Mamá! —murmura.

—Llévatela —le ordeno a uno de los guardaespaldas. No puedo dejar a Victoria sola.

Aparece la policía y la ambulancia. Yo me voy con Victoria y me tranquiliza saber de camino al hospital que la herida no es grave. La bala solo le ha rozado el brazo.

Cuando nos bajamos de la ambulancia no me dejan ir con ella. La policía me reclama para tomarme declaración, a lo que no me niego. Quiero que ese loco que nos ha atacado vaya directo a prisión.

Cuando llego a comisaría mi padre y mi tío ya están ahí con el abogado de la familia. No he tenido tiempo de llamarlos ni nada, supongo que los guardaespaldas los habrán avisado.

En cuanto mi padre me ve me abraza con ímpetu.

—Estoy bien —le indico—. Y Victoria está fuera de peligro —le informo de inmediato. Él asiente con lágrimas en los ojos—. ¿Sabemos quién es el hombre que nos agredió? —le pregunto a mi padre y a mi tío.

Ambos asienten.

—Es un enemigo del pasado de tu padre —anuncia mi tío—. Bosco lo envió a prisión y ha querido vengarse.

Miro a mi padre con los ojos muy abiertos, desconocía esa historia.

Un policía aparece y tengo que declarar, luego, cuando salimos de comisaría mi padre me cuenta todo sobre Sergio. Su agente en el pasado, lo sucedido con mi madre y todo lo que le robó.

Voy a casa a cambiarme de ropa, la tengo toda manchada de sangre y me dispongo a ir a ver a Victoria, pero mi madre me llama y me dice que Avril quiere estar con su padre. Mi hija me necesita más en estos momentos y voy con ella. Victoria está en buenas manos en la clínica de mi padre y el resto de la familia la acompaña.

58
Bosco Hungría

Recuerdo haber tenido días difíciles en mi vida, pero ninguno comparado con el de hoy. Un loco ha estado a punto de matar a mis dos hijos y mi nieta estaba en la escena.

Por suerte, mi mujer se las ha ingeniado para hacerle creer a Avril que todo ha sido una especie de teatro del final de la película. Le hemos dicho que su madre está de guardia en el hospital y se ha quedado con su padre como otras noches para que no sospeche nada.

Cuando llego a mi habitación encuentro a mi mujer en la cama con el móvil en la mano.

—Pensé que estarías con Victoria esta noche —murmuro acercándome a ella. Me siento a su lado y la miro.

No veía a mi esposa desde que los guardaespaldas nos llamaron para decírnos lo que sucedía en la sala del cine y salimos como locos.

—Vanessa y William insistieron en quedarse con ella.

Alba me mira y se abraza a mí. Suspiramos y finalmente mi mujer rompe a llorar.

—Ya todo pasó —le indico limpiándole las lágrimas que corren por sus mejillas.

—Ese loco podría haber matado a Nico, Victoria o Avril. ¿Cómo nadie nos avisó de que salió?

—Un error judicial, como tantos, pero voy a hacer que paguen por ello. Sergio no debería de haber salido de prisión, mucho menos acercarse a nosotros.

—¿Dónde está ahora? —pregunta con miedo.

—En el hospital, bajo custodia policial. Pero no te preocupes, aparte del cuerpo de policía tengo a seguridad privada que vigile que entre en prisión y no se nos acerque más —la tranquilizo—. Al final todo ha quedado en un terrible susto —murmuro.

Alba se abraza a mí, la siento temblar y la beso.

—Ven a dormir con tu mujer, te necesito más que nunca a mi lado —me suplica.

Me quito la ropa y me meto en la cama con ella.

—Espero que a raíz de todo esto Nico cambie con Victoria y sirva para una posible reconciliación —murmuro, pensativo, con mi mujer en mis brazos, sintiéndome un hombre completo y sintiendo que esa parte le falte a mi hijo. Disfrutar del confort y de la seguridad de tener al lado a una mujer maravillosa.

—Cambió antes. De hecho, fue al cine en busca de Victoria para reconciliarse con ella —revela mi mujer.

La miro sonriente, alegrándome de la noticia.

—Espero que pronto se encuentren así, como nosotros. —Abrazo y beso a mi mujer.

—Confío en el poder de mi hijo de volver a recuperar a Victoria. Es un digno heredero de su padre en todos los sentidos —murmura sonriente mientras me besa—. Te amo, Bosco Hungría.

—Y yo. No hemos tenido un camino fácil, pero me has hecho un hombre muy feliz. Y lo sigues haciendo cada día. Eres una abuela muy sexy.

—Lo mismo digo —murmura acariciando mi pecho.

59

Recuperarte

Al día siguiente me presento en el hospital para ver a Victoria muy temprano. He dejado a mi hija con mis padres y necesito ver a la mujer de mi vida.

Cuando entro en la habitación le encuentro muy bien acompañada por los mellizos, Estela, Vanesa y William. Se hace un incómodo silencio cuando llego. Ellos hacen amago de marcharse, pero Victoria no lo permite.

Me acerco a ella, me atrevo a darle un beso en la mejilla y le pregunto:

—¿Cómo te encuentras? —La veo muy pálida y me preocupo.

—Bien.

—Gracias por salvarme la vida —le indico emocionado. No dudó en interponerse entre esa bala y yo.

—No podía dejar a Avril sin su padre ahora que lo había recuperado. Te admira y te ama —revela mirándome seria—. ¿Cómo está mi niña? —pregunta preocupada.

—Bien. He dormido con Avril toda la noche —le hago saber, a modo de justificar mi ausencia con ella.

—Avril te necesita junto a ella en estos momentos. No la dejes sola. —Siento que me quiere apartar de su lado.

—¿Cuándo te dan el alta? —pregunto mirando a Vanesa.

—Mañana.

—Estupendo, mañana estarás en casa —anuncio con una sonrisa.

—He pensado que iré a casa de mamá. No quiero que Avril me vea hasta que me recupere un poco.

La miro pensativo, pero no la cuestiono. Asiento con una sonrisa.

—Tenemos que hablar —susurro cerca de ella, mirando a todos en la habitación.

—No es el momento —me corta en seco.

—Victoria lo de la otra noche en el Afaia... —comienzo a decir sin importarme que estemos rodeados de gente. No puedo esperar más.

—No quiero hablar de eso. Me quedó claro.

—No. Yo... —intento explicarle, pero de repente entra una enfermera para hacerle una cura a Victoria y nos echa a todos de la habitación.

Mi teléfono suena y la policía me da la noticia de que Sergio ha muerto esta noche a causa de una complicación con el disparo que sufrió.

Seguidamente me llama mi tío y me recuerda que tengo pendiente una rueda de prensa para explicar a los medios lo sucedido.

El resto de mi día se convierte en un sinfín de cosas. Termino durmiendo de nuevo con mi hija y pensando toda la noche en la mujer que amo y cómo recuperarla.

El día siguiente tengo un partido al que no puedo faltar. Mi madre se encarga de Avril y lamento estar alejado de Victoria. He intentado hablar con ella, pero no la he sentido muy dispuesta. Por otro lado, no quiero agobiarla. Sé que está convaleciente y ha sido muy fuerte por lo que hemos pasado.

Cuando regreso a Madrid tras disputar el partido fuera, mi padre me recuerda que mañana es

la gran fiesta por el veinticinco aniversario con mi madre. No le pregunto si Victoria va a acudir o no, lo doy por hecho de que lo hará ya que lleva dos días, desde que salió del hospital, en su casa.

—¿Aún no os habéis reconciliado? —pregunta mi padre en tono de reprimenda.

—Estoy en ello —murmuro sonriente, trazando un plan en mi mente.

—Ya te estás tardando —me reprende—. Quiero más nietos correteando por mi casa —comenta sonriente.

—Los tendrás —le confirmo con una enorme sonrisa.

Mi padre me palmea la espalda y me dice:

—Es cierto que en una época te hubiese cortado los huevos por liarte con tu hermana, pero hoy soy un hombre muy feliz de que ambos estéis juntos. Estoy muy orgulloso de ti, hijo mío —murmura con admiración.

—Y yo de ti, papá. Mi gran ejemplo siempre en la vida. Gracias por saber guiarme tan bien y darme tanto. Te quiero, viejo.

Cuando llego a la fiesta que han organizado mis padres observo a muchísima gente. No esperaba tanta. En cuanto pongo un pie en el jardín no puedo dar ni dos pasos sin que me paren y me saluden. Por fin, veo a Victoria entre la gente. Le sonrío, pero ella esta rodeada de más personas. Intento deshacerme de todos y caminar hasta la mujer que amo.

De repente, mi tía Julia se encarga de coger el micrófono y decir unas palabras maravillosas sobre mis padres y su amor mientras yo consigo posicionarme cerca de Victoria y observar lo emocionada que está. Posteriormente, pide un baile, anima a mis padres para que salgan a bailar, comienza a sonar la música y ellos salen a bailar.

Admiro a la mujer que amo mientras observo su espalda, me acerco a ella con sigilo, le paso una mano por la cintura y me atrevo a estrecharla contra mi cuerpo. Siento cómo todo su cuerpo se estremece por mi cercanía. Aspiro su increíble aroma y le susurro en el oído:

—¿Quieres bailar conmigo? —Ella se gira entre mis brazos de inmediato y me mira seria—. Para toda la vida —añado mostrándole una sonrisa—. No pienso conformarme con menos. —Victoria se queda muy callada y un nudo se instala en mi garganta—. Te amo —confieso con el corazón en la mano—. Más que a nada en el mundo. No podría vivir sin ti. Ni ser feliz si no estás a mi lado.

Y sin esperar una respuesta me apodero de sus labios y la beso como llevo tiempo deseándolo. Cuando siento que Victoria me corresponde igual de hambrienta que yo sonrío sobre sus labios, interrumpo el beso y le indico:

—Estoy esperando una respuesta.

Victoria me mira sonriente, suspira y finalmente dice:

—Para toda la vida.

Eufórico, la estrecho contra mi pecho, la beso de nuevo, tiro de su mano y la saco a bailar.

Cuando los invitados ven que nos unimos al baile de nuestros padres estallan en aplausos. Y para dejarles a todos claro que amo a la mujer que tengo entre mis brazos la beso en ese momento. Siento las lágrimas de Victoria sobre mi propio rostro mientras no dejamos de besarnos. Le acaricio las mejillas y le sonrío. No hacen falta palabras, nuestras miradas lo dicen todo. Sé que me ama y que su corazón está a punto de explotar de alegría como el mío.

De repente, siento que alguien se interpone entre nosotros y es Avril.

—¡Qué guay! Tengo a unos padres que son como los príncipes y princesas. Quiero bailar con vosotros —dice con ilusión nuestra hija. La cojo en mis brazos y continúo el baile con las dos

mujeres de mi vida.

Victoria me mira con un brillo especial en su mirada y murmura:

—Te amo.

Sin duda, vivo el momento más feliz de mi vida. Sé que lo nuestro es para siempre. Nunca más permitiré que se aleje de mi lado.

Mía para siempre

Una vez que finaliza el baile Avril se aleja de nuestro lado. Me quedo a solas con la mujer que amo y le susurro:

—Te quiero para mí. —Le sonrío y tiro de su mano. Necesito estar a solas con ella—. Vámonos a casa —le propongo antes de que se nos acerquen todos. No tengo ganas de compartirla con nadie más.

—No podemos marcharnos —me indica con apuro, pero leo en sus ojos que lo desea tanto como yo.

—Sí podemos. Ellos están viviendo su amor, nosotros vamos a comenzar a disfrutar el nuestro —le indico a mis padres, rodeados de amigos que no les han dejado terminar el baile, los felicitan por su amor.

—¿Y no podemos hacerlo en unas horas? —murmura mientras le beso el cuello a conciencia, tratando de convencerla.

—No. Besarte me ha puesto a cien. Te necesito —susurro en su oído y le confieso—: Hace meses que no estoy con nadie. Desde la última vez que estuvimos juntos —especifico.

Se revuelve en mis brazos y me mira con atención.

—¿Y la pelirroja del despacho del Afaia? —pregunta seria.

—Fue para darte celos. Me puse como loco cuando te vi recorriendo el Afaia con ese tío y finalmente os encaminasteis al despacho —confieso con un suspiro. No quiero pensar en eso, pero le debo una explicación.

—Nico... yo... —comienza a decir e intuyo qué es lo que quiere confesarme.

—Lo sé —murmuro—. Es el novio de Vanesa —revelo y la miro—. Me lo dijo mamá el mismo día del disparo en el cine. —No le digo que Estela me lo reveló en la discoteca por miedo a que se enfade con ella. Estela me llamó al día siguiente y me hizo jurarle que no le dijese a Victoria que ella me sacó de la duda de quién era ese hombre—. Fui a buscarte porque ya no podía estar más sin ti. Luego sucedió todo y... nos alejamos. No era mi intención, pero tú me pediste que Avril no pasara mucho tiempo contigo porque no estabas bien y me dediqué a ella. Te amo, Victoria. No quiero que estemos separados nunca más.

Se abraza a mí y me besa. Lleva el brazo en cabestrillo y ambos reímos cuando la estrecho más a mí y olvidamos ese detalle.

—Te amo, Nicolás Hungría. En todo este tiempo separados no he dejado de hacerlo ni de pensar en ti ni un solo segundo. Vámonos a casa, por favor. Yo también te necesito —me ruega con un gran deseo reflejado en su mirada.

Nos vamos de la fiesta sin despedirnos de nadie y la llevo a nuestra casa.

Cuando llegamos a nuestra habitación se encuentra con la sorpresa que ya dejé preparada antes de marcharme; muchas flores y globos.

—Quiero que sea una noche para el recuerdo —susurro en su oído mientras ella lo admira todo, emocionada.

—Estabas muy seguro de que terminaríamos aquí juntos —comenta con un brillo especial en los ojos. Está a punto de llorar.

—Siempre había la posibilidad de volver a enamorarte —bromeo, la abrazo y la beso.

—Puede que tengamos algunos inconvenientes —murmura haciendo notar sobre mis costillas

su brazo en cabestrillo.

—Yo te ayudaré —le indico con gusto. La beso y comienzo a desnudarla con mimo. Cuando está completamente desnuda, a mi merced, le indico—: Déjate consentir. —Me sonrío y me mira con atención mientras me desnudo frente a ella.

—Soy toda suya, señor Hungría —murmura con los ojos entornados mientras le beso los pechos.

Hacemos el amor y pese a Victoria no estar al cien por cien físicamente volvemos a repetir. Hace mucho tiempo que no estábamos juntos y necesitamos recuperar los meses perdidos. Todas las veces que la anhelé en mi cama.

Atrás quedaron los reproches. La amo demasiado como para no perdonarla y ser muy felices el resto de nuestras vidas con nuestra hija y todos los demás que lleguen.

Ver esta noche los veinticinco años de amor de mis padres y todo lo que han vivido y conseguido me hizo comprender que el amor también conlleva un camino de espinas, solo que es mejor hacerlo de la mano con la persona que amas.

A la mañana siguiente, cuando Victoria abre los ojos, la tengo abrazada a mí, le doy un beso y le digo:

—Quiero que nos casemos cuanto antes.

Ella suelta una sonora carcajada y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿No tienes que pedírmelo? —me recuerda algo confusa.

—Ya lo hice —le indico pensativo.

—Vale. Eso fue antes, luego me odiaste un poco, rompimos... ¿quieres de nos casemos? —pregunta con los ojos brillantes y una gran sonrisa dibujada en su boca.

—Nunca he dejado de amarte —le dejo claro—. Estuve un poco herido y ciego —confieso—, pero eso ya pasó. Entendí que el amor lo puede todo. Quiero que seas mía para siempre.

—¿Me has perdonado? —pregunta con temor.

—Te amo y eso está por encima de todo. No puedo vivir sin ti —confieso atrayéndola hacia mis labios y besándola.

—Te juro que nunca más te ocultaré nada.

—Bien. Creo que es un buen comienzo como marido y mujer —murmuro sobre sus labios.

—¡Pídeme que me case contigo! —me alienta, sonriente.

Salto de la cama, desnudo y voy hacia el vestidor, allí guardo unos pendientes que le he comprado. Vuelvo a la cama, me coloco de rodillas, sin importarme mi desnudez y le digo:

—Victoria Hungría, no puedo vivir sin ti. Te suplico que aceptes casarte con este hombre que jura amarte y respetarte, en la salud y en la enfermedad, hasta el resto de sus días. —Le entrego la cajita que tengo en mis manos, pero ella no la abre. Antes me besa y dice:

—Acepto. He deseado ser tu mujer desde que mis hormonas se despertaron, pero nunca hubiese imaginado esta pedida tan... —Me mira con ojos ávidos y suelta una carcajada. Tiro de la sábana y la dejo tan desnuda como yo, frente a mí. Me inclino sobre ella, cubriendo su cuerpo con el mío y la beso.

—¿No vas a abrir mi regalo? —le pido entre besos. Ella lo hace y descubre unos pendientes de oro blanco con forma de infinito—. Como nuestro amor —murmuro mientras los admira.

Cuando aparecemos en casa de nuestros padres, felices, juntos y de la mano, todos nos esperan para comer. Abril ha pasado la noche con sus bisabuelos y cuando nos ve entrar pregunta:

—¿Volvéis a ser novios? —Victoria y yo nos miramos y entendemos que sí se había dado

cuenta de nuestro distanciamiento anterior por mucho que intentamos que no sucediese.

Cojo a mi hija en brazos, la lleno de besos y le indico:

—Mucho más que eso. Papá y mamá se van a casar muy pronto.

Mis abuelos, mis padres y mis hermanos estallan en aplausos, abrazos y felicitaciones. Victoria alza la mano y les enseña que vuelve a llevar el anillo de compromiso que ya le regalé y le muestra los pendientes.

—¿Cómo ha sido la nueva pedida de matrimonio? —pregunta mi abuela.

Victoria me mira y ambos sonreímos.

—Muy íntima, abuela —comento sonriente—. Lo importante es que ella dijo sí.

—¿Cuándo será la boda? —pregunta mi madre, muy contenta.

—Cuanto antes —murmuro, impaciente.

—¿Dos meses? —propone Victoria—. Así ya habrá terminado la temporada.

—Perfecto. Dos meses.

—¿Qué tenéis pensado? —pregunta mi madre.

Victoria y yo nos miramos. No hemos hablado de ello, pero mi futura mujer dice:

—A mí me gustaría algo sencillo. La familia y amigos más íntimos.

—Me parece una idea maravillosa. —Le doy un beso mientras que todos nos miran embobados.

—Vamos a brindar —dice mi padre.

—Por los novios —dice Damián—. No puedo estar más contento con mi cuñada y mi cuñado. Ya os siento de la familia.

Y todos estallamos en carcajadas.

Dos meses después.

El gran día de mi vida ha llegado. Hoy me caso con Victoria y estoy feliz. Apenas he dormido en toda la noche. He dado mil vueltas en la cama, solo, anhelándola. No me han dejado ver a mi futura mujer desde ayer por la mañana.

Estoy en mi habitación con mi padre y mis hermanos, me ayudan a colocarme la chaqueta y la flor en la solapa.

—Tu gran día hermanito, ¿nervioso? —pregunta Jorge.

—Mucho —revelo mirándome al espejo. Tengo a mi padre y a mis hermanos detrás.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo —murmura mi padre, emocionado.

—Bueno... te partió la cara cuando se enteró de que pusiste los ojos y las manos en Victoria, pero hoy se alegra —comenta Damián, sonriente.

—No recuerdes eso —le reprocha Jorge.

—Aquí tenéis como ejemplo a vuestro hermano y a mí, por muchas mujeres que pasaron por nuestras vidas, supimos identificar a la correcta. Encontramos el verdadero amor. Espero que vosotros dos tengáis la misma suerte.

—Uy, papá. Yo no me veo atado ni loco —comenta Jorge.

—A mí me gusta variar —dice Damián.

Mi padre y yo estallamos en carcajadas.

—Cambiareis de opinión cuando os crucéis con la mujer adecuada. La que os llegue al corazón.

Jorge y Damián estallan en carcajadas. No lo creen posible.

—No te esfuerces, Nico. Aún no saben de lo que hablamos, pero en unos años nos reuniremos los cuatro y podremos brindar por las mujeres de nuestras vidas, estoy seguro.

—Yo no apostaré, papá —murmura Jorge.

—Lo mismo digo —afirma Damián alzando su mano.

Llego al altar del brazo de mi madre y con mi hija de la mano. Mis dos madrinas. Avril está feliz e ilusionada con la boda de sus padres.

Cuando Victoria entra en la iglesia acompañada de mi padre no puedo reprimir las lágrimas al verla. Es la mujer más guapa que he visto nunca. Lleva un vestido blanco en corte princesa, marcando su cintura y escote palabra de honor. Sus ojos azules resplandecen y su sonrisa es eterna.

Conforme se acerca a mí descubro que varias lágrimas ruedan por sus mejillas. La tomo de la mano, le doy un beso y murmuro:

—Al fin llegó el día. Estás maravillosa.

—Y tú estás guapísimo.

Comienza la ceremonia y resulta muy emotiva. Desconocíamos que nuestros hermanos y nuestros primos fuesen a leer unos mensajes tan bonitos y especiales en el que todos terminamos llorando.

En el momento del sí quiero las manos de mi mujer tiemblan y llora a la misma vez. Yo me apodero de sus labios y le doy un beso más atrevido de lo recomendado para hacerlo delante de un cura.

—Para siempre —murmuro emocionado.

Celebramos nuestro enlace en el jardín de la casa de nuestros padres por expreso deseo de ambos.

Antes de terminar la fiesta me llevo a mi mujer a la habitación y cuando le quito el vestido de novia y la tengo desnuda para mí le pido algo como regalo de bodas:

—Quiero que tengamos otro hijo.

—Me gusta la idea —murmura emocionada sobre mis labios.

Hasta el momento no habíamos hablado en serio de tener otro hijo.

—Creo que Avril será muy feliz con un hermanito.

—O hermanita —me rectifica sonriente.

—El varón llegará tarde o temprano. Tengo que asegurarme de que otro Hungría siga mis pasos con el balón y los de mi padre.

Pasamos la luna de miel en Nueva York, Las Vegas y Los Ángeles. Casi un mes alejados de nuestra pequeña se nos ha hecho muy largo. Hemos hablado con ella todos los días y le traemos todo lo que nos ha pedido de regalo.

—Vamos a decepcionar a nuestra pequeña —murmuro de vuelta en el avión—. Nos pidió un hermanito cuando nos marchamos y es con lo único que no volvemos.

—Bueno... no sé —murmura Victoria.

—¿Qué?! —pregunto con los ojos muy abiertos—. No me has dicho nada.

—Es que no estoy segura, pero con todo lo que ha pasado desde que volvimos a estar juntos... Lo cierto es que dejé de tomar precauciones cuando te alejaste de mí y luego... La verdad que ni me acordé. Cuando me pediste otro hijo el día de nuestra boda caí en que hacía un

mes que no me venía la regla, podía ser un retraso, pero lo cierto es que en todo este tiempo que hemos estado de viaje no me ha venido.

—Entonces podrías estar embarazada —afirmo eufórico.

—Puede ser. Es lo más seguro.

—Victoria, eres médico —le indico exasperado.

—Y humana. Hemos pasado por tanto... Las emociones vividas, las hormonas, el cambio horario...

—Bien, vamos a la clínica antes que a casa. Quiero darle el mejor regalo a nuestra hija, decirle que sí le traemos un hermanito de nuestro viaje. —La beso y le acaricio el vientre.

Nos confirman que Victoria está de casi tres meses de embarazo. Nos abrazamos emocionados y felices.

Cuando llegamos a casa de nuestro viaje de bodas, no le hemos dicho a nadie que antes hemos pasado por el hospital, le confirmamos a todos que seremos padres en uno meses.

Mi segunda hija nace un mes antes de lo esperado, mientras Victoria y Avril se encuentran en la finca de Jerez con mis hermanos y mi madre. A mí me coge jugando fuera y mi padre y yo llegamos al hospital cuando está a punto de nacer. Por suerte no me pierdo presenciar el parto. Relevo a mi hermano Jorge que era quién le daba la mano a mi mujer mientras la matrona se encargaba de preparar todo para recibir a mi hija.

Adriana Hungría llega al mundo de madrugada, llorando y con muchas ganas de comer. Mientras observo cómo la alimenta Victoria de su pecho siento que el mío propio va a estallar de felicidad. Sin embargo, casi lo hace cuando Avril conoce a su hermana y le dice:

—Yo cuidaré siempre de ti.

Dos días más tarde le dan el alta a mi mujer y nos vamos a la finca, es pronto para volver a Madrid. Ya mi madre se ha encargado de que no le falte de nada a su nueva nieta.

Pasamos una semana toda la familia junta en la finca. Allí nos visitan nuestros abuelos, tíos, primos y amigos.

La gran sorpresa nos la dan Estela y Rafa, cuando llegan de la mano y nos anuncian a todos que son pareja.

—Nunca pensé que Rafa cayese rendido a ninguna mujer —dice Jorge.

Estoy con mis hermanos, mi padre, mi abuelo y Rafa en el salón de la casa mientras que el resto de las mujeres están con Victoria y la bebé.

—Rafa ha encontrado a la adecuada, lo he leído en tus ojos —le indica mi padre alzando su copa—. Mis hijos aún no han tenido esa suerte. —Mira a mis hermanos, sonrientes.

Jorge y Damián suspiran.

Llaman al timbre y aparece en el salón una mujer morena de ojos verdes, muy guapa.

—Buenas noches, perdón por la hora. Soy Paola, la matrona de Victoria, le dije que me pasaría hoy a ver cómo iban sus puntos y la bebé, pero se me hizo un poco tarde.

—No te preocupes, están arriba —le indico a la mujer. Es una chica joven.

—Yo la acompaño —se ofrece de inmediato Jorge. Se levanta de su sillón, va hasta Paola y la mira sonriente.

—Hola, Jorge. ¿Qué tal estás? —lo saluda ella.

Él la acompaña hasta la habitación de mi mujer.

Cuando mi hermano baja, mi padre, Rafa y yo lo miramos sonrientes.

—¿Qué pasa! —dice mirándonos con atención.

—Te quedan dos telediaros, amigo —dice Rafa entre carcajadas mientras mira a Jorge y le palmea la espalda.

—¿Qué dices?! —le pregunta sin saber a qué se refiere.

—Que esa mujer ha llegado a un lugar especial aquí. —Le indica con el dedo en el pecho el lado del corazón.

—¿Cuánto has bebido, tío? —le replica molesto.

—Me hago viejo—suelta mi padre con una carcajada—. Tengo dos nietas, otro jugador del equipo que entreno va a sentar la cabeza con una mujer que merece la pena y a mi hijo le acaban de lanzar una flecha al corazón y no se ha dado cuenta —murmura mi padre—. Échame otra copa, Nico —me pide sonriente.

—Por el amor —brindo cuando recargo las copas de todos.

Epílogo

Dos años después.

Hoy se disputa el partido final de la Liga y estoy algo nervioso. Soy el capitán del Real Capital, un título que ostentó mi padre en el pasado. Ahora Bosco Hungría es el entrenador del equipo, y lo hace muy bien. Ha conseguido crear un gran ambiente dentro del equipo y somos unos grandes campeones en los que toda la afición confía para que esta noche nos llevemos el título.

Cuando salto al campo miro en dirección al palco donde está mi familia. Admiro con una sonrisa a las tres mujeres de mi vida y me lleno de orgullo. He recibido propuestas millonarias para marcharme fuera a otros equipos, pero he aprendido que la familia es lo primero. No quiero que mis hijas estén lejos de sus abuelos y sus tíos.

Tras un intenso partido en el que sudamos bastante la camiseta, mi equipo gana la Liga. Lo celebramos en el campo por todo lo alto y disfruto como un niño ser el encargado de recoger la copa y alzarla hasta arriba.

Cuando todos mis compañeros sacan al campo a sus hijos y se pasean con ellos le indico a mi mujer que venga con Avril y Adriana. Sé que Victoria es muy reacia a apariciones públicas en las que estén las niñas, pero es la ilusión de mi vida, celebrar haber ganado una copa con mi equipo y pasear a mis hijas por el campo de juego como mi padre lo hizo conmigo y mis hermanos.

Los mellizos son los encargados de traerme a mis hijas. Mi padre y yo recibimos a Avril y Adriana y las paseamos por el campo. Un orgulloso Bosco Hungría celebra la victoria como entrenador con sus nietas de la mano. Me emociono al ver la imagen ante mis ojos.

Miro hacia el palco y le hago un gesto a mi mujer para que se una a nosotros. Le insisto y finalmente Victoria baja con nosotros.

Cuando se reúne conmigo la recibo con un beso en los labios que toda la prensa presente se encarga de fotografiar, pero no me importa. Estoy muy feliz.

—¡Una familia preciosa! —escucho que grita un reportero.

—No puedo ser más afortunado —murmuro sobre los labios de mi increíble mujer mientras la beso.

—Yo creo que sí lo puedes ser. Estamos de enhorabuena —revela de golpe, llevándome una mano a su vientre con disimulo.

La miro con los ojos muy abiertos, observándola bien.

—¡¿Qué?! Te amo. —La cojo en brazos la alzo y doy vueltas con ella. Loco de felicidad. Es la mejor noticia que me podía dar en un día como hoy.

—Igual a la tercera va la vencida —me susurra en el oído.

—Da igual, si es otra niña lo seguiremos intentando —le indico relajado y tranquilo—. No pienso darme por vencido hasta que llegue el niño. Y te puedo asegurar que tengo muchas energías. —Le doy un beso y la abrazo.

Victoria me reprende con la mirada porque sabe que la gente que tenemos alrededor puede darse cuenta si continuamos hablando del tema.

—Luego se lo diremos. No saben nada —me susurra en el oído con la mirada clavada en el palco donde continúa mi familia.

De repente, le dirijo una mirada traviesa, me coloco de rodillas delante de ella y le doy un beso en el vientre. Seguidamente, les hago a mi familia una señal con la mano en la que le dejo claro que vamos a tener otro hijo.

Mi familia abre mucho los ojos, yo asiento y comienzan a aplaudir, pero no son los únicos que se han enterado de la noticia, toda la prensa ha sido testigo. Vienen hacia nosotros de golpe en busca de más información.

—La has liado —me reprende mi mujer cuando tenemos enfrente a muchas personas con micros en mano que nos preguntan si seremos padres de nuevo.

—Soy feliz, quería compartirlo. ¿Hay algo más maravilloso que otro hijo nuestro?

—Te quiero —murmura con una sonrisa maravillosa.

—Y yo te quiero para mí —murmuro antes de besarla, y luego escuchamos a todo el campo aplaudir.

Dos meses después.

Estoy nervioso cuando acudo con Victoria a la ecografía del bebé. Hoy nos dirán si es niño o niña con seguridad.

Mientras la doctora le pasa el ecógrafo por el vientre a mi mujer murmura:

—¿Te has hecho otra antes? —pregunta pensativa.

—No. Queríamos venir cuando se pudiese ver bien. Nico se muere por saber el sexo del bebé. Quiere un niño —le indica mi mujer a la doctora.

—Creo que está de enhorabuena. Van a tener un hijo —dice la mujer.

—¡Bien! —grito eufórico, abrazo y beso a mi mujer allí mismo.

—Pero también van a tener una niña. Está embarazada de mellizos —anuncia la médica.

—¡¿Cómo?! —preguntamos Victoria y yo a la vez.

—Son dos bebés los que vienen —confirma segura de ello.

Lo indica en la ecografía, pero yo no distingo nada.

—¡Dos bebés, Nico! —murmura mi mujer.

La abrazo y la beso, lleno de felicidad.

—Siempre deseé tener muchos hijos —murmuro sobre sus labios.

—¿Pero dos juntos? —Siento a Victoria un poco agobiada.

—Podremos con ello. Te lo aseguro.

Cuando llegamos a casa y le damos la noticia a todos no lo pueden creer. Estallamos en abrazos y besos. Nuestras hijas están muy contentas con tener dos nuevos hermanos, sobre todo Avril. Adriana aún es pequeña y no lo entiende muy bien.

—Mi hermano ha puesto tal empeño en tener un hijo que se ha esmerado tanto y le han salido dos —bromea Jorge.

—¡Qué gran alegría! —murmura mi padre—. Dos nietos más. ¿Qué pasa, qué vuestro hermano es el único que sabe traer al mundo niños? —les reprende a mis hermanos en tono jocoso—. Quiero conocer a vuestros hijos antes de que lleve bastón.

—Por mi parte tendrás que seguir esperando. He roto con Paola —anuncia Jorge.

—¡¿Qué has hecho?! —lo reprende Damián.

—Es una larga historia —murmura sin ganas de dar explicaciones—. Pero igual mi mellizo te da la alegría pronto —anuncia.

—¡Eres un bocón! —lo reprende Damián.

—Ayer le compré un anillo a Gloria, voy a pedirle que se case conmigo.

—¡Oh qué increíble noticia! —dice mi madre muy contenta. Se levanta y abraza a su hijo.

—Me gusta mucho esa chica —murmura mi padre.

Ya conocemos a Gloria. Lleva saliendo con mi hermano un año. Es arquitecta y la conoció cuando mi padre decidió ampliar los establos de la finca en Jerez.

Me acerco a mi mujer, la abrazo y murmuro en su oído.

—¿Te he dicho alguna vez que me haces un hombre muy feliz?

—Creo que sí —murmura sonriente.

—Te amo, Victoria Hungría. Tú y nuestros cuatro hijos sois mi razón de vivir.

Extra

Diez años después.

Mi hija Avril cumple dieciséis años y nos ha pedido una fiesta en el Afaia con todos sus amigos y la familia.

Victoria y mi madre se han encargado de organizar una fiesta que mi hija no olvide jamás. Yo me limito a acudir y solo supervisaré los chicos que se le acerquen a mi hija y me cercioraré de que el despacho de mi padre permanezca cerrado, junto con todos los reservados.

Mi hija mayor es toda una belleza como su madre y trae locos a todos los chicos del instituto. Cuando dos años atrás me dijo que me iba a presentar a su primer novio casi me dio un ataque al corazón. Ahora sale con otro chico, al cual me presentó y este dice que me admira y quiere ser como yo. Ya casi me he acostumbrado a que cambie de novio como de chaqueta, pero me ha costado muchas noches sin dormir.

Avril y Dylan llevan juntos seis meses y me gusta ese chico. Lo siento responsable y es un apasionado del deporte. Lo único que no soporto es que me llame suegro. Ya lo he amenazado con darle una paliza si vuelve a referirse a mí así.

Llegamos a la fiesta del Afaia con nuestros cuatro hijos. Junto con mi esposa son el orgullo de mi vida. Avril es como su madre y su abuela. Adriana tiene el mismo carácter que yo. Nico y Alba, los mellizos, son unos torbellinos que no paran de hacer travesuras juntos. Ya no sé qué castigos imponerles para que nos obedezcan y sean tan buenos como sus hermanas. Avril y Adriana nunca nos han dado un quebradero de cabeza, son buenas, obedientes, grandes estudiantes y responsables, pero los mellizos son otra cosa. Han puesto el colegio de su abuela patas arriba en un par de ocasiones. Pero amo a los cuatro a partes iguales. Le perdono a Nico todas sus trastadas porque dice que quiere ser futbolista como su padre y su abuelo, sin embargo, Alba dice que quiere ser astronauta y vivir en la luna.

Entro en el Afaia con mis hijos y mi maravillosa mujer de la mano, de la cual cada día estoy más enamorado por ser la artífice de toda la felicidad que tengo en esta vida. Ahora Victoria es la directora de la clínica de nuestro padre. He descubierto que aparte de ser una buena médica es una estupenda empresaria.

Cuando ponemos un pie en la discoteca estalla una gran lluvia de globos y comienza la música.

Todo el mundo felicita a mi hija. Nos encontramos con toda la familia allí. Mi padre y mi madre están muy orgullosos de que seamos tan numerosos.

Saludo a mi hermano Jorge y a su mujer, Paola. No han traído a su hijo pequeño porque solo tiene cuatro años. Luego saludo a mi hermano Damián que viene solo, se acaba de divorciar de Gloria. Estuvieron casados unos años, pero finalmente decidieron tomar rumbos diferentes, lo bueno es que no tuvieron hijos y estos no sufrirán una separación de sus padres.

Mi gran amigo Rafa palmea mi espalda y murmura:

—Te haces viejo, tío.

—Mira quién lo dice —le indico con una sonrisa—. Está casado con mi prima Estela desde hace once años y tienen dos hijos.

—Las nuevas generaciones vienen con fuerza —murmura mi primo Declan—. Creo que Damián y yo somos la resistencia a no traer más niños a esta familia.

—Vosotros os lo perdéis. El estado ideal del hombre es casado y con una maravillosa familia

a su lado —le indico, pero mi primo y mi hermano Damián se echan a reír.

—Yo probé el matrimonio y ahí me quedé. Me quedo con ser un hombre libre —murmura.

—Estoy contigo, primo. —Declan le palmea la espalda.

Siento que tiran de mi chaqueta y es mi hija pequeña.

—Papá, ¿Cuándo cumpla dieciséis puedo tener la misma fiesta que Avril?

—Sí, mi vida. Si llego hasta entonces —murmuro con pesar.

Mi hija sale corriendo en dirección a sus hermanos y sus primos, en la mesa que también están mis padres con mi tía Julia y mi tío Rodrigo.

—¿Quieres relajarte un poco? —susurra mi mujer en mi oído mientras me acaricia el pecho y me da un beso que yo acorto.

—Estoy pendiente de Avril. Quiero que todo salga bien.

—¿A quién quieres engañar, Nicolás Hungría? —me reprende sonriente.

—Vale. Estoy pendiente de que nuestra hija no termine su cumpleaños como lo hicimos tú y yo cuando cumpliste los dieciséis —suelto malhumorado.

—No nos fue tan mal, ¿no? —pregunta mientras me acaricia el rostro con mimo, centrada en mí.

—Pero Avril es mi niña. Siempre la veré como mi pequeña, y no como una mujer que ya puede hacer lo que tú y yo hacemos.

—Tendrás que asimilarlo. Nuestra pequeña se hace mayor.

—Me están saliendo canas antes de tiempo —me quejo—. Tres hijas, tres —le indico con los dedos de una mano—. ¿Resistirá mi corazón ver como otros hombres las apartan de mí? —murmuro—. ¿Y si no los considero buenos para ellas y estas no lo ven? —planteo agobiado.

—Tienes unas hijas muy inteligentes. Confía en ellas. Estoy segura de que sabrán escoger bien al amor de sus vidas. Nosotros estaremos ahí para apoyarlas y guiarlas.

—Intentaré relajarme —murmuro.

—Yo sé cómo lograrlo. Vamos al despacho de papá —me propone con una sonrisa traviesa mientras pasea su mano por mi pecho.

—No puedo dejar de vigilar la fiesta de mi hija —murmuro con la vista clavada en mi hija, que baila muy arrimada a su novio y veo cómo este le pasa la mano por el culo.

—¿Me estás rechazando? —pregunta mi mujer haciéndose la ofendida.

—No, mi amor. Simplemente me debato entre el deber y el placer, y mi vena paterna gana —le indico con una amplia sonrisa.

—¡No lo puedo creer! —mi mujer se aparta de mi lado y se marcha ofendida.

Ya lo arreglaré luego.

Victoria se marcha a casa con nuestros tres hijos pequeños, pero yo insisto en cerrar el Afaia y vigilar a mi hija.

—Si sigues con esa actitud conseguirás que tu hija te odie —me reprocha antes de marcharse enfadada porque no la acompaño—. Cree el ladrón que todos son de su condición— me espeta de forma hiriente antes de cerrar la puerta del vehículo. Los he acompañado hasta el coche.

Cuando vuelvo al Afaia me lo encuentro vacío. Mi hija me la ha jugado. Ha aprovechado mi despiste para trasladar su fiesta a otro lugar. Sonríe, chasqueo la lengua y me marché a casa.

Cuando entro en mi hogar no subo directamente a mi habitación. Me tomo una copa y decido esperar a mi hija en el sofá.

Cuando me echo la segunda copa mi mujer baja y me encuentra ahí.

—¿Qué haces aquí con la luz apagada y bebiendo? ¿No estabas en el Afaia? ¿Y Avril? —me funde a preguntas.

—Se escapó. Cuando volví ya no había nadie —le indico y mi mujer sonríe.

—Y ahora haces guardia aquí hasta que regrese —comenta situándose delante de mí con las manos en la cintura y mirándome algo enfadada.

Yo reparo en el camisón tan corto que lleva, y de inmediato me doy cuenta de que no tiene ropa interior debajo. Dejo la copa que tengo sobre la mesa y acaricio sus piernas con mis manos. Luego llevo mis labios hasta ellas y las beso mientras le subo el camisón.

—¿Ahora quieres sexo? Me rechazaste en el Afaia —me recuerda molesta.

—Fue por una buena causa. Te confieso en nunca había estado tanto entre la espada y la pared —murmuro mientras le beso el ombligo—. Ponme la penitencia que consideres oportuna.

—Debería marcharme y dejarte con las ganas —me indica mientras llevo mi boca hacia sus pechos y le vuelvo loca. Introduzco dos dedos en su interior y compruebo que está muy mojada.

—Sería un castigo para ambos —murmuro sobre sus labios, mientras me apodero de ellos y hago que se siente sobre mí a horcajadas en el sofá.

—Sabes cómo tentarme Nicolás Hungría —se queja sonriente mientras contonea las caderas sobre mí.

—¿Es una queja? —pregunto entre besos, mientras me desabrocho los pantalones.

—Soy adicta a ti, a tus besos, a tu cuerpo. Te amo.

Me introduzco en el interior de mi mujer y me siento en la misma gloria. Gemimos a la vez y nos tomamos con calma el momento.

Cuando Victoria y yo estamos en pleno acto, estoy a punto de correrme, nuestra hija llega a casa y nos pilla de lleno.

—¡Papá, mamá! —murmura con la mano en la boca y la mirada fija en nosotros—. Eh... ya he vuelto. Seguid a lo vuestro. Perdón por interrumpir. Buenas noches...

Avril sube las escaleras hacia su habitación como un rayo mientras que Victoria y yo permanecemos callados, incapaces de decir nada.

—El cazador cazado —murmura mi mujer sobre mi hombro y comienza a reírse sin parar.

Finalmente, termino riendo con ella.

—Terminemos esto —le propongo tirando de ella para marcharnos a la cama.

—¿Aún te quedan ganas? —pregunta sonriente, mientras subimos la escalera medios desnudos.

—Ahora lo vas a comprobar —le indico. La cargo al hombro y entramos en nuestra habitación.

A la mañana siguiente sueña el teléfono muy temprano y protesto antes de cogerlo. Cuando veo que la llamada es de mi madre la atiendo de inmediato mientras miro a mi mujer, dormida a mi lado, desnuda. Esbozo una sonrisa, perdido en el recuerdo de ambos un par de horas antes.

Me siento en la cama de golpe cuando mi madre dice:

—Nico, estamos en el hospital. Tu padre ha sufrido un infarto.

—¿¿Cómo?! —Salto de la cama de golpe y comienzo a vestirme—. ¿Cómo está? —pregunto aterrado.

—Mal. Está en la UCI.

—Vamos para allá —murmuro de inmediato.

—¿¿Qué ocurre?! —pregunta Victoria desde la cama.

—Le ha dado un infarto a papá. Está en el hospital.

Mi mujer sale de la cama de inmediato, nos vestimos con prisa, despertamos a Avril y le indicamos lo sucedido para que se haga cargo de sus hermanos mientras estemos fuera.

Me salto todos los semáforos que puedo. Nos urge llegar al hospital. Victoria y yo vamos en silencio en el coche. La miro y observo que se retuerce las manos. Por mi parte estoy tan muerto de miedo que no me salen las palabras. Solo pensar en que mi padre pueda morir me aterro.

En cuanto llegamos al hospital Victoria entra a la UCI para ver a nuestro para. Yo me quedo en la sala de espera con mi madre, mis hermanos y mis tíos. Todos estamos muy preocupados.

—¿Cómo fue? —le pregunto a mi madre.

—Al amanecer escuché un golpe en el baño y cuando fui estaba caído en el suelo. No reaccionaba. Llamé a una ambulancia corriendo y menos mal que Damián estaba en casa y me ayudó con él.

—Se va a recuperar, el viejo es fuerte —murmuro mientras abrazo a mi madre.

—Tengo miedo de perder al amor de mi vida —dice mi madre llorando.

Damián y yo la abrazamos. En silencio rezo por mi padre. Es un hombre fuerte, no tiene ninguna enfermedad y lleva una vida sana. Confío en que se recupere.

Todos esperamos a que Victoria llegue a la sala de espera y nos informe de cómo sigue nuestro padre.

Cuando vemos aparecer a Victoria todos vamos hacia ella. Mi madre no deja de llorar.

—Se va a poner bien —murmura con una sonrisa y los ojos llorosos—. Se encuentra estable, va a pasar unos días en la UCI para que esté controlado y después tendrá que someterse a tratamiento, pero todo poco a poco.

Abrazo a mi mujer y respiro un poco más tranquilo.

—Quiero verlo, hija —dice mi madre.

—Bien, pero solo unos minutos. Os paso de dos en dos.

—Nico, ve con mamá —dice Jorge—. Yo entro luego con Damián.

Abrazo a mi madre y juntos entramos a la UCI guiados por Victoria.

Cuando vemos a mi padre en la cama enchufado a varias máquinas mi madre empieza a llorar, se abraza a él y a mí se me saltan las lágrimas.

—Estoy bien mi vida —murmura mi padre a mi madre—. Siento haberte dado este susto.

—No te atrevas a dejarme, Bosco Hungría —le reprende mi madre.

—Jamás, mi amor. Aquí estoy —responde mi padre.

Me acerco a él y le doy un abrazo. Lo miro a los ojos y le digo:

—Te quiero, viejo. Ahora a recuperarse y hacerle caso en todo a los médicos. Si es necesario me traslado a vivir a tu casa un tiempo con Victoria para que supervise que cumples todo.

Mi padre me muestra una sonrisa y me abraza.

—Te quiero mucho, hijo.

Tres días después.

Recibimos a mi padre en casa todos juntos, le damos la bienvenida con una comida. Se alegra de ver a todos sus nietos. Ellos no han podido visitarlo estos días en el hospital.

Avril se abraza a su abuelo llorando en cuanto lo ve. Ambos tienen una conexión especial, sé que es la preferida de todos sus nietos.

Luego el resto de sus nietos, mis otros tres hijos y el pequeño de Jorge lo abrazan y le dan besos. Consiguen emocionarlos y emocionarme a mí también.

Mi mujer me rodea la cintura con el brazo y susurra en mi oído:

—¡Qué imagen más bonita! —Asiento. Estoy de acuerdo con ella. Mi padre y mi madre rodeados de sus cinco nietos. Orgullosos de ellos.

—Siempre hemos valorado esta gran familia que formamos, pero creo que el hecho de pensar que papá nos podría haber dejado nos ha aterrado a todos —murmuro abrazando a mi mujer.

—A veces nos acostumbremos a que lo que tenemos es para siempre y no pensamos que un día se puede perder. Por eso yo te digo a diario que te amo y vivo cada día a tu lado como si fuese el último, mi amor —murmura mi mujer.

—Te amo.

Terminamos el día en el jardín de la casa de mis padres. Los niños han propuesto un partido conmigo, Jorge y Damián en el que su abuelo sea el árbitro. Nos ganan los más pequeños porque mi padre no ve las faltas ni los penaltis en sus nietos. Pasamos una gran tarde en familia. Hemos convencido entre todos a mi padre de que debe de dejar su puesto de entrenador del equipo y llevar una vida de jubilado al lado de mi madre. Nos ha sorprendido que ha aceptado a la primera.

Por mi parte, cuando esa noche me meto en la cama con mi mujer le revelo:

—Lo he estado pensando mucho a raíz de lo sucedido a mi padre. Ya tengo una edad y he pensado que no voy a renovar mi próximo contrato con el club. Nicolás Hungría se retira.

Victoria me mira seria, cuando ve que se lo digo en serio esboza una sonrisa y me abraza.

—Creo que es una decisión muy acertada. Tienes treinta y nueve años y vas a retirarte en un buen momento de tu carrera. Tu nombre siempre estará ahí en lo más alto, como el de papá.

—Espero que nuestro hijo sea mi sucesor en unos años —murmuro.

—Lo será. No que quepa la menos duda. El pequeño Nico es igual a ti y a su abuelo.

—¿Estás contenta con mi decisión? —pregunto con interés.

—Mucho. Tenerte más libre es todo un regalo. ¿Sabes? Soy un poco egoísta con respecto a mi marido. Te quiero para mí, Nicolás Hungría.

Me inclino sobre ella y beso a la mujer de mi vida. La única que me roba el aliento y el corazón cada vez que la miro.

FIN

Agradecimientos

A todos mis lectores, a aquellos que conseguisteis que *Te quiero para mí* estuviese dos meses el top 100 de los más vendidos en ebook en novela romántica en Amazon. Esto me animó, junto con todas vuestras numerosas peticiones para crear la versión desde el punto de vista de Nico.

He de confesar que ha sido un proyecto que valoré muchísimo si sacar a delante o no. Pero, finalmente, me dejé llevar por las ganas y el entusiasmo con el que me lo pedían los lectores.

Espero que Nicolás Hungría os haya gustado. No me ha resultado fácil escribirlo, pero ha sido todo un reto para mí ya que ha sido mi primera novela escrita en primera persona desde el punto de vista del protagonista masculino.

Gracias a @bbccreative_1 nuevamente se ha superado con el diseño de la cubierta de esta historia.

Gracias a todos los que os habéis enamorado y disfrutado con la familia Hungría. Ahora sí os puedo asegurar que ha llegado a su fin.

Pronto llegaran nuevas historias, nuevos protagonistas, que estoy segura os cautivarán.

Desde ya comienzo a escribir una nueva novela. En unos meses la tendréis en vuestras manos.

Si os ha gustado esta novela, te agradecería que dejases su valoración en Amazon. Es muy importante para mí.

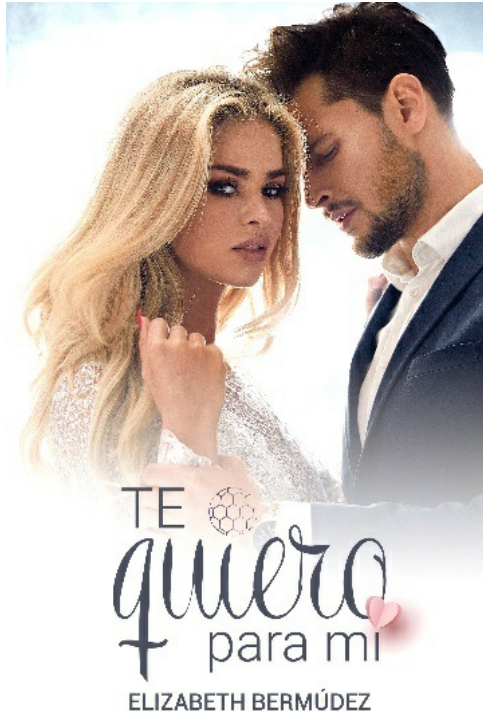
Hasta pronto.

Elizabeth Bermúdez.

Otras novelas de la autora

BILOGÍA: Vida y amor





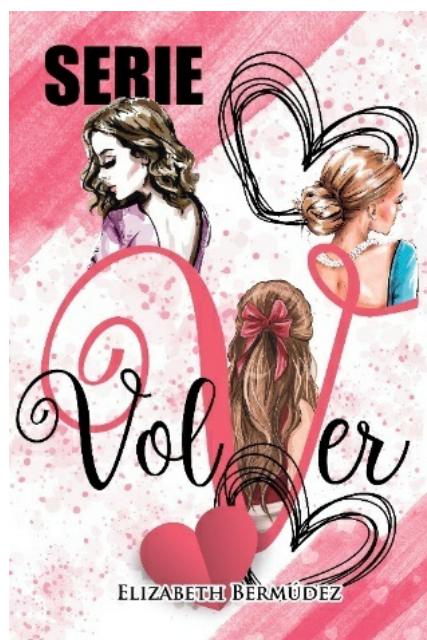
TE
quiero
+ para mi

ELIZABETH BERMÚDEZ

FAMILIA MILLER



SERIE VOLVER



Incluye los 3 libros de la serie más nuevos extras.

NOVELAS INDEPENDIENTES

